



D6
A

4.155938
C.1195921

CHINESE
MAPPED



Quien es SATANAS

El Demonio de los siglos

	Folios	Pag.
Quien es SATANAS	1-10	1
El Demonio de los siglos	11-20	11
El mundo es un teatro	21-30	21
El mundo es un teatro	31-40	31
El mundo es un teatro	41-50	41
El mundo es un teatro	51-60	51
El mundo es un teatro	61-70	61
El mundo es un teatro	71-80	71
El mundo es un teatro	81-90	81
El mundo es un teatro	91-100	91
El mundo es un teatro	101-110	101
El mundo es un teatro	111-120	111
El mundo es un teatro	121-130	121
El mundo es un teatro	131-140	131
El mundo es un teatro	141-150	141
El mundo es un teatro	151-160	151
El mundo es un teatro	161-170	161
El mundo es un teatro	171-180	171
El mundo es un teatro	181-190	181
El mundo es un teatro	191-200	191
El mundo es un teatro	201-210	201
El mundo es un teatro	211-220	211
El mundo es un teatro	221-230	221
El mundo es un teatro	231-240	231
El mundo es un teatro	241-250	241
El mundo es un teatro	251-260	251
El mundo es un teatro	261-270	261
El mundo es un teatro	271-280	271
El mundo es un teatro	281-290	281
El mundo es un teatro	291-300	291
El mundo es un teatro	301-310	301
El mundo es un teatro	311-320	311
El mundo es un teatro	321-330	321
El mundo es un teatro	331-340	331
El mundo es un teatro	341-350	341
El mundo es un teatro	351-360	351
El mundo es un teatro	361-370	361
El mundo es un teatro	371-380	371
El mundo es un teatro	381-390	381
El mundo es un teatro	391-400	391
El mundo es un teatro	401-410	401
El mundo es un teatro	411-420	411
El mundo es un teatro	421-430	421
El mundo es un teatro	431-440	431
El mundo es un teatro	441-450	441
El mundo es un teatro	451-460	451
El mundo es un teatro	461-470	461
El mundo es un teatro	471-480	471
El mundo es un teatro	481-490	481
El mundo es un teatro	491-500	491

Caro amigo, muero en paz.
 Grande el mundo te apellida,
 Y tu virtud transmitida
 Será a la posteridad.
 Porque el polvo nunca muere,
 Y tu fama vivirá.
 Mientras Burgos Burgos duró,
 Siempre que me lo acordó,
 Que no degenera.

SERMONES

predicados

POR EL LICENCIADO

DON LUIS GUTIERREZ,

CABALLERO DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, DIGNIDAD DE PRIOR, CANÓNIGO PENITENCIARIO DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS, PREDICADOR SUPERNUMERARIO DE S. M. Y RECTOR DEL SEMINARIO CONCILIAR DE DICHA CIUDAD.

TOMO PRIMERO.

BURGOS:

Imprenta de D. SERGIO DE VILLANUEVA.

1848.

volucion que preparaba desde el principio la elevacion ó la caida de las monarquías ; esta memorable consumacion de todas las vicisitudes de la historia del mundo ; este dia, que Abrahan deseaba ver, y que anunciaban todos los justos con sus suspiros y con sus lágrimas. Se acercó en fin este dichoso advenimiento del Deseado de las naciones, que une á los profetas con el Evangelio, las figuras con la verdad ; que reemplaza la letra por el espíritu, la ley por la justicia, y que, igualando todavía la grandeza de los objetos con la grandeza de las gracias, nos hace dudar, si es mas digno aun de arrebatarse la admiracion de nuestro espíritu, que de agotar los sentimientos gozosos de todos los corazones.

Levántate, Jerusalem, revístete de tu fuerza, y toma los adornos de tu gloria. ¡ O pueblo mio! consuélate, no pienses mas en las cosas pasadas : Dios ha hecho otras nuevas. Y ¡ vosotros, ministros del Santuario que evangelizais á Sion! subid sobre las altas montañas, y gritad en alta voz á todas las ciudades de Judá : *Hé aquí que vuestro Dios llega.* Decidlo á todos los pueblos, de quien es la esperanza ; á todos los siglos, de quien es la gloria ; á toda la naturaleza, de quien es el bien comun y la necesidad suprema ;

anunciad por todas partes la gran nueva : grande para el cielo, cuyas puertas se abren; grande para el infierno, cuyos abismos se cierran; grande para la tierra, en donde van á reinar la paz y felicidad; grande para el hombre, cuya redencion se acerca; grande para los ángeles, que se asocian nuevos compañeros; digámoslo de una vez: grande para Dios mismo, que adquiere por este misterio el solo título que podia faltarle, el título de Salvador del mundo, es el solo bien que pudiéra resultarle, el de hacerle á los hombres sin límites y sin medida.

Nosotros, hermanos míos, corramos á Belen; vayamos á reconocer el niño que nos ha nacido, al nuevo Señor que nos es dado. Vayamos á oír las lecciones del ángel del gran consejo, magnífico compendio de todas las maravillas del Altísimo. Pero ¿qué espectáculo se ofrece aquí? El silencio, la noche, la pobreza, los lloros y todas las miserias de la debil naturaleza. ¡Qué! ¿está aquí el gran Dios que yo adoro, el oráculo que debo seguir, y el legislador que espera el universo? Cuando Moisés dió su ley, se mostró de lo alto de la montaña formidable, todo brillante de gloria y de luz, porque era menester sostener por este aparato su debilidad.

Pero ¿quien nos explicará esta reunion admirable del cielo y de la tierra, del establo de un niño y del trono del Eterno? ¿Cómo caminar sin estraviarse entre estos dos abismos, el uno de grandeza y el otro de bajeza? El que ha hecho el tiempo, nace en el tiempo; el impassible, hecho mortal; el que tiene la luz por vestido, envuelto en pobres pañales; y el mismo que ha colocado su trono en el sol, recostado en un vil establo! ¡Qué espectáculo! aquí está el encanto de nuestra debilidad: sentirnos oprimidos bajo el peso de este misterio, y bien lejos de que nuestra insuficiencia nos turbe y nos confunda, nos regocijamos, al contrario, de no poder comprender una obra tan alta. Dios se mostrará todo entero en este establo abandonado, en donde apenas vemos á un hombre. Besarémos sus pañales venerables, tocarémos con un santo respeto la paja misma que le sirve de lecho; y quanto mas vil parezca á los ojos del orgullo, mas grande se mostrará á los ojos de la virtud.

Llamamos al fiel para mostrarle à este Dios abatido, á su Salvador, *Salvator*; y al incrédulo, para hacerle admirar al Christo y al Señor, *Christus Dominus*. Es en la enfermedad de su carne y en la bajeza de su servidumbre, es

en el escándalo de su encarnacion, es en la locura del establo en la que vamos á admirarle; no menos grande por sus beneficios que por sus victorias; tanto mas Salvador, cuanto es Dios, y si me atrevo á decirlo, tanto mas Dios, cuanto es Salvador; haciéndolo todo para nosotros en su glorioso nacimiento y todo tambien para sí: todo para nosotros, sosteniendo nuestras debilidades por las suyas; todo para sí, no mostrando mas sus adorables perfecciones, que ocultándolas bajo el velo de la infancia; todo para nosotros, enriqueciéndonos otro tanto mas, cuanto mas se empobrece; todo para él, sujetando al mundo, siendo el desecho del mundo; todo para nosotros, haciendo nuestros deberes mas faciles y mas dulces; todo para sí, haciendo sus derechos mas sagrados y sus leyes mas inviolables; en fin, todo para nosotros que no podemos desear nada mas dichoso; y todo para sí, que no puede hacer nada mas grande. *Salvator qui erit Christus Dominus.*

Tales son las dos relaciones tan sagradas como dulces, bajo las cuales vamos á ofrecer el gran misterio del pesebre; misterio de salud y de gracia, misterio de gloria y de triunfo; doble obra maestra de poder y de amor, doble

motivo de admiracion y de reconocimiento ; doble espectáculo tan digno del Criador, como infinitamente saludable á la criatura ; y para trazar en dos palabras el plan de este discurso, doble prodigio en que todo corresponde perfectamente ya á las necesidades del hombre, ya á la magestad de Dios. Para hacerlo ver dignamente, pidamos los ausilios de la divina gracia por la intercesion de la Reina soberana, saludándola con el ángel :

AVE MARIA.

Dios no puede obrar sino para sí mismo, y su gloria es necesariamente su fin último, y su único término. Pues ¿en qué puede consistir, Illmo. Sor., esta grandeza con respecto á nosotros, sino en ser mas conocido, mas amado y mas glorificado? ¡Cosa admirable! Por el escándalo del Verbo hecho carne obra Dios estos grandes designios. Se hace visible, y por esto se hace conocer mas; se abate, y por esto se hace amar mas. ¡Altas é importantes verdades, correspondientes á la grandeza y á la magestad de Dios!

Se hace visible, y por esto se hace conocer mas. Y aquí ¿quién nos dirá en qué delirio estaba sumergido el espíritu humano antes de la

encarnacion? Dios estaba en medio del mundo, y el mundo no le conocia. La mas hermosa obra de Dios habia sido el primer lazo para caer en la idolatría; y el sol que la escritura llama el instrumento admirable del Altísimo, no era para la mayor parte de los hombres otra cosa mas que un velo magnífico que le ocultaba, mostrándole. Mas ilustrados que la gentilidad, los Judíos no caian en estos errores monstruosos, y Dios, dice el Profeta, *era conocido en Judá*. Pero, hablando propiamente, mas bien era pintado por los Profetas que definido, ¡O hombre! es ya tiempo de abrir los ojos á la luz. En el dia del Mesias debe aparecer, y él debe mostrar á este Dios oculto. Desconocido en el templo del universo, vá á descubrirse en el establo de Belen, y al que los hombres no han podido ver á la luz de los ástros, le comprenderán en medio de la oscuridad de que está rodeado el pesebre, y que mas elocuente que el firmamento, mas magnífico que los profetas, revelará al mundo estas inefables perfecciones que el gentil no conocia, y que el judio no veia sino al traves de las sombras. Lo primero se nos ha manifestado plenamente su poder; y ¿que poder? el mas grande, el mas admirable que se vió ja-

más; porque ¿qué es el cielo, la tierra, los hombres y los ángeles, comparados á un Hombre-Dios? Hasta entonces el Criador no habia hecho sino burlarse en sus obras. Con una palabra habia fecundado la nada; con un solo querer habia formado el mundo; con un soplo habia encendido las antorchas brillantes del dia y de la noche; con una mirada deshacia las montañas; con una señal conmovia las columnas del cielo; y con un solo movimiento de su indignacion, aniquilaba los imperios con toda su gloria. ¡Nobles y grandes figuras sugeridas por el mismo Espiritu Santo, desapareced! vosotras no sois ya dignas de él. Un nuevo milagro se anuncia, delante del cual desaparecen todos los otros milagros. Es Dios anodadado, es un Dios que ha sabido unir su magestad suprema con nuestra bajeza, su soberana independendencia con nuestra servidumbre, y su incomunicable grandeza con nuestras miserias. ¡Asombrosa maravilla! Que embellezca ó trastorne á su arbitrio la naturaleza; que todos los elementos sean obedientes bajo su mano; que dispense, como le parezca, la vida ó la muerte, yo no veo aquí nada mas que los débiles ensayos de su omnipotencia. Pero que abrace los dos extremos;

que junte lo que se escluye necesariamente; lo que está separado eternamente, lo infinito y lo finito, lo inmenso y lo limitado, la vida y la muerte; que se despoje sin empobrecerse, que se abata sin envilecerse, que tome otra naturaleza, y que no altere la suya; ved aquí el esfuerzo supremo del Dios de las virtudes, el último término de su poder, y la obra maestra, despues de la cual no nos resta nada mas que concebir, como á Dios no le queda nada mas que hacer. La encarnacion nos ofrece en S. M. un poder de abatimiento, á cuya vista el entendimiento, abismado en su admiracion, esclama con el Profeta: ¡Gran Dios! esta es la obra por escelencia, delante de la cual desaparecen todas las obras de vuestro poder! *Domine, opus tuum.*

Por aquí se nos ha manifestado su grandeza. Y ¿qué grandeza? Los Profetas no nos habian anunciado claramente sino al Dios de los hombres; el pesebre nos muestra á un Hombre-Dios; la razon no nos descubria sino á un Dios que tiene derecho á nuestro culto y á nuestra obediencia; el pesebre anuncia á un Dios, cuyo imperio se estiende hasta someter á Dios; el cielo mismo no nos anunciaba sino á

un Dios adorado por las inteligencias bienaventuradas; el pesebre nos descubre á un Dios que no quiere y que no puede ser dignamente adorado sino por un Hombre-Dios; al establo solo pertenece mostrarnos la mas incomprendible grandeza, honrada por el mas incomprendible homenaje. ¡Un Dios sometido y obediente! ¡un Dios orando y suplicando! ¿Cuál es el Dios que tiene semejante adorador, y que pide tal homenaje? ¿Cuál es este Dios inmortal, y qué honores serán bastantes á este Dios inmortal, delante del cual Jesucristo inclina la cabeza y dobla la rodilla? Por aquí se nos manifiesta claramente su sabiduría. Y ¿qué sabiduría? ¡Qué admirable proporcion entre el fin y los medios, entre el estado del hombre, sumergido en los sentidos, y el remedio que le repara! Cuando queria tomar á un hombre por su regla, hacia un Dios; y cuando queria tomar á un Dios, hacia un hombre. La humanidad deificada del Verbo va á conciliarlo todo de un modo maravilloso; va á reformar por los sentidos mismos la criatura descaminada por los sentidos, á rectificar nuestras preocupaciones proporcionándose á ellas; á acomodarse á nuestra debilidad sin estraviar la razon; á proporcionarse á nues-

tra ignorancia, sin esponernos al error; á elevarnos hasta la Divinidad, sin permitirnos abatirla hasta nosotros. Si hubiese algun nuevo grado de gloria para Dios, este nuevo grado consistiria en este abatimiento voluntario que le ha hecho semejante á nosotros, porque, cuanto mas se nos acerca, es otro tanto mas amable; y que cuanto mas se nos acerca, es tanto mas digno de nuestro amor. Digamos con san Bernardo: «Así ha querido nacer el que ha querido ser amado. Por la creacion, yo era la obra de sus manos; por el misterio del pesebre, soy la obra de su corazon; por la creacion era el Dios de la naturaleza, por la encarnacion es el Dios de mi alma, es mi Dios; por la creacion tenia nuestro respeto, por la encarnacion nuestra ternura; por la creacion éramos sus subditos, por la encarnacion somos sus hijos; nos mueve por sus encantos, nos interesa por sus lágrimas, nos gana por sus promesas, nos obliga por sus suspiros.» ¿Quién ha oido jamás hablar de semejante magnificencia? Repitémoslo otra vez: Así ha querido nacer el que ha querido ser amado. ¿Pero Dios ha podido amarnos hasta este esceso? Débiles espíritus, entrañas encogidas ¡eh! ¡qué! ¿es imposible

que la bondad inagotable de Dios se comunique por torrentes, y que nos ame sin medida? ¿Por qué poner límites á su amor, que no los tiene? Si el amor de un padre es de producir milagros para salvar á sus hijos, ¿qué no hará el Omnipotente en favor de su criatura? Cuanto mas maravillosas son las cosas que quiere obrar, mas débiles son los medios de que se quiere valer. Viene, en efecto, y ¿cómo? Vosotros lo sabéis: sin bienes, sin brillo, sin fuerza, afrenta y desecho del mundo. Viene, y ¿para qué? Vosotros lo sabéis: para fundar sobre la tierra un nuevo culto, crear un nuevo pueblo, imponer silencio eterno á estos oráculos impostores que encantan el mundo, y reunir todas las naciones bajo la invocacion de su santo nombre. Y ¿qué relacion entre el pesebre en que debe nacer, la cruz en que debe morir, la destruccion de todos los errores, y la conversion del mundo? ¿Qué relacion? Ninguna sin duda; y por esto precisamente la diestra del Altísimo va á ser glorificada. La gloria del hombre consiste en hacer la ley amenazando, la gloria de Dios debilitándose; la gloria del hombre consiste en vencer por las armas, la gloria de Dios en vencer sin combatir.

Sin embargo, ¿veis á este Niño y la humilde choza en que habita, y la pobre cuna en que derrama lágrimas, y los humildes pastores que componen su corte? Dentro de un momento, este establo abandonado se hará la escuela pública de Roma y de Grecia; y este pesebre ignominioso será el trono magnífico desde donde impondrá sus leyes; y en lugar de estos pobres pastores, caerán á sus pies los gigantes de la tierra y los Césares formidables. ¡Admirable designio de Dios! Este Niño desconocido en su propia patria, mas olvidado que los niños mas oscuros, forma á su arbitrio proyectos que desconciertan toda la política humana; en el silencio de una choza arruinada, este Niño tan abandonado, tan ignorado, prepara otros templos, otros altares y otras monarquías, y su reino, que no es de este mundo, va á someter el mundo. ¡Pasmosa revolucion! Este Niño que no osa romper la caña medio quebrada, se hace oír de uno á otro mar; este Niño de paz y de dulzura encadena á los Bárbaros y somete á su yugo á este pueblo impaciente de todo yugo. ¿Quién nos explicará este misterio? Cuando se nos explique cómo ha sentado la tierra sobre la nada, y cómo con un soplo ha encendido el sol, yo os

diré cómo con un soplo este Niño ha disipado las sombras de la muerte y las tinieblas del error; y sin otro apoyo que sus lágrimas, ha mudado la faz de la tierra.

¿Pero Dios no tenía en su omnipotencia otros medios que el nacimiento de su Hijo para reparar al género humano? Hermanos míos, ¿qué nos importa saberlo? Lo que nosotros sabemos es, que el grande misterio de piedad es la mas magnífica imagen que Dios mismo ha podido darnos de su ciencia y de la magestad de sus leyes; lo que sabemos es, que este grande espectáculo de un Dios hecho hombre por nuestra salud, nos ofrece mas socorros y consuelos que enfermedades y miserias padecíamos nosotros; lo que sabemos en fines, que con el misterio del pesebre Jesucristo nos eleva y no se degrada; nos enriquece y no se agota; conserva su magestad y cura todas nuestras dolencias.

Para comprender perfectamente cuán grande y cuán necesaria es la gracia que Jesucristo nos trae al nacer, seria necesario poder sondear las debilidades, las heridas y la triste cautividad de nuestra naturaleza degradada por el pecado. Antes, la felicidad y la paz, la gloria y

la virtud constituian su herencia; pero una vez caida, ¡qué miserias! ¡qué vicios! ¡qué degradacion! Yo no veo en el hombre mas que un hijo de cólera, atormentado por todos los dolores, agoviado por todas las pasiones, y privado sin remedio de sus mas bellas esperanzas. Y ¿qué pide en un estado tan deplorable? Miserable, tiene necesidad que se le consuele; enfermo, tiene necesidad que se le cure; degradado, tiene necesidad que se le levante. ¡Poder supremo de un Dios anonadado! á él está reservada la gloria de corresponder y remediar estas grandes necesidades del hombre por remedios mas grandes todavía. Nuestros dolores, los alivia; nuestras pasiones, las cura; nuestros lloros, los seca; nuestras esperanzas, nos las vuelve; nuestras ilusiones, las disipa; afligidos, nos consuela; seducidos nos desengaña; desesperados, nos asegura; es decir, que es juntamente nuestro consolador, nuestro reformador, nuestro mediador.

Digo lo primero nuestro consolador por las lágrimas que derrama. ¡Eh! el hombre las derramaba despues de cuarenta siglos, sin que ninguna mano propicia se dignase detener el curso de ellas. Entregado á falsos sábios, fué siempre

la víctima de su orgullosa demencia, y el juguete de sus inútiles declamaciones. Jesucristo apareció; y sometiéndose á participar de los males de nuestra triste condicion, hizo de sus debilidades el remedio y el apoyo de las nuestras; tomando para sí las enfermedades, las santificó; pasando por todas nuestras pruebas, nos logró nuestro valor y nuestra fuerza, cumpliendo así el oráculo de Isaias: *Que el Espiritu del Señor habia derramado sobre Él su uncion, para curar á todos los contritos y consolar á todos los que lloran: Ut consolaretur omnes lugentes.* ¡O vosotros todos los que estais afligidos! venid á Él, y os aliviará; venid á contarle vuestras penas, á darle cuenta de vuestros trabajos. No tenemos un Pontifice que no sepa compadecerse de nuestras enfermedades; las siente, tiene lástima de ellas; y todo lo que siente, lo cura; y todo lo que compadece, lo salva. Así, todo es para mis necesidades, todo es para mi salud en este misterio de piedad. Yo no veo al invisible, al inmortal, al impasible; pero veo alguna cosa mas, mi sostén, mi asilo, mi consolador.

— Pero es poco para el Salvador del mundo tomar nuestras debilidades para sostenerlas, y nuestras miserias para consolarlas; es preciso

satisfacer mayores necesidades, y una mas hermosa obra le está reservada. Ha visto de lo alto de los cielos que los hombres no se mueven sino de los bienes sensibles; los vé fascinados por engoñosas apariencias, y tristemente decaídos por seductoras figuras; los vé encantados por el amor del mundo; los vé elevarse locamente hasta el cielo por un orgullo sin límites, y descender mas abajo del bruto por pasiones desarregladas; los vé esclavos de los honores, idólatras de sí mismos, aváros de todo lo que les engaña, tan desgraciados por lo que poseen, como envilecidos por lo que desean. Los vé, y en su corazon concibe el proyecto de dissipar estas locas opiniones, de salvar al hombre de sus vicios, de arrancar sus inclinaciones corrompidas, y hacer morir hasta la última raíz las pasiones injustas.

¡Amor incomprendible de mi Dios! Cuanto mas os contemplo, mas admiro; cuanto mas medito, mas creo; cuanto mas reflexiono, mas amo. *Vos sois la luz del mundo; el que os sigue, jamas anda en tinieblas.* Vos sois la luz que, iluminando inutilmente y por tantos siglos al género humano, habeis venido por último de un modo sensible, para que todos *los que creen en*

Vos, no permanezcan en tinieblas. Verdadero mediador, nadie puede llegar al Padre sino por Vos. Vos sois el *camino*, la *verdad* y la *vida*: el *camino* del bien, la *verdad* de las inteligencias, la *vida* de los corazones, el *principio* de todas las cosas, y la *luz clara del mundo*. ¡Pueblos todos de la tierra! ¿no me veis? ¿no me sentis? Os vemos, Señor, os sentimos. Y ¿cómo dejar de veros y sentiros, cuando nada hay en el mundo, diez y ocho siglos há, que no seais Vos? ¿Cómo dejar de veros y sentiros, cuando habeis llegado á ser en él el principio de todas las cosas, de las costumbres, de las creencias, de las instituciones, de las leyes, de la civilizacion, de la sociabilidad, y hasta de las artes, simples adornos de la vida? ¿Cómo dejar de veros y sentiros, cuando sois el camino en el cual entró y no ha dejado de marchar el género humano, elevándose hasta la cumbre de la civilizacion y de la inteligencia? ¿Cómo dejar de veros y sentiros, cuando sois la vida de las inteligencias y de los corazones, y la suprema verdad, tipo soberano de todas las verdades? Cómo dejar de veros y sentiros, habiendoods hecho, en fin, la luz en que todo se ha transfigurado, y fuera de la cual todo es fantasmas, ilusion, ti-

nieblas, desórden inaudito y espantoso cáhos? ¿Qué hay en el mundo, qué ha quedado en él, Illmo Sor., de verdadero, de grande, de vital, de bello y de inmortal, que no sea cristiano, que no sea Cristo mismo? Buscad, buscad en todas las fases, en todas las vicisitudes, en todos los estados de la humanidad los mas grandes corazones, las mas bellas inteligencias, los mas sólidos talentos y las mas hermosas virtudes: evocad, si os place, todo lo verdadero, todo lo bueno, todo lo grande, todo lo sublime, todo lo hermoso, todo lo bello que se ha dicho ó que se ha hecho, y decidme ¿no es el Cristo el padre y el autor de todo?

¡O ceguedad incomprensible la de algunos hombres de nuestros dias! Todas sus palabras se han convertido yá en hechos tan grandes como el mundo mismo ¡y dudais aun de sus palabras! Las piedras y el bronce están de ellas penetrados ¡y vuestras inteligencias permanecen vacías! Lo llena todo, todo lo lleva en sí, lo es todo ¡y le buscais todavía! Su triunfo ha pasado hasta á la ignominia de su suplicio; Él hizo de la cruz, tipo de infamia y de dolor, el emblema de la gloria y el instrumento de los mas dulces y sólidos consuelos ¡y aun dudais de su triunfo!

Antes de su segunda revelacion, cuando El no era mas que un ástro perdido en el mundo, cuando no era visto sino al traves de las sombras y en esperanza, encontró adoradores que le reconocieran. *Abrahan vió su dia*, y tantos otros, no solo en el pueblo judío, sino tambien en la mas remota antigüedad ¡qué digo! todos los pueblos tuvieron fé en la virtud del *Sacrificio* y en la venida del *Libertador*: Él llamaba la atencion universal; y en el dia que ha entrado en su propia herencia, que ha venido entre los suyos, que se ha presentado á todos cara á cara, como un amigo que viene á sentarse á la mesa de su amigo ¡vosotros, ó incrédulos, aun no le veis, aun no le sentís!... Reconeced la eterna verdad: rendios, ó resolveos á perecer.

Y Vos ¡Dios mio! disponedles con uno de esos golpes de vuestra omnipotente diestra, que introduzcan á la vez en su alma el fuego del amor y el rayo de la verdad. Aprovechaos, si me atrevo á esplicar así, de la mas lánguida disposicion de su corazon, para hacer nacer en ellos la fé, la fé que no es una ciencia, sino una virtud, madre de la ciencia, que habeis vinculado á la *buena voluntad*. Enseñadles á todos por Vos mismo; daos todo entero á sus co-

razones. Habladles Vos solo dentro de ellos mismos, é imponed silencio á los razonamientos insensatos y á las pasiones turbulentas. Decidles de esas cosas que todos comprenden cuando quieren escucharlas; de esas cosas que hicieron decir á los discipulos desolados de Emaús: *¿No es verdad que ardia nuestro corazon dentro de nosotros, cuando en el camino nos hablabas?* á fin de que pueda decirse tambien de ellos: *Y fueron abiertos sus ojos, y lo conocieron y adoraron por los siglos de los siglos. AMEN.*



¿Cuan es este gran suceso que se anuncia de un modo tan extraordinario y tan maravilloso? ¿La tierra sorprendida y los cielos descubiertos? ¿Los hombres instruidos por la voz de los ángeles? ¿Los ángeles mismos sorprendidos de espanto? ¿Que signifiquen tantos prodigios? ¿Que anuncian tantas maravillas? ¡Ah! todo se explica, Ilmo. Sr. por esta sola palabra que nos re-

SERMON

SOBRE LA NATIVIDAD DE N. S. J.

Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.

Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

Luc. Cap. II . V. 14.

¿**C**UAL es este gran suceso que se anuncia de un modo tan extraordinario y tan maravilloso? ¡La tierra sorprendida y los cielos admirados! ¡Los hombres instruidos por la voz de los ángeles! ¡Los ángeles mismos sobrecojidos de espanto! ¿Qué significan tantos prodigios? ¿Qué anuncian tantas maravillas? ¡Ah! todo se explica, Illmo. Sr., por esta sola palabra que nos re-

cuerda el evangelio , cuando de parte de Dios se dijo á los Pastores: *Yo os anuncio un gran motivo de gozo: Os ha nacido el Salvador.* Este nacimiento para siempre memorable es el que la Iglesia honra solemnemente en este dia, encargando á sus ministros que instruyan á sus fieles sobre su memoria. Este mismo recuerdo produce hoy entre los cristianos una santa alegría, un movimiento de una piedad tierna, y el fervor del amor que deben á Jesucristo. No, ni la confusiou de ideas, ni el desórden de los delitos deben turbar mas la paz de los mortales ; ni las dudas crueles, ni las incertidumbres terribles, ni las opiniones fluctuantes sobre el destino eterno del hombre deben agitar mas la tierra: *el sol de justicia ha aparecido en el Oriente,* y el primero de sus rayos ha disipado sus tinieblas; la ambicion embidiosa, el melancólico y vergonzoso deleite y el furioso apego á los bienes de este mundo debian haber desaparecido yá; los cielos se han abierto; el *Santo* por excelencia, el *Deseado de las naciones* se ha manifestado; el vasto océano que formaban estas pasiones, le ha visto y se ha huido con precipitacion; ha dejado paso libre á los hijos de Jacob; pueden romper las cadenas pe-

sadas de su dura servidumbre; librarse del pueblo infernal y bárbaro bajo cuya dominacion gemian, y adelantarse con seguridad hácia la tierra de los Santos. El Señor viene á introducirlos, á reconciliar el cielo con la tierra; á quitar el muro de separacion que nuestros pecados habian levantado; viene, en fin, á traer al mundo la verdad, y á fijar el órden entre los seres inteligentes. Hé aquí la paz infinitamente ventajosa que nos ha procurado Jesucristo con su prodigioso nacimiento. Pero no es nuestro interes solo el que debe escitar nuestros afectos. Dios, en este misterio, es glorificado en lo mas alto de los cielos; es glorificado, porque el nombre del Eterno, ignorado y blasfemado hasta hoy, será en adelante conocido entre todas las naciones, y adorado por todos los pueblos de la tierra; es glorificado, porque Dios manifiesta á los hombres y á los ángeles misterios de misericordia, de sabiduria y de omnipotencia que no habian conocido. Estas son las dos verdades que nos ofrece el pesebre del Recien Nacido, el misterio de Belen.

¡Niño admirable! ¿Qué pensais vosotros que será un dia este Niño? *Quis putas Puer iste erit?* Abísmese la tierra en el silencio de la ad-

miración á la vista de la cuna de Jesus: representa en este estado la verdad eterna, cuya luz debe disipar el orgullo fastuoso del Capitolio, el supersticioso delirio de Egipto, la fiera sabiduría del Areopago, la ceguedad inveterada de todas las naciones, y las tinieblas estendidas sobre la faz del universo. Horrorícese el infierno á la vista de la cuna de Jesus. Se presenta en este Niño el conquistador terrible que debe encadenar las potestades, domar sus furioses, arrancarlas su presa, vencerlas y despojarlas. El cielo saltó de gozo á la vista de la cuna de Jesus. Se presenta en este Niño el rey de la gloria que debe abrir sus puertas, poblarla de habitantes, asegurarles la eterna posesion y fijar para siempre su trono. Jesucristo debe manifestar al mundo la gloria del nombre de Dios, ensalzar la gloria de su templo y estender su reino hasta las estremidades del mundo. Jesucristo es el fundador de este reino que no será destruido nunca; la piedra angular sobre la cual debe ser construida la casa del Señor, fundada sobre lo mas alto de los montes; el Gefe de estos pueblos numerosos y dóciles que formarán su herencia; el gran Legislador que reformará á los hombres por las impresiones de una ley

enteramente celestial; el Maestro adorable que enseñará lo que hay de mas profundo en los misterios, de mas sublime en las verdades, de mas elevado en los caminos de Dios, de mas santo en los deberes y de mas heróico en las virtudes. Terminaremos esta pintura que pide la sublimidad de los Profetas, exclamando con san Pablo: *Honor á Dios por Jesucristo. Gloria in excelsis Deo.* Pero este Dios-Niño que acaba de nacer, es anunciado bajo el nombre de *Salvador. Natus es vobis hodie Salvator*; y esto es lo que anuncia sensiblemente la infinita clemencia de Dios. En el nacimiento de Jesus se cumple enteramente la palabra del Profeta que nos representa la tierra como llena de esta infinita misericordia, y que es superior á todas las obras del Señor. Antes del nacimiento de Jesucristo, las perfecciones de Dios se habian manifestado de una manera brillante. El mundo anunciaba su poder, los cielos cantaban su gloria; el órden con que se regia, le señalaba á la vista de los hombres; sus preceptos publicaban su santidad, y su justicia era representada en los castigos con que tantas veces habia herido al pecado. Con el nacimiento de Jesucristo comienza de una manera visible el reino de la

clemencia, y su cuna es el trono. *Gloria in altisimis Deo.* ¡Gloria á Dios, gloria á su magnificencia! ella es la que nos enriquece, la que nos ofrece el valor infinito de sus dones, comunica á la tierra el resplandor de los cielos, y hasta su Unigenito Hijo. ¡Gloria á Dios, gloria á su sabiduria! que concilia todo lo que habia de mas opuesto: el derecho que Dios tiene de castigar, y la voluntad de perdonar; el odio esencial que tiene al pecado, y la caridad sin límites que tiene al pecador; la reparacion debida á su inmensa magestad, y la conmiseracion de los que la han ultrajado. Dios quiere que la justicia y la paz se encuentren en su Hijo. ¡Gloria á Dios, gloria á su condescendencia! que acerca la omnipotencia á nuestra debilidad, que viste de nuestras miserias al mismo que ha de curarlas. ¡Gloria á Dios, gloria á su gracia! que nos dá una luz para ilustrarnos, una guia infalible para conducirnos, y un protector eficaz para sostenernos. ¡Gloria á Dios, gloria á su poder! que nos arma contra el pecado que nos pierde, contra la venganza divina que nos persigue, y contra el infierno que nos amenaza. ¡Triunfad, Señor! ¿Cual va á ser la gloria de vuestra venganza? El hombre fué el culpable,

y Dios viene á ser el reparador. El nacimiento de Jesucristo es un misterio de gloria para Dios y de paz para los hombres. Mucho antes de nacer Jesucristo, habia sido señalado bajo el nombre de *Príncipe de la Paz*, y en sus dias, segun la espresion de David, debia nacer la *abundancia de la paz*, fruto sólido de la caridad y de la justicia; y sin hablar de la paz que trajo al mundo, reconciliándole con el cielo, detengámonos únicamente en desenvolver esta paz interior, consecuencia de la primera. Paz relativa á los deseos que hacian suspirar á los hombres por su venida; Jesus los llena por su nacimiento. Paz relativa á las turbaciones que ocasionaba el desórden de las pasiones en los hombres; Jesus les descubre el origen de la verdadera tranquilidad en las virtudes que caracterizan su nacimiento. Paz relativa á los terrores que debia inspirar á los hombres el convencimiento de sus iniquidades; Jesus los calma por la confianza que dá su nacimiento. En tres palabras: Paz de deseos, para los que esperaban un Salvador; paz de orden, para los que le toman por modelo; y paz de confianza, para los que recurren á las bondades del Salvador. Hé aquí los *hombres de buena voluntad*, á quienes el cielo envió la paz. El

Mesias resonaba de continuo en la boca de todos los Profetas, anunciaban su venida, expresaban su caracter, contaban sus trabajos y publicaban su gloria. Y ¿bajo de que nombre era singularmente conocido? Bajo el de la *Esperanza de las naciones*, el *Deseado de todos los pueblos*, el de *Salvador*, que Dios debía enviar. ¿Quereis ver de algun modo á este divino Salvador? Si: pues bien. Tomad su evangelio en la mano, introducidle hasta vuestro corazon, haced de él vuestra única ocupacion, y hallareis allí su sabiduria que os ilustre, su doctrina que os instruya, sus ejemplos que os arreglen, y sus obras que os hablen. ¿Quereis ver á este divino Salvador? Si: pues contemplad la estu- penda conversion de los gentiles, la caída de las bárbaras supersticiones que tanto afligian la tierra. El nacimiento de Jesus es un misterio de gloria y un misterio de paz: misterio de gloria para Dios: *gloria in altissimis Deo*, primera parte; misterio de paz para los hombres: *in terra pax hominibus*. Para proseguir, saludemos á la Reina soberana con la salutacion del ángel.

AVE MARIA.

Es de reparar que en el misterio de la gloria de Dios, del nacimiento de Jesucristo, que podemos llamar el misterio de su aniquilamiento, oigamos celebrar tan altamente la gloria de Dios. ¡De donde nace que el cielo, á la vista de un espectáculo tan sensible, hace reteñir con tanto brillo los cantos de su alegría, como si el día de las humillaciones del Hijo de Dios debiera ser para Dios un día de triunfo! No os admiréis. Jesucristo naciendo honra escelentemente la grandeza de Dios, de quien es enviado; anuncia sensiblemente la misericordia de Dios, de quien es la prenda; asegura eficazmente una satisfaccion á la justicia de Dios, de quien es la víctima. *Gloria in altissimis Deo.* Jesucristo es el enviado de Dios. Nace, y el universo parece al principio ignorar la venida; pero la voz del cielo se adelanta á publicarla. Nace en el seno de la oscuridad; pero por claridades milagrosas se hacen sentir de un nuevo ástro los resplandores. Nace en la debilidad de la edad; pero Jerusalem se turba; Herodes se asusta, sabiendo que ha nacido. Nace, no en la ciudad real, no en los días brillantes del pueblo al cual ha sido prometido; pero Bethelen es ilustrada por su nacimiento. Así comienzan á estenderse los indicios de

esta gloria que convenia al Hijo de Dios, y que tan solo convenia á su Padre procurársela. No; hasta entonces, Dios no habia recibido homenajes proporcionados á su grandeza. Era conocido, era servido, era adorado sobre la tierra; mas lo era por los hombres. Hoy es honrado por un Dios; y ya la tierra, dirigiéndole con confianza esta palabra del Profeta: *Poned los ojos en vuestro Cristo*, puede asegurarse de ofrecerle un sacrificio igual al que merece. En este Niño se halla la verdadera imagen de las grandezas de Dios. Grandeza de dominio. ¿Quién puede espresar esta idea mas perfectamente que un Dios que no nace sino para someterse á Dios, que se sujeta á la ley de Dios para cumplirla, y de quien está escrito que viene para hacer la voluntad de Dios? Grandeza de operaciones. ¿Qué presenta á Dios el nacimiento de Jesucristo? Un Dios-Niño, sin que la gloria de la naturaleza divina consuma las propiedades de la naturaleza humana; sin que las humillaciones de la naturaleza humana envilezcan la magestad de la naturaleza divina; unidas, sin que la union las confunda; distintas, sin que la distincion las desuna. Grandeza de perfecciones: son el caracter distintivo del ser

divino; y Jesucristo las trae para santificar la tierra de las diferentes naciones que han venido á colocarse bajo sus estandartes; y vereis la mano divina, palparéis el poder sobrehumano que ha obrado este cambio en el mundo. ¿Quereis ver á este divino Salvador? Sí: pues considerad las profecías y su exacto cumplimiento, la duracion permanente de su Iglesia, que el infierno no ha cesado de combatir, la dispersion constante del pueblo que rehusó reconocerle, y confesad que los hombres no hacen cosas semejantes. ¿Quereis ver á este divino Salvador? Sí: pues acordaos que sois cristianos, y que este nombre os dice á todas horas que vosotros sois sus discípulos. Nosotros conversamos con Él, nos unimos á Él, y esperamos morir en sus brazos antes de ir á reinar con Él. Y ¿qué lecciones nos dá este divino Niño? Desechando humildemente desde su entrada en el mundo lo que escita los deseos apresurados de los hombres, muestra las virtudes que son el solo y verdadero principio de la paz. ¡Ah! ¿De qué paz? De la paz de la conciencia. No, hermanos míos, vosotros no gozareis jamas de ella, mientras que prefirais el orgullo de las pasiones que tiranizan al hombre, á la dulce humildad que ea-

racteriza á un niño. Los votos ardientes de la ambicion, las embidiosas pretensiones de la vanidad, los deseos inquietos de la avaricia, las fierezas imperiosas de la dominacion, los des-
piques secretos de la embidia, los gustos seductores de la sensualidad; hé aquí vuestras agitaciones y vuestros tormentos. Pero la salud y la paz están unidas al generoso desden de las riquezas, al desprecio modesto de los honores, á la amable candidez de la rectitud, y á la humilde sumision de la docilidad. Yo no exagero nada. Es necesaria la simplicidad de un niño en vuestra fé, que, aunque sólida en sus motivos, debe suscribir á la oscuridad de los misterios. Es necesaria la inocencia de un niño en la pureza de vuestras costumbres, cuyo brillo no debe empañar la libertad del pensamiento. Es necesaria la sinceridad de un niño en vuestras promesas y en vuestros discursos, para alejar el artificio. Es necesaria la dulzura de un niño en vuestra alma, la obediencia de un niño en vuestra fidelidad á la ley de Dios, para desterrar el menor movimiento de rebelion. Sin este precio no podeis lograr una paz sólida dentro de vosotros y con vosotros, porque no estareis en paz con Dios: instruccion que recordaba san

Pedro á los primeros cristianos: *Sicut modo geniti infantes, ut crescatis in salutem.* Y de aquí, hermanos míos, la paz del corazón, que no es turbada sino por el amor desarreglado de los bienes de este mundo. ¿Por que? Porque el corazón es naturalmente insaciable, y los bienes de este mundo son esencialmente limitados. El corazón padece en proporción que desea; siente menos desde que posee; se aflige cuando está privado; y el más dichoso no es el que posee más, sino aquel á quien basta menos, y el que vive sin solicitud. De esta paz de la conciencia y del corazón nacería en el mundo la paz común entre los hombres, que todos parece que buscan, y á la cual muchos se oponen. *¿De donde nacen, pregunta Santiago, estas guerras y estas divisiones que se notan en vosotros?* Del combate mutuo de estas pasiones, de que todos se quejan, que cada uno alimenta, y que nadie quiere reprimir; y manteniendo estos fuegos particulares, se prepara un incendio general, de que todos se horrorizan: *ex concupiscentiis vestris.* Este movimiento tumultuoso es el que Jesucristo nos enseña á reprimir bajo las sombras de la infancia. la presunción del entendimiento, el hinchazón del corazón, la impe-

tuosidad de las inclinaciones, y la fogosidad de los sentidos. Jesucristo ha llenado las esperanzas de los hombres ; hé aquí la paz de los deseos. Ha propuesto una regla de costumbres ; hé aquí la paz del orden. Hay todavía otra paz que les ofrece, calmando sus terrores ; es la paz de la confianza : *in terra pax hominibus*. ¿Cuál podría ser la causa de vuestros terrores, pregunta á los pecadores un santo Padre, á la vista de Jesucristo que nace? ¿Sería porque, apareciendo sobre la tierra para satisfacer á Dios, es él mismo un Dios ofendido por nuestros pecados? ¿Le direis hoy, como Adán, después de su desobediencia : *He oido vuestra voz, he temblado, me he ocultado á vuestras miradas : vocem tuam audivi, et timui, et abscondi me?* Pero Jesucristo viene para instruirnos, no para juzgarnos. Nos busca ardientemente, porque desea ardientemente salvarnos. *Venit quærere, et salvum facere quod perierat*. ¿Que otra cosa significa este cuidado apresurado de salvar á los hombres, de anunciarse como un gran motivo de gozo para todos los pueblos, llamar á su cuna á los judíos y gentiles, atraerlos por la fuerza de sus prodigios, y moverlos por la generosidad de su amor? Aquí me asalta un pensa-

miento, y reduzco á él todo lo que me resta que decir. Me acuerdo de José, que salvó al Egipto de las calamidades que le amenazaban. Me represento á sus hermanos humillados y temblando, que imploran su proteccion sin conocerle. Yo le veo aparentar con ellos un rigor que los espanta, y una severidad que los consterna. Hasta aquí es la ternura que se hace violencia, el amor que se disfraza bajo las apariencias de la cólera; y vez en lo que yo encuentro la imagen ó punto de comparacion. José no puede contener dentro de su corazon los sentimientos que experimenta; las lágrimas que ha derramado en secreto, le hacen traicion por su abundancia; los sollozos dán á sus palabras el caracter sensible del dolor. No puede disimular mas; levanta su voz; baña á sus hermanos con sus lloros, y les dice tiernamente: «Yo soy José.» *Elevavit vocem suam con fletu, et dixit fratibus suis: ego sum.* Acercaos, hijos afligidos de Jacob: no es un enemigo poderoso el que os habla; es la voz de un hermano que se hace oír de vosotros: *Accedite, ego sum frater vester.* Cesad en vuestros temores; Dios no me ha enviado para vengarme, sino para socorreros y alentáros: *Pro salute enim vestra misit me*

Deus. ¿Este pasage es estraño á nuestro asunto? ¿La analogia puede ser mas sensible? ¡Eh! ¿qué dicen á los hombres las lágrimas de Jesucristo-Niño, lágrimas que le son comunes con otros niños, pero que se deriban de sus ojos con conocimiento, por ternura y por razon? ¡Ah! ellas les dicen altamente de su parte: *Yo soy el libertador que vosotros esperais: Ego sum.* Acercaos con confianza. si yo puedo mandároslo como Dios; hecho vuestro hermano, os convido á hacerlo por este último título: *Accedite, ego sum frater vester.* Es cierto; vuestros pecados me han hecho descender sobre la tierra; pero que no os haga temblar mi vista. Yo vengo para deshacerlos, no para castigarlos; no es tiempo de justicia, sino de gracia, porque no se trata de la venganza, y sí de la salvacion: *Natus est vobis Salvator.* ¿En que estado se hace reconocer Jesucristo? En el estado en que nacen los demas niños: *Invenietis infantem.* ¿Qué palabras les trae? Palabras de consuelo: *In terra pax hominibus.* ¿Como los recibe? Llenando de gozo á los pobres, á quienes instruye é ilustra. *Reversi sunt Pastores glorificantcs et laudantes Deum.* Acepta con bondad el homenaje de los grandes que llama milagrosamente, y que

santifica. Si no amais á Jesucristo, las bóvedas y las paredes de este templo se sublevarán contra vosotros. En él os hallais rodeados de los monumentos de su gloria, y de las efusiones de su amor. Y ¿qué os pide este amor? La confesion del que es Hijo de Dios, digno de nuestros respetos, y de nuestras ad oraciones, cuando para hallar acogida en nuestros corazones, de la sublimidad del trono de Dios, descende á la cuna por nosotros. ¿Qué nos pide este amor? La voz del reconocimiento. En Jesucristo hecho hombre se percibe una caridad sin límites, una generosidad que nada desalienta, una voluntad que nada detiene. ¡Ah! ¿Podemos nosotros no vivir para un Dios que ha consentido en nacer en medio de nosotros y para nosotros? *Parvulus natus est nobis.* ¿Qué nos pide este amor? La voz de la admiracion. ¡Toda la magestad, toda la sabiduria de un Dios, con la debilidad de la edad! ¡Todo el poder de un Dios con la dulzura de un niño! ¡Las manos que sostienen el universo, que pueden conmovér la tierra, que tienen el destino de los hombres, son débiles para enjugar sus lágrimas y procurarse un ligero apoyo! ¿Qué espectáculo! ¡Y á este estado se ha reducido por nosotros! *Par-*

vulus. ¿Qué nos pide este amor? La voz del sentimiento. En Jesucristo todos estos misterios presagian otros mayores. Estas manos, estas tiernas manos están destinadas á ser enclavadas sobre una cruz; este cuerpo sagrado del mas hermoso de los hijos de los hombres está destinado á saciar la crueldad de los verdugos. Ha nacido para cumplir todos estos oráculos, y viene á cumplirlos por nosotros. *Parvulus.* ¿Qué nos pide este amor? Reunámoslo todo en una sola palabra: la voz misma de Jesucristo naciente. En todos los misterios de su vida mereció todo nuestro amor, pero en el de su nacimiento nos fuerza á este amor. Sí; vosotros lo sabeis. ¿Quereis juntaros al impío que no pedía adorarle, sino para darle el golpe de muerte? No; la tierra debe responder á tantos beneficios por cánticos de su amor. Amor á Jesucristo que nos ama, amor á Jesucristo que nos libra, amor á Jesucristo que nos abre el cielo, amor á Jesucristo que se ha hecho el Salvador de los hombres. ¡Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad! ¡Gloria á Dios! tal es el objeto principal, la causa primera de la encarnacion; porque Dios no obra sino por sí mismo. Si envia á su hijo

al mundo, es para manifestar su ser, para ostentar su gloria, para dar un testimonio á la verdad, y para estender el reino de su amor. Hé aquí la mision del Verbo hecho carne. Y qué ¿se dirigirá á la razon? No; porque no depende de la razon comprender, sino de la voluntad de quien depende siempre creer lo que está atestiguado por un testimonio de una autoridad suficiente, para amar el bien y obedecer á las leyes del orden: *Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Estos escucharán á Dios en su Enviado, y le glorificarán por su fé, por su amor y por sus obras. Paz á aquellos cuya voluntad sea buena ó exemta de la corrupcion del orgullo, principio de todo mal, y que inclinarán su corazon á creer, amar, obedecer, en lugar de atormentar su razon para comprender; ó mas bien, cuya razon ilustrada comprenderá lo que es soberanamente racional creer, sin comprender, cuando Dios habla para revelarnos verdades tan altas, que Él solo es capaz de comprender perfectamente. *Paz á los hombres de buena voluntad;* paz, es decir, sociedad, union con Dios, fuera del cual no hay paz para ningun ser inteligente; paz sobre la tierra, por el goce íntimo del órden que la religion es

tablece en sus pensamientos, en sus afectos y en sus acciones. Lo que turba la paz de los entendimientos, es el combate del error contra la verdad; del error, que nace de la razon orgullosa, contra la verdad, que nos hace conocer el testimonio del Verbo: obligando á la razon á someterse, dándole la fé por regla, la voluntad termina este combate. Lo que turba la paz del corazon, es la lucha de la carne contra el espíritu, del amor desarreglado de nosotros mismos contra el amor de Dios: cediendo á sus impresiones, consumando el sacrificio de todo nuestro ser á su autor, la voluntad termina este combate. Lo que turba la paz de la sociedad, es el combate perpétuo del interes de cada uno contra el interes de todos: sometiendo las pasiones al deber, á la ley que ordena sacrificarse por sus individuos, la voluntad termina este combate. *Paz una y otra vez á los hombres de buena voluntad.* Pero á aquellos, cuya voluntad pervertida rehusa escuchar la palabra divina, amar el bien infinito, obedecer al órden inmutable; guerra, eterna guerra, primeramente consigo mismos. Todos sus pensamientos, armados los unos contra los otros, se combaten, se cruzan, y destruyen hasta el último; y su entendi-

miento destrozado se parece en su espantosa soledad á una ciudad sombría y sangrienta, en la que los furores intestinos no han dejado vivo á un solo ser ; guerra en su corazon atormentado de inquietudes, acosado de deseos, y despedazado de remordimientos; guerra en la familia, y guerra en el estado hecho presa de las disensiones, de la anarquía, y conturbado por continuas conmociones; guerra entre los pueblos, que se devoran como un pedazo de pan ; en fin, guerra con Dios, separacion de su sociedad, ódios mutuos, insurreccion impía del hombre contra su autor, que intentará derribarle de su escelso solio para ponerse en su lugar ; guerra hasta el dia señalado para el triunfo del órden, en que el Eterno, estendiendo su brazo, y asiendo á sus débiles enemigos, sentirán en una consternacion profunda la espantable verdad de esta palabra, que debe cumplirse como todas las otras: *Es horrible, superior á todo encarecimiento, caer en las manos de Dios vivo. ¿Veis? Veo, Señor, y la negra imágen de esos dias tristísimos, de esos dias de pecado viene á oprimir á mi pobre alma con todo el peso de sus inefables horrores. Pasaron estos dias: el cielo quiera que no tornen á enlutar nuestras solem-*

nidades. ¡Eh! no se cuenten estos dias en el número de los años, ni el Eterno se acuerde de ellos.

Si los deseos de un miserable como yo fuesen dignos de obtener de la Providencia uno de estos decretos memorables, que forman las grandes épocas de la historia, yo le pediria que inspirase á alguna nacion poderosa que le hubiera gravemente ofendido, el orgulloso pensamiento de reinar sin tradiciones, pero con los principios que ella misma se formára. Si á pesar de mi indignidad, me fuese permitida la antigua familiaridad de los patriarcas, yo diria á su Divina Magestad: Abajo el antiguo gobierno de esta altiva nacion; quitadla la memoria de él; estinguid todos sus afectos; derramad ademas el terror en sus contornos; cegad á sus enemigos; mandad á la victoria que vele sobre todas sus fronteras; dadla todo cuanto pueda desear, de suerte que no pueda decir algun dia: *«me faltó este solo bien.....»* Esta nacion, obrando con esta inmensidad de bienes, seria no obstante una leccion tremenda para el pobre genero humano. Hemos sido testigos, y el mundo lo ha sido tambien, de los medios empleados para regenerar á los pueblos; y ¡triste fatalidad!

los medios curativos han empeorado su situación, han agravado el mal, y lo que es mas lamentable todavía, los han perdido tal vez para siempre, y sin esperanza acaso de remedio. Los sábios creyeron deber consultar á la Divinidad moderna en un santuario extranjero : los oráculos llegaron: y ¿en que vino á parar todo esto? ¡Ah! memorable desengaño. Toda la sabiduría humana se puso á meditar, y todo acabó por la muerte : muerte en las cosas, muerte en las doctrinas, y muerte en los principios. ¿Visteis?... Vimos, Señor, la demencia en los ancianos, el delirio en los jóvenes, la impudencia y liviandad en las doncellas, la sevicia en los jueces, y la iniquidad en los legisladores. ¿Quién podrá contar tamaños desmanes, como en su demencia cometiera la virgen de Israel?... ¡Oh Dios! y qué infierno es la vida del hombre desde el punto en que, en lugar de Vos, adora á sus pasiones!... Ya que por vuestra misericordia hemos vuelto á los caminos del orden, de la justicia y de la verdad, no permitais que volvamos á precipitarnos en la demencia y furor de gobernarnos sin Vos. Hemos pecado, hemos obrado la maldad; confesamos esta verdad con que se rige el mundo moral: «*Que una gran cala-*

midad supone una gran prevaricacion»; y esperamos que esta franca confesion que hacemos de nuestras culpas, servira para aplacaros y satisfacer por ellos.

¡O tu, pueblo que me escuchas! jóvenes y ancianos, sábios é ignorantes, miserables y poderosos! no olvideis nunca que, apartándoos de Dios, os acercais á la espantosa nada, dominio propio de las altiveces humanas. ¡Amigos de Dios, y del órden que Él tiene establecido! enseñad á todos los hombres que la Divinidad es la primera necesidad de las naciones, y la razon de su existencia; y que toda doctrina disolvente se encamina á destruir, y destruirá sin duda alguna el órden del mundo, la felicidad de los pueblos y los pueblos mismos. Rotas y disueltas las leyes que gobiernan las naciones, se cumple entonces la espantosa profecia de Isaías: « *Un pueblo entero se amotinará; el hombre contra el hombre, el vecino contra el vecino; y en indecible tumulto, el niño se levantará contra el viejo, y el populachó contra el noble, porque han puesto su lengua y sus invenciones contra Dios.* »

¡Amigos de la religion! haced bien á todos los hombres; instruidles en las leyes que impone á todos los mortales; hacedles conocer que sin

ellas no pueden existir las naciones sino en un estado de muerte; y las familias no pueden vivir sino en continuas discordias. ¡Amigos de la patria! haced bien á esta ilustre madre: haced por levantarla al lustre que tuviera en tiempo de vuestros padres, y haced que reine Dios siempre en ella. ¡Sábios y literatos! instruid á los hombres en las leyes eternas de Dios, que son leyes de justicia, de verdad y perfeccion. ¡Padres y madres de familia! enseñad la ley de Dios á vuestros hijos, que es el mas rico y pingüe patrimonio: entonces los vereis obedientes á vuestros mandatos, dóciles á la autoridad de los magistrados, y respetuosos á las leyes. ¡Sacerdotes del Altísimo! á vuestro cargo está el arreglo y direccion de las conciencias, la moral y las leyes divinas. No temais anunciarlas en nombre de Dios á los pueblos que obedecen, como á los soberanos que gobiernan. Anunciad á todos los hombres, que amen el órden, los principios conservadores y las doctrinas puras. Anunciadles, finalmente, que respeten la justicia, que cumplan sus recíprocos deberes, y que practiquen todas las virtudes. Este es el modo de que Dios reine en el mundo, y el mundo en Dios. AMEN.

ellas no pueden existir las naciones sino en un
 estado de quietud y las familias no pueden vi-
 vir sino en continúas discordias. Anglos de la
 parte, habed bien a esta tierra madre: habed
 por levantada al Norte que tenéis en tiempo
 de vuestros padres y habed que tenéis hijos
 siempre en ella. Sabios y justos, instruid a
 los hombres en las leyes eternas de Dios, que
 son leyes de justicia, de verdad y perfección.
 Padres y madres de familia enseñad la ley de
 Dios a vuestros hijos, que es el mas rico y pin-
 que patrimonio: entonces los veréis obedientes
 a vuestros mandatos, doctos a la antigüedad de
 los mandatos, y respetuosos a las leyes. Sa-
 cerdotes del Altísimo a vuestro cargo está el
 arte y dirección de las conciencias, la moral
 y las leyes divinas. No temáis anunciarlas en
 nombre de Dios a los pueblos que obedecan
 como a los soberanos que gobiernan. Anunciad
 a todos los hombres que antes el daban los
 principios corruptivos y las doctrinas pueras.
 Anunciadles finalmente que respeten la jus-
 ticia que cumplan sus respectivos deberes y que
 practiquen todas las virtudes. Esto es el modo
 de que Dios reine en el mundo, y el mundo en
 Dios. Amen.

SERMON

PARA LA FIESTA DE LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR.

Postquam consummati sunt dies octo, et circumcideretur: vocatum est nomen ejus Jesus.

Despues que fueron pasados los ocho dias, para circuncidar al Niño, llamaron su nombre Jesus.

Luc. Cap. II. v. 21.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

¡**Q**UÉ asombroso espectáculo! ¡El Legislador sometido á la ley! ¡el Justo confundido con los pecadores! ¡el Santo de los santos revestido con las apariencias del pecado! ¡el Eterno hecho pasible y mortal! ¡mezclado con los demas hijos de Israel, el Hijo del Altísimo! ¡el Cordero sin mancha marcado con la nota del pecado! ¡en fin, un Dios-Hombre bajo el cuchillo de la circuncision! ¡Asombroso misterio! vuelvo á de-

cir; pero suspended por un momento vuestra admiracion, dice san Bernardo: quanto mas humilde os parezca este Niño que derrama hoy su sangre en la incision dolorosa de la circuncision, debe pareceros mas amable: ha venido para salvarnos; se ofrece al golpe tremendo de un cuchillo; la sangre que corre de su cuerpo, sube al trono del Altísimo, y sufriendo el inocente, fuimos perdonados los culpables. ¡Bendito sea el Señor, Padre de nuestro Señor Jesucristo! he exclamado mas de una vez en el esceso de mi alegria, considerando estas maravillas. ¡Bendito sea el Señor! porque su gran misericordia nos ha dejado ver este dia, y en él un misterio tan venerable, como augusto. Bendecid, os diré con el santo Esdras, bendecid al Señor Dios vuestro desde la eternidad hasta la eternidad, y bendecid el nombre excelso de su gloria con toda alabanza y bendicion. Bendecid al Dios del cielo, os diré segunda vez con el santo anciano Tobías, y confesad su santo nombre delante de todas las criaturas; porque ha usado con vosotros de su gran misericordia. Encargad esto mismo á vuestros hijos: mandadles que se acuerden de Dios, y le bendigan en todo tiempo, con toda verdad, y con todas

las fuerzas de su corazon: El Señor nuestro Dios, les direis, ha obrado cosas grandes por nosotros. Él ha hecho que donde abundó el delito, sobreabundase la gracia y la misericordia de su hijo. Se ha acercado el tiempo destinado por su Divina Providencia, anunciado por los Profetas, esperado por los Patriarcas y deseado por los justos. Jesucristo ha venido, y ha empezado á padecer por nosotros. En este dia derrama las primeras gotas de su sangre preciosa, sujetando su cuerpo al golpe de un cuchillo. ¡Qué dignacion! ¡qué asombro! ¡qué misterio tan augusto y sublime! Pero un misterio que nos enseña dos importantes verdades. Primera: Jesucristo, en la ceremonia de este dia, recibe la nota del pecado: luego es muy injusto que vosotros querais evitar la confusion que acarrea el pecado. Segunda: Jesucristo en la circuncision padece la pena del pecado: luego es injusto que vosotros os negueis á sufrir la expiacion debida por el pecado, ó lo que es lo mismo: el ejemplo de nuestro Dios Señor circuncidado en su cuerpo adorable, nos obliga á circuncidar nuestro espíritu con la humilde confesion de nuestras prevaricaciones, y nuestro corazon con la entera penitencia de nuestras abo-

minaciones. ¡O eterno Jesus mio! no hay otro nombre que pueda hacer la gloria y la felicidad de las naciones, sino solo vuestro nombre. ¡Qué consuelo, qué ventaja para mí poder consagrar este año las primicias de mi voz á celebrar vuestras maravillas! ¡Jesus! ¡ó el mas hermoso de todos los nombres! reinad pues, reinad solo en mi corazon; sed solo en mi boca; dad fuerza y uncion á mi palabra, para imprimirla en los corazones de todos los que me escuchan. Llevad á bien que yo apoye esta suplica con la intercesion de vuestra augusta Madre, saludándola con el ángel:

AVE MARIA.

Si hay alguna cosa admirable en los designios de Dios respecto á su único Hijo, enviándole al mundo; si hay alguna cosa altamente reparable en la vida del Hijo de Dios hecho hombre, ó como dice san Pablo, nacido de una muger; es que este único Hijo se haya sujetado á la ley, habiendo sido esto determinado en lo alto; y aunque la ley fuese un yugo pesado, un yugo vergonzoso, y un yugo inútil por si mismo, Jesucristo se sometió á ella sin embargo, guardó

todas sus ceremonias, no omitió ninguno de sus preceptos. Hoy se le vé sujetarse al cuchillo de la circuncision: prontamente será llevado á Jerusalem, para ser presentado al Señor, segun está escrito en la ley de Moisés. Poco tiempo despues frecuentará el templo, ofrecerá los sacrificios ordenados, guardará el sabado, y observará todas las purificaciones. Mas en el misterio de este dia hace pasar la obediencia desde su corazon hasta su cuerpo; y gravándola con caractéres de sangre, se conforma á llevar de por vida la muestra ignominiosa de pecador y de esclavo. Porque, si la circuncision fué honrosa para los hijos de Israel, toda vez que era el sello de la alianza solemne celebrada en otro tiempo con Abrahan y con su descendencia privilegiada, el Hijo de Dios, sin embargo, no puede someterse á ella hoy, sin denigrar su gloria con una mancha vergonzosa. Viene á librar á los hombres de la servidumbre del pecado; y la circuncision le hace parecer empeñado en sus vínculos. Viene á tratar nuestra reconciliacion con el cielo; y aquella ceremonia hace sospechar que Él mismo haya incurrido en la desgracia. En fin, Él habia de ser la cabeza del pueblo nuevo; y aquella ceremonia le confunde con

el pueblo antiguo; de modo que si el Señor, despues de haber hecho circuncidar segunda vez á Israel en tiempo de Josué, publicó altamente que habia quitado en aquel dia de en medio de su pueblo el oprobio de Egipto; Jesucristo puede al contrario levantar la voz diciendo, que el oprobio y la ignominia han recaído sobre Él. Su inocencia le arroja en la humillacion, y si Él fuera culpable, dice un padre, la nota que lleva, sería para Él en algun modo menos afrentosa. ¿Y por qué el Hijo de Dios carga sobre sí en este dia esta infamia, y se sujeta á llevar toda su vida esta afrenta? ¡Ah cristianos! el motivo es porque la sangre de los machos de cabrío, y la sangre de los toros no podía apaciguar la cólera de un Dios irritado; y toda la tierra no podía ofrecerle una víctima capaz de salvar al hombre, y de reparar la injuria hecha á su Criador. Era preciso que el Hijo del Eterno se ofreciera á sus golpes: Él mismo se esplica por la boca de su Profeta: *« Herid, Padre mio, le dice; pero castigando al inocente, perdonad al culpado. »* Empero, para herirle, para castigarle en reparacion del pecado, no era bastante que fuese semejante á los hombres por la encarnacion; era preciso tam-

bien que fuese semejante á los pecadores, sujetándose en este dia al golpe de la circuncision. Era preciso que llevára la nota y el caracter del pecado. No podia ser pecador, es muy cierto; pero era preciso que su carne, segun san Pablo, pareciéra semejante á la carne del pecado. Pues ¿cuándo tomó esta señal? ¿cuándo pareció su carne semejante á la carne del pecado, y cuándo se imprimió en Él el carácter de pecado, que no fuese en el instante de su circuncision? Por eso, aunque su nacimiento sea anunciado con prodigios, y aunque las humillaciones del pesebre sean compensadas con las adoraciones y el respeto de los reyes, en el templo nada se habla de su grandeza y de su gloria; y es porque en el pesebre no se vé en Él sino justicia y santidad; y en el templo se le vé cubierto con las sombras del pecado. Por esto tambien toda la naturaleza desconcertada publica en el calvario la divinidad de Jesucristo; y cuando es circuncidado guardan un silencio universal todas las criaturas. En el calvario aparece inocente; y en Jerusalem, cuando es circuncidado, tiene el exterior de un pecador. «*In similitudinem carnis peccati.*» Entonces se halló en la disposicion proxima para ser vícti-

ma del pecado. Entonces se hizo, propiamente hablando, dice el Padre san Bernardo, nuestro Pacificador y nuestro Salvador. Y aunque la circuncision fuese afrentosa para el Hijo de Dios, no se oculta para recibirla, sino que quiere que sea en público, y que todo Israel sea informado; quiere que el evangelio dé un testimonio auténtico de este hecho. Y aun cuando lo hubiera recibido en secreto, ¿la señal no está gravada en su carne inocente? ¿No declara ella misma que recurrió al remedio prescrito por la ley? ¡Cristianos! penetremos, si se puede, en el corazón de Jesus, en el instante mismo en que se le circuncida: veamos allí, pero con reconocimiento, los sentimientos que le animan á vista de sus empeños; cómo acepta las penas reservadas á nuestros pecados: penas, que se puede decir en un sentido, que las padece todas en el instante de su circuncision, supuesto que las tiene todas presentes en su espíritu, y que se ofrece á su padre como víctima para llevarlas todas. «Mi amor sólo, os dirá, me basta para beber este cáliz lleno de amargura, que vosotros merecías, y para quienes estaba preparado. Si yo me cargo con vuestras iniquidades, y estoy resuelto á sufrir la pena que merecen, quiero

aparentar que he cometido el pecado, para aparecer digno de la pena que le es debida.»

No puede darse un testimonio mas sensible de la acerbidad de las penas que el Hijo de Dios padece en la ceremonia de este dia, que las gotas preciosas de sangre que derrama, que las lágrimas abundantes que vierte, y los llantos inocentes que envia al cielo. Y si no, fijad los ojos en la circuncision de los Sichimitas, de aquellos hombres fuertes y robustos; y considerad que les quitó la fuerza para defenderse de la espada enemiga, y decidme; ¿este dolor seria menos vivo, menos sensible en un cuerpo tierno que acababa de nacer; en un cuerpo cuya delicada organizacion debia hacerle susceptible á las menores impresiones del dolor? Sin embargo, Jesucristo no se esceptúa de la ley que ordenaba la circuncision; no difiere ni un momento sujetarse á ella; apenas toca el octavo dia señalado por la ley, cuando veo ya esta víctima inocente hacer el primer ensayo de su sacrificio; y espiando en él la figura del pecado, nos enseña con su ejemplo á espiar la malicia verdadera de nuestras iniquidades por medio de la circuncision de nuestros espíritus y de nuestros cuerpos.

La antigua circuncision no finalizó en Jesucristo, sino porque estableció otra nueva. Esta no es, dice el Apostol á los Colosenses, una circuncision exterior de la carne: *Circumcisi estis circuncisione non manu facta*. Es una circuncision del corazon, que se hace en el origen del espíritu: *Circumcisio cordis in spiritu*. [Esta circuncision del corazon es propiamente la que llama san Pablo circuncision de la ley de gracia, cuando dice que nosotros somos hoy la circuncision, nosotros que servimos á Dios con espíritu: *Nos enim sumus circumcisi, qui spiritu servimus Deo*. Y hé aquí á lo que todo fiel cristiano está obligado, á trabajar en la destruccion del hombre-animal, y en la mortificacion de esta concupiscencia, que llama el Apostol *Cuerpo del pecado*; de esta *ley de los miembros*, que se opone á la *ley del espíritu*; de este horno de Babilonia, como se esplica san Cipriano, cuyas voraces llamas causan estragos tan formidables en nuestras almas. «Los infantes eran circuncidados, dice este padre, para que la sangre corrompida de Adan, que corria por sus venas, fuese purificada por la que derramaban en aquella santa ceremonia; y para que por medio de esta primera prueba que se les hacia

sufrir desde la cuna, aprendiesen á combatir el placer de los sentidos por medio del dolor y la austeridad de una vida mortificada.» Por esta circuncision debe comenzar el cristiano, como que es la principal y la mas importante; porque el corazon es el manantial de todos nuestros pecados. Del corazon, dice Jesucristo, salen los pensamientos perversos, los adulterios, la avaricia, y todos los demas delitos. Es preciso tambien que nuestro espíritu sea circuncidado; quiero decir, que es menester desterrar las ideas de ambicion, que le adulan; la estimacion de la propia excelencia, que le engaña; el temor del menosprecio, que le aqueja; el deseo de los honores, que le embelesan; y los delincuentes y quiméricos proyectos, que le ocupan. Es menester tambien circuncidar los sentidos, y en primer lugar nuestra lengua: esto es, que hable siempre la verdad, y jamás se preste á la mentira; que jamás sea instrumento de las pasiones, y siempre lo sea de la caridad; que se abstenga de canciones lúbricas y obscenas que fabrica el demonio del deleite; de gracias y de chistes equívocos que sugiere el demonio de la impureza; de aquellas feas agudezas que caen sobre las cosas santas, que inspira el de-

monio de la impiedad; de los juramentos y blasfemias que inspira el demonio del furor; y de la rabia de aquellas sátiras crueles que vomita el demonio de la murmuracion y de la calumnia. Es preciso circuncidar el apetito; es preciso huir de las demasías en comidas y bebidas; es preciso evitar la curiosidad y regalos de los convites y festines, y el hedor y pestilencia de ellos. «Muchos viven, decia el Apostol á los Filipenses, segun que yo en un tiempo os escribia, y ahora (llorando os lo digo) enemigos de nuestro Señor Jesucristo, cuyo fin será la muerte, y cuyo Dios es su propio vientre, los cuales se glorían en cosas de que debieran recibir verguenza é ignominia.» Es preciso circuncidar nuestros ojos: es preciso cerrarlos siempre á tantos objetos seductores, cuya vista es tan funesta á la inocencia; á encantadores espectáculos, que triunfan de la mas heroica resistencia; á los ejemplos perniciosos, que nos hacen entrar en el camino de la perdicion; y á las perniciosas curiosidades, que arruinan á tantas almas indiscretas. Igualmente estamos obligados á circuncidar nuestros oidos: es decir, á cerrarlos á aquellos cantos lascivos, que enternecen; á aquellas alabanzas, que alimen-

tan nuestra vanidad; á aquellas adulaciones, que seducen nuestra razon; á aquellos consejos, que favorecen á nuestras pasiones; y á aquellas solicitudes, que animan á nuestras inclinaciones; á aquellas palabras picantes que despiertan nuestra sensualidad. Es preciso cerrarlos; pero ¡ay de mí! ¡con cuánta razon podia yo renovar el lamento del profeta Jeremías, cuando dice que *todos los de la casa de Israel son incircuncisos de corazon!* ¡Insaciable concupiscencia! tu exaltas la ambicion de este; tu obras secretamente bajo la aparente modestia del otro; tu nutres la envidia oculta de los unos; y tu fomentas el orgullo de los otros. Yo he pecado en extremo, se dice todos los dias, á ejemplo de aquel rey impenitente de quien se habla en la escritura; pero luego añadís á los ministros del tribunal divino que os traten con moderacion, y que carguen ellos con el peso de vuestras culpas. *Peccavi, sed nunc porta, queso peccatum meum.*

La circuncision espiritual parece dura y enojosa á muchas almas carnales, cuando consideran que es preciso comprar á este precio la alianza de un Dios, y llevar el nombre augusto de cristianos, semejantes á Sefhora que por

una ternura mal entendida quiso sustraer á su hijo de la espada de la circuncision, y exclamó: ¡ah Señor! exigiendo de mi tales sacrificios, sois para mi un esposo sangriento. *Sponsus sanguinum tu mihi.* ¡Hombres aváros! cuando vuestro Dios os condena ese espíritu de interes, que os posee, ese asimiento torpe, que os hace despreciables, esa bárbara insensibilidad, que os hace odiosos; cuando os manda que adquirais sin injusticia, que poseais sin asimiento, que deis sin repugnancia, y perdais sin pesar; entonces, como Séphora, exclamais: ¡ah Señor! Vos sois para mi un esposo de sangre. *Sponsus sanguinum tu mihi* ¡Hombres tiernos y afe-minados! cuando vuestro Dios os prohíbe esa comunicacion ó inteligencia, que es todo vuestro embeleso, y la falsa felicidad de vuestra vida; esas conversaciones en las que la licencia ó libertad inflama vuestros deseos; esas lecturas, cuyo cebo peligroso fomenta vuestra passion, y entretiene vuestras secretas conversaciones, ¡ah! decís en la amargura de vuestra alma: mi Dios es para mi un Dios de sangre, de trabajos y de mortificaciones. *Sponsus sanguinum tu mihi.* ¡Mugeres mundanas! cuando vuestro Dios condena ese amor desordenado,

que os hace idólatras de vosotras mismas; esos excesivos cuidados de realzar vuestra belleza, esa ansia delincuente de brillar y complacer, ¡ah Señor! esclamais: Vos sois para mi un esposo de sangre. *Sponsus sanguinum tu mihi.* ¡Hijas de Sión! cuando el Señor reprueba esa vuestra disipacion, que os desordena, esos enlances de inclinacion, que os enternecen, esas desnudeces inmodestas y escandalosas, ese furor por los trages mas indecentes, esos ademanes de prostitucion, que dicen mas que lo que sois, ó no publican bastante lo que quereis ser; ¡ah Señor! le decís: Vos sois para mi un esposo sangriento. *Sponsus sanguinum tu mihi.*

¡Hijas del siglo otra vez! yo os pregunto con el Profeta Ezequiel á las hijas de Judá: ¿cuál fué la iniquidad de aquella ciudad, cuyo nombre solo causa horror, sino la delicadeza, la molicie y la prostitucion de sus hijas? Pues sabed que esta ciudad culpable, y las hijas de sus habitantes, añade el mismo Profeta, fueron menos criminales que vosotras. ¡Insano frenesí! pero para curarle, clama la Iglesia en este dia, que le gracia de nuestro Salvador se ha manifestado, enseñándonos á negarnos á la impiedad, á la idolatría del gentilismo, á la ingratitud de la Si-

nagoga, á la ignominia y al error, y á todos los deseos pecaminosos del siglo. Clama para que, reconociendo á nuestro amable Jesus por nuestra luz, camino, verdad y vida; por nuestro pastor, nuestro maestro y nuestro caritativo Salvador, vivamos sóbrios con nosotros mismos, justos con nuestros projimos, y piadosamente religiosos con nuestro Dios, á fin de que, sirviéndole en esta vida, podamos gozarle en la otra. AMEN.





SERMON

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

**Predicado en la Real Capilla, en presencia
de SS. MM.**



Scriptum est enim: Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.

Porque escrito está: á tu Señor Dios adorarás, y á Él solo servirás.

Mat., Cap. IV, v. 10.

SEÑOR:

Por mas esfuerzos que hagan los impíos para deshacer la impresion que causa la vista de este mundo admirable; por grande y empeñada que sea su obstinacion en acallar el grito penetrante de la naturaleza entera; grito que proclama que hay un Dios que le ha criado, no podrán jamás borrarle enteramente, ni sofocarle á su placer; tan fuertes y profundas raíces

tiene en nuestra alma esta grande y dichosa idea! Esta es la voz de toda la naturaleza, voz del dia y de la noche, de los sepulcros y de las vastas soledades: todos los seres claman con admirable concierto: ¡Mortales! hay Dios, y es preciso adorarle y servirle á Él solo. Las yerbas de los valles y los cedros de las montañas le bendicen; el insecto publica sus alabanzas, y las aves le cantan en medio de las ramas de los bosques; el rayo manifiesta su poder, y el océano declara su inmensidad. En medio de esta adoracion perpétua, que las criaturas irracionales tributan al Criador, hay hombres que, sin embargo, viven como si no hubiera religion, ó como si no hubiera Dios. Atéos prácticos, contemplan las maravillas de la naturaleza, sin elevarse jamás hasta su Autor por el reconocimiento; y como si estuvieran fuera del imperio de Dios, toman por regla de sus acciones la inclinacion que los domina.

Por desgracia, la impiedad hallará siempre un apoyo secreto y poderoso en el orgullo del entendimiento y en la deprabacion del corazon. El hombre quisiera ser independiente; y el pensamiento de un Dios le recuerda un Señor que manda, y que quiere

ser obedecido: quisiera vivir al gusto de sus deseos; y las doctrinas religiosas le irritan, porque violentan sus pasiones. Murmuran contra el freno de la autoridad divina; é indóciles, é impacientes, tratan de romperle, para deshacerse de él. El mismo espíritu de rebelion que levanta al subdito contra el monarca, al hijo contra el padre, al criado contra el amo, levanta y subleva al hombre contra Dios; y llegado á este extremo, prorrumpe en aquella blasfemia infernal: *non serviam*: no, no serviré á Dios que no conozco. ¡Insensato! en vez de luz, vé tinieblas; no conoce otra ley que el desórden, ni mas esperanza que la muerte. Cuando todo el mundo se hiciera atéo, quedaria sobre la tierra un cristiano todavía, que entonaria á Dios el cántico de los ángeles en el cielo. Por fortuna no me hallo en esta última desgracia: vosotros todos teneis horror á los atéos, y os estremeceis al oír pronunciar este género de monstruos; teneis la fé de Dios, y únicamente estais frios y descuidados en los afectos religiosos, que le son debidos. ¿Y por qué es esto? Porque no considerais que los sentimientos religiosos que debemos á Dios, son los mas dignos de nuestra alma, porque tienen por objeto

á Dios, y nada mas que á Dios. Nada mas simple ni mas verdadero, como lo haré ver, pidiendo antes los auxilios de la divina gracia.

AVE MARIA.

Estar sometido á Dios, y no reconocer otro imperio que el suyo; temer á Dios y elevarse sobre todos los demas temores; amar á Dios, y no presentar sino á Él, ó á lo que le representa, el tributo precioso de su afectuoso corazon; aspirar á la posesion de Dios, y mostrar una desdenosa indiferencia á todos los objetos de la tierra; hé aquí, **SEÑOR**, lo que comprende la palabra adoracion, que tiene por objeto á Dios, á solo Dios, y á ninguna otra criatura fuera de Él; y estos cuatro sentimientos ¡qué retratos tan sublimes ofrecen, y cuantas vergonzosas bajezas escluyen! Estad atentos y observad conmigo al fiel adorador de Dios, grande por el objeto único y divino de su sumision, por el de su temor, por el de su amor, y por el de sus pretensiones y esperanzas.

El verdadero cristiano no vé nada en su sumision y dependencia de Dios, que pueda alterar la nobleza de sus sentimientos, ni inquietar

su delicadeza. No tiene necesidad de recurrir á la espesura de las sombras , ó á la soledad de lugares apartados, para ocultar á los ojos del público indignos homenajes. Tampoco está obligado á disfraces vergonzosos ; la grandeza del Señor, á quien sirve, pone á cubierto su sinceridad, porque ennoblece su servidumbre. ¿Podrá no envanecerse de la postura humilde, en la cual ofrece sus adoraciones? ¿Cómo no deseará tener al cielo y á la tierra por testigos y espectadores de su humillacion respetuosa? El cielo y la tierra, la naturaleza entera ¿puede dejar de aplaudir unos sentimientos, de que ella dá en cierto modo el ejemplo? Este Dios, de quien su boca publica las alabanzas, y á quien su corazon jura una fidelidad eterna, ¿no es este mismo Dios, cuya gloria anuncian los cielos y exaltan su magnificencia; cuya direccion siguen invariablemente los ástros del dia y de la noche ; cuya voz oyen y respetan los abismos profundos? Todos los seres animados, que rodean á este adorador fiel, ¿no son los subditos naturales del soberano Señor, cuyo imperio reverencian? Y si órganos materiales, si esta carne animal no impidiese su comunicacion con los espíritus inmortales, con los ángeles del Señor, ¿no oiria á

los espíritus bienaventurados felicitarle por su obediencia? ¡Triunfa, ¡dichoso y sábio mortal! ¡concibe un noble orgullo por los homenajes que tributas á tu Criador; y por este empleo glorioso corrige la bajeza de tu condicion! A nuestro comun Señor se dirigen tus respetos, y no hay ninguno de nosotros que no apruebe de todo su corazon todos los sentimientos, que te inspira la mas justa dependencia: *Ego conservus tuus sum*. Si tenemos alguna preeminencia sobre los débiles mortales, ¡ah! nosotros no la debemos á un orgullo intratable, que no abandona de sus derechos, sino lo que no puede conservar; y que reduce á un culto puramente exterior y político las señales de una sumision indispensable. No; nosotros no somos mas grandes que tu, sino porque nuestro respeto al Rey de los reyes es mas sincero y mas profundo; y nuestra dependencia de sus voluntades mas estrecha y mas entera.

Y si el ojo atento puede medir casi á golpe seguro el rango y la fortuna del señor, de un grande de este mundo, por las diferentes formas que toma en sus criados un orgullo servil, ¿cuál debe ser el santo y noble orgullo del hombre consagrado al servicio de Dios, de este Dios

grande, cuyo imperio no está limitado ni por el tiempo, ni por la muerte, ni por la altura del cielo, ni por las profundidades de los infiernos; de este árbitro supremo, cuya mano apresura, cuando le agrada, la caída espantosa de los grandes estados, para hacer salir del polvo nuevas monarquías; y que arrebató á su arbitrio los reyes á los reinos, ó los reinos á los reyes? *Servir á Dios, es reinar*; es muy debil esta espresion. Seria injuriosa á nuestro Dios, si tomada al pie de la letra, estableciese una igualdad real y precisa entre su yugo y las diademas, entre sus servidores y los señores del mundo; y quien tal estableciese, tendria una ligera idea de lo que es estar sometido á Dios, y no estar sometido sino á Él solo, que es el segundo carácter que distingue y ennoblece la sumision cristiana.

Este language no disminuye nada los derechos legítimos debidos á los príncipes y á los reyes de la tierra. Depositarios de la autoridad de Dios sobre los demas hombres, vivas imágenes de su poder y de su grandeza, les debemos nuestra obediencia por el sacrificio de nuestro reposo, de nuestra fortuna, y si es necesario, de nuestra vida. Pero Dios solo es el objeto de nuestros respetos en sus personas, porque nues-

tros ojos no vén otra cosa que á Dios en ellos; y aun así distan mucho de los respetos debidos al Altísimo en sí mismo. De este modo el cristiano no se limita á observar la primera parte del mayor de todos los mandamientos: adorar al Señor su Dios: *Dominum Deum adorabis*; sino que cumple tambien toda la estension de los deberes, que le impone la segunda parte de este mismo precepto, no sirviendo realmente sino á Dios solo. Así, cuando las leyes de una sábia decencia le mandan inclinarse delante de los príncipes de la tierra, su corazon se humilla profundamente delante del Santo de Israel: *Et illi soli servies*. Cuando, como Estér, es sobrecojido de un espanto religioso á la vista de Asuero, es que ha creído, como ella, ver en este monarca al enviado del Eterno, brillando rayos reflejados de su gloria. *Et illi soli servies*. Cuando, como Alejandro, manifiesta al gran sacerdote el mas profundo respeto, es que ha descubierto, como aquel príncipe, sobre su frente los sagrados caractéres, que forman el nombre del Altísimo. *Et illi soli servies*.

El cristiano no es menos grande por el objeto único y divino de su temor; ó de otro modo; porque teme á Dios, y no teme mas que á

Dios. Pero ¿cuál es este fantasma horrendo que se ofrece aquí á mi espíritu? Sobre su frente, está escrito: *Yo no serviré*; de su boca sale la blasfemia; de sus ojos llamas impuras, sus manos y su lengua siembran por todas partes el escándalo y la muerte; el veneno del aspiz está oculto bajo sus labios: su soplo es la corrupcion misma. Vil insecto compuesto de orgullo y de miseria, de debilidad y de audacia, desafía al Eterno, y no se atreve á mostrarse; desafía al cielo, y no puede sostener su vista; ha roto el yugo legítimo, y no puede romper sus hierros. Este es el ateo, el hombre que no teme á Dios. Aquí la conciencia arroja un grito de horror, y todos vosotros huis de estos hombres, como de un monstruo que viniera á devoraros. Los ruidosos estallidos del rayo, los sacudimientos de la tierra conmovida, los mugidos del mar embrabecido, los estragos de los vientos desencadenados; todo á una voz os enseña, y vosotros lo creéis, que Dios puede reduciros á polvo. ¿Y habeis podido ahuyentar esta justicia incómoda, que emponzoña vuestros dias los mas serenos? ¿Cuántas veces no os habeis horrorizado al solo nombre del infierno? ¿Cuántas no habeis retrocedido de horror y de espanto al solo nombre

de este Dios terrible? Habeis podido ultrajarle sin pudor, pero no sin remordimiento. En el esceso de las pasiones, habeis dicho con aquel rey impío de la escritura: *¿Quién es el Omnipotente para que nosotros le sirvamos?* Vosotros lo habeis dicho; pero no lo habeis creído. ¡Eh! ¿qué gloria se puede hallar en desafiar una cólera tan terrible? *Vocem tuam audivi, et timui.* Oí tu voz, Dios de justicia, y quedé pasmado. Su soplo ha encendido en una region tenebrosa fuegos devorantes, cuya actividad no se debilitará ni en el tiempo, ni en la eternidad, que sigue al tiempo. Me guardaré bien de provocar vuestras venganzas: *Vocem tuam audivi, et timui.* Yo hallo mi grandeza en un temor, que me libra de un golpe de todos los otros temores: *Qui timet Dominum, nihil trepidabit.*

Sí; el verdadero cristiano, porque teme á Dios, es inaccesible á todo otro temor. Que la pobreza y el desprecio que la sigue, quiza mas insoporable que sus rigores; que la enfermedad y los disgustos que la acompañan, todavía mas opresivos que sus dolores agudos; que la persecucion y la infernal calumnia le opriman con el peso de la ignominia y de los hierros; que todos los males que forman el triste cortejo de

la desgraciada humanidad, se presenten á su vista con la pompa mas espantosa; antes que cometer la mas ligera infidelidad, irá á presentarse á ellos como víctima voluntaria. *Qui timet Dominum, nihil trepidabit.* Le parece mas terrible caer en las manos de un Dios irritado, que agotar todo el furor, toda la perfidia é hipócritas injusticias de los hombres. *Qui timet Dominum, nihil trepidabit.*

Adelantemos el último sentimiento de la verdadera adoración: amor de Dios y de solo Dios.

Si alguna cosa es capaz de darme una verdadera idea de la dignidad y del precio de mi alma, es este testimonio glorioso que me doy á mí mismo: *Yo soy hecho para amar á Dios.* Nada me honra mas á mis propios ojos, que esta facultad respetable, que me une por el amor con el Hacedor supremo que me formó; porque esta facultad me dá una conformidad de sentimientos y de ser con mi Dios; me anuncia un origen y un destino igualmente glorioso; me hace descubrir en mi alma, no algunos retratos ligeros del Criador, sino una comunicacion real de su sustancia. Si yo soy hecho para amar á Dios; luego el cielo es mi destino; y como to-

das las criaturas, que no son *yo*, no tienen por centro y por fin sino la tierra, la diferencia que me distingue de ellas es tan grande, como la que separa el cielo de la tierra. *Yo soy hecho para amar á Dios.* ¡Idea sublime! ella es el trasporte y el triunfo de mi alma. Que el impío se esfuerce á envilecerla; que la confunda con el instinto, y á esta porcion de mi ser con el polvo de la tierra; el amor de su Dios depondrá siempre en favor de su nobleza, de que ella misma tiene la conciencia. *Yo soy hecho para amar á Dios*; luego soy hecho para que Dios me ame. Sí; este corazon que no tiene límites en la ternura; este corazon que se basta á sí mismo; este corazon donde todos los serafines van á confundirse juntamente; este corazon, donde se obran á cada instante misterios inefables; este corazon, que concibió el proyecto de salvar un mundo culpable; este corazon, cuya actividad no puede cansarse, ni apagarse nunca; este corazon me convida, me previene, me insta, me persigue hasta el punto de hacerme dudar, si es el hombre quien tiene necesidad de Dios, ó Dios quien tiene necesidad de hombre. *Yo soy hecho para amar á Dios.* Ved aquí, hermanos míos, el sentimiento precioso,

que me venga plenamente de las humillaciones de mi caída, y de los ultrages de la muerte, y de los oprobios del sepulcro... ¡Sepulcro! cesa, cesa de alabarme tus lúgubres victorias; por el amor venzo tu imperio, que hace temblar á los mortales; ¿Y qué podrán sobre mi corazón, sobre este fuego divino que le inflama, los tiros helados de la muerte? Su soplo, que todo lo reduce á polvo, no sirve sino para dar á mi alma una nueva actividad; y esos vastos escombros, esos huesos áridos de que ella hace sus trofeos, no son en mis manos mas que la señal de mi victoria, y el estandarte de mi libertad. *Yo soy hecho para amar á Dios.* ¡Ah! sí: si es cierto que nosotros somos lo que es el amor que nos posee; si amando á las criaturas, nos apropiamos su indignidad y su bajeza; luego es cierto que por el amor de Dios nos hacemos enteramente divinos y celestiales. Un alma, á quien este divino fuego arrebató, se eleva sobre sí misma, no pertenece mas á los sentidos ni á la materia; toma una existencia independiente de las pasiones del cuerpo; se purifica, y se dilata; adquiere una especie de inmensidad; se pierde en la contemplación de la hermosura divina; se apropia en algun modo su grandeza; se incor-

pora á sus sentimientos, sus deseos y su voluntad, y vive una vida divina; de suerte que es cierto en un sentido, que como el amor ha hecho de Dios un hombre, hace tambien del hombre un Dios. La caridad me ha enseñado á amar á Dios, y por esto cumple tan dignamente el principal objeto de una religion santa, que es unir el cielo con la tierra, la criatura con Dios, y el tiempo con la eternidad. Quitad la caridad; la comunicacion se interrumpe, la cadena se rompe, el cielo se nos escapa, y el alma queda sin Dios en este mundo. ¡Desgracia sin remedio! No; yo veré brillar la figura del mundo; pero sin pretender locamente fijar en mi favor esta nube inconstante, y este vapor fugitivo; veré el espectáculo animado de las pasiones humanas siempre en movimiento, y siempre en oposicion consigo mismas; veré esta escena de pérfidias arterías, que maneja lo que se llama política, y en sustancia no es otra cosa que transaccion con viles y detestables respetos; veré todo esto; pero sin tomar otro interes que el de una noble compasion por tantas bajezas y debilidades; y apartando de tiempo en tiempo mis miradas de estos miserables objetos, para elevarlas al cielo, mis ojos dirán al que reina en

el: «Vosotros sois el Dios de mi corazón, y vosotros sereis mi eterna herencia.» *Deus cordis mei, et pax mea: Deus in aeternam.* Resumamos, Señor, estos diversos pensamientos. Una adoración que encierra juntamente los principios de la sumisión mas respetuosa y de la mas noble independencia; que dá la idea del valor mas sensato, y anima la mas gloriosa ambición, es el triunfo del amor propio, y reanima en nosotros los primeros sentimientos de nuestra grandeza original.

Allá, en los días de tinieblas, se oyó una voz funesta, que parecía salir de los sepulcros infernales, y quebrantarse entre los huesos; era como la voz de la muerte: los pueblos la han oído, y han aplicado el oído á este sonido lúgubre; sordas blasfemias han llegado hasta ellos, y todos han dicho: «¡Es el grito del ateo!» y han huido de horror. No; ¡Dios criador del universo! jamás vuestra memoria se perdió entre los mortales. Todos han oído la voz poderosa, que como un soplo de vida, atraviesa el tiempo para animar á las inteligencias, revelándolas vuestro ser. Pero los hombres, deslumbrados con vuestra gloria, y aterrados de vuestra grandeza, han apartado de Vos sus mi-

radas, y no han levantado su adoracion sobre las criaturas. ¡Ciegos, que ademas habeis perdido el sentido! comprended ahora esta palabra: *Tu adorarás al Señor tu Dios, y á Él solo servirás.* Los homenages exteriores; la adoracion, todos los actos del culto son inseparables de la adoracion del corazon. El amor necesariamente se manifiesta al exterior; y en vano, sacudiendo el yugo de Dios, y rompiendo los lazos de su sociedad, osareis decir: *¡No serviré!.....* á pesar vuestro será necesario servir. Servireis á vuestros deseos y á vuestras pasiones; y les dareis el culto que rehusais al Omnipotente: os adorareis á vosotros mismos, y os postrareis delante de vuestros vicios. Erigireis en templos las oscuras guaridas de la prostitucion: *Sub omni ligno frondoso tu prosternaberis méretrix.* Servireis á esos tiranos, hasta que arrebatados de repente, vayais, y para siempre, lejos del Eterno, origen del amor y del soberano bien, á servir sin esperanza y sin remedio en las regiones desoladas del ódio, y en el imperio del soberano mal. ¡Ciegos y alucinados! ¿lo entendeis?..... Nadie, rigurosamente nadie puede desconocer, ó ignorar al Eterno. Las potestades celestiales, los innume-

rables espíritus, á quienes ha confiado la administración de sus obras, le conocen y cantan sus eternas alabanzas. ¡Hombres! levantad los ojos al cielo: allí está vuestro Padre; bajadlos hácia la cruz: allí está vuestro Redentor; y todos vuestros sentidos y potencias clamen á una voz: ¡Adoracion, amor al Dios que ha criado el universo! ¡amor y adoracion al Dios que lo ha salvado! ¡Gloria y honor al que reina en la sociedad eterna de los justos! **AMEN.**

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:



En espectáculo es un libro público, abierto á los ojos de todos los sabios. Ninguno tiene oculto para él, porque habla á todos los hombres en un lenguaje inteligible y proporcionado á todos los entendimientos. Pero ¿qué es lo que está escrito en este libro inteligible, sino que hay Dios, con los caracteres mas brillantes? Solamente unos ciegos voluntarios pueden no verlo; y aun los que se arrovan á desafiar á Dios, no creen que no le hay, sino

admiración de sus obras, le conocen y cantan sus
 eternas alabanzas. ¡Hombrés! levantad los ojos
 al cielo: allí está vuestro Padre; bajados hacia
 la cruz: allí está vuestro Redentor; y todos
 vuestros sentidos y potencias clamen a una voz:
 ¡Adoración, amor al Dios que ha criado el uni-
 versal; amor y adoración al Dios que lo ha sal-
 vado! Gloria y honor al que reina en la soci-
 dad eterna de los justos! AMÉN.

... a pesar de los justos! AMÉN.
 Sorvidos a vuestras penas y a vuestras necesi-
 das; y les dareis el culto que rechazais al Omni-
 potente; os adorareis a vosotros mismos; y os
 postrareis delante de vuestros vicios. Elegireis
 en templos de estatuas, el culto de la idolatría
 que os lleva a la perdición. Sed esclavos de
 vuestros sentidos, hasta que arrebatados de vuestro
 corazón, os llevareis lejos del Bienes origen, y
 os abandonaréis a servir sin esperanza y sin
 remedio, en las regiones de la oscuridad y del
 olvido. El imperio del soberano mal, ciego y ala-
 cado, os llevará a la eternidad. Nadie, sin
 remedio, puede escapar, o escapar al
 Eterno. Los potestades celestiales, los innume-





SERMON

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

Scriptum est enim: Dominum Deum tuum adoras, et illi soli servies

Porque escrito está: á tu Señor Dios adorarás, y á Él solo servirás.

Mat., Cap. IV, v. 10.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

EL espectáculo del universo es un libro público, abierto á los ignorantes y á los sábios. Ninguno tiene excusa para no leer en él, porque habla á todos los hombres en un lenguaje inteligible y proporcionado á todos los entendimientos. Pero ¿qué es lo que está escrito en este libro inteligible, sino que hay Dios, con los caracteres mas brillantes? Solamente unos ciegos voluntarios pueden no verlo; y aun los que se atreven á desafiar á Dios, no creen que no le hay, sino

que desearían que no le hubiese, para vivir sin sobresalto y sin cuidado en sus excesos. Un reo no quiere bien al juez que le ha de condenar, no le puede ver, y aun querría aniquilarle. «*No hay Dios:*» esta horrible blasfemia no es un juicio de la conciencia, sino un deseo de su voluntad.

«Ninguno niega la Divinidad, dice cristianamente un autor anticristiano, sino el que tiene interes en que no le haya. Procurad conservar vuestra alma en estado de desear que le haya, y no dudareis jamás de ello.»

¿Quiénes son, pues, los que confiesan la existencia de Dios, y la necesidad de darle un culto y homenaje de adoracion y dependencia, respeto y sumision, amor y temor, obediencia, resignacion y confianza; sentimientos que forman lo que se llama religion? Todos los pueblos de la tierra. ¡Que prueba tan convincente! ¿Y quiénes son los que, por el contrario, reclaman contra su existencia? Es un muy corto numero de gentes para gloria de la fé en nuestra patria; y á estos los ahoga la voz de la religion y el grito de la conciencia. Son ademas los que, como dice un Profeta, tienen por maxima: «Gocemos del tiempo presente; entreguémonos

á los placeres y deleites, pues que hemos de morir mañana. El tiempo de nuestra vida, dicen estos desventurados, es corto y triste. El hombre no tiene que esperar bien alguno despues de su muerte. Nosotros hemos nacido sin destino, y despues de nuestros dias seremos, como si nunca hubiésemos nacido: venid, pues, gocemos de las criaturas, démonos prisa á aprovechar los bienes presentes, mientras que somos mozos; embriaguémonos con los vinos mas exquisitos; no haya prado por el cual no se pasee nuestra lujuria; perfumémonos con aceites olorosos; no dejemos pasar lo florido de la estacion, y coronémonos de rosas, antes que se marchiten. » Así viven, así hablan, así obran los hombres que tienen ojos, y no ven; oidos, y no oyen. Todo les presenta á Dios, y ellos no le vén en ninguna parte. Él estaba en el mundo, y el mundo no le conocia. Pasan su vida sin percibir esta representacion tan sensible de la Divinidad. Tanto ha oscurecido sus ojos la fascinacion de la frivolidad, y aun muchas veces no quieren abrirlos, y afectan tenerlos cerrados, por no ver al que no buscan. La luz de Dios luce en las tinieblas; y las tinieblas son tan espesas, que ellas no la soportan.

¿De qué sirve engañarse? Preguntad á los animales, y ellos os instruirán; hablad á los pájaros del cielo, á los peces del mar, á las plantas y á las producciones de la tierra, y todos responderán á una voz: «La mano del Señor es la que nos ha formado.» Él ha dado la vida á todo lo que respira; el espíritu, que anima el cuerpo del hombre, es la obra de Dios; Él es el que con sus manos ha amasado el barro de que ha sido formado. El soplo del Omnipotente ha dado vida á un cuerpo formado del lodo de la tierra. Él es, el que hace reinar los vientos en el vacío inmenso de los cielos, y el que mantiene la tierra suspendida; encierra las aguas en el vapor de las nubes, y las manda caer cuando le agrada; su poder las ha reunido en los bastos abismos del mar, y su sabiduría doma la impetuosidad de las olas. Él es, el que hace brillar los ástros en el cielo, y el que estendió el aquilon sobre el vacío; el que oculta la vista de su solio, y estien- de la niebla sobre él; el que puso en derredor límites á las aguas, hasta que se acaben la luz y las tinieblas; las columnas del cielo tiemblan y se estremecen á una mirada suya. Por su for- taleza se juntaron respetuosamente los mares,

y su prudencia castigó al soberbio. El Señor es el que ha criado todas las cosas con su palabra; el que, como se esplica en el libro de la sabiduría con una elocuencia divina, ha puesto los fundamentos de la tierra, el que ha arreglado todas las medidas, el que ha estendido el cordel por ella, y asentado la piedra angular. El Señor es, el que ha señalado términos al mar, diciendole: *Tu llegarás hasta aquí, y aquí se romperá el furor de tus olas.* Él es el que dió órden á la estrella de la mañana de anunciar la venida del dia, y señaló á la aurora el sitio por donde ha de asomar. ¿Conoce algun mortal en qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas, para que guie á cada cualá sus destinos, y conozca las sendas de su casa? Él es el que pone un objeto á la justicia, un cimiento á la virtud, y un premio á esta vida de un dia empleada en agradarle. Él es el que clama sin cesar á los pecadores, *que no falta quien vea sus delitos*; y el que manda decir al justo; *tus virtudes tienen testigos.* A Él pertenece la sabiduría, el poder, la justicia y la providencia. Vé los engaños y perfidias de los malos, y las lágrimas de los que son víctimas de ellos.

Todo lo que es, nos predica la obligacion de

adorarle; del fondo de nuestras conciencias, sale una voz que confirma esta misma obligacion: adoracion de espíritu y de cuerpo, culto interior y exterior, público y solemne, temor y adoracion al Dios que está sentado sobre los Querubines, mirando los abismos! ¡Temor y reverencia al Dios que hace rodar los tronos en los abismos, que quita la cinta á los reyes gloriosos, y hace ceñir con una soga sus lomos! ¡Bendito sea el Dios de nuestros padres, y alabado y ensalzado en todos los siglos!

¡Pero cuánto mas se eleva el alma, cuando al traves de estas grandes catástrofes y de estos terribles huracanes, que desarraigan los imperios; de estas mutaciones inauditas, que hacen la suerte del mundo, se vé á la religion siempre augusta, siempre la misma, siempre mas fuerte que todos los trastornos, en pie, cuando todo cae; y cualquiera que sean sus desgracias ó sus sucesos, su abatimiento ó su gloria, se la vé llenar con magestad su magnifico destino de santificar las almas, y hacer dichosos ó desgraciados á los pueblos, segun que se someten á sus leyes, ó se resisten á su luz! Pero, hermanos míos, ¿quién sube al primer principio de las cosas? ¿quien reflexiona sobre estos

grandes objetos? ¿quién hace reflexiones serias sobre sí mismo? ¿quién despierta á estos grandes golpes, cuyo efecto se estiende tan lejos? Todas estas escenas admirables pasan á nuestra vista, como sombras que divierten á los niños. Es la desolacion de que habla el Profeta, en que el hombre, sordo á todas las lecciones que le dá el cielo, no piensa nada, no prevee nada, no descende jamás á su propio corazon; y tan adormecido sobre lo futuro, como distraido sobre lo presente, no piensa sino en los sucesos, de los cuales depende ó su reposo ó su fortuna; de modo que Dios instruye, y nadie recibe la instruccion; truena, y nadie le escucha; hiere, y nadie se enmienda; se manifiesta por todas partes, y nadie le vé en ninguna. Y ¿qué hará un ministro del Señor en esta disposicion de los ánimos y de los entendimientos? ¿qué recurso queda á su celo? ¿qué medios de cultivar un campo todo cubierto de huesos áridos, tal como el que vió Ezequiel, si el mismo Señor por un nuevo milagro no resucita todos estos cadáveres insensibles, y no sopla sobre todos estos muertos, para que revivan? Estos huesos somos nosotros, el pueblo español; la voz de Dios se hace oír: «este pueblo me abandonó, á

mí el Dios de sus padres; á mí que le protegía como al hijo de mi derecha; á mí que le amaba como una madre ama á su primogénito; mi cólera ha soplado sobre él.» ¿Veis? ¿ois?... Señor, veo, oigo y me estremezco. Ha caído sobre esta tierra, sobre todas las almas, una peste indefinible, peor que la muerte misma; una corrupción de costumbres que se gloria de sí misma. Pero todo puede renacer, Señor. Una gota de sangre del Cordero; un rayo de luz y misericordia que fecundára al mundo en otros días, y estos huesos se reanimarán. Esperémos este prodigio inefable, como el amor de Dios. Esperémosle por medio de un culto digno de Dios y de un gran pueblo como España; culto interior y exterior, solemne, magnífico y sublime como las verdades divinas.

¡O Dios! ¡ó verdad universal! ¡ó verdad que me sirve de todas las otras! No; yo no ignoro nada, porque conozco lo que es todo; y que todo lo que no es Dios, es nada. ¡O verdad eterna, infinita, inmutable! vos misma sois la que yo conozco: vos me habeis hecho, y me habeis hecho para vos misma. Yo seria como sino fuese, si no os conociese. ¡O verdad primera! el que no os conoce, no vé sino las sombras; su

vida no es sino un sueño. ¡O verdad preciosa! ¡ó verdad fecunda! ¡ó verdad única! mi curiosidad se agota en vos; de vos salen todas las criaturas como de su origen. ¡O maravilla que me esplica todas las otras maravillas! vos sois incomprendible, pero me lo haceis comprender todo, menos los que no creen en vos, y viven de vos; esos en quienes estais, y que viven apartados de vos en soledades inhabitables. Vos sois incomprendible, y yo me regocijo en vos. Vuestras perfecciones me admiran, me oprimen, y son mi consuelo. Yo me regocijo de que seais tan grande, que no pueda veros todo entero. Mi espíritu se rinde bajo el peso de tanta magestad; pero me tengo por dichoso de bajar los ojos, no pudiendo mis miradas sostener el brillo de vuestra gloria. Concededme, Señor, un rayo de luz, para hablar dignamente de vuestro culto. Así os lo suplico por la intercesion de vuestra Madre, saludándola con el ángel:

AVE MARIA.

Un Dios criador de todo; un Dios que, poseyendo la plenitud del ser, y el origen de la vida, ha comunicado la existencia á todo lo que

compone este universo; un Dios conservador, que lo gobierna todo por su sabiduría, despues de haberlo hecho todo por su poder, abrazando todas las criaturas en los cuidados de su providencia universal, desde las estrellas hasta las flores del campo, sin ser mas grande en las mas pequeñas cosas, ni mas pequeño en las mas grandes; un Dios legislador supremo, que mandando todo lo que es bueno, y prohibiendo lo que es malo, manifiesta á los hombres su voluntad santísima por el ministerio de la conciencia; un Dios juez soberano de todos los hombres, que en la vida futura debe dar á cada uno segun sus obras, decretando castigos al vicio y premios á la virtud: ved aquí una doctrina tan antigua y universal como el género humano; tan independiente de las vanas opiniones de los hombres, como de los argumentos de los sofistas. Pues bien, el órden y la justicia quieren que nuestro entendimiento sea arreglado, y nuestro amor sea justo. Es preciso que Dios, órden y justicia suprema, quiera que nosotros estimemos su perfeccion infinita mas que nuestra propia perfeccion, y que amemos mas su bondad infinita, que la bondad que hay en nosotros. Nosotros no somos sino bienes li-

mitados, participados y dependientes; en lugar de que Dios es el bien por excelencia, único origen de todos los otros, el bien independiente. Nuestro amor á este bien debe ser tambien en nosotros un amor, único origen de todo otro amor, un amor sin límites, un amor independiente de todo otro amor. Dios es el todo, y nosotros no somos sino una partecita de su ser. Nosotros no somos de nosotros, sino de Dios que nos ha hecho, y que nos lo ha dado todo hasta el *yo*: este *yo* que nos es tan querido y que es de ordinario nuestro único Dios, no es, por decirlo así, sino un pequeño pedazo, que quiere ser el todo. Es preciso que se abata el hombre, y que Dios sea puesto en el lugar que ocupa sin verguenza el amor desenfrenado de cada uno. Ved lo que Dios se debe á sí mismo; ved lo que es justo que exija de su criatura capaz de conocer y amar. Es preciso que, al criarla, se proponga por fin de su obra hacerse conocer de ella como verdad infinita, y hacerse amar como bondad universal. El orden y la justicia piden que nuestro entendimiento sea arreglado, y que nuestro amor sea justo. El orden del entendimiento consiste en conocer á Dios, verdad suprema; el orden de la voluntad, es amar á

Dios, bondad infinita. Y ¿qué es amarle? Es amar su voluntad santísima. No tiene necesidad ni de nosotros, ni de las cosas viles que poseemos. En el tiempo que yo creo poseerlas, él las posee solo, y nosotros no podemos dárselas. No tiene tampoco necesidad de nuestros deseos, para aumentar su grandeza, porque está en su colmo, y no puede recibir nada en su plenitud, que es la misma infinidad.

¿Qué es pues lo que podemos? Lo que nos dá que podamos, ó el poder que nos concede. Nosotros podemos lo que Dios quiere, hasta preferir su voluntad á todo lo que se llama nuestros intereses. Ved aquí nuestra relacion esencial conforme á nuestra naturaleza; ved aquí el fin de nuestra creacion; ved aquí el amor de Dios; ved aquí el culto, el culto en espíritu y verdad que exige de nosotros; ved aquí lo que significan estas palabras: *Adorarás al Señor tu Dios, y á Él solo servirás*; ved aquí el culto que se llama religion. ¿No es nuestro Criador? Sí; él nos ha dado el cuerpo, el alma, la estension y el pensamiento: pues forzoso es que nosotros le hagamos homenaje, le adoremos con el ser que hemos recibido de su bondad omnipotente. ¿No nos conserva la vida, que á cada

instante nos puede arrebatarse? Sí; pues forzoso es que á cada instante le correspondamos con un sentimiento de gratitud profunda y sincera. ¿No es nuestro legislador? Sí; pues forzoso es que tomemos sus leyes por regla de nuestros afectos y de nuestra conducta. ¿No es nuestro juez? Sí; pues forzoso es que trabajemos por comparecer sin tacha en su tribunal, porque es horrible, segun el pensamiento de san Pablo, caer culpables en las manos de su justicia, que es tan grande como los montes, y que ahoga los gigantes bajo las aguas. ¿No es misericordioso? Sí; y su misericordia sobrepaja á todas las obras de sus manos, y no tiene término ni medida; pues forzoso es que acudamos y tengamos confianza en ella para todas nuestras miserias. ¿No es poderoso? Sí; el Omnipotente es su nombre, y al Leviatán sobervio Él lo arrojó de la cumbre de su gloria en los abismos de las tinieblas. ¿No tiene providencia de sus criaturas? Sí; todos vivimos, nos movemos y obramos en ella y por ella, y estamos rodeados de sus gracias y beneficios, y de sus milagrosas tinieblas. Todos sus secretos son otros tantos títulos para adorarla, reconocerla, bendecirla y alabarla. ¿Qué hacen esos miserables ciegos y

descreídos hijos de Adán, que blasfeman de Dios y su religion, porque aquel sigue sus pisadas, y esta ahoga y amenaza sus escesos? Disputar contra su interes, y armarse contra su felicidad. ¿No ois conmoverse la tierra con sus gritos desolantes contra el Señor y su Cristo? Sus lábios exhalan el álito del abismo, y sus obras son la revelación del infierno.

Dios es muy grande, dicen estos hipócritas, (no hablemos de los atéos, que son el horror del mundo) para bajarse hasta el hombre, y el hombre muy pequeño para elevarse hasta Dios. Entendimientos degradados ¿es esta vuestra excusa para no adorar, amar y reverenciar al Eterno? ¿Es este el fundamento para no cumplir vuestros deberes para con la Divinidad? ¡El Dios que os ha criado es muy grande para haberos criado para Él! ¡Es muy perfecto para cuidar de la perfeccion de su obra! ¡Dios es muy superior á vosotros, para que vuestra voluntad pueda oponerse á la suya! ¡Dios es muy sábio, para que haya establecido ningun órden entre los hombres, para que les haya prescrito leyes, y para exigir que las guarden! ¡Dándoos la vida, os ha dado la libertad para adorarle, ó para ultrajarle como os agrade; para amarle, ó

para aborrecerle segun vuestros caprichos ; la verdad y el error, la virtud y el vicio, todo os es indiferente ! ¡Viles criaturas! no mereceis fijar mis miradas. Salid de mi vista ; huid de mi presencia, y que vuestro pensamiento sea vuestra ley, vuestra regla y vuestro Dios. ¡Misterio incomprendible! que el hombre no adore á Dios, fundado en las mismas razones que prueban cuán culpable es no haciéndolo. Vosotros no adorais á Dios, no quereis reconocer esta obligacion, porque es muy grande y muy perfecto ; es decir : muy digno da ser adorado. Vosotros rehusais obedecerle ¿y por qué? porque es muy poderoso y muy sábio ; es decir : porque tiene muchos derechos á la obediencia. Vosotros rehusais amar á Dios ¿y por qué? porque es muy santo y bueno ; es decir : muy digno de ser amado. Vosotros rehusais temer á Dios ¿y por qué? porque es muy justo y muy celoso de su gloria y de sus inmensas perfecciones ; es decir : porque es infinitamente temible , y porque en su presencia tiemblan los cielos. Vosotros no implorais su gracia y misericordia ¿y por qué? porque su justicia se estiende hasta la quarta generacion ; es decir : porque es infinitamente temible ; porque sus ojos están sobre los que le

temen, sobre los justos y sus oraciones, para salvarlos; y sobre los pecadores, para perderlos. ¿Quién no vé aquí un delito tan grande que en Dios solo puede hallar remedio? Vosotros rehusais alabar su providencia ¿y por qué? porque la impiedad ocupa el lugar del juicio, y la iniquidad el solio de la justicia.

Tambien la vió Salomon, inspirado por la sabiduría misma, ¿y qué concluia de este extraño trastorno? ¿que no se cuida de la vida humana; que es muy indiferente á estos desórdenes, ó muy débil para poner remedio? Así juzga el temerario que cree que Dios debe precipitar sus consejos, como el hombre precipita sus juicios. Pero Salomon dijo en su corazon: «Dios juzgará al justo y al impío, y entonces sera el tiempo de todas las cosas, que se pondrán en el órden y lugar que les corresponde.» *Et tempus omnis rei tunc erit.* ¡Consecuencia admirable, que esplica en una sola paladra todo el secreto de Dios sobre este mundo! Que el inocente sea acá bajo oprimido ¿qué importa? No está aquí su mansion, ni el lugar de su herencia. Que el impío se eleve, como el cedro del Líbano ¿qué importa? Yo paso, y ya no existe. Dentro de un poco, el gran Juez vá á venir con la balanza en

la mano: todavía un momento; y Dios separará segunda vez la luz de las tinieblas, y por un decreto último é irrevocable, todo será puesto en su lugar eterno. *Et tempus omnis rei tunc erit.* Todavía un momento; y todo está preparado para este dia formidable, centro de todos los dias, en que Dios pondrá á todas las cosas su última mano. *Et tempus.* Yo no me admiro que se hable tanto contra los desórdenes que reinan bajo el imperio de Dios. Es el grito soberano de la justicia de Dios que habla en el fondo de nuestras entrañas, y que no permite que se vea á sangre fria una confusion tan estraña. Pero, mientras que á la voz de la conciencia el vicio aparezca odioso y punible; mientras que la impostura y el fraude esciten la indignacion; mientras que no se conciba que la virtud pueda ser tantas veces, ó desacreditada ó envilecida; esta indignacion de toda la naturaleza será el himno mas hermoso que jamás se haya cantado en su honor, y el culto mas puro que le puedan dar los hombres; culto del entendimiento, que cree en Dios y en sus eternas é infinitas perfecciones, tanto mas adorables, cuanto mas incomprendibles; culto de la voluntad, que árde

en las llamas de la hermosura siempre antigua y siempre nueva.

He hablado del culto interior y exterior del alma, del culto del entendimiento y de la voluntad. Voy á hablar del culto exterior, público, solemne, magnífico y pomposo.

Hé dicho, y lo vuelvo á repetir, que colocando á Dios en el lugar supremo que le corresponde, y que el desenfreno del amor propio le usurpa sin vergüenza, todas las dudas se disipan, todas las rebeldías del corazon humano se apaciguan, y todos los pretextos de impiedad é irreligion se desvanecen. Que el hombre ame con todo su corazon lo que es infinitamente amable, y que haga lo que le agrada; lo que le agradará no podrá menos de ser la mas pura religion, la religion del corazon, la religion del amor, el culto perfecto: *Nec coliturnisi amando*. No hará sino amar y obedecer. «La nacion de los justos, dice la escritura en su language profundo, no es sino *obediencia y amor*.»

La ley de Dios, ley de verdad, de santidad y de justicia, arregla y pone orden en todo el hombre: arregla su entendimiento, mandándole creer lo que no puede comprender, y como todos los entendimientos deben creer las

mismas verdades que Dios les he revelado, hay sociedad y comunicacion entre ellos. ¿Quién otro ¡ó dichosos cristianos! que Dios mismo ha podido poner sobre vuestros lábios trémulos todavía esta sublime afirmacion, que debeis pronunciar con una certidumbre infinita, como la pronuncia Dios mismo: *Él es el que es?* No porque Dios se revele inmediatamente á vosotros; sino porque la fé suple la debilidad de vuestra pobre y miserable razon por la autoridad divina de que está revestida. ¿Y es mucho que vuestra razon adore y se someta al eterno é inmenso pensamiento de Dios? ¿Qué desgracia no conocer á Dios! y sobre todo ¡qué delito! Delito que no tiene remedio.....

La ley de Dios pone órden en la voluntad del hombre y en todos sus afectos, enseñándole á amar las cosas conforme á sus perfecciones, y á Dios con un amor infinito, como Él se ama á sí mismo, para que la semejanza con Él sea perfecta, del entendimiento que cree todas las verdades de Dios, y de la voluntad que las ama. «El órden, dice un autor célebre, es perfecto, si se ama á Dios mas que á sí mismo: á sí mismo por Dios, al projimo, no por sí mismo, si no como á sí mismo: toda virtud está en esto: El amor:

sin regla es egoísmo ó furor de amor. El amor del hombre al hombre, limitado á la vida presente, es humanidad ó filantropía. El amor que se estiende mas allá del tiempo, es caridad, sentimiento enteramente divino, pues que no es sino el amor mismo de Dios al hombre.» ¡Pobres mortales! ¿Donde hallareis el amor infinito que debéis á Dios? No desfallezcamos: lo que nos es imposible, es fácil á Dios. Conocemos á Dios Padre por el *Verbo*, es decir, por su Hijo, que nos le ha revelado: este Hijo unido á su Padre nos enviará al Espíritu Santo, es decir: al amor sustancial del Padre y del Hijo, que remediará nuestra debilidad, y aun impotencia de llegar por nosotros á este infinito amor. ¡Religion del cielo! ¡qué desgraciado es el que no le conoce! Tus delicias son para los que creen tus misterios.....

La ley de Dios pone orden en las acciones del hombre. El orden en las acciones con relacion á Dios se llama culto; el orden en las acciones que tienen relacion con sus semejantes, se llama moral, ó virtud. En dos palabras: conocer á Dios, amarle y servirle, ved aquí todo el orden; conocerle por el entendimiento que cree, amarle por el corazon que le prefiere á todo,

servirle por los sentidos que no se revelan, sino que obedecen á su ley.

Todo esto, direis, es interior. Pero el culto exterior ¿donde se hallará? ¿por qué suponer que Dios le pide? El que así piensa, no vé que el culto exterior se deriva de la naturaleza misma del hombre, y que sigue necesariamente el culto interior del amor, al cual está unido, como el cuerpo á nuestra alma.

Suponed una sociedad de hombres, que no formen todos juntos sino una sola familia sobre la tierra, cuyo padre está en el cielo; suponed, que estos hombres viven del solo amor del padre celestial; que no aman ni al prójimo, ni á sí mismos, sino por el amor de él; y que no sean sino un corazón y una alma. En esta divina sociedad, semejante á la que formaron los cristianos en los primeros siglos, ¿no es cierto que la boca hablará sin cesar de la abundancia del corazón? Admirarán al Altísimo, amarán al eternamente bueno, padre de todos los buenos, cantarán sus alabanzas, y le bendecirán por sus beneficios. No se limitarán á amarle; le anunciarán á todos los pueblos del universo; querrán corregir á sus hermanos, desde que los vean tentados á abandonar á su Criador y á su Padre por el orgullo.

ó por las pasiones groseras. Gemirán, viendo la menor frialdad del amor. Pasarán mas allá de los mares, hasta el cabo de la tierra, por hacerle conocido y amado de los pueblos estraviados, que han olvidado su grandeza. ¿Qué pensais, que es el culto exterior, si este no lo es? ¡Eh! si un rey mortal, ó un pobre padre de familia se atrae por sus buenas cualidades la estimacion y la confianza de todos sus hijos; si no se vé á cada hora, sino los honores que se le dán, no es necesario preguntar, donde está su culto, ni si se le debe uno. Todo lo que se hace, para honrarle, para obedecerle, y agradecer sus beneficios, es un culto continuo, que salta á los ojos. ¿Qué seria, pues, si los hombres estuvieran poseidos del amor de Dios? Su sociedad seria un culto continuo y magnífico, como el que se nos pinta de los bienaventurados en el cielo. ¿Qué hay que decir contra un culto que han reverenciado nuestros padres, que los ha hecho tan respetables al mundo, y que se dirige sin cesar hácia el soberano bien, y á separar nuestras almas del vicio, y reducirlas á la virtud?

Templos, reuniones religiosas, ceremonias sagradas, esto es lo que se encuentra en general en el culto de todos los pueblos de la tierra.

Comenzando por los templos, «nadá, ha dicho un autor muy citado en nuestros días, es mas consolador para los hombres, que un lugar donde hallan la divinidad mas presente, y donde todos juntos hacen hablar á su debilidad y su miseria.»

Reparad estos magníficos edificios elevados en nuestras ciudades y nuestros campos. Sus formas augustas y antiguas tienen alguna cosa particular, que los distingue de todos los otros edificios; á la mayor distancia que los percibo, mis sentidos distraídos se fijan, mi imaginacion fugitiva se recoge, y mi alma se levanta á considerar otras grandezas; todas las pasiones callan delante de la magestad del Dios, que se adora allí. Veo la pila del bautismo, y me acuerdo del día fausto, en que fuí consagrado al Dios del cielo y de la tierra que me dió el ser, y que yo no conocia todavía; veo la cátedra de la verdad, donde alguna vez me he conmovido yo, tratándose de despertar los remordimientos y las esperanzas de los oyentes, de afirmar á los justos, y de reducir al buen camino á los errados. ¿Qué mas veo yo? veo la verdad infinita realmente presente en la persona del Verbo encarnado, pero oculto bajo las apariencias de pan; símbolo de la vida del alma, como el pan man-

tiene la vida del cuerpo. ¿Qué mas veo yo en el templo? veo la cruz, y me arrodillo delante de este estupendo monumento del inmenso amor de Jesucristo á los hombres, y compendio de lo que es necesario creer, esperar y amar. En dias nefandos, estos objetos fueron profanados, rotos, é indignamente pisados; pero estos dias serán borrados del numero de los dias, y no se contarán en el numero de los años.

¡Que todas las artes se apresuren, pues, á concurrir cada una con su tributo de reconocimiento á la hermosura y decoracion de los templos! ¡que la tela y el mármol se animen para representarnos la historia de la religion, y lo primero la de Jesucristo, y de sus tiernos misterios! ¡que no falte, en fin, la de esos cristianos, que han honrado la Iglesia por sus virtudes y por su valor, y que nos escitan por su presencia á caminar sobre sus huellas!

Y si el oro y los metales mas preciosos se emplean en adornar nuestros altares ¿hay nada mas legitimo? ¡Pobre siglo! ¡busca la grandeza en el teatro, y no la puede sufrir en el templo! ¡dá á los sentidos, lo que quita á la fé, á la religion y á la moral! ¡refinamiento, ó trastorno de gusto inaudito, peor que la barbarie, porque conduce al ateismo!

Si los templos con su magnificencia son dignos de la Divinidad, no lo son menos las juntas religiosas que se celebran en ellos.

Es una institucion sublime reunir al pueblo, para instruirle de sus deberes, y consolarle en los males de la vida. Los viejos y los niños, los ricos como los pobres; todos se presentan en el dia del Señor, y en las fiestas mas señaladas en el templo del Altísimo. Las familias se acercan unas á otras, las antiguas relaciones se estrechan, se forman otras nuevas, las costumbres se suavizan, los hombres se humanizan, se civilizan, y se inspiran unos á otros sentimientos de benevolencia. De la cátedra de la verdad todos los vicios son combatidos, todas las virtudes enseñadas: allí se enseña al pobre á ser resignado, al rico á ser compasivo, al viejo á santificar los dias que le quedan, y al jóven á enfrenar las pasiones que le secan la vida; no se alaba sino lo que es bueno, lo que hace al buen padre, al buen hijo, al buen hermano, lo que mantiene la paz doméstica, y hace florecer las buenas costumbres en las familias. Ved como la más alta sabiduría descende hasta la cabaña del pobre, y el pastor de la última aldea viene

á ser mas sábio que el Areopago de Atenas. ¡Qué miseria! ¡creer que se puede reemplazar la cátedra del evangelio por una cátedra de cálculos! ¿Quién ha pensado calmar las pasiones con axiomas, ó bien con frases sonóras mantener la paz, las costumbres, las leyes, las propiedades, y todo lo que asegura el reposo de la sociedad, sin lo cual no seria mas que un latrocinio, y la confusion del infierno? Que se ponderen en buen hora las luces y el progreso de estos tiempos; pero antes que todo es necesario apreciar la felicidad del órden, y el supremo bien de la paz; antes que todo se debiera hablar del progreso de la felicidad. ¡Eh! á un necio se le persuade que es un hombre de talento; pero á un miserable ¿quién le persuade que es dichoso? Se habla del movimiento del siglo, y se le dirige como un piloto que quisiera gobernar su navio sin brújula y sin ástros. ¡Ceguedad, inconcebible! vedle ya roto contra una roca. Es preciso mirar al cielo, y rogar al cielo; la oracion es el language de la esperanza y del amor, como el culto es el afecto infalible del amor mas tierno, mas cordial y mas sincero.

919 Ya que he hablado de los templos y reuniones religiosas que se celebran en ellos, me res-

ta hablar de las sagradas ceremonias, símbolos propios de la religion y del amor.

Ademas del amor y de las virtudes que son inseparables de él, el hombre debe á Dios ceremonias arregladas y públicas. Estas ceremonias no son ciertamente el efecto esencial de la religion, sino que están instituidas como signos, que sirven para mostrarla, alimentarla en sí misma, y comunicarla á los demas. Son con respecto á Dios, lo que las señales de respeto para un padre, á quien sus hijos saludan, abrazan y sirven con celo; son las ternuras del amor; son lo que es el trono para un rey á quien se arenga, rodeado de suntuosa magnificencia, con el fin de herir la imaginacion de los pueblos. ¿No es evidente que los hombres unidos á los sentidos, y cuya razon es sobradamente débil, tienen aun mas] necesidad de un espectáculo, para imprimir en ellos el respeto de una magestad invisible y contraria á todas sus pasiones, que para hacerles respetar una magestad visible que deslumbra sus débiles ojos, y que lisonjea sus pasiones groseras? Se siente la necesidad del espectáculo de una corte para un rey y no se quiere reconocer la necesidad de una pompa para el culto divino! No es esto conocer

la necesidad de los hombres; es detenerse en lo accesorio, despues de haber admitido lo principal.

¡Hombres enamorados de vosotros mismos! venid á este templo mismo en una de estas grandes solemnidades, en que la religion ostenta todas sus pompas delante del Santo de los santos: y cuando veais un pueblo inmenso recogido delante de los altares resplandecientes de luces, haciendo reteñir las bóbedas con un canto grave y tierno, y en este concierto unánime de súplicas, llevando hasta el trono del Eterno su adoracion y sus homenages, vuestro corazon no podrá contener su ternura; y acaso ahora mismo triunfan los sublimes afectos de la religion de las desolantes doctrinas de una filosofia sin fé y sin deberes. Y ved una prerrogativa bien gloriosa para el culto que damos á Dios por medio de las ceremonias.

No hay dogma, no hay precepto, que no se haga sensible por algun punto del culto público. El signo venerable del cristianismo, la santa cruz, que tantas veces imprime sobre su frente, le recuerda el mas alto de los misterios, el de la Trinidad adorable; el santo bautismo con sus ceremonias supone el pecado original; el culto

de los santos, la inmortalidad de nuestras almas; os sufragios por los muertos supone el purgatorio; la oracion supone una Providencia atenta á todas nuestras necesidades, y la necesidad que tenemos de su socorro, amparo y proteccion. ¿Hay nada mas instructivo ni mas tierno, que las lecciones y ejemplos de Jesucristo? Pues la Iglesia nos lo retrata en la celebracion de los misterios de su vida, de su nacimiento, de sus sufrimientos, de su muerte y de su resurreccion gloriosa. ¿Os arrebatan los héroes, esos hombres prodigiosos, cuyas obras no mueren nunca? Ahí estan los santos cristianos de las pasadas edades, y las fiestas consagradas á su memoria. De este modo la religion habla á los sentidos, y su culto, hecho popular, hace en las almas impresiones indelebles. ¡Adoracion de amor á Jesucristo, que tan bien supo unir en todas sus partes el inmortal edificio de la Iglesia! ¡Admiracion á su sabiduría amorosa, que tan profundamente conocia el corazon humano, y con tal bondad acudió al remedio de sus miserias y de sus necesidades! En el templo se acababan las dudas, y se rompen los sofismas. Basta tener ojos para ver, oidos para oír, y corazon para sentir: el culto es para cada uno,

para el sábio, como para el ignorante, como un libro ó una coleccion de cuadros, en que puede leer lo que debe creer, esperar y amar. ¿Quién comprenderá el crimen de un hombre sin Dios, sin religion, sin esperanza y sin amor? Para todo pecado hay gracia, menos para el que se obstina contra el Espíritu Santo, que es el amor mismo substancial. Para este no hay recurso, ni esperanza. Su entendimiento ha rechazado la luz, y su voluntad las inspiraciones del amor. ¿Donde irá este ser desgraciado que ha dejado á su amor derramarse sobre las criaturas de este mundo que pasa? Cuando todo se haya hundido en la nada ¿qué quedará á estos miserables mortales sino un vacío inmenso, una eterna separacion, y un ódio eterno de Dios? En este día formidable, los hombres rebeldes, viendo la armonía del órden, que traspasaron, preferirán padecer mil infiernos, si posible fuera, antes que turbarla por el goce injusto de una gloria que merecieron perder.

Sin embargo, el incrédulo se sonreirá de desprecio al solo nombre de culto, porque vé que el culto conserva la fé y el amor de Dios en el mundo. La sonrisa es facil á la ignorancia y al orgullo; pero era menester pensar en que pa-

rará esta sonrisa. Prácticas violentas, ceremonias estravagantes, esto es todo lo que vé en la magnificencia de nuestro culto, digna manifestacion de nuestra fé y de nuestras esperanzas mas magníficas todavía. Se reirá de nuestras inclinaciones, de nuestras genuflexiones y de nuestras oraciones; y no sabe que el mundo se salvó, por haberse arrodillado delante de la cruz que se plantó sobre el Gólgota.

Se ama á Dios por la voluntad, y se le sirve por los sentidos, y es imposible amarle sin servirle; y en este servicio consiste el culto exterior; sublime manifestacion de la gloria de Dios.

¡Honor y bendicion á los que mostrando á Dios en todas partes, le cantan continuamente bajo las bóvedas de un templo los himnos, que le cantan las lenguas de los ángeles en el cielo!
 ¡Gloria á los que le representan, reinando sobre el universo, sobre los entendimientos, sobre las voluntades, sobre los sentidos, y sobre las naciones, que son obra suya como los hombres! Mis lábios, aunque túbios, mezclan su acento á estos himnos del amor. ¿Y por qué no lo diré yo á todos; adoracion y amor á Dios inmenso, eterno, é infinito; adoracion del enten-

dimiento, amor de la voluntad, y servicio de los sentidos? ¿Y quién no os alabará, quién no os bendecirá, ó Rey de los siglos? Los insensatos que adoran su orgullo, que adoran sus vicios, que levantan altares á los deleites, que dicen al oro: *Tu eres mi Dios*, os adorarán en los espantosos castigos que les aguardan en las regiones desoladas de los abismos, donde reina el soberano mal. ¡Pueblo! levanta la voz y esclama: ¡Gloria á Dios, que si nos ha herido como padre, no nos ha destruido como tirano! ¡Pueblo! ¡gloria á Dios, que no nos ha castigado segun lo merecian nuestras maldades, que Él solo puede contar! El siglo esclama con entusiasmo incomprendible: ¡Honor á la riqueza, homenaje al placer! ¡Amigos de Dios! amigos de la religion! exclamad vosotros: ¡Gloria á Dios que es todas las riquezas, y dá á beber á los que le adoran un torrente de delicias, en cuya comparacion son charcos impuros les deleites de la tierra! ¡Amigos de Dios! levantad la voz, y exclamad: ¡Gloria á Dios, que nos purifica con el fuego de la tribulacion, y espera que nuestras lágrimas eleven nuestra alma hácia Él! ¡Lágrimas! magnifico don del Criador, que Él mismo depositó en el ojo del hombre, para curarle de

la herida del orgullo, y en cuyo entendimiento no habita el espíritu de verdad y de justicia. ¡Lágrimas! desgraciado el que no las ha derramado en estos días: es un monstruo, que llama la nada para sí. ¡Pueblo! ¡gloria á Dios, que reina sobre las naciones, aumentando su grandeza, ó destruyendo su existencia, segun la correspondencia que tengan con Él! Yo lo diré con la misma voz, con los mismos acentos, con que lo cantan los cielos: *El mundo no está huérfano; él sabe á quien debe creer, en quien ha de esperar, y á quien debe amar.* ¡O amor, pura y divina llama! ¡ó amor divino! quien no te ha gustado, no ha sentido jamás nada, no ha sentido jamás el placer del corazón: ha corrido tras las sombras, padece, se consume, sueña, delira. ¡Eh! ya está muerto. ¡O amor divino! ¿cuál es el hombre empedernido, á quien no hayas siempre enternecido? ¡O amor! elévame sobre mi debilidad, préstame tus alas de fuego, absorbe y abrasa todos mis sentimientos. Vanos objetos de la tierra, huid delante de mí. Perezcan los crímenes, perezca la licencia, perezcan las malas pasiones, perezcan los pecados que consumen las naciones, perezcan las criaturas, perezca el universo, con tal que no perezcan vues-

tros adoradores. Haced, Señor, que se unan juntos, que se mezclen, que se edifiquen, que se animen unos á otros, que se consuelen, que no hablen sino de vuestra luz, y que se confundan en el tiempo y en la eternidad. ASI SEA.





SERMON

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.



Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.

Adorarás á tu Dios y Señor, y á Él solo servirás.

Mat., Cap. IV, v. 10.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

LA idea de Dios ¡qué ingrata, qué importuna es para el ateo! El porvenir le turba, y los remordimientos le desconciertan. En semejante situación, la mas desconsoladora, lúgubre y angustiosa, ha hecho resonar, desesperado, un grito de horror y de blasfemia : *¡No hay Dios!...* ¡Eh! ¡insensato! ¿No comprendes que tus esfuerzos son estériles, y tus blasfemias impoten-

tes? Has osado profanar con tu lengua impura lo mas santo del cielo, ¿y no has comprendido que la naturaleza entera sabrá vengar dignamente á esa Divinidad que afectas desconocer, y á quien, sacrílego, ultrajas? ¿No has comprendido que la creacion horrorizada ha lanzado yá un grito de indignacion contra los que deliran, como tu? *Et pugnabit orbis terrarum contra insensatos.* Sí; *Los cielos y la tierra entonan un himno de gloria á Dios, y el firmamento anuncia ser obra de sus manos.* Tiende ¡ó infeliz! tiende tu vista escudriñadora y altanera por ese hermoso y bello espectáculo, que presenta el universo; y horrorizado de tu propio sistema, reconoce por un sentimiento mas fuerte que todos los sofismas, que es tan imposible desterrar á Dios de nuestra memoria, como lo es borrar su nombre de los monumentos de la creacion. Levanta tus ojos hácia esos globos luminosos, que despues de tantos siglos ruedan magistuosamente sobre tu cabeza, sin separarse jamás de sus órbitas, ni tropezarse en sus revoluciones. Mira ese sol, que á manera de una lámpara siempre encendida, pero colocada en conveniente distancia para alumbrar la tierra, sin abrasarla, reanima á la naturaleza toda, y

la dá fuerza, calor y vida. Mira ese ástro que preside la noche con su apacible claridad; mira sus fases y su curso ordinario, del que el hombre ha sabido sacar tantas ventajas; y ellos te dirán, que, bellos y magníficos, son la obra del Omnipotente. *¡ Quàm magnífica sunt opera tua, Domine!*

Contempla esa tierra fecunda que huellas con tu inmunda planta, y sobre la cual vemos perpetuarse por leyes constantes é invariables tanta multitud de vivientes con admirable proporcion, para que jamás esté desierta, ni recargada de habitantes. Contempla esos mares inmensos con sus agitaciones siempre periódicas y misteriosas; esos elementos que se mezclan, se modifican y combinan de mil maneras tan incomprensibles como diferentes. Medita, y no ceses ¡ó infortunado mortal! medita en ese curso reglado de las estaciones, que reproduce la tierra sin cesar bajo formas siempre diversas y siempre nuevas; que despues del reposo helado del invierno, la representa sucesivamente engalanada con todos los encantos de la primavera, enriquecida con las doradas mieses del verano, y coronada de ópimos y sazonados frutos en el otoño, haciendo pasar el año de esta manera en

un círculo de escenas semejantes sin monotonía, y variadas sin confusión. ¿No forma todo esto un conjunto y un concierto de partes, de que no puedes desprender una sola, sin romper la armonía universal? ¿Y como será posible no subir desde aquí á un principio, autor y conservador de este todo sorprendente y admirable; á ese espíritu inmortal, que abrazándole en su inmensa providencia, hace que cada cosa marche hácia su fin con tanta regularidad, con tanta fuerza, como sabiduría y prevision? Sí; tan bellas y magníficas como son todas estas escenas, anuncian ser obra del Omnipotente, á quien véngan cumplidamente de los ultrages de los necios y de las blasfemias de los insensatos. *¡Quàm magnifica sunt opera tua, Domine! Et pugnabit orbis terrarum contra insensatos.*

Sí; solo el necio é insensato ha podido decir: *¡No hay Dios!...* ¿Y semejantes monstruos existen entre nosotros? ¿Hay en nuestra inmortal patria hombres tan abandonados y tan faltos de juicio y de razon; hay locos tales, que digan en su corazón y con su lengua; *No hay Dios?* ó si le hay, ¿nada tenemos que ver con su Divina Magestad? ¿Hay hijos que se revelen

contra el padre que los crió; que intenten derribarlo de su trono; acabar con su nombre, y borrar su memoria de sobre la haz de la tierra, y hasta de los corazones de los hombres? ¿No es este por ventura un fantasma de mi imaginación? ¡*Nos utinam vani!* No por cierto, nó; tiene apariencias de mucho bulto, ¡hermanos míos! no es este un mal imaginado. Los libelos impíos y execrables de que se halla inundada la patria, y que hormiguean por dó quiera; el ahinco con que se buscan; el ánsia con que se leen; el fastidio general del estudio de la religion; el culto religioso mirado con frenético desprecio; los sacramentos, como unas invenciones de la avaricia de los socerdotes; los ministros de la religion menospreciados; las atrevidas censuras contra lo que no debiamos tomar en boca, sino para venerarlo; la indiferencia, en fin, con que se oye lo mas escandaloso en todas materias; todo esto, digo, muestra que nuestras llagas son muy profundas, y sobrado justas mis quejas. Un corazon verdaderamente justo desearia tener las lágrimas de Jeremías, para llorar tan grandes males. ¡En que tiempos vivimos! ¿Podian nuestros padres creer escesos tan horrendos, ó será posible que los crean las

futuras generaciones? «¡Qué cosa tan triste es para nosotros, decia un grande magistrado de la Francia, el pensar qué juicio harâ la posteridad de nuestro siglo, viendo las obras que en él salen á luz!» ¡Qué sensible es para la religion el ver salir de su mismo gremio una secta de hombres, que abusando de su razon con afrenta de su naturaleza, han formado el insano proyecto de reformar, ó por mejor decir, de borrar de nuestros corazones las primeras verdades que el dedo de Dios ha impreso en ellos! Nos ha tocado una de aquellas épocas de tormentas y combates, en que una avenida de ultrages revierte sobre la adorable religion de Jesucristo. Y ¡mal pecado! le cometeria yo enormemente grande, si la débil cobardía me hiciera agradar mas á los hombres, que á Dios. La irreligion ha llegado á contagiar todos los estados, todos los seres, y todas las edades; corre con la cabeza levantada; emponzoña todas las ciencias, aun las que la son mas estrañas; entre un diluvio de papeles frívolos, que vuelan por todas partes, se encuentran muy pocos en que no se halle alguna sátira contra la religion y su culto. No parece sino que los muros y valladares con que los legisladores han circunvalado la heredad san-

ta, han servido precisamente á provocar los asaltos: demencia en las ciudades y delirio en los campos. Bien pudiera decirse que el cielo ha quitado el juicio á un cierto número de espíritus. ¿Quién podrá menos de pensar, que ahora se está cumpliendo la profecía del Apostol que decia á su discípulo Timoteo: «Tiempo vendrá en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, y que por un prurito grande de oír lo que lisongea su gusto, recurrirán á una multitud de doctores, propios para satisfacer sus deseos; y cerrando los oídos á la verdad, los abrirán á los cuentos y á las fabulas.» Este tiempo ya llegó, y se está cumpliendo el oráculo. ¡Dios mio! ¡qué universal, qué asombrosa prevaricacion! ¡Y cuántos podrán decir con el Profeta: *Los oprobios de los que os insultaban, han recaido sobre mí!* Por mi parte, siento una profunda tristeza á vista de tantos insultos, como viles insectos vierten á rios sobre el primer objeto de mi veneracion. Se avergonzarian de talar la tierra y quemar la cabaña de su vecino, y no se avergüenzan de pisar, ultrajar y arrastrar por el cieno la santa herencia de sus padres. ¿Hasta cuándo ¡Dios mio! permitirá vuestra paciencia que sus lábios envenenen la tierra,

y quiten al género humano el único consuelo que le comunica vuestra existencia? Pero ¡ah infelices! por mas que se hagan sordos y aturridos, la importunidad de su voz austera, y de su grito elocuente y severo penetra hasta lo íntimo de su corazón, y les hace estremecer en medio de sus contentos delincuentes. No dán un paso sin ver los portentosos atributos de su ser incomprendible, y sin hallar monumentos sin fin que acreditan su poder y su infinita bondad. Todo lo que es Dios nos predica la obligacion de adorarle; del fondo de nuestras conciencias sale una voz poderosa que confirma esta misma obligacion. Dios lo manda, y la razon lo aprueba.

¡O tu que nos has hecho! componiendo yo un discurso tan santo, pienso cantar un verdadero himno á tu gloria. Mucho mas te honro, descubriendo la hermosura de tus obras, que ofreciéndote sacrificios de toros. La verdadera piedad consiste en conocerme á mí mismo, y enseñar despues á los demas, cuán grande es tu bondad, tu poder y tu sabiduría. Y pues Vos, mi Señor y mi Dios, tan digno sois de ser adorado y reverenciado, dadme gracia para que yo celebre vuestras alabanzas, del modo que puede

hacerlo el polvo y la ceniza. Así os lo suplicamos por la intercesion de vuestra Madre, saludándola con el ángel:

AVE MARIA.

El ateismo no es bueno para nadie. Recorramos la vida humana, comenzando por los pobres y desgraciados que componen el mayor numero sobre la tierra. Ahora bien, familia innumerable de los miserables, ¿sois por ventura vosotros á quienes es útil el ateismo? ¡Qué! ¿no se oye una voz siquiera? Solo se percibe un cántico de esperanza y de suspiros, que se dirigen hácia el cielo. Estos creen: pasemos á los segundos, á los dichosos. Me parece que el hombre feliz no tiene interes alguno en ser ateo. ¿Con qué desesperacion dejaria el mundo, si creyera verse separado para siempre de la felicidad? Aun quando todos los bienes del siglo se juntasen sobre su cabeza, no servirian sino para hacerle mas horrible su nada. El rico puede tambien estar seguro de que la religion aumentará sus placeres, mezclandó en ellos una dulzura inefable: no se endurecerá su corazon, ni le fastidiará la posesion de sus riquezas, que

es el escollo inevitable de las largas prosperidades. El militar se avanza al combate. ¿Si será ateo este hijo de la gloria? El que busca una vida sin fin ¿temerá el morir? Apareced sobre vuestras nubes tonantes; soldados innumerables, antiguas legiones de la patria! Decid á los héroes de nuestra edad desde lo alto de la ciudad santa, que el valiente no está todo entero en el sepulcro, y que despues de él queda alguna cosa mas que una vana fama. Por fin, si la moral estriba toda en el dogma de la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma, un padre, un hijo, un esposo, y una esposa no tienen interes en ser ateos.

Una vez reconocida la existencia de un Ser supremo, su religion consiste en adorarle é invocarle en nuestras necesidades y desgracias, en ofrecerle nuestros sentidos y potencias, en darle gracias por sus beneficios, en referir á él la gloria de nuestros felices sucesos, en amarle como nuestro primer principio y último fin, y en santificar con este amor cuanto tenemos, cuanto hacemos y cuanto somos. El rasgo propio de esta primera causa, que es Dios, se halla en nuestros libros santos, y su espresion lleva consigo el carácter de la Divinidad sublime que

la ha formado. «¿Eres tu, dice Dios á Job, aquel cuya mano gobierna las riendas, que guian los pasos de los ástros por las llanuras del cielo? Arregla, si puedes, sus revoluciones, dirige su curso, manten su resplendor, y conserva su fuerza. ¿Puedes tu dirigir la influencia de los ástros, que centellean desde lo alto de la esfera? Mias son la noche y todas las estrellas. ¿Eres tu quien decide en qué parte ha de nacer el dia? ¿Abres acaso las cortinas purpúreas de la aurora, despiertas el sol, le mandas levantar, para que vuele á iluminar el mundo? ¿Eres tu quien lo ha colocado brillante, ó le dirige en su carrera? ¿Le has dado los torrentes de luz, para que caigan sobre la tierra distante? ¿Puede medirse tu brazo con el mio? ¿Tu voz tiene acaso, como la mia, la fuerza del trueno, y el espanto del relámpago? ¿Puedes encerrar en la mano la masa de las aguas del océano, cuando la tempestad levanta sus olas hasta las nubes? Muéstrate, hombre vano, en toda tu grandeza, reúne tus fuerzas, desplega tu poder, y veamos si puedes con una mirada, como yo, quebrantar los fundamentos del universo. Cuando hubieres hecho estas cosas, confesaré que puedes confiar en tu brazo. ¡Hombre insensato, fantasma de un mo-

mento, mas vano que la sombra de un sueño! ¿qué mundos has criado? ¿qué insectos has alimentado, para que te atrevas á censurar á tu Dios? ¿Soy yo el que dá los bienes, ó los recibo de otro? ¿Has oido gloriarse á alguno de ser mi bienhechor? Los valles secundos estan cargados de mis frutos; todos los ganados que pacen sobre los montes, son míos. Los mares, la tierra y el aire me pertenecen á mí. Las estrellas y el sol son el polvo que yo he sembrado bajo mi trono, ¿y tu querrás medirte con el Criador del universo? El soplo de Dios forma el hielo, y el mismo lo deshace; multiplica las gentes, las destruye y las renueva. Muda el corazon de los príncipes, y manda en ellos.» Y á un Señor como este ¿no deberán las criaturas adoracion, respeto y amor? «Los cielos, dice David, publican la gloria del Señor, y esponiendo á nuestros ojos las maravillas que en sí encierran, nos dán á conocer con claridad el autor que los ha formado. Cada dia enseña á alabar al Señor al dia que le sigue, y cada noche instruye á la siguiente en el arte de cantar sus alabanzas. La voz de las obras del Señor se esparce por todo el universo, y resuena hasta las estremidades del mundo.» «El Señor, dice en otra parte, está

revestido de hermosura, de gloria, de magestad y de poder; los rios parece que esfuerzan su voz para alabaros; levantan sus olas, y el murmullo de sus aguas les sirve de language, para ensalzar vuestro poder. Yo te bendigo ¡ó Dios mio! pues eres infinitamente grande en las obras de tus manos. Vos sois el artífice de los montes y de las llanuras, el que hace salir el agua de los valles, y el que dirige el curso de los rios. Sea bendita para siempre la gloria del Eterno. Con una mirada hace temblar la tierra, un aliento suyo abraza los montes.» «Hablad, dice en el salmo 82, y no reprimais por más tiempo vuestra ira. Estais viendo el orgullo con que hablan vuestros enemigos, y la soberbia con que engrien la cabeza; han formado perniciosos designios contra vuestros adoradores. ¡Ea! han dicho, vamos á esterminarlos, borrémoslos del numero de las naciones, y no se haga caso jamás del nombre de Israel, ni de Jacob. Para esto dispusieron testamento y pacto; para esto los tabernáculos y juntas. Diéronse ayuda los unos á los otros, coligáronse Idumeos, Ismaelitas, Moabitas y Agarenos para arrancar de cuajo y quitar del mundo la memoria del varon de Israel. Trastornadles, Señor, sus ideas, y dad-

les un espíritu de vértigo y desconcierto, como una rueda que se mueve sin cesar; disipadlos como se disipan con el viento los montones de paja, como el fuego que abrasa las selvas, y como la llama que consume los montes. Cubrid su rostro de confusion, y entonces preguntarán ¿quién sois Vos? y quedarán convencidos de vuestro poder. Averguéncense, y os teman para siempre, y quedarán convencidos de vuestro poder. Perezcan con el rubor de no haber podido formar contra Vos mas que inútiles proyectos. Sepan que Vos solo teneis en el universo la soberanía y el poder.»

Es menester estar perdido de juicio, para no conocer al Eterno en la pintura que Él hace de sí mismo, pues que David no puede hacerla de su propio fondo. «Su cólera, dice, subió como un torbellino de humo; su rostro apareció como la llama, y su ira como un fuego ardiente. Humilló los cielos; bajó, y las nubes están á sus plantas. Tomó su vuelo sobre las alas de los Querubines, y se arrojó sobre los vientos. Las nubes amontonadas forman al rededor de Él un pabellon de tinieblas: el resplandor de su rostro las disipó, y cayó de su seno una lluvia de fuego. El Señor cayó desde lo alto de los

cielos, hizo oír su voz, y su voz se oyó como una borrasca de fuego. Disparó sus flechas, y dispó mis enemigos.» Nó; no es hija del entusiasmo tan magnífica descripción, ó si lo es, el entusiasmo es divino también. Un sentimiento de religión embelesa y enajena al hombre en la contemplación de los grandes objetos de la naturaleza. Millares de estrellas en medio del firmamento, un mar sin orillas, el silencio pavoroso de los bosques ¿no nos dán una idea confusa de la omnipotencia, bondad y sabiduría del Criador de la naturaleza, y un deseo de confundirnos con Él? Aun más particularmente se encuentra el hombre unido á la eternidad en la inmediación del sepulcro: nuestra naturaleza se muestra entonces superior al resto de la creación, y aparece en todos sus altos destinos. ¿La bestia conoce acaso su féretro, ó se inquieta con sus cenizas? ¿Qué impresión la hacen los huesos de su padre? ¿De dónde, pues, nos viene la poderosa idea, que tenemos de la muerte? ¿Por ventura merecerán nuestros homenajes algunos terrones de polvo? No por cierto: no respetamos los sepuleros de nuestros antepasados, sino porque una voz secreta nos advierte, que no está muerto todo en ellos.

Publiquemos en alta voz que Dios existe, y que existe por sí mismo; reconozcamos que nuestra existencia está subordinada á la suya, y que todas las cosas que conocemos están en el mismo caso. Nó; no razonemos jamás sobre la esencia de nuestro Dios; contentémonos con decir: *¡Dios existe!* esto es lo que nos dice la conciencia. Cuanto mas nos esforzamos á contemplar su esencia infinita, menos la concebimos; pero Él es, y esto debe bastarnos. Yo me humillo, y le digo: «¡Ser de los seres! yo soy porque tu eres; es elevarme á mi origen, contemplarte sin cesar; el uso mas digno de mi razon, es aniquilarse delante de tí.»

Peró ¿quién es Dios? «Lo pregunté á la tierra, dice el padre san Agustin, y me respondió: *Yo no soy Dios*: la misma respuesta me dió todo lo que ella contiene. Lo pregunté al mar, á los abismos, á los peces, y á todos los animales que nadan por el agua, y que andan arrastrando por la tierra, y me respondieron: *Nosotros no somos tu Dios; búscale mas arriba*. Lo pregunté al aire que respiramos, y á las aves que vuelan por él, y me respondieron: *Anaximenes se engañó, porque nosotros no somos Dios*. Lo pregunté al cielo, á la luna, á las estrellas, y me

respondieron: *Tampoco somos nosotros ese Dios que tu buscas.* Despues me volví á todos los objetos que rodean mis sentidos, y les dije: Ya que vosotros no sois mi Dios, dicidme á lo menos alguna cosa de él, y exclamaron todos á una voz: *¡Él es el que nos ha hecho!* ¿Quién es Dios? Decidlo vos mismo ¡ó Dios mio! ya que todas vuestras criaturas callan sobre esto. *Yo soy el que soy;* esto es, el ser por escelencia, el ser necesario, el ser eterno, el ser inmutable, el ser independiente, el ser, principio y origen de todos los otros seres. Este es el nombre grande que tiene desde toda la eternidad. Él es el que pone un blanco á la justicia, una vasa á la virtud, y un premio á esta vida breve empleada en agradarle. Él es el que clama sin cesar á los pecadores: «que no ha faltado quien viese sus delitos ocultos;» y el que manda decir al justo de su parte: «Tus virtudes tienen testigo.» ¿Cómo, pues, podrá la criatura eximirse de dar el honor debido y de rendir vassallage al autor de su ser, á su conservador y bienhechor? Temeis que, adorando á Dios, os hagais luego superticiosos y fanáticos. Pero ¿no es de temer que, negándole sus homenages, os abandoneis á las pasiones mas atroces y á los

mas espantosos delitos? ¿Qué tiene de malo el juntarse en los templos en tiempo de las cosechas, para dar gracias á Dios del pan que nos ha dado? ¿Qué tiene de reprehensible el que en medio de una larga y pública calamidad, nos humillemos bajo su justicia, é imploremos su clemencia? Si hay relaciones entre Dios y los hombres, es preciso postrarse al pie de los altares, y llevar allí el tributo de nuestro reconocimiento y dependencia. Un corazon penetrado de estas sublimes verdades se rehusa á las mezquinas pasiones de los hombres; esta grandeza infinita le aparta de su orgullo; el encanto de la meditacion le arranca á las ideas terrestres. El filósofo que se lisongea de penetrar en los secretos de Dios, se atreve á asociar su sabiduría á la sabiduría eterna; aprueba, vitupera, corrige y prescribe leyes á toda la naturaleza, y límites á la eterna sabiduría; y mientras que, ocupado de sus vanos sistemas, se atormenta por disponer la maquina del mundo, el labrador que vé sus campos fertilizados por la lluvia y el sol, alaba y bendice la mano de quien las recibe, sin cuidar del modo con que han sido formadas.

No se puede dudar que el hombre está obligado á hacer un buen uso de su razon. Seria

absurdo pensarlo de otro modo. ¿Y qué uso mas noble y mas digno puede el hombre hacer de su entendimiento, que el de elevarse por él hasta su autor, pues que le ha sido dado para conducirlo á Él? ¿Por qué Dios habra criado al hombre á su imagen? ¿Por qué le habra dado un corazon, que Él solo puede llenar? ¿Por qué se le habra dado á conocer, si no quisiera ser glorificado por la obra de sus manos? El cristiano debe adorar á Dios segun las reglas establecidas por la Iglesia; debe amarle sobre todas las cosas, estimándole en mas que ellas, y guardar su santa ley con un respeto sin límites. Le debemos un amor universal y de preferencia, por el cual empleemos para gloria suya todo lo que hemos recibido de su bondad; un amor que, llenando nuestro corazon, purifique todos sus deseos, santifique todas sus inclinaciones, y ennoblezca todas sus esperanzas. Siendo Dios la suprema verdad, nadie puede dejar de creerle, cuando habla, ni de esperar en Él, cuando promete. Por eso la religion de Jesuristo quiere que tengamos una fé pura, que no mezcle á lo que Dios nos ha revelado de su ser y de sus soberanos designios, pensamiento alguno que desdiga de estas verdades; una fé humilde, dócil y enemi-

ga de toda curiosidad; una fé viva, que obre por la caridad, y nos úna de todo corazon á la verdad eterna.

Tambien es preciso, para dar á Dios el culto que se merece, que tengamos una esperanza firme y generosa, que nos arrebate adonde están nuestros verdaderos intereses, que nos inspire una alegría, una nobleza y una elevacion de pensamientos, que como una segura áncora, fije nuestra alma, y la haga mantenerse firme en medio de las borrascas de esta vida. Como Dios es la misma justicia; tiene preparados terribles castigos para los que desprecian sus amenazas, y abusan de su paciencia. La prudencia nos dicta, que temamos el rigor de sus justos juicios; y como su nombre es infinitamente grande y adorable, es preciso pronunciarle con profunda reverencia y religioso temor. Como necesitamos de infinitas cosas, y encontramos en nosotros un inmenso vacío, es necesario recurrir á la bondad de nuestro Dios, buscando en aquella inagotable fuente de luz y de santidad los auxilios necesarios para conocer y cumplir nuestras obligaciones, para curar nuestras llagas, para comprender nuestra flaqueza, y caminar con seguridad y rectitud por el camino

de la salvacion. Pero como nada se nos debe de justicia, ni podemos por nosotros mismos obtener cosa alguna, es preciso que pidamos por medio de Jesucristo, persuadidos firmemente que nada puede ser agradable á Dios, si no está santificado con esta oblacion divina. De estas verdades se infiere muy naturalmente la obligacion que tenemos de usar santamente de los dones de Dios, por lo mismo que los hemos recibido; de restituirlos otra vez á su misma fuente, por medio de un sincero hacimiento de gracias, y de guardarlos cuidadosamente con la humildad y el reconocimiento. La voluntad de Dios es ley suprema y siempre justa, y nada sucede en el mundo sin su permiso ó mandato; debemos en todo acontecimiento someter á su voluntad los caprichos de la nuestra, inquieta, orgullosa y enemiga de la dependencia, desechando toda queja, y mirando como infidelidad la mas mínima desconfianza. Finalmente, siendo Dios nuestro soberano bien y último fin, debe ser el objeto y término de nuestros deseos. Debemos trabajar sin intermision en purificar nuestra alma de lo que aun tiene de carnal, estableciendo en nosotros el reino absoluto y perfecto de la justicia; pues, para

conseguir algun dia aquel dichoso estado en que reinará sola la caridad, es preciso que mientras vivimos en el mundo, tengamos una hambre santa, y una sed ardiente de esta celestial virtud.

Hé aquí como Dios, por su infinita escelencia, su perfeccion inconmensurable, su poder sin límites, su bondad sin medida, su beneficencia y su dominio, funda unós títulos incontables, para ser adorado por todas las criaturas. ¡Y el hombre le es desconocido, y desagradece los beneficios que ha recibido de su mano pródiga! ¡Este hombre, la obra acabada y perfecta en este mundo, el pensamiento abreviado de Dios, el que se maneja con consejo y razon en sus determinaciones, el que es dueño de la armoniosa perspectiva del mundo, y señor de los elementos, el siervo, el esclavo del Criador del universo, quiere apoderarse en gefe de toda la naturaleza, y apropiarse los homenajes debidos al Eterno! ¿No es una indefinible soberbia aspirar á un derecho que solo conviene á la Divinidad? Desciende ¡hombre! al fondo de tu corazon; oye la voz de tu conciencia, y no la voz de tus pasiones. ¿No quemas inciensos y reverencias á muchos hombres mas poderosos

quetu? ¿Y quieres negarte á la deuda que Dios te ha impuesto, y que te dicta tu razon? No te ciege una gloria pasagera, porque acabará contigo. ¡Cristianos! si no amais y reverenciais á nuestro Dios, las bóvedas y las paredes de este templo se sublevarán contra vosotros. *Lapis de pariete clamabit.* Entrad en el fondo de esas capillas; poned la vista en esos sepulcros cubiertos de polvo, sobre que está recostada la figura gótica de algun obispo, revestido de las ropas pontificales, juntas las manos y cerrados los ojos; fijadla en quel otro monumento, en que un clérigo, recostado sobre el codo, y la cabeza apoyada sobre la mano, parece que piensa en la muerte. El sueño del prelado, y la postura del sacerdote tienen ciertamente algo de misterioso.

El primero parece profundamente ocupado con lo que vé en los sueños de la tumba; y el segundo, como un hombre que vá de camino, y no quiere acostarse enteramente. Miraos en esos espejos, y vereis en ellos que el tiempo es un solo minuto, y el espacio una pequeña línea. ¡O religion! tus recuerdos nos cercan por todas partes; no es posible dar un paso, sin encontrar vestigios de los sentimientos que inspiras á los angustiados mortales. Y esa pila sagrada del

bautismo, donde recibisteis la nobleza de la adopcion divina, la semilla de la inmortalidad, y la esperanza del cielo; esos tribunales de penitencia, donde vuestros pecados os han sido tantas veces perdonados; esta cátedra de la verdad, de donde se os han comunicado verdades de salud eterna ¿no clamarán contra vosotros, si, ingratos, desconoceis la mano que os ha prodigado tantos dones?

Os estremeceis, é indignais, y con razon, cuando sabeis que una ciudad ó un pueblo se ha sublevado y atrevido á resistir al poder público: esta rebelion os parece criminal, ¿y sereis insensibles al respeto y obediencia al Eterno, cuyas miradas no podeis huir, ni menos vencer su poder? Pero ¡y qué espectáculo viene á ofrecerse á mis ojos! ¡Pudiera yo pasarlo en silencio, para ahorrarme el dolor que me escita su recuerdo, y á vosotros el escándalo que os ha de causar la pintura y descripcion! Al oir hablar á ciertas gentes de patriotismo, de virtudes, de amor al bien público, desinterés, filantropia, respeto á las leyes, y amor á las autoridades y al órden, me parece oir las hinchadas maximas del pórtico de Roma y de las galerías de Atenas. Esta vana ostentacion resonó allí, y fué siem-

pre un objeto de desprecio y de risa. La virtud nos conduce al supremo bien; pero ella no puede ser este supremo bien. Es el principio de la felicidad; porque nos hace amar al supremo Dispensador de todos los bienes, el cual después de haber sido el testigo de nuestra paciencia, de nuestros sacrificios y combates, nos promete una corona digna de su magnificencia. No es preciosa la virtud para el hombre que mira con menosprecio la religión, que la sostiene. Dirá bajo el peso de la desgracia con el último Romano, sucumbiendo en los campos Filípicos: «¡Desgraciada virtud, tu me engañaste! Te seguí desde mi infancia, y hé aquí el fruto que saco de servirte. Yo te buscaba como un bien real y sólido; pero conozco, aunque tarde, que no eres mas que un vano ídolo indigno de nuestros votos, un fantasma, ó una esclava de la fortuna. Harto mejor me fuera haber huido de tus caminos estériles, para abandonarme á la injusticia, que es la fuente de las riquezas, y á la destemplanza, que dá abundantes placeres.» Dejada aparte la religión, las blasfemias de Bruto son quejas muy racionales. La desesperacion será siempre el destino inevitable de cualquiera que, espuesto á la misma prueba, no reconozca otra

recompensa de la virtud, que la virtud misma. ¿Qué pueden ser unas virtudes, que se quiere que lo sean, si la religion no es su principio, su motivo y su fin? Agitaciones fingidas, ó sentimientos de ostentacion, sostenidos porque los vén los hombres, porque los alimenta la alabanza, y los dán pábulo atroces meditaciones; pero que se secan en faltádoles admiradores, testigos é intereses. ¡Nombres venerables de honradez, patriotismo, fidelidad, desinterés, justicia, sinceridad y buena fé! vosotros no sois para un ciudadano sin religion, sino palabras de moda y sin sentido, ó alguna cosa peor.

Haz ¡ó eterno Dios! que sea confundido el error de unos frenéticos, amantes ciegos de la novedad de unos sistemas envenenados. ¿Para cuando necesitamos de tu poder y auxilio? En este instante, en este momento, ahora mismo hemos menester de tu asistencia, cuando cierta clase de hombres sin conciencia y sin Dios, quieren ofuscarnos con alhagueñas ideas de insubordinacion é independenciam, menospreciando el pacto que han jurado, y abjurando la religion con que los ha recibido al nacer; cuando tratan de atropellarlo todo, profanando su nombre santo, para desquiciar, alterar á su sombra todos

los sentimientos, y cometer todos los crímenes, abusando de una arma que la nación ha mirado como la salvaguardia de todos; cuando el pudor está en sus últimos días, y la decencia no existe yá; cuando todos creen saberlo todo, y pocos se cuidan del principio de la sabiduría; cuando hay tantos atolondrados, á quienes no rige otro principio que un espíritu de vértigo y desconcierto, con que, si les fuera dado, trastornarian el universo, para reinar ellos solos; cuando... Pero, ¡grande Bienhechor de los mortales! ¡tus riquezas prodigadas entre ingratos, entre crapulosos insensibles á tu muda elocuencia! ¡Tus grandezas, alimentando á unas almas viles, incapaces de conocerte y adorarte! Compadécete y reparte el bálsamo de tu religion con la equidad y justicia de tu ley. Y si la tenemos ¿á qué andamos errantes y vagando en el caos de mil cofusiones infructuosas y estériles? Aquí, en esta religion, en la católica, nos fijamos, en ella vivimos, y en ella moriremos. Reinad ¡Dios mio! sobre todos, para que todos reinen en Vos por los siglos de los siglos. AMEN.

los sentimientos, y cometer todos los crímenes, abriendo de una punta para la nación la mirada como la salvaguardia de todos; cuando el poder está en sus últimos días, y la decencia no existe ya; cuando todos creen saberlo todo, y pocos se cuidan del principio de la sabiduría; cuando hay tantos atolondrados, a quienes no tiene otro principio que un espíritu de vertigo y desconcerto, con que, si les fuera dado, trastornarían el universo; para tener ellos solos; cuando... Pero, grande descubridor de los misterios, las riquezas prodigadas entre ingratos, los culpados inescusables y no nada esencial. ¡Las grandezas, almontando a sus aunas riles, incapaces de conocer y alabar el Compás! Este y reparte el bálsamo de la religión con la equidad y justicia de la ley. Y si la tenemos ya que andamos errantes y vagando en el caos de mil confusiones intrincadas y esteriles? ¡Ah! en esta religión, en la católica, nos fijamos, en ella vivimos, y en ella moriremos. ¡Hicid Dios mil sobre todos, para que todos reinen en Vos por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.

Adorarás á tu Dios y Señor, y á Él solo servirás.

Mat., Cap. IV, v. 10.

¡**M**ORTALES estraviados por el terror! caminad hácia la felicidad en cada instante de vuestra duracion; trabajad en vuestra dicha; gozad sin temor; sed dichosos: esta es la ley de la naturaleza vuestra madre. «¡O vosotros, hijos míos! os dice ella á grandes gritos, buscad vanamente vuestro bienestar mas allá de los límites del universo en que os ha colocado mi mano;

vanamente le pedis á esos fantasmas inexorables, que vuestra imaginacion quiere establecer sobre mi trono eterno; vanamente le esperais en esas regiones celestiales que ha creado nuestro delirio. Renunciad, renunciad á los deberes para con ese Dios, que llenan vuestros dias de espanto, de tristeza, de gemidos, y de ilusiones. ¡Volved, hijos transfugas, volved á la naturaleza! Ella arrojará de vuestro corazon esos temores que os oprimen, esas inquietudes que os desgarran, esos trastornos que os agitan, esos sinsabores que os separan del hombre á quien solo debeis amar. ¡Débiles mortales! esparced flores por el camino de vuestra vida; cesad de contemplar lo por venir; vivid para vosotros; vivid para vuestros semejantes. Sé, pues, dichoso ¡ó hombre! ¡la naturaleza te convida á ello, y aprueba los placeres que puedas procurarte. Deja ese Dios, á quien nada debes. Si es infinitamente bueno ¿qué razon tendremos para temerle? Si es infinitamente sábio ¿por qué inquietarnos sobre nuestra suerte? Si lo sabe todo ¿á qué advertirle nuestras necesidades y fatigarle con nuestras súplicas? Si Él es el señor de todo ¿para qué es hacerle sacrificios y ofrendas? Si es justo ¿cómo creer que castigue

las criaturas que ha llenado de flaquezas? Si es omnipotente ¿cómo ofenderle y resistirle? Si es inmutable ¿con qué derecho pretenderemos hacer mudar sus decretos? ¡O hombre! rompe de de una vez los vínculos que te unen á un Dios, que no puedes comprender. Cesa de adorar, respetar y amar á una Deidad que, cuando exista, no se digna poner los ojos sobre tus pisadas, sino que habita espacios inaccesibles.

Hé aquí, Illmo. Sor., el lenguaje de los impíos; hé aquí el idioma de los que no tienen Dios; mejor diria: de los que quisieran que no le hubiera... ¡Idioma perverso! ¡conceptos infernales! Al leerlos, he exclamado en la amargura de mi dolor indignado: ¿Hasta cuándo permitiréis ¡Dios paciente! que estos perversos hijos de los hombres conserven, muevan sus lenguas, para decir calumnias, y que sus bocas, semejantes á los sepulcros, vomiten la corrupcion de sus corazones? ¿Hasta dónde permitirá vuestra paciencia que sus lábios envenenen la tierra, y quiten al género humano el único consuelo que le comunica vuestra existencia? Pero ¡ah infelices! por mas que os hagais sordos y aturdidos, la importunidad de su voz austera, de su grito terrible penetra hasta vuestro corazon, y

os hace estremecer en medio de vuestros contentos delincuentes. No dais un paso sin ver los portentosos atributos de su ser incomprensible, y sin hallar monumentos sin fin que acreditan su poder y su infinita bondad. ¡Y qué! este Dios soberanamente justo, que ha sometido los seres inanimados á reglas y leyes inviolables, ¿habrá omitido prescribirlas á los hombres dotados de vida y sentimiento? ¿Les habrá dispensado de la obediencia? Aquel de quien tenemos el conocimiento del bien y del mal ¿podrá no ser la regla de nuestras costumbres? Nuestros menores movimientos ¿se ocultarán á esa inteligencia infinita, á quien todo lo venidero está presente, y que de una sola mirada sin esfuerzo y sin confusion, percibe todo lo que pasa en el mundo? «¡Qué! esclama el Profeta-Rey, el que ha formado el oido ¿será sordo á nuestras alabanzas y á nuestras blasfemias? Aquel que ha abierto nuestros ojos á la luz ¿tendrá los suyos cerrados á nuestras virtudes, como á nuestros crímenes? ¡Que el impío, si es que conoce su esencia, no juzgue de lo que Dios pide de él, sino por lo que el mismo se ha dignado explicarle!

Y ved aquí manifestado el objeto de mi discurso. Todo lo que es Dios nos predica la obli-

gacion de adorarle. Del fondo de nuestras conciencias sale una voz poderosa que confirma esta misma obligacion. La religion clama incesantemente este deber, y la razon lo apoya de un modo victorioso. Dios lo manda, y la razon lo aprueba. ¡Pueblos de la tierra! poned todo vuestro placer y todo vuestro júbilo en servir y alabar al Señor: venid presurosos, alegres y contentos á presentaros ante Él, y á adorarle en espíritu y en verdad. Reconoced que Él es el verdadero y el único ser que merece nuestro respeto y nuestro amor, que Él es quien nos hizo, y no nosotros. Pueblo suyo somos, y obejas que sustenta con sus pastos: venid pues á darle gracias por sus beneficios, y á cantarle himnos en su tabernáculo. ¡Ah! si tuviera yo la lengua de todos los mortales, aun entonces no seria suficiente á espresar los sentimientos de respeto, de reconocimiento y de fé, que se deben al Dios grande y misericordioso. Dadnos, pues, ¡Señor! vuestra gracia para celebraros dignamente. Asi os lo suplicamos por la intercesion de vuestra Madre, saludándola con el ángel:

AVE MARIA.

Si existe Dios, es necesario adorarle. Esta primera causa ha de ser superior á todas las otras; inmensa, sábia, justa, buena en sumo y eminente grado, pródiga y árbitra de todo el mundo. Uno de los rasgos mas admirables y propios, para que formemos justa idea de esta primera causa, que es Dios, se halla en nuestros libros sagrados, y su espresion lleva consigo el carácter de la Divinidad sublime que la ha formado «¿Eres tu, dice Dios á Job, aquel cuya mano gobierna las riendas que guian los pasos de los ástros por las llanuras del cielo? Arregla, si puedes, sus revoluciones, dirige su curso, mantén su resplandor, y conserva su fuerza. ¿Puedes tu dirigir la influencia de los ástros que centellean en lo alto de la esfera? Mias son la noche y todas las estrellas. Yo he sembrado millares de ellas en los cielos, y guardo otros millares en reserva. ¿Eres tu quien decide en qué parte ha de nacer el dia? ¿Abres acaso las cortinas purpúreas de la aurora, despiertas al sol, le mandas levantar, para que vuele á iluminar el mundo? ¿Eres tu quien lo ha colocado brillante, ó le dirige en su carrera? ¿Lehas dado tu los torrentes de luz, para que caigan sobre la tierra bien distante? ¿Puede me-

dirse tu brazo con el mio? ¿Tu voz tiene acaso, como la mia, la fuerza del trueno, y el espanto del relámpago? ¿Puedes encerrar en la mano la masa de las aguas del océano, cuando la tempestad levanta sus olas hasta las nubes? Muéstrate, ¡hombre vano! en toda tu grandeza, reúne tus fuerzas, desplega tu poder, y veamos si puedes con una mirada, como yo, quebrantar los fundamentos del universo. Cuando hubieres hecho estas cosas, confesaré que puedes confiar en tu brazo. ¡Hombre insensato, fantasma de un momento, mas vano que la sombra de un sueño! ¿qué mundos has criado? ¿qué insectos has alimentado, para que te atrevas á censurar á tu Dios? ¿Quién puede resistir mi semblante? ¿Soy yo el que dá los bienes, ó los recibo de otro? ¿Has oido gloriarse á alguno de ser mi bienhechor? Los valles fecundos estan cargados de mis frutos; míos son todos los ganados que pacen sobre los montes. Los mares, las estrellas y el aire me pertenecen á mí. Las estrellas y el sol son el polvo que yo he sembrado bajo mi trono, ¿y tu querras medirte con el Criador del universo, y autor de tantas maravillas?» «Este Dios es, dice á Job uno de sus amigos; este Dios es el que forma las lluvias, y hace caer el

agua como por una criba; este es el que con su querer forma las nubes como un pavellon, las estiende sobre nosotros, fabrica los rayos, con que castiga los pueblos, y les dispone las cosechas; en su mano tiene la luz, la esconde cuando quiere, y la descubre cuando le place. El soplo de Dios forma el hielo, y el mismo le deshace; multiplica las gentes, las destruye y las renueva. Muda el corazon de los príncipes, y manda en ellos.» ¡Tan grande y admirable es nuestro Dios! ¿Y es mucho que las lenguas de todas las criaturas se deshagan en alabanzas de un Señor tan admirable? «Los cielos, dice David, publican la gloria del Señor, y esponiendo á nuestros ojos las maravillas que en sí encierran, nos dán á conocer con claridad el autor que los ha formado. Cada dia enseña á alabar al Señor al dia que le sigue, y cada noche instruye á la siguiente en el arte de cantar sus alabanzas.» Estas alabanzas nunca son interrumpidas, están puestas en un language inteligible á todos los pueblos de la tierra. La voz de las obras del Señor se esparce por todo el universo, y resuena hasta las estremidades del mundo.» Hablad, pues, ¡Dios mio! os digo yo con el mismo rey, y no reprimais por mas tiempo vues-

tra ira. Estais viendo el orgullo con que hablan vuestros enemigos, y la soberbia con que engríen su cabeza; han formado perniciosos designios contra los que os adoran. ¡Eh! han dicho, vamos á esterminarlos, borrémoslos del numero de las naciones, y no se haga caso jamás del nombre de Israel, ó de Jacob. Trastornadles, Señor, sus cabezas, y dadles un espíritu de vértigo y desconcierto, como á una rueda que se mueve sin cesar; disipadlos, como se disipan con el viento los montones de paja, como el fuego que abrasa las selvas, y como la llama que consume los montes. Cubrid su rostro de confusion, y entonces preguntarán ¿quién sois Vos? y quedarán convencidos de vuestro poder. Averguéncense, y témanos para siempre. Perezcan con el rubor de no haber podido formar contra Vos mas que inútiles proyectos. Sepan que Vos solo teneis en el universo la soberanía y el poder.»

«¡O Dios! esclamo yo ahora con el mayor filósofo que ha tenido la irreligion, y que sin embargo se le han escapado algunas verdades religiosas, yo sé que existis, y que existis por Vos mismo; yo sé que mi existencia está subordinada á la vuestra, y que todas las cosas

que yo conozco, están en el mismo caso. Pene-
trado de mi insuficiencia, yo no razonaré jamás
sobre la naturaleza de mi Dios; yo me contento
con decir: ¡*Dios existe!*; esto es lo que yo sien-
to. Cuanto mas me esfuerzo á contemplar su
esencia infinita, menos la concibo; pero ¡*Él
existe!* esto me basta; y cuanto menos la con-
cibo, mas la adoro. Yo me humillo, y le digo:
«¡Ser de los seres! yo soy, porque tu existes; es
elevarme á mi origen, contemplarte sin cesar;
el uso mas digno de mi razon, es aniquilarse
delante de tí. Es un éxtasis de mi espíritu, un
encanto de mi flaqueza, sentirme oprimido bajo
el peso de tu grandeza.»

¿Quién es Dios? ¡cuestion profunda! «Lo
pregunté á la tierra, dice el padre san Agus-
tin, y me respondió: *Yo no soy Dios*: la
misma respuesta me dió todo lo que ella
contiene. Lo pregunté al mar, á los abis-
mos, á los peces, y á todos los animales que
nadan por el agua, y que andan arrastrando por
la tierra, y me respondieron: *Nosotros no so-
mos tu Dios; búscale mas arriba*. Lo pregunté
al aire que respiramos, y á las aves que vuelan
por él, y me respondieron: *Anaximenes se en-
gañó, porque nosotros no somos Dios*. Lo pre-

gunté al cielo, al sol, á la luna, á las estrellas, y me respondieron: *¶ Tampoco somos nosotros ese Dios que tu buscas.* Despues me volví á todos los objetos que rodean mis sentidos, y les dije: Ya que vosotros no sois mi Dios, dicidme á lo menos alguna cosa de él, y esclamaron todos á una voz: «*¡Él es el que nos ha criado!*» ¿Qué es Dios? Decidlo vos mismo ¡ó Dios mio! ya que todas vuestras criaturas callan sobre esto. *Yo soy, el que soy,* digisteis Vos á Moisés: esto es, el ser por excelencia, el ser necesario, el ser eterno, el ser inmutable, el ser independiente, el ser, principio y origen de todos los otros seres; *el que sois por Vos mismo, lo que sois.* ¡O hermosura siempre antigua, y siempre nueva! Este es el nombre grande que teneis desde la eternidad, en el cual está declarada la distancia inmensa que hay de Vos á nosotros. Vos sois el que pone un blanco á la justicia, una vasa á la virtud, y un premio eterno á esta vida breve empleada en agradaros. Vos sois el que clama sin cesar á los pecadores: *que no ha faltado quien viese sus delitos ocultos;* y el que manda decir al justo de vuestra parte: *tus virtudes tienen testigo.* ¿Cómo, pues, podrá la criatura eximirse de dar el honor debido y de rendir vasa-

llage al autor de su ser, á su conservador y á su bienhechor? Un corazon penetrado de estas sublimes verdades se rehusa á las mezquinas pasiones de los hombres; esta grandeza infinita le aparta de su orgullo; el encanto de la meditacion le arranca á las ideas y los pensamientos de la tierra. El filósofo que se lisongea de penetrar en los secretos de Dios, se atreve á asociar su sabiduría á la sabiduría eterna; aprueba, vitupera, corrige y prescribe leyes á la naturaleza, y límites á la divinidad; y mientras que, ocupado de sus vanos sistemas, se atormenta por disponer la maquina del mundo, el labrador que vé sus campos fertilizados por la lluvia y el sol, alaba y bendice la mano de quien las recibe, sin cuidar del modo con que le han sido otorgadas. ¡O Dios, origen de justicia y de verdad! ¡Dios clemente y misericordioso! en mi confianza en Vos, el supremo voto de mi corazon es, que vuestra voluntad sea cumplida. Conformando á ella la mia, hago lo que tu quieres; yo descanso en tu bondad, y creo gozar de antemano de la suprema felicidad, que es el premio de esta conformidad.

Nadie puede dudar que el hombre está obli-

gado á hacer un buen uso de su razon. Seria absurdo pensarlo de otro modo. ¿Y qué uso mas noble y mas digno puede el hombre hacer de su razon, que el de elevarse por ella hasta su autor, pues que le ha sido dada para conducirle á Él? ¿Por qué Dios habra criado al hombre á su imagen y semejanza? ¿Por qué le habra dado un corazon, que Él solo puede llenar? ¿Por qué se le habra dado á conocer, si no quisiera ser glorificado por la obra de sus manos? El ser libre é inteligente, y mas particularmente el cristiano, debe adorar á su Dios, ó darle el culto conveniente, segun las ceremonias establecidas por la Iglesia; amarle sobre todas las cosas, estimándole en mas que ellas, y guardar su santa ley con un respeto sin límites. ¿Qué pensar, pues, de esos hombres, que consagran en perder á los hombres, ese fanal divino que Él les dió, para salvarles? ¡Qué pensar! ¡que...! Es un secreto de la Providencia que no es licito sondear. Pues ¿qué lengua sera suficiente á hablar de la infinita clemencia de nuestro Dios? Solo Dios puede hablar de sí mismo, y de su inagotable bondad. Es tan grande, que excede á su justicia rigurosa. El Señor castiga, como padre, con lágrimas en los ojos, porque sabe que el culpado

es parte de sí mismo; y aunque por nuestra rebelion, se vé obligado á tratarnos como á enemigos, no puede olvidarse de que somos hijos suyos; y como dice Isaías, cuando quiere consolarse, y satisfacer á su justicia de las afrentas que le hacemos, es suspirando al verse obligado á castigarnos por nuestros delitos. Pues bien, si llegais á dudar del amor de nuestro Dios, las bóbedas y las paredes de este templo se sublevarán contra vosotros. En él os hallais circundados de sus gracias, y como rodeados de los monumentos de su amor. Esa pila sagrada del bautismo, donde recibisteis la nobleza de la adopcion divina; esos tribunales de penitencia, donde tantas veces habeis confesado vuestros pecados, y vuestros pecados os han sido tantas veces perdonados; esta cátedra de la verdad, desde donde os han vivrado tantos rayos de la verdad divina, que os han llenado de saludable espanto. ¡Altar! ¡altar! exclamaba el Profeta, ábrase ese tabernáculo; rómpase el velo; aparezca ese Dios que descende cada día á ese altar, para morir y renacer por nosotros; y si á la vista de tan señalados como ilustres testimonios de amor y de cariño, hubiere necesidad de deciros, que ese Dios es acreedor á vuestro

amor, sois indignos del título de hombres, cuanto mas del de cristianos. Pero ¡ay, qué dolor! ¡qué inconcebible ilusion! cuando toda la naturaleza nos muestra la munificencia de Dios, y entona patéticas alabanzas á su santo nombre, ¡un gran numero de cristianos vive en un total olvido de Él: vive como si no hubiera testigos de sus delitos, ni juez de sus virtudes! ¡Duermen tranquilos, reclinados en su seno paternal; pero, olvidando la mano protectora que los sostiene, se entregan á los delirios de sueños engañosos!...

¡Temerarios! ¡temerarios! sus incesantes dolores os indican la mano de donde vienen: esa vida, en que le desconocéis, os prueba su amor; pues que os la conserva, pudiendo aniquilarla.

¡O Dios mio! ¡dichosos los que os buscan, y adoran! El supremo voto de mi corazón es que la idea de vuestro nombre llene los dias de nuestra rápida existencia; y que despues, en aquel dia sin noche, tu luz indeficiente brille á nuestros ojos con el torrente de vuestras delicias. AMEN.

amor, sois indignos del título de hombres, cuando
 to más del de cristianos. Pero ¡ay, qué dolor!
 ¡qué inconcebible ilusión! cuando toda la natura
 tal vez nos muestra la magnificencia de Dios, y el
 entona cánticos alabanzas á su santo y glorioso
 ¡un gran número de cristianos vive en un total
 olvido de Él; vive como si no hubiera testigos
 de sus delitos, ni juez de sus virtudes! ¡Dichos
 men tranquilos, réclinados en su seno pater-
 nal; pero olvidando la mano protectora que los
 sostiene, se entregan á los delirios de su orgu-
 loso orgullo, al estribado alabanzas, consue-
 los tentativos temerarios, sus insensales do-
 neos indican la mano de donde vienen: es-
 villos, en que le desconocen, os prueba su amor;
 pues que os lo conserva, pudiendo aniquilarlo.
 ¡O Dios mío! ¡dichosos los que os bus-
 can, y adoran! El supremo voto de mi cora-
 zon es que la idea de nuestro nombre llene los
 días de nuestra rápida existencia; y que des-
 pues, en aquel día sin noche, tu luz indolente
 brille á nuestros ojos con el torrente de vues-
 tras delicias. Amen.



SERMON

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

Bonum est nos hic esse.

Bueno es que nos estemos aqui.

Mat., Cap. XVII, v. 45.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

¿Qué se puede pensar del insensato, que consume los pocos dias que se le dán, para vivir en placeres frívolos y pasajeros, irritando al que le dió la vida que malogra? ¿Qué juicio se puede hacer de los ciegos apasionados del mundo, que todo lo solicitan con ánsia, que todo lo anhelan con furor, que fijan su estancia en él, y forjan una felicidad permanente en un lugar de

destierro? Ellos han resuelto, como dice el Profeta-Rey, no mirar sino á la tierra, y jamás levantar sus ojos al cielo, donde está su verdadera dicha. Arraigados en el mundo por mil afectos terrestres, como por otras tantas raíces; arrobados con el eco seductor de sus encantadoras pasiones; fascinados con el falso resplandor de sus delicias, piensan que no hay otra felicidad para ellos, que la de este mundo falaz é impostor. A este dirigen sus caricias, y á este enderezan sus fiestas; y en el tumulto de sus locos festines, en los gritos de sus solemnidades tumultuosas, sacrílegamente esclaman: «Bueno es estar aquí; esta es nuestra morada; nuestra patria es todo lo que vemos, y nuestro reino todo lo que gozamos: bueno es, pues, estar aquí.» Hé aquí el epitafio de sus fiestas; hé aquí el lema de sus diversiones malditas. Empiezan con confusion, y acaban con estruendo; pero siempre se oye un mismo himno, siempre se entona un mismo cántico. ¡Dios eterno! ¡qué delirio! ¡Justo cielo! ¡qué funesto frenesí! Acostumbrados al picante de las cebollas y á las aguas impuras del Egipto, tienen por nada las delicias del Maná, y cambian los puros y

verdaderos deleites por corrompidos, por emponzoñados placeres. Despojados de las alas de paloma, que Dios diera á las almas puras para volar al monte santo de Sión, viven pegados á la tierra, como si sus espíritus fueran de barro, como si sus cuerpos fueran de plomo. Bien hallados con su cautiverio, prefieren las duras penas, y los amargos tragos, que sufren en él, al cúmulo de inmensos bienes que se gozan en la tierra de promision. Miran con una secreta desesperacion los espacios inmensos que los separan de ellos, y pierden con la esperanza el deseo de su soberana y eterna felicidad.

«¡Mundanos insensatos! ¡que ellos sean precipitados en los abismos! ¡que allí sean devorados por estériles remordimientos! ¡que allí encuentren el premio debido á sus desórdenes! Sí; ¡Dios mio! pues que estos desdichados cierran los ojos para no ver las hermosuras y atractivos de vuestras divinas perfecciones; pues que ellos os hacen la afrenta de abandonaros, para mirar y contemplar las criaturas que idolatran; pues que están tan fuertemente prendados del amor al bien criado, que no hay medio de convertirles en esta vida; pues que vuestras sollicitaciones

interiores, vuestras inspiraciones, todo lo que les dicen vuestros ministros en vuestro nombre no puede obligarles á ir á Vos; arrancadles, Señor, por la muerte todas estas criaturas; arrebatad á estas almas idólatras todas sus falsas divinidades, y obligadlas en el infierno á volverse hácia Vos, y á considerar para siempre cual es el peso de vuestra justa cólera. Obligadlas á considerar para su eterna confusion, cuál es esta infinita magestad que ellos han ultrajado, esta bondad que ellos han menospreciado, este manantial de bienes infinitos que han cambiado por la vanidad y el vicio.» Así me decia yo á mí mismo; así amenazaba á los mundanos, á esa raza de hombres ciegos y aturdidos, cuando hé aquí que me pareció oír en el fondo de mi alma una voz bajada del cielo que me dijo: «Aun no es tiempo de fulminar anatémas; no ha llegado la hora de vibrar imprecaciones. En vez de esto, publica las misericordias del Altísimo. Sube á la cátedra del Espíritu Santo; desde allí, redobla el eco de tu voz; grita á todos los hijos de Adán que está en su mano poseer la dicha de los Santos; que aun les está abierta la puerta de esta morada feliz; pero al mismo

tiempo, señalales el camino, por el cual deben andar, si quieren conseguirla; y enseñales que su vida debe ser, cual sería la de un ciudadano de los cielos, que fuese trasplantado á este mundo.» Manifestaré mas en particular en la continuacion de este discurso, cual debe ser vuestra vida, para conseguir el cielo. Vos ¡Dios mio! sois el único que destruis en nuestras almas el amor desordenado de las cosas perecederas, y substituis en su lugar vuestro divino amor. Arrancad de ellas esos ídolos quiméricos, y esos vanos fantasmas; bastante tiempo han servido á la ambicion, á la avaricia, á la vanidad y lujuria. Despedazad, trastornad esos ídolos; haced que conozcamos el engaño y corrupcion de este siglo; abridnos el camino verdadero para ir á Vos, y gozaros. Así os lo suplicamos por la intercesion de vuestra augusta Madne, saludándola con el ángel:

AVE MARIA.

El cielo, Illmo. Sr., es nuestra verdadera patria. Yo no me detendré á explicar qué cosa sea el cielo: me limito á decir en dos palabras que es la mansion

de la felicidad, en donde las almas de los verdaderos cristianos serán recibidas despues de su muerte, y en donde gozarán de todas las delicias, de que son susceptibles. Esto es lo que se puede inferir de todas las descripciones de los libros santos. Todo se dirige á hacernos concebir el cielo como el centro de los placeres, y del gozo mas puro. Pero no es bastante saber que hay un lugar de esta naturaleza, si la esperanza de llegar á él nos está entredicha. Esta idea no puede servir sino para atormentarnos, y para hacer nacer en nosotros deseos vanos é ineficaces : mejor seria no haber tenido jamás ninguna idea. Pero por fortuna esta situacion no es sino la de los impíos, que se han entregado al gozo insensato de su corazón. Nuestro Dios, con el conocimiento del cielo, ha dado á los suyos la esperanza de ser puestos un dia en su posesion. No ha omitido nada para convertir sus deseos y sus corazones hácia este grande objeto ; y se ha servido para este efecto de tres medios principales, para convencer á los hombres de esta importante verdad. Dios ha destruido, si se puede decir así, los bienes de la tierra, y los males del cielo. Ha decretado que

este mundo fuese un teatro de miseria, mientras que el Paraíso es un agregado de delicias. ¡Que no se me acuse de hacer de este universo un lugar mas de lo que es en efecto! Desde que se le pone en contraste con el cielo, se advierte la misma diferencia que reina entre el dia y la noche. Yo no ignoro ¡mundanos! que vosotros teneis vuestros placeres, á los cuales dais grande importancia; sé que vosotros pretendéis estar en un estado todo lleno de agradables situaciones; pero de dos cosas la una: ó vuestro language no es sincero, ó luego le mudareis. Los encantos que han ganado vuestros corazones, no son capaces de llenarles de un gozo puro y durable. Tampoco ignoro que vosotros, ¡fieles hijos de Dios! vosotros poseis acá bajo dulzuras verdaderamente sólidas; sé tambien que vuestra alma rebosa algunas veces de júbilo y de contento. Pero bien lejos de que resulte que la tierra sea la mansion de la felicidad, yo saco una consecuencia enteramente contraria. Porque ¿cual es el origen del alma fiel? ¿No son las gloriosas promesas de Dios, y la firme esperanza de la herencia incorruptible? Su felicidad no es, pues, sino una anticipacion

de la del cielo. Así, pues, ni el estado de los pecadores entregados á sus concupiscencias, ni el de los Santos favorecidos de lo Alto pueden impedirme afirmar, que no haya reservado Dios los verdaderos bienes para el cielo. Porque ¿cuales pueden haber sido las miras de este Ser adorable, haciendo una division tan desigual, sino enseñar á los hombres que deben despreciar un terreno ingrato, que no produce sino abrojos y espinas, y apresurarse á arribar á esta dichosa tierra prometida, á este pais que mana leche y miel, á esta bienaventurada patria, que les indemnizará de todas las miserias de esta vida?

Otro medio bien eficaz que Dios ha puesto por obra, es la desproporcion infinita de nuestra estancia acá bajo con nuestra habitacion en los cielos. Acá bajo no hacemos mas que pasar; y nuestra carrera, tan pronto como se comienza, se acaba. *El hombre, nacido de muger, es de corta vida. Sale como una flor, y al punto se marchita. Se huye como la sombra que no se detiene.* ¡Tan cortos son los límites que Dios ha prescrito á nuestra peregrinacion! Pero no es lo mismo de la morada del cielo: su duracion

igualará la duracion de la eternidad. Los años rodarán, y se sucederán sin fin; y al cabo de muchos millones de siglos, nuestra felicidad no hará sino comenzar. Cuando nosotros, pues, nos ocupemos de las ventajas mas reales, mas sólidas, mas dignas de atencion ¿la memoria de su brevedad no deberia bastar, para aniquilarnos delante de estos tesoros de gloria, que están al abrigo de todos los golpes, y sobre los cuales el tiempo, este espantoso destructor de todo lo que hay debajo del sol, no tiene ningun imperio? ¿No concluiremos que nuestra patria es el cielo? En fin, Dios no se ha contentado con enseñarnos esta verdad por consecuencias naturales, sino que, considerando que no pondríamos bastante atencion, se ha explicado, ha declarado su voluntad de una manera positiva: ha enseñado á los hombres, qué ideas deben formarse de lo presente y de lo por venir. Toda la escritura está llena del gran designio que Dios tiene de elevarnos de la tierra al cielo. ¡Abridla, leedla! Ved de que se trata en ese libro santo; de gravar é imprimir profundamente en nuestros corazones esta gran verdad: *Que el cielo es nuestra patria.* Se trata ahora de mostrar el

influjo que debe tener sobre nuestra conducta. Para descubrir en qué consiste esta conducta, que nos sea permitido hacer una suposición. Supongamos que una inteligencia celestial, que uno de estos espíritus bienaventurados, viniese por orden del Ser supremo á pasar en el mundo un espacio de tiempo igual á la duracion ordinaria de nuestra vida, y que esta inteligencia estuviese sujeta á la condicion de los mortales, con la esperanza y seguridad de volver despues adonde habia venido. Pregunto ¿cuáles serian sus ideas al venir á esta tierra? ¿con qué ojos miraria todo lo que aquí pasa? ¿qué plan de vida seguiria? Si la sumision á las leyes divinas le impidiese murmurar de su destierro; si la firme esperanza de su vuelta al cielo disminuyese sus amarguras, se guardaria bien sin embargo de abandonarse al aturdimiento del siglo, y de renunciar los santos hábitos que hubiese contraido. Colocada en medio de un mundo corrompido, se preservaria de su contagio, despreciando sus vanidades, sufriendo sus males sin quejarse, mirando la muerte con alegría, y practicando todas las virtudes celestiales.

Yo digo lo primero: que ella despreciaria las

vanidades del siglo. ¡O que pequeño y despreciable le parecería todo lo que pasa acá bajo, por mas imponentes que parezcan esta vana magnificencia, esta pompa fastuosa, estas decoraciones y grandezas que ocupan la escena del universo! Al salir de la corte brillante del Rey de los reyes, despues de haber visto los ejércitos celestiales, los diez millones de ángeles que asisten al rededor de su trono; despues de haber visto la magnificencia de su palacio ¿se dignaria poner los ojos sobre el aparato de las potestades de la tierra, sobre estas casas de arcilla, sobre este oropel que cubre á los mezquinos mortales? ¿Qué pensaria, viendo estas soberbias cabezas, que se levantan sobre las otras; estos señores imperiosos, delante de los cuales todo tiembla, y que serán un dia aniquilados delante del Señor del universo; estos débiles adoradores de la fortuna, que se encorban como el junco, y que arrostran, para elevarse, todo este indigno manejo que se emplea para suplantarse reciprocamente, y para alcanzar empleos que deshonan las mas veces á sus poseedores? ¿Haría mas caso de estos montones acumulados, de este conjunto de piezas de metal?. Despues

de haber pisado las calles de oro puro de la Jerusalem celestial ¿no tendria compasion de aquellos que se creen mas grandes, mas espirituales, mas respetables, porque ellos tienen un poco de esta materia tan preciosa á sus ojos, y tan vil á los de un ciudadano de los cielos? ¿Participaria de los placeres, que el mundo se apresuraria á ofrecerla? ¿Tendria gusto en las sociedades del siglo, en las sociedades de murmuracion, ó de disolucion, en estos lugares de placer, en donde se la querria poner? Llena aun de la idea de las santas é inocentes delicias, de las que habia sido inundada ¿que horror no sentiria en la groseria y brutalidad de sus nuevos compatriotas? «Aunque alejado de tí ¡ó Dios mío! esclamaria, en tí quiero tomar placer: tu quieres que yo viva sobre la tierra; pero por una santa desobediencia, yo viviré como si estuviera en el cielo.» Tales serian infaliblemente las disposiciones de este ciudadano en cuanto á los bienes de la tierra; pero los males tampoco harian impresion sobre él. Es cierto que esta inteligencia no seria insensible, pues que yo la he supuesto de la misma constitucion que nosotros. Pero desde que este piadoso ciudadano se

acordase, que es Dios el que le llama á sufrir, y que sus sufrimientos deben ser recompensados por un nuevo acrecentamiento de gloria escelentemente escelente, de la cual conoceria todo el precio, los primeros movimientos involuntarios harian inmediatamente lugar á una perfecta resignacion, y á una sumision sin reserva á las voluntades del Altísimo. La pobreza, bien lejos de parecerle un oprobio, y de arrojarle en duras penas, le pareceria acá bajo su estado natural. Veria apartarse y huir de él los bienes del siglo, sin sentir ningún pesar. Ocupado de la idea de estos tesoros, que el moho no consume, y que los ladrones no podrán jamás robar, juzgaria que todo lo demas es daño en comparacion de ellos. El desprecio injusto de los otros hombres, la calumnia, el ultraje, no le harian salir de su asiento tranquilo. Convencido de la ignorancia, de la prevencion, de la malicia que reinan acá en el mundo, no buscaria otra aprobacion que la del Escudriñador de los corazones, y haria consentir toda su felicidad en sufrir por Él. Las enfermedades mas largas, las mas dolorosas, no podrian quebrantarle, ó á lo menos abatirle. Si la fuerza

del mal le obligára á quejarse y arrojar algunos llantos, bendeciria siempre en su interior á este Dios que le castiga, porque le ama. Besaria la vara que le hiere; ofreceria al Todopoderoso el sacrificio de su paciencia, de su humildad, y el de su perfecta devocion. En fin, asaltado por todo lo que hay de mas espantoso, mas propio y eficaz para agotar la constancia de los hombres ordinarios, recibiria estas pruebas con una santa intrepidez, con una confianza legítima, pues que él descansaria sobre Dios mismo. «¡Potes- tades de la tierra y del infierno! ¡malicia de los hombres! ¡rabia de los demonios! ligaos, desen- cadenaos contra mí: yo no os temo. Nada podrá hacerme renunciar á esta felicidad que me es- pera; nada podrá apartar mi vista de este gran- de objeto. Si vuestros designios son contrarios á la voluntad de Dios, vuestros designios serán desconcertados, y vosotros no conseguireis si- no vuestra propia confusion. Si es Dios quien los dirige para probarme, no me abandonará, y con la tentacion me concederá siempre una sa- lida favorable. Sí ¡Dios mio! cuando vos me cu- briérais de los rayos de vuestra justicia, yo es- peraria aun en vuestra misericordia; cuando me

precipitarais en los abismos, yo veria todavía vuestra cara propicia: yo me elevaria hácia Vos, sostenido por una fé viva, y por un amor ardiente.»

No es esto todo: resta un nuevo asalto; una última prueba que reúne en sí todos los horrores precedentes, y en la cual la alma mas intrepida no puede pensar sin conmoverse. Ya entenderéis que hablo de la muerte, de este rey del espanto, de este espantoso enemigo del género humano, de esta funesta destructora, que lleva la desolacion á las familias, que destruye las ciudades y las campiñas, que hiere igualmente el palacio de los reyes, que la cabaña del pastor. Mientras que la vida está segura, el hombre trata de soportar los males de que está acompañada; pero desde que algun peligro la amenaza, desmaya, tiembla, todo su valor le abandona. Se prefiere por lo comun arrostrar una vida molesta y enojosa, al ver acabar sus males con su carrera; se quiere antes sufrir que morir. ¿Será lo mismo de vos ¡ó hombre celestial? ¿Os desmentireis á vos mismo al fin de vuestra carrera? ¿Vendreis vos á encallar afrentosamente en el puerto? Este esqueleto afrentoso que marcha á grandes pa-

sos, y que os amenaza con su faz matadora, ¿os cubriría del mismo espanto que al resto de los hombres? ¡Sospecha injuriosa! Nó; bien lejos de temer la muerte, esta alma santa la tendería los brazos, la miraría como una bienhechora amable que vá á terminar una carrera penosa, y que le hace ver el momento tan deseado. El soldado colocado en un puesto peligroso, en donde el hierro y el fuego que centellean por todas partes, hacen volar la muerte á sus costados, vé con gozo el momento en que otro viene á relevarle, y á sacarle de este peligro inminente. Al contrario el ciudadano de los cielos; despues de haber guardado fielmente el puesto que le habia sido señalado de lo Alto, se regocijaria á vista de la muerte que vá á apresurarle el instante de su recompensa. «Sí; ¡mi divino Rey! diría este espíritu bienaventurado: yo sigo sin balancear tu voz que me llama; yo bendigo todavía mas el dia de mi muerte, que el de mi nacimiento. Este me habia introducido en un mundo pecador y miserable; aquel me abre las puertas de un mundo santo y dichoso.»

En fin, he dicho que este huesped pasagero conservaria y practicaria acá bajo todas las vir-

tudes celestiales. Este es un carácter general en el cual terminan todos los otros. Sus acciones, separadas de todos esos motivos estraños, que impelen á los mortales, se referirian constante y únicamente á la gloria de su Dios, y á la adquisicion de su gloria inmortal. Penetrado de un amor ardiente hácia el Ser soberanamente perfecto, no se contentaría con buscarle en las criaturas. Su fé, más activa y sublime, penetraría las nubes que nos cubren, é iria hasta el lugar de su morada eterna. Convencido por su propia esperiencia que hay Dios, y que es el remunerador de los que le temen, los esfuerzos de los enemigos audaces é ingratos de este Ser adorable, no servirian sino á confirmarle en su temor y en su amor. Lloraria y detestaria su locura; lleno de los principios de aquella caridad pura y perfecta que reina entre los bienaventurados, la ejerceria sobre los pecadores estrañados; trataria de retraerlos por sus exortaciones y por sus ejemplos. En una palabra: la fé, la esperanza, la confianza en Dios, el respeto á su santo nombre, el deseo de su gloria, la bondad, la dulzura, la probidad, la humildad, serian las reglas invariables de su conducta. Sus

•

obras derramarían una luz saludable, que inclinaria á los otros hombres á glorificar á su Creador. Sus virtudes exhalarían un olor agradable, un perfume precioso, que subiendo hasta el trono de la magestad suprema, la atraerían su benedición y su protección.

Ved aquí en compendio el plan de la conducta de un ciudadano de los cielos colocado en este mundo; y ved aquí al mismo tiempo á lo que está obligado el cristiano, para conseguir el cielo. Nosotros habemos razonado hasta aquí sobre una suposición, es cierto; pero ella no es quimérica, y no hay uno solo de los caracteres que he indicado, que el cristiano no tenga obligación de revestir. Si no ha visto á Dios en su gloria, si no ha saboreado las delicias del paraíso; sin embargo no puede dudar de la excelencia y realidad de los bienes celestiales. Pero ¡ay! ¡qué espantosa catástrofe! ¡qué catástrofe tan funesta! Lejos de ser ciudadanos de los cielos, la mayor parte de los cristianos no son solamente los ciudadanos del mundo: son sus viles esclavos, que los tiene amarrados con sus cadenas infames, que cada día se hacen mas indisolubles. Viven como si nunca se hubieran de

acabar; como si jamás se hubieran de morir; como si los fundamentos de la tierra estuviesen asentados para siempre; como si hubieran de entrar en el abismo de la nada. Las esperanzas de otra vida no hacen mas impresion sobre ellos, que si fuesen cuentos ó fábulas inventadas para agradar. ¡Juez tremendo! ¡que esos hombres estólicos y frenéticos sean convertidos en los infiernos! ¡Que allí encuentren su gloria y su bienaventuranza, esos espíritus ligeros é inconstantes, que no quieren detenerse un instante á pensar en su salud; que se burlan de vuestra ley sacrosanta, que desprecian vuestras augustas promesas, y se rien de vuestros formidables anatemas! ¡Que sean para siempre desterrados de vuestra gloria esos hombres aváros, que hacen su Dios del metal perecedero, y ponen su corazon en un tesoro detestable, formado á espensas de la virtud, de la miseria y del infortunio! ¡Que en los infiernos conozcan la vileza é ignominia de sus riquezas, la atrocidad de los medios con que las han poseido, y la inocencia de las víctimas que degolláran con sus infames manejos! ¡Que sean para siempre desterrados de la mansion de los pobres y humildes.

de corazón, esos hombres orgullosos que llevan en sus semblantes el espanto, y en sus acciones el furor! ¡Que lo sean igualmente de las puras é inocentes delicias de los santos, esos hombres disolutos, que exhalan concupiscencia, que respiran liviandad, que vomitan impurezas, que no comercian mas que en oscenidades, y que sus huesos y sentidos están todos gangrenados de vicio tan execrable! ¡Que estos hombres, justo Dios, sean lanzados en las tinieblas eternas! ¡Que sean allí inundados de una luz horrible, que les haga conocer y contemplar para siempre la infamia de sus inmundos deleites! ¡Que allí lo sean esas mugeres venales, que cambian su virtud, su opinion y pundonor por delincuentes atavíos, que las hacen doblemente aborrecibles, y por adornos criminales, que las hacen mas y mas abominables! ¡Que allí sean convertidas, y su ignominia descubierta delante de sus viles amadores! ¡Que allí....! Pero ¡Dios de clemencia! no son estas las voces de vuestra misericordia... Pero tamaños delitos ¿no merecen tamañas imprecaciones...? Pero no obstante, aunque nuestras iniquidades fuesen mayores que las de Sodoma y Gomorra; aunque las hu-

biéramos multiplicado como las arenas del mar, todavía podemos purificarnos de ellas; todavía podemos conseguir la herencia ¡incorruptible; todavía podemos poseer la dicha de los santos; todavía podemos ser del número de los ciudadanos de los ¡cielos. ¡Qué esperanza! ¡qué consuelo! ¿Y dudaremos un momento entrar en el camino, que nos ha trazado este ciudadano de la celestial Jerusalen, y que yo he tomado por vuestra guia y por vuestro modelo? ¿No nos apresuraremos á adquirir las virtudes que practicaria este espíritu bienaventurado, si fuese trasladado á este mundo de ilusion? ¡Pues qué! la esperanza de ver á Dios ¿puede conservarse con tan indignas costumbres? ¡Pues qué! los placeres de la gloria ¿no merecen los cuidados que cuestan los placeres de este mundo? Abrid los ojos ¡hombres alucinados! sobre lo que os tiene cuenta; mirad que os engañan los que os llaman dichosos; considerad que vuestra dicha no es mas que de un momento. Salid de esa Babilonia aturdida. El Señor os llama: no agoteis su paciencia; buscadle y amadle á Él solo; guardaos de incurrir en aquella desesperacion horrenda, que aguarda á los malvados. ASI SEA.

bidamos multiplicados como las arenas del mar;
 todavía podemos purificarnos de ellas; todavía
 podemos conseguir la herencia incorruptible; los
 devanos podemos poseer la vida de los santos; todos
 via podemos ser del número de los ciudadanos de
 los cielos; ¿quién os parará, ¡quién os detendrá!
 ¿darámos un momento entrar en el camino; por
 nos ha tirado este ciudadano obediencia celestial
 le resalta; ¿por qué ha tirado por nuestra guía
 ¿por nuestro modelo? ¿No nos apartaríamos
 ¿abandonaríamos las virtudes que practica en estos
 pinta bien; entiendo si fuere trasladado a cap
 le punto de visión; ¿por qué? la esperanza
 de ver a Dios puede conservarse con tan in-
 dignas costumbres; ¿por qué? los placeres de
 la gloria no merecen los cuidados que cuestan
 los placeres de este mundo; ¿abrid los ojos
 hombres abundados; ¿sobre los pecados que
 cuenta; mirad que os engañan los pecados; ¿jamás
 dichos; considerad que vuestra dicha no es
 mas que de un momento; Salid de esa Babilonia
 aturda; El Señor es llama; no goéis su pa-
 ciencia; buscadle y amadle a El solo; guardaos de
 incurrir en aquella desesperacion horrenda que
 aguarda a los malvados. Así se dice de tal cap

SERMON

PARA LA DOMINICA SEGUNDA

DE CUARESMA:

Bonum est nos hic esse.

Bueno es que nos estemos aquí.

Mat., Cap. XVII, v. 4.

ILUSTRISIMO SEÑOR:

SAN Pedro, testigo de la transfiguracion del Señor, penetrado de sus divinas miradas, absorto y como perdido en la inmensa luz de su divinidad, no pudo menos de prorrumper en esta deliciosa exclamacion: «¡Señor, nosotros estamos bien aquí!» ¿Y qué medio para contener el sentimiento de su felicidad? No temamos, hermanos míos, decir, despues del príncipe de los

Apóstoles, que la criatura esta bien en la compañía de su Dios: *Bonum est nos hic esse.* ¡ Dichosos los hombres que, en defecto de su presencia sensible, saben acercarse interiormente á Él por la fé y por el amor; que se mantienen siempre dispuestos á oír su voz; que tienen de continuo los ojos fijos sobre Él; á quienes ningun objeto puede distraer de una vista tan amable; que han hallado el secreto de subordinar á esta atencion principal todos los otros cuidados; que la tienen muy presente en su memoria; que cuando no piensan actualmente en Él, no están distantes de pensar; y por las frecuentes consideraciones de Dios, como por otros tantos impulsos reiterados, han impreso en su alma una inclinacion secreta, un movimiento insensible, que los lleva de continuo á este pensamiento, al cual se prestan con gusto y facilidad! Y para decirlo todo de una vez ¡dichosos los que dulcemente, sin ningun penoso esfuerzo, pero constantemente y sin interrupcion notable, caminan en la presencia de Dios! Y ¿por qué son dichosos? Porque se ahorran muchas amarguras y muchas faltas; porque tienen un recurso contra los males de la vida presente, y con-

tra las desgracias de la vida futura; porque hallan en algún modo el cielo sobre la tierra, y pueden prometerse casi infaliblemente levantarse un día desde la tierra al cielo. La vida del hombre acá bajo es llamada en las divinas escrituras un *camino*, un *tránsito*; tránsito terrible y crítico, camino lleno de obstáculos, que se oponen á nuestra felicidad, y de peligros que amenazan nuestra inocencia. Digo que el medio de apartar la mayor parte de estos obstáculos, y de evitar á golpe seguro todos estos peligros, es conservarse en el pensamiento habitual, que Dios está cerca de nosotros, y que nosotros estamos cerca de Dios. En dos palabras: ¿Queremos mitigar las penas del viage, á que estamos condenados? Caminemos, pues, en la presencia del Señor: Él es sendero de la paz. ¿Queremos asegurarnos la felicidad del termino, al cual estamos destinados? Andemos, pues, en la presencia del Señor: Él es camino de la salud, y todo mi plan.

AVE MARIA.

Una multitud de miserias, cuyos nombres son tan variados, como multiplicadas las especies,

hacen nuestro destierro sobre la tierra tan triste y desagradable, que los buenos y los mundanos, tan poco conformes en todo lo demas, no tienen mas de una voz, para quejarse de sus rigores, y desean alguna vez con igual impaciencia ver el fin. Es que la vida humana, en general, es un camino enojoso, espantoso y laborioso. Empero, el hombre que sabe ocuparse del pensamiento de Dios presente, halla en él el encanto que disipa sus enfados, el remedio que le cura de sus temores, y la unción que dulcifica sus trabajos. En primer lugar: en la multitud de caminos diversos, que la Providencia abre á los hombres, no se puede tener siempre cerca de sí compañeros de viage, cuya conversacion ó cuya vista los suministre á cada paso una distraccion divertida. Muchas veces todo desaparece cerca de nosotros, y tenemos que oír voces de que no nos es permitido desentendernos; y muchas veces nos hallamos solos con nosotros mismos, y por consiguiente, con todos nuestros defectos, nuestras debilidades, nuestras imperfecciones y nuestra imposibilidad de ser dichosos. ¡Tristes verdades de que nos olvidamos en el bullicio del mundo, y que se nos

presentan entonces con todo lo que tienen de melancólico! En esta especie de espanto sombrío que nos causa la vista clara de nuestra nada; en esta molesta aproximacion á nosotros mismos ¿que hacer, para ocultarnos á nuestros ojos? ¿Perdernos en la region de las quimeras? ¿Dejar correr nuestra imaginacion tras de objetos que no tienen ni consistencia, ni solidez? ¿Recordarnos los dias dichosos precipitados en un abismo profundo, de donde no podemos hacer salir más que su sombra y su recuerdo? ¿Repasar delante de nosotros la imagen del mundo, cuya realidad es á veces tan enfadosa? Este es el medio de aturdirse, de distraerse algunos momentos de su soledad. Mas apenas se han agotado estos fondos quiméricos, cuando volvemos á caer tristemente sobre nosotros mismos. ¿Qué hacer, pues, para disipar estos enfados mortales, cuando nos hallamos solos? Está cerca de vosotros ¡hermanos míos! vuestro Dios benéfico, sociable, compasivo, siempre bueno, siempre generoso, siempre accesible. ¿Qué digo yo? nosotros estamos en Él, *en Él vivimos, nos movemos y conservamos*. No hay ningun espacio que su inmensidad no llene,

ningunas tinieblas que su inteligencia no ilustre, ningún efecto que no obre su omnipotencia. Pregunto ¿que compañía mas dulce podemos desear que la de este espíritu infinitamente perfecto, y que, á pesar de su grandeza, se complace en tratar con los hijos de los hombres? ¿No es un consuelo el pensar que se está delante del mas fiel de todos los amigos, y en el seno del mas tierno de todos los padres? ¿No es un placer obien dulce hablar á quien nos oye y nos ama, y á quien sabe hablar al corazón?

Qué bien sabia David hacer uso de este secreto para ahuyentar los enfados, que penetran tan atrevidamente el palacio de los reyes, como la choza de sus subditos. Retirado en el fondo de su palacio para gozar del reposo de la noche, sus ojos se reusaban á admitir el sueño, y se anticipaban á los centinelas de la mañana. Entonces las tristes reflexiones, los sombríos pensamientos, las importunas imágenes le hacian pagar bien cara su grandeza; y su imaginacion era cruelmente atormentada. Su alma estaba sumergida en una desolacion profunda, y abismada en inmensas olas de amargura. La

tempestad que agitaba su corazón, no duraba mas que hasta que levantaba su espíritu hácia Dios: pensaba en Él, y el gozo y la alegría brillaban en sus ojos, y la paz inundaba todas las potencias de su alma con un sentimiento de dulzura. Por no hacer atencion al dichoso hábito que contrajeron los santos de ver á Dios en todas partes y por todas partes, formamos una idea poco exacta de la vida austera y triste que llevaban en sus desiertos salvages los santos, estos virtuosos solitarios cuya historia nos espanta tanto, como nos edifica; y es que contamos por nada el comercio familiar, el trato íntimo que mantenian con Dios, que los había separado del mundo para ser su única herencia.

«¿Adónde, dice el Padre san Agustin, hablando del Padre san Cipriano, desterrado por su fé, adónde podia ser enviado este generoso atleta? ¿A qué isla desierta podia ser desterrado que no encontrase á aquel, cuya causa defendia, y cuyos hierros llevaba? ¡Perseguidores crueles! continua el santo doctor, en vano recorrereis los mas horribles contornos del universo, para hallar un lugar de destierro insoportable á los cristianos: no le hay para ellos, si no des-

terrais al Dios que adoran en todas partes.» Pero no es solamente en el retiro y lejos de los hombres, donde el enfado nos persigue; nos halla en medio del mundo y de sus diversiones; en estas partidas de contento concertadas con cuidado, y esperadas con impaciencia, en donde el gozo es menos, cuanto está mas preparado; en estas fiestas tumultuosas, que no tienen nada de agradable para quien no ama el ruido ni la confusion; en esas visitas de aparato, que, escluyendo la familiaridad, hielan la alegría, y en donde la libertad, cautivada con las trabas de un ceremonial violento, cuenta con inquietud los momentos que le parecen horas bajo el imperio de la formalidad; en esas compañías, en que pomposas bagatelas, sérias puerilidades, graves mendacias son los grandes objetos que ocupan á los concurrentes; en donde la ligereza se llama rivalidad, y la afectacion pasa por delicadeza; en donde la prevencion aplaude las decisiones de la ignorancia, y la malignidad sonrie las censuras de la envidia. Aquí es donde un entendimiento sólido se vuelve hácia su Dios, que su fé le hace percibir en el seno del tumulto, y en los círculos de la disipacion y vanidad; recurso ven-

édor de todos los enemigos que nos cercan,
 y que debe sernos precioso por la unción que
 derrama sobre nuestros trabajos y amarguras,
 cuando pensamos que tienen por testigos los ojos
 infinitamente perspicaces de un Remunerador
 magnífico. El Dios que distribuye las coronas de
 justicia, no ha confiado á nadie el cuidado de
 darle cuenta de mis trabajosos servicios, ni de
 recoger mis virtuosos suspiros; Él mismo está
 encargado de este empleo tan lisongero para mis
 esperanzas; y en esta atención me sigue paso á
 paso con la luz en la mano, y los ojos invaria-
 blémente fijados sobre mí. ¿No es para empe-
 ñaros ¡ó mi Dios! lo que el hombre hace ó pade-
 ce, para agradaros? ¿Hay necesidad que esclame:
 «Ved mi aflicción y mi trabajo?» ?Independien-
 temente de sus ruegos, vuestra atención,
 determinada por la necesidad de vuestra natu-
 raleza misma, ha considerado ya uno y otro.
 Vos, Señor, habeis visto esta espada de dolor
 atravesar su alma, sin alterar su paciencia; es-
 ta negra calumnia que ha emponzoñado su ino-
 cencia, sin irritar su resentimiento; este revés
 imprevisto que ha trastornado su fortuna, sin
 desquiciar su confianza. Vos habeis visto este

combate secreto, de que su corazón ha sido el teatro, y en donde su mas recia pasión ha cedido bajo de sus esfuerzos ayudados de vuestra gracia omnipotente. Si los enfados, si los temores, si los penosos trabajos, derraman una cruel amargura sobre todos nuestros instantes, es porque no atendemos á que Dios es testigo de ellos; porque no consideramos que estamos en su presencia. Por esta misma negligencia, nos esponemos á perder, si continuamos en ella, la felicidad del término, ó de la gloria, á la cual estamos destinados.

— En esta tierra de aflicción y de pecado, los peligros que amenazan nuestra salud, son mas frecuentes, que los obstáculos que se oponen á nuestra felicidad. Pero el pensamiento de un Dios presente disipa las tinieblas, que nos impiden ver el pecado, reprime la pasión que nos arrastra al pecado, y previene el hábito que nos endureceria en el pecado. La atención á la presencia de Dios es la luz que nos hace percibir el pecado bajo las falsas apariencias, que le ocultan á nuestros ojos. Ved la prueba de esta verdad en la diferente conducta que tienen dos hombres, de los cuales el uno ha perdido, digá-

moslo así, á su Dios de vista, y el otro vuelve frecuentemente sus miradas hácia Él. El primero, ocupado todo de las cosas de la tierra, apenas distingue lo que la ley eterna prohíbe, de lo que prescribe, ó autoriza. Dá oídos á todos los rumores; deja correr sus ojos sobre todos los objetos; ofrece indiferentemente su corazón á todas las impresiones; y en esta veloz sucesión de cuidados y de negocios, de diversiones y placeres, es difícil que nada alarme su religión, su probidad y su conciencia. Guiado por la costumbre y por el ejemplo, todo lo que no lleva sobre la frente la señal evidente del crimen, todo lo que no se anuncia como un delito odioso, sin más examen, le parece legítimo. No percibe nada en su conducta contrario á las máximas comunes recibidas en el mundo, y no viendo nada que choque al común de los hombres, no le ocurre que Dios pueda ser ofendido. Nó; no es así del hombre atento á la presencia de Dios: sus resoluciones son menos precipitadas, su conducta mucho más circunspecta. Como trae á la memoria frecuentemente á un Dios, testigo perspicaz y censor severo de todos los pensamientos de su corazón; un Dios que observa

todos sus pasos, pesa todas sus acciones y cuenta todas sus palabras; antes de dar un paso, antes de dejar escapar una sola palabra, examina si habrá en todo esto algo que pueda herir la delicadeza de este Dios celoso. Se deliene para estudiar su voluntad, para leer su deber, y la respuesta no tarda mucho tiempo. Al punto un rayo de luz, salido de la cara augusta del Omnipotente, le enseña el camino que debe seguir. Camina por allá, vuelve, detiéndose, evita este escollo, reconoce esta tentacion; es la voz clara y distinta que oye en medio de sí mismo, y por la cual Dios desvía sus pasos de los senderos del vicio, y los aleja del camino de la perdicion. «Nó; le dice interiormente este Dios de inocencia y de pureza, no es permitido arriesgar mi gracia en este espectáculo profano, en que la seduccion se insinúa por los ojos y los oidos; no es permitido ver sin necesidad esta persona, cerca de la cual te llama una inclinacion secreta, y que oculta una verdadera corrupcion; no puedes leer este libro peligroso, en donde la impiedad se ostenta con los derechos de la virtud. Nó; dice este Dios de paz y de caridad, no te es permitido entablar

esta relacion imprudente, que, aunque sea dictada por la amistad, puede hacerse un origen de ódio y de discordia, ni aventurar una burla que pueda causar una herida profunda en un corazón sensible, ni revelar una circunstancia odiosa que podrá causar un golpe irreparable á una reputacion vacilante. Nó ; le dice este Dios, protector de la justicia y de la equidad, no es permitido celebrar este contrato, en que la usura, aunque habilmente paliada, no deja de percibir, descubrir las ingeniosas invenciones de la codicia ; no es permitido interesarse en este comercio, en ese camino de la fortuna, en donde no se encuentra casi jamás el de la rectitud y la justicia. *Instruam te in via hae qua gradieris.*»

Así es como la atencion á la presencia de Dios nos precave del pecado, y tambien reprime la pasion que nos arrastra al pecado. Un hombre penetrado de la fé, y ocupado del pensamiento de un Dios testigo y vengador de todos los delitos, por vehemente que sea la tentacion que le incite, aunque fuese necesario, para vencerla, esponer su honor, su fortuna y su vida, dirá con la virtuosa Susana: « *Es mejor experimen-*

tar la rabia de todas las criaturas, que pecar en la presencia de su Dios y el mio.» ¡Qué! el crimen no se atreveria á mostrarse á un rey justo sentado sobre su trono, y bastaria un pensamiento suyo para disipar todos los pensamientos criminales; y la vista del mas absoluto de todos los señores, del mas temible de todos los monarcas ¿no contendrá la mas violenta pasion, y los mas impetuosos deseos? N6 otra vez; el hombre no es capaz de semejante temeridad, ni lo es, ni lo ha sido nunca. Hé aquí por que la mayor parte de los pueblos idólatras, segun nota san Agustin, ponian Dioses por todas partes, en el cielo y sobre la tierra, en el aire y en el fondo de los mares, en los rios y en las fuentes, en los montes y en los bosques; pero se guardaban bien de colocar ninguno en el corazon del hombre. ¡Dichoso, y mil veces dichoso el cristiano, que no aparta nunca de su corazon el pensamiento de Dios vivo! Que las pasiones mas terribles le asalten y le cerquen; que se halle contra su voluntad en ocasiones peligrosas; todos los lugares del mundo se mudan á sus ojos en otros tantos templos respetables, en santuarios augustos que le imprimen un

santo horror y un religioso enternecimiento. ¡Qué terrible es este lugar, se dice á sí mismo! Dios habita en él con toda su santidad y su gloria; le penetra con sus divinas miradas; está todo enteró en cada uno de los puntos del espacio que él encierra. ¡Eh! yo no hacia atencion; habia perdido de vista esta importante verdad, y mi débil virtud se hallaba sin defensa. Mas ahora que por la misericordia de Dios el velo ha caido de mis ojos; ahora que la nube se ha disipado, me guardaré bien de mezclar mi voz con la de los impíos que ultrajan la presencia de Dios. Nó; no seguiré sus sentimientos, ni me conformaré á sus ejemplos. De este modo, la atencion habitual á la divina presencia nos sostiene en los pasos mas peligrosos; y cuando por nuestra fragilidad hubiéremos dado alguna caida, nos ofrece un refugio seguro para salir del precipicio, y prevenir el hábito del pecado.

Recordad la caida del príncipe de los Apóstoles y su arrepentimiento inmediato. Víctima de su presuncion y su imprudencia, deshonorá á su Maestro por una débil traicion. ¿Está todo perdido para Pedro? ¿Vá á seguir á Judas en su

impenitencia? ¡Ay! no. Si se ha precavido mal contra el crimen, se ha asegurado un recurso contra el endurecimiento por el hábito de volver frecuentemente sus miradas á Jesus. Le busca con sus ojos, le descubre en la multitud; las miradas del Maestro y del discípulo se encuentran. ¡Miradas de Jesus! ¡qué elocuentes fueron ellas! ¡qué penetrantes! Esto es hecho; la victoria es completa; Pedro no es dueño de su dolor; se manifiesta por los gemidos, por los suspiros, por los llantos; sale fuera para dar un libre esfuerzo á sus lágrimas ¡lágrimas amargas que no cesarán de correr, mientras él no cese de vivir! Y el otro Apostol, ocultándose á estas miradas de Jesus, que hubieran podido triunfar de la dureza de su corazon, vá á buscar á lo lejos una espantosa soledad, en que pueda consumir su desesperacion, su crimen y su reprobacion. Así es como el pecador se precipita cada vez mas en la corrupcion y en el abandono, por una consecuencia de su obstinacion y de su perseverancia en alejar de su espíritu la memoria de su Dios; mientras que por un principio contrario, este pensamiento divino cierra en algun modo, bajo los pasos de un hombre

que se ocupa de él, todos los precipicios, ó á lo menos no permite que perezca; y el Espíritu Santo añade que este camino de la vida se hace para el hombre fiel *un camino de salud y perfeccion. Ambula coram me, et esto perfectus*. Esta práctica piadosa le conduce á lo que hay de mas sublime en la religion; á una dependencia entera de la gracia, á una conformidad de sentimientos y de afectos con el Criador, y á una union íntima con Jesucristo. Creó haberos dicho bastante, si quereis ser dichosos en este mundo y en el otro, para empeñaros á pensar en Dios un poco mas de lo que se hace comunmente.

¡Ay! ¡hermanos míos! si en los dias de nuestro destierro sobre la tierra no pensamos en Dios ¿en qué pensaremos? ¿En proyectos ambiciosos, en planes de engrandecimiento, en ideas de elevacion y de ruido entre los hombres? Pero todo pasa con los hombres. ¿Y de qué nos servirá en el último dia la mayor celebridad y la mas gloriosa fama, si hemos tratado á Dios, que estaba entre nosotros, como á un Dios desconocido? ¿Hemos sido criados para servir al mundo y sus concupiscencias, para gozar de

sus encantos, y para pasar con el mundo? ¡Estraña locura! ni aun siquiera puede imaginarse tan estraño desconcierto. No hay objeto digno de ocupar nuestra alma, sino el Dios infinito que la ha criado, y que la ha prometido sus eternas é inefables hermosuras. ¿Por qué no comenzamos con el tiempo lo que será para nosotros el ejercicio de la eternidad? ó mas bien ¿debemos esperar ser admitidos á contemplar la divina esencia, despues de haber hecho acá bajo un estudio de escluirla de nuestra memoria; despues de haber pasado la mayor parte de nuestra vida en huir, como Jenás, la cara del Señor? ¡Ay! no se acordará en el cielo, sino de los que no le hayan olvidado sobre la tierra, y sus justos desdenes castigarán á los ingratos y olvidadizos. Todo nos habla de Dios, todo nos recuerda á Dios, todo nos obliga á pensar en Él: ¿y no pensamos, y no pensaremos nunca? ¿Qué son todas las criaturas, sino imágenes variadas de sus adorables perfecciones, caracteres que le designan, y voces que le anuncian? ¡O Dios eterno! ¡siempre te acuerdas de quien siempre de tí se olvida! ¿Cómo tienes perpetua memoria del que tiene perpetuo olvido? ¡O Dios

mio! ¡qué bien me cuadra el nombre de olvidadizo! pues me olvido del Dios que está conmigo, de los beneficios que me hace, de los preceptos que me pone, de los premios que me promete, de los castigos con que me amenaza, y del juicio que hará, para darme mi merecido. ¡O Padre misericordiosísimo! quitadme olvido tan pernicioso, para que me acuerde siempre de tí, te ame siempre, y te goce en los siglos de los siglos. AMEN.

ILUSTRISIMO SENOR



La alteza del... el atange-
lio, es tal, que podria... a los ojos
de un pueblo todavia carnal. Era de temer que,
despues de haber oido hablar de una gloria tan
admirable, este mismo pueblo se escandalizara
mas y mas de la muerte que el Salvador debia
padecer sobre la cruz. Por esta razon, dice
san Gerónimo, Jesucristo prohibo a sus Aposto-

miel ¿qué bien me cubre el nombre de olvidado?
dixes ¿quién me olvidó del Dios que está conmigo?
gorde los beneficios que me haces,idos los pro-
cesos que me pone, y dadas premias que me
prometes, dadas castigas con que me amonestas,
y del juicio que harás para darme mi merecido.
¡O Padre misericordiosísimo! ¿por qué me olvidas?
tan pernicioso para que me acuerde siempre
de ti te me olvidas, y te olvidas en los siglos
de los siglos. ¿cómo puedes olvidar a quien
como a ti mismo se acuerda de ti, y te acuerda
bajo un estudio de olvidos de nuestra memo-
ria; después de haber pasado la mayor parte
de nuestra vida en buscar, como Jonás, la cara
del Señor? ¡Ay! no se acordará en el cielo, sino
de los que no le hayan olvidado sobre la tierra,
y sus justos desdenos castigarán a los ingratos
y olvidados. Todo nos habla de Dios, todo nos
recuerda a Dios, todo nos obliga a pensar en
El; y no pensamos en Dios, ¿cómo nos acordará
Él? ¿Qué son todas las criaturas, sino imágenes re-
pletas de sus adorables perfecciones, caracte-
res que le designan, y voces que lo anuncian?
¡O Dios eterno! ¿cómo puedes olvidarte de quien
siempre de ti se acuerda? ¿cómo tienes perpetua
memoria de ti, y olvidas a quienes te acuerdan?
¡O Dios

SERMON

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

Et transfiguratus est ante eos.

Y se transfiguró delante de ellos.

Mat., Cap. XVII, v. 2.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

LA alteza del misterio que cuenta el evangelio, es tal, que podia hacerle increíble á los ojos de un pueblo todavía carnal. Era de temer que, despues de haber oido hablar de una gloria tan admirable, este mismo pueblo se escandalizára mas y mas de la muerte que el Salvador debia padecer sobre la cruz. «Por esta razon, dice san Gerónimo, Jesucristo prohíbe á sus Apósto-

les decir lo que han visto sobre la montaña, antes de su resurreccion.» Esta prohibicion fué religiosamente observada por los tres discípulos hasta el tiempo señalado: «*Guardaron, dice san Lucas, silencio, y no dijeron á nadie las cosas que babian visto; pero tanto como las conservaron secretas hasta la muerte del Salvador, tanto las publicaron despues de su resurreccion.*» San Juan dice que *vió la gloria del Verbo eterno, como del Hijo único de Dios*; san Pedro se sirve de esta vision para probar la verdad de la religion cristiana. «Nó; dice este Apostol, no es siguiendo las doctas é ingeniosas fábulas, como hemos hecho conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino por haber sido nosotros mismos espectadores de su magestad; porque recibió de Dios su Padre un testimonio de honor y gloria, cuando de la nube, en que la gloria del Señor se mostraba con tanto resplandor, se oyó esta voz: *Hé aquí mi hijo bien amado, en quien he puesto todo mi afecto.*» En fin, los tres evangelistas, san Matéo, san Marcos y san Lucas han referido este hecho puntualmente. ¿Y á qué es esta atencion tan escrupulosa de los escritores sa-

grados? ¡Ah! conocian estos varones inspirados por Dios, cuán apegado está el hombre á sí mismo y á todos los objetos que le rodean sobre la tierra; reconocian cuán difícil es arrancarle á la vida de los sentidos; cuán débiles y flacos son todos los esfuerzos humanos, para levantarle sobre las criaturas, si la gracia de Dios no le ayuda. Sabian estos santos lo poderoso que es el pensamiento del cielo, para desasirnos de la tierra y ocuparnos de nuestra eternidad. Este pensamiento los sostenia en las borrascas de la vida, y estaban persuadidos que haria sobre nosotros la misma impresion. Con esta idea han tomado un cuidado particular de comunicarnos la historia de la transfiguracion, y con este fin debemos hoy estudiarla. Meditémosla atentamente, y consideremos quiénes son los que merecen subir sobre el *Tabor*; cuáles son los lugares en que el Señor gusta hacerse conocer; en qué consiste el misterio de la transfiguracion, para imitarle cuanto nos sea posible; de qué sentimientos fueron animados los Apóstoles, á fin de penetrarnos de ellos. Para esto ¡hermanos míos! estamos, vivimos viajeros en este mundo; no tenemos acá ciu-

dad permanente, sino que la buscamos en el cielo, de la que Dios es el arquitecto y el fundador. Todo en esta tierra de lágrimas nos debe parecer extranjero; debemos decir á cada objeto que se presente: «No es para tí para quien yo he sido hecho: es extraño en cuanto á mí, y yo soy extraño en cuanto á esto; mi cuerpo solo debe estar sobre la tierra; mi alma, mi corazón, toda mi conversacion debe estar en el cielo; su memoria debe fortificarme en mis penas, en mis angustias, en todos los pasos de mi vida, y en todas las prácticas de virtud, á la cual mis pecados me condenan.» ¡Quiera Dios que este sea el fruto de este discurso! Este es su plan. El misterio de la transfiguracion nos separa de la tierra: primera proposicion; el misterio de la transfiguracion nos eleva y une al cielo: segunda proposicion. Para demostrarlas ambas, pidamos los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de nuestra Reina soberana, saludándola:

AVE MARIA.

Unirse al mundo, Illmo. Sr., es amar sus placeres, desear sus bienes, buscar sus honores, aborrecer sus cruces, temer sus persecuciones, y huir sus desprecios. Estar separado, es regocijarse, como si no se regocijára; poseer, como si nada se poseyera; estar elevado en dignidad, como si no se estuviera; afligirse, como si no se afligiera; no tener nada, como si todo se tuviera. Tales son los caractéres de desapego que el Apostol predicaba á los fieles de Corinto; y tales son los sentimientos que os inspirará el misterio de hoy, ora le considereis en su fin, ora en sí mismo, ora en su naturaleza. ¿Cuál es el fin que se ha propuesto nuestro divino Salvador en su transfiguracion? Para comprenderle bien, es conveniente tomar las cosas desde mas alto. En el capítulo precedente, el Salvador habia predicho sus sufrimientos y los de sus Apóstoles. Hablando de sí mismo, habia anunciado á sus Apóstoles, habia dicho á sus discípulos: *«Que era menester que Él fuese á Jerusalem, que padeciese mucho de parte de los senadores, de los escribas y de los príncipes de los sacerdotes; que fuese entregado á la muerte, y que resucitase al tercero dia.»* Y para mostrar que

su resolucion sobre este punto seria fija é invariable, « *Retiraos de mí*, decia á uno de los Apóstoles que se oponia, *retiraos de mí, Satanás; me sirves de escándalo, porque no tienes gusto á las cosas de Dios, sino á las cosas de la tierra.* » Hablando despues á sus Apóstoles y á todo el que quisiera hacerse discípulo suyo, añadió: « *Si alguno quiere venir en pos de mí, que renuncie á sí mismo, que cargue con su cruz, y que me siga; porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que la pierda por mi amor, él la hallará. ¿Y qué le serviria al hombre ganar todo el mundo, y perder su alma?* » Estos preceptos rigurosos hicieron sobre los Apóstoles la misma impresion, que hacen sobre muchos cristianos. Unidos á la vida de los sentidos, fueron heridos del mas vivo dolor, oyendo al Salvador; sus palabras fueron una espada que les penetró hasta el fondo del alma. ¿Qué hace el Señor para mitigar su pena, y levantarlos de su abatimiento? Les hace la promesa mas consolante, les promete que habrá algunos de entre ellos *que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre en su gloria.* Esta gloria es la que se vió en el Tabor: todos los

santos doctores convienen en ello. ¿Por qué el Señor prometió á sus [Apóstoles descubrirla? Fiel á sus promesas ¿por qué se la mostró al cabo de seis dias? Para hacerles perder el gusto del mundo, darles una idea del cielo, y de la felicidad que les espera: prueba cierta de cuán eficaz es este pensamiento, para desasirnos del mundo y de nosotros mismos. Pero antes de manifestar cómo produce este efecto, es bueno añadir una reflexion á la anterior. Pedro, Santiago y Juan, su hermano, son los que toma Jesucristo por testigos de su transfiguracion; los otros Apóstoles no fueron llamados á este sublime espectáculo. San Juan Crisóstomo dá dos razones de la eleccion que hizo Jesucristo. La primera, porque aventajaban á los otros en las cualidades personales, y eran los primeros del colegio apostólico. La segunda, porque estos mismos Apóstoles debian ser testigos en el *Jardin de las Olivas* de la cruel agonía del Salvador. Un espectáculo tan terrible, en que el Hombre-Dios habia de combatir contra los horrores de la muerte, no podia dejar de oprimirlos bajo el peso del dolor. Para sostener su valor, Jesucristo los conduce sobre el *Tabor*, y los

hace testigos de su gloria, á fin de que la memoria que conserven, los sostenga en medio de las tentaciones. Tal era el designio de Jesucristo en su transfiguracion: la ha prometido para inspirar á sus Apóstoles un verdadero desprecio del mundo, de sus dulzuras, y de sus persecuciones, de sus bienes y de sus males, de sus grandezas y de sus humillaciones. Levantemos ¡hermanos míos! los ojos hácia estas montañas santas; levantemos nuestros entendimientos y nuestras voluntades, nuestros pensamientos y nuestros deseos; nada mas importante á los angustiados humanos; estad atentos si os agrada.

Es indispensable á un cristiano vivir en este mundo, de modo que no sea de este mundo; que no toque en la tierra, sino de manera que se úna lo menos que pueda; que no pertenezca ni al lugar que ocupa, ni á los bienes que posee, ni á los placeres que cree permitidos, ni á las personas que le son mas queridas, ni á su padre ni á su madre, ni á su esposa ni á su esposo, ni á su salud, ni aun á la vida. Tal es el compendio de la moral del evangelio; y este perfecto desapego no puede ser sino obra del cie-

lo, de este pensamiento profundamente saludable: *Que no somos hechos para este mundo.* Yo apelo á la filosofía mas ilustrada, ó, si quereis, á la esperiencia de todos los siglos. ¿Cuál de los dos ha podido quitar á un hombre el apego á las cosas de este mundo? ¿Será vuestra razon? ¡Eh! «dos siglos que pasan, dice el mas sábio de los hombres, los siglos que pasan, el sol que rueda sobre nuestras cabezas, el viento que penetra los aires, los ríos que corren continuamente al seno del mar, la naturaleza, sus vicisitudes, los trastornos de la fortuna, los muertos que caen sin cesar á nuestra vista, pueden hacernos notar la inestabilidad de las cosas humanas; pero la luz que alumbra á vuestro espíritu sobre este particular, no os impide seguir estos objetos que desaparecen tan luego como se dejan ver.» ¡*Vanidad de vanidades!* esclamaria con Salomon, repasando todo lo que el mundo puede ofrecer á vuestros ojos: todo no es mas que *vanidad y afliccion de espíritu.* *Vanidad* en vuestras indagaciones y penosas meditaciones. ¡O sábios! vuestro oido y vuestra vista jamás serán satisfechos. Por mas esfuerzos que hagais, si no los haceis en provecho de los

hombres, no son mas que *vanidad y afliccion de espíritu*. Queriais eternizar vuestra memoria, y hallar en vuestras obras una inmortalidad que no hallareis en vosotros mismos. ¡Eh! ¿qué es la memoria del hombre? ¿qué se hacen sus mas brillantes acciones despues de su muerte? Todo se pierde, y vá á abismarse en el seno de la eternidad. Cuando pudiérais decir con el *rey filósofo*: «*He visto todo lo que se hace bajo el sol,*» seria necesario añadir inmediatamente: «*y he hallado que todo era vanidad y afliccion de espíritu.*» Vanidad en vuestros placeres ¡tristes habitantes de Babilonia! están sazonados con hiel y amargura; la Providencia ha querido que no se gustase verdadera satisfaccion sino esclusivamente en la virtud. Si los deleites de este mundo tocan el corazon, es por los sentimientos y tristezas, en las cuales le sumergen, por mas que se oculte el delincuente, por mas que se adormezca: *Vanitas vanitatum. Vanidad* en la magnificencia de vuestros palacios ¡grandes y afortunados del mundo! «Nó; decia en otro tiempo un filósofo á un rey igualmente rico y magnífico, no es esto lo que yo busco; no es en las pedreras de vuestra corona, en el

brillo de vuestro trono, en la hermosura de vuestro palacio, en el plan de vuestros jardines, en el número de vuestros oficiales, en los que yo me detengo. Busco un hombre, y solo *el mérito le constituye: lo demás no es más que vanidad.*» *Vanidad* en los primeros empleos. ¡Depositarios del poder! por grande que sea su estension, no os exime de inquietudes y zozobras; y en la hora de la muerte la suerte del último de los hombres os parecerá preferible á la vuestra. *Vanidad* en todas las cosas de acá bajo, porque todo está sujeto á mil revoluciones. Nada hay que no tenga un tiempo despues del cual ya no existe: tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar; tiempo de edificar y tiempo al cual el bronce no puede resistir; tiempo de alegrarse y tiempo de afligirse. Hé aquí lo que os enseñan los sentidos, y lo que os descubre la razon; pero no es esta la que os desunirá del mundo, si no levantais los ojos al cielo, donde están los bienes verdaderos. «¡Ah! dice san Gregorio, si consideráramos la naturaleza de lo que nos está prometido ¡qué pequeño nos pareceria todo lo que hay sobre la tierra! Nó; diria un hombre poseido del deseo

de los bienes temporales; no es para estos bienes falsos y engañosos, para esta fortuna incierta y perecedera, para lo que yo he sido criado: soy mas grande y nacido para mas grandes cosas. *Major sum, et ad majora natus sum.* Hé nacido para el cielo y para poseer en él bienes infinitos; bienes cuya posesion es sin agitacion, y cuya duracion es eterna. Nó; diria un corazon aficionado á los placeres del siglo; no es para estos frívolos pasatiempos, para los que el Señor me ha dado la vida: soy mas grande y nacido para mas grandes cosas. *Major sum, et ad majora natus sum.* He nacido para el cielo, y para gozar de sus delicias sin hiel y sin amargura. Nó; diria un ambicioso, fascinado de las grandezas humanas; mi corazon no ha sido formado para recibir los respetos, los homenajes ó las alabanzas de los mortales; soy mas grande y nacido para mas grandes cosas. *Major sum, et ad majora natus sum.* He sido formado para el cielo; no seré jamás satisfecho hasta que repose en Dios. Nó; diria un voluptuoso; no es para llevar mis sentidos por el campo de sus deseos, para lo que Dios me ha puesto en este mundo. Soy hijo de Dios, y

por el parentesco que contrajo Jesucristo con todo el linage humano, soy *carne de su carne*, y *hueso de sus huesos*, incorporado en la gloriosa é inmortal ciudad que existia en lo interior de la gloria de Dios antes de la creacion del universo. Perezcan, pues, digamos todos, el falso brillo de los honores y el prestigio de los placeres engañosos ; perezcan este mundo y todos sus bienes, antes que olvidarnos un momento de la celestial Jerusalem. ¿Qué es el mundo? ¿qué es todo lo que se admira en él en comparacion de la eternidad dichosa? Esto es hecho, Señor; yo correré incesantemente hácia el término de la carrera, para alcanzar el precio de la felicidad de los santos. El objeto que Jesucristo se propone en el misterio de la transfiguracion, es la primera prueba, la segunda es la que se saca de la esencia misma del misterio. Jesucristo llevó sus Apóstoles aparte sobre una alta montaña, y se trasfiguró delante de ellos; *su cara resplandeció como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la nieve*. Vemos por estas palabras lo que es la transfiguracion, cuál fué el lugar donde el Salvador manifestó este misterio, y las personas que asistieron á él. Comprenda-

mos hasta donde llevó su indiferencia á todos los objetos que nos ocupan sobre la tierra; pero antes de hacérselo notar ¿en qué consiste el misterio de la transfiguracion? En que *su cara se hizo brillante como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve*. Jesucristo hizo reflejar sobre su cuerpo un brillo ó resplandor, de que su santa alma estaba rodeada.

Es un principio de fé que la plenitud de la divinidad habitaba en Jesucristo. De la union íntima que no formaba en las dos naturalezas sino una sola persona, se sigue que la luz de la esencia divina debia naturalmente comunicarse al alma de Jesucristo, y refluir de su alma sobre su cuerpo, como en el cielo la presencia de Dios glorificará nuestra alma con el resplandor admirable que resaltará sobre nuestro cuerpo, y le hará brillante como la aurora. Síguese de aquí que si esta gloria no se ha manifestado siempre, ha sido un efecto milagroso de la omnipotencia; que esta supresion fué un verdadero prodigio mas grande que el eclipse del sol que en su muerte cubriera de tinieblas toda la tierra. Era en algun modo mas difícil impedir que los rayos del verdadero sol de justicia

no penetrasen las nubes de su humanidad, que privar al sol material que calienta la tierra, de los rayos con que nos alumbra. Se sigue por último que el milagro de la transfiguracion no fué sino una interrupcion de un continuo milagro que hacia el Salvador, para detener la efusion de esta gloria, de que su cuerpo debía ser naturalmente participante desde el primer instante de su concepcion. Comprendamos bien todo esto, y hallaremos un ejemplo perfecto de indiferencia por el mundo, y el motivo mas poderoso para separarnos. Jesucristo, nuestro modelo, durante todo el curso de su vida mortal, hace prodigios para suprimir la gloria que debía entenderse sobre su humanidad santa. Privándose del resplandor magestuoso que era debido á una naturaleza, unida hipostáticamente al Verbo, se privaba de la vida dulce, dichosa y tranquila que podia llevar, y se esponia á sufrir el hambre, la sed, las miserias de esta vida, los oprobios de una muerte tan ^{cr}cruel como ignominiosa. Este divino Salvador, cuando padece, quiere padecer delante de todo el mundo, en medio de Jerusalem, en donde se hallan hombres de todas las naciones; y cuando aparece en su magestad, se

contenta con manifestarla delante de tres personas. Se retira aparte sobre una alta montaña, y aun en este corto intervalo de tiempo ¿de qué se ocupa el Señor? Hé aquí, hermanos míos, el modelo que se nos propone en el misterio de estedia. Pero ¡ay! ¿se puede comparar esta conducta de la cabeza con la de los miembros, sin echar de ver la oposicion de nuestra vida con la suya? Jamás fué turbado por el tumulto del siglo, y jamás se entregó á la disipacion; no obstante, para enseñarnos cuál debe ser nuestra aversion al mundo y sus alhagos, nuestro gusto al retiro y al dulce silencio de la soledad, se retira á los desiertos y á las montañas, y estos deliciosos lugares no nos ofrecen sino tristezas y enfados mortales. Jesucristo hace milagros para ocultar su gloria, debida á su humanidad; y nosotros los haríamos para manifestar nuestro brillo, si tuviéramos el don. Jesucristo hace prodigios para llevar una vida pobre y paciente; y nosotros los haríamos, si pudiéramos, para vivir en la opulencia y los placeres. No debemos pensar sino en Dios, no amar mas que á Dios, y no buscar mas que á Dios. Esto es lo que nos enseña el misterio de la transfiguracion.

Para que nuestro corazón se aficione á algun objeto, es preciso proponérsele bajo la apariencia de bien, porque nuestra voluntad no puede inclinarse al mal, conocido como tal. Es menester además que tengamos los medios para llegar á su posesion, si es que no los poseemos aun, porque un bien, cuya adquisicion parece imposible, escitaria antes que el deseo, nuestra desesperacion. El misterio de la transfiguracion nos muestra la gloria como un bien propio, para contentar nuestros corazones, y nos descubre al propio tiempo los medios de adquirirle. Vais á oirlo de la continuacion de nuestro evangelio. San Pedro dijo á Jesucristo: «Señor, nosotros estamos bien aquí, hagamos tres tabernáculos ó tres tiendas, uno para Vos, uno para Moisés, y uno para Elias.» Este santo Apostol no posee sino un pequeño destello de la felicidad de los santos; no vé sino algunos rayos de la felicidad celestial; no tiene sino un precursor de los gozos eternos, y ya es como arrebatado fuera de sí mismo: al instante olvida el mundo, y desea fijar su morada sobre la santa montaña. «¡O que dulce es estar aquí, esclama él hablando á su divino Maestro!» Y si la sola vista de la

humanidad de Jesucristo glorificado ha podido arrebatarse á san Pedro en éxtasis, y quitarle el uso de su razon ¿qué será ¡ó Dios mio! cuando inundéis á vuestros escogidos con todo el lleno de vuestra propia gloria? ¿Qué terrible ceguedad nos tiene vendados los ojos, para no ver el funesto abuso que hacemos de nuestros cortos dias? No basta llorar la vanidad de los bienes de este mundo; es menester ademas tener de continuo el corazon elevado hácia el cielo, y meditar profundamente qué bienes nos esperan allá. Hé aquí algunas diferencias entre los unos y los otros.

Acá bajo todo es limitado, nada puede llenar la inmensa capacidad de nuestra voluntad; en el cielo, los bienes que esperamos no se distinguen de Dios mismo, y para conocerlos perfectamente, seria necesario comprender la infinidad de la esencia divina, la inmensidad de su ser, la duracion de su eternidad, las luces de su sabiduría, el abismo de sus juicios, la ternura de su misericordia, la dulzura inefable de su amor, los encantos de su hermosura, la estension de su poder, todo el resplandor de su gloria inaccesible á los ojos de los mortales. Estos bienes

que bastan á Dios mismo ¿cómo no llenarán el corazón del hombre? ¿Qué podría desear, poseyendo á Dios, fuera del cual no hay nada deseable? Acá en el mundo no hay ningun bien sin el cual *yo* no pueda pasar; puedo vivir sin la sociedad de un amigo, sin la proteccion de un grande, sin la benevöencia de un superior, sin el puesto que ocupo, sin la salud que disfruto, y aun sin la vida misma, y será forzoso que un dia pase sin todo esto; pero no es así respectó de los bienes del cielo: me son absolutamente necesarios. Nada puede entrar en cotejo con ellos; no puedo decirme: «En defecto de estos bienes hallaré otros que me indemnizen de su pérdida;» porque esta lleva consigo una desgracia soberana. En el cielo, las facultades del alma son todas satisfechas. La memoria se complace con el gozo de los años, en que gustó el pan de la tribulacion; el entendimiento contempla las amables perfecciones de su Dios; la voluntad se une al Ser supremo como á su centro; el alma está como sumergida en un mar de delicias. ¡Qué dignos son estos bienes de nuestros deseos! ¡Quién no esclamará con el Apostol: *Bonum est nos hic esse!* Pero no se debe imitar

á san Pedro, aspirando á permanecer en el *Tabor*, antes de haber combatido en la llanura. El cielo es un trono que es preciso buscar, una piedra preciosa que es menester comprar, una corona que es menester merecer ¿y cómo? por el sacrificio de todas las voluntades. Cuando Pedro hablaba todavía, una nube resplandeciente los cubria, y de esta nube salió una voz que hizo oír estas palabras: *Este es mi hijo bien amado, en quien he puesto todo mi afecto*; escuchadle. Como si hubiera dicho: «Moisés, este grande hombre tan reverenciado del pueblo judío, no era sino un siervo en la casa de Dios; y Elías, el primero entre los Profetas por su celo, no era sino un hijo adoptivo. Jesús, á quien vosotros veis con vuestros ojos, tiene cualidades mucho mas gloriosas; es ungido, no solamente de la gracia, como los Profetas y los sacerdotes, sino de la misma divinidad; es mi Hijo verdadero y natural: *Es Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios*. Este Jesucristo que vosotros veis como hombre, es mi Hijo engendrado desde toda la eternidad. Este Jesucristo, de quien veis la naturaleza humana, y en quien os descubro la naturaleza divi-

na, no es sino una sola persona; porque Él mismo es llamado Dios y hombre juntamente; y esta comunicacion de nombres exige una misma personalidad. Hé aquí las sublimes verdades que debéis creer acerca de mi Hijo. En vano se sublevará vuestra razon; en vano vuestro entendimiento pretenderá hallar imposibilidades; en vano preguntareis ¿cómo aquel con quien vosotros viajasteis, bebisteis y comisteis, y que está sujeto á todas las necesidades de la vida, es un Dios? Es preciso que esta razon calle, que este espíritu curioso se humille, y que vosotros hagais el sacrificio de él, y que añadais el de vuestro corazon; es el asiento del amor propio, y es preciso despojaros de él. Vosotros sois pecadores, incapaces de satisfacer á mi justicia; tenéis necesidad de un redentor, de un mediador, que *Yo* no rehusó escuchar, y en quien tengo todas mis complacencias: *Hic es Filius meus dilectus, etc.* Este Hijo, aunque inmortal por su naturaleza, morirá en Jerusalem, y espíará vuestros pecados con su sangre. Como en el desierto era preciso mirar la serpiente de bronce, para ser curado, así tambien en vano esperareis vuestra salvacion, si no la esperais

en Él: *en ningún otro hay salvación*; ni en los hombres, ni en los ángeles he puesto mis complacencias. *Hic est filius meus dilectus, etc.* » Este es el verdadero sentido de estas palabras. En ellas ¡qué fondo de humillacion para el hombre! Le enseñan que siendo pecador, no puede por sí mismo volver á entrar en la gracia de su Dios; que siendo justo, no halla en sí mismo fondo para perseverar en la justicia; que el menor grado de esta gracia no puede tener su principio sino en la gracia; que esta gracia es el precio de la sangre de Jesucristo; que este mismo Jesucristo ha sido dado á los hombres por un amor y una misericordia infinita del Padre eterno. No se puede pensar en tantas bondades, sin hacer un entero sacrificio á Dios de nuestro espíritu.

Al fin es preciso añadir al sacrificio del entendimiento el sacrificio de la voluntad, sometién-dola en todo á la voluntad de Jesucristo. Esto es lo que nos manifiestan estas palabras: *Ipsam audite*. El padre eterno nos habia dado esta misma orden por boca de Moisés: *El Señor vuestro Dios, habia dicho en el Deuteronomio, hará nacer de vuestro pueblo y de vuestros*

hermanos un Profeta como yo; vosotros le escuchareis con preferencia á todos los otros. Nada mas justo que esta atencion á la palabra del Verbo eterno; nada mas racional que esta obediencia á todos sus mandamientos. ¿A quien escucharíamos, sino fuera á este Profeta? En el mundo se pueden distinguir dos suertes de señores, que nos dán continuas lecciones por sí mismos y por sus agentes. Jesucristo de una parte, y el demonio de la otra. Jesucristo nos las dá por sí mismo, alumbrando nuestros entendimientos con las luces de la gracia, escitando nuestra voluntad por los movimientos secretos del Espíritu Santo; hablando al fondo de nuestros corazones por el testimonio de nuestra conciencia que turba saludablemente, é instruyéndonos por sus divinas escrituras de los dogmas que se deben creer, y de las maximas que se han de practicar. ¿Qué no hace, sin embargo, por medio de sus ministros? Aquí hace brillar la verdad á los ojos de los que *están sentados en la sombra de la muerte*; allá lleva las amenazas del cielo al fondo de este abismo, de donde el pecador, ó no oye nada, ó desprecia lo que oye. Tan presto anima las almas que es-

panta la penitencia, como obliga á los pecadores que solicita el deleite, á romper los vínculos que los detienen. Hoy rompe el encanto fatal que nos fascina; mañana detendrá esta inclinacion funesta que nos arrastra con tanta inclinacion al mal, representándonos bajo las mas vivas imágenes los suplicios del infierno. Estas son las predicaciones que nos hace Jesucristo, de un lado. De otro el maestro del error no olvida nada, para hacerlas inútiles; para esto trabaja sobre los sentidos; sobre nuestros ojos, representándonos las grandezas humanas; sobre nuestros oidos, convidándonos á oír lo que puede corromper el corazon; sobre nuestra carne, rebelándola contra nuestro espíritu; sobre nuestra imaginacion, despues de haber turbado nuestros sentidos; y en fin, sobre nuestra voluntad, por medio de nuestra imaginacion que ha sabido engañar, presentándola el mal bajo una falsa apariencia de bien. A estas instrucciones junta las de un número prodigioso de ministros que le están consagrados. Tiene predicadores en los campos, en las soledades, en las casas particulares, y hasta en los retiros mas santos. Así sucedió á los discípulos de Jesucristo, que, habien-

do oído la voz que los sometía en todo á la voluntad y á las maximas de este divino Salvador, cayeron en tierra, y fueron sobrecogidos de un gran temor. ¡Que se acerque á nosotros el Redentor! ¡que nos toque con la unción interior de su gracia! ¡que nos diga con la voz fuerte que hizo salir á Lázaro del sepulcro: *Levantaos y no temais!* Al punto nos levantaremos, y llevaremos una vida desatada de los sentidos; insensibles á las cosas temporales, no tendremos gusto sino á las cosas del cielo. Y hé aquí el término dichoso á que nos llama la gloriosa transfiguracion del Señor. Sea que la consideremos en sí misma, ó en el fin que Jesucristo se ha propuesto en ella, nos enseña á separarnos del mundo, á mirar esta tierra como un valle de lágrimas, como un país extranjero, y como un lugar de destierro. Nos enseña á aspirar al cielo, mostrándonos la solidez de los bienes que nos esperan, y el camino que nos conduce.

¡Hermanos míos muy amados! siempre os he predicado, siempre os predicaré á Jesucristo. ¿Y por qué no? Este Dios que parece *necedad y escándalo á los judíos y gentiles*, es á los vuestros mas sábio que todos los hombres; y le

es en efecto, pues que la sabiduría no es conocida sino en los lugares donde se adora al Dios crucificado. ¡Las humillaciones! Cada uno de vosotros está dispuesto á decir lo que decia Tertuliano. «Las humillaciones de mi maestro me han dado un santo descaro, y me han llevado el extremo de poner mi felicidad en mi necesidad.» Pero hoy no debemos abatirnos con las humillaciones é ignominias de este Rey de la gloria, de nuestro divino Redentor, sino regocijarnos en las altas esperanzas que nos dá el misterio de este dia de las incomprensibles maravillas de la vida futura. Bendito sea para siempre nuestro divino Redentor, que hoy nos asegura que la virtud no solamente no es un nombre vano, sino que tiene títulos irrevocables para esperar una felicidad eterna; que la tierra es para los hombres un lugar de destierro, y el cielo su verdadera patria; que las cosas perecederas no son nada; que nuestra alma inmortal no debe siquiera detenerse á mirar la gloria mundana, las riquezas ni los placeres; pues no son cosas que pueden pasar mas allá del sepulcro.

Demos gracias al Señor por estas lecciones

importantes, y confundámonos á vista del mal uso que de ellas hemos hecho. Si ocupais vuestro entendimiento, es de los bienes de la tierra; si formais proyectos, es para adquirir los bienes de la tierra; si fomentais deseos, tienen por objeto los bienes de la tierra. ¿Hasta cuándo ¡ó niños! amaremos la infancia? ¿Hasta cuándo buscaremos los bienes que nos pierden, y rehusaremos la ciencia que nos salva? *¿Usquequò parvuli diligetis infantiam, et stulti ea quæ sibi sint noxia, cupient, et imprudentes odibunt scientiam?* Sabed por lo menos que el Señor ha elevado á su santo á una gloria admirable: *Scitote, etc.* Sabed que os llama á este estado glorioso, en el que se ha dejado ver sobre el *Tabor*; que es menester poner en Él todos vuestros pensamientos y deseos.

Vos conocéis el fondo de nuestros corazones ¡ó mi Dios! Vos conocéis lo que hay en el mio. ¿Me engañaría, diciendo que son estas mis resoluciones? Yo quiero vivir en adelante en un perfecto desapropio de las cosas de este mundo, del oro, de la plata, de los adornos, de las alabanzas, de los honores, y de las personas que mas he amado; á nadie conservaré afecto

sino á Vos y á vuestra gloria. Este es el pensamiento con que me sostendré en todas las tentaciones de la vida: ellas tiran á separarme del cielo; y yo las diré que *es bueno que yo vaya allí*; que no hay sacrificio que no deba hacer, para adquirir este soberano bien, al cual nos conduzca á todos la gracia de Jesucristo. AMEN.



SERMON

PARA EL VIERNES DESPUES DE LA

DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

Homo erat pater familias qui plantavit vineam.

Habia un padre de familias que plantó una viña.

Mat., Cap. XXI, c. 33.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

HE subido á este púlpito para anunciar la palabra de Dios lleno de temor y temblor. Se acaba de cantar una parábola terrible, y creeria ciertamente que se habia compuesto solo para reprender mi conducta, á no asegurarme San Mateo que la pronunció antes la boca de Jesucristo en presencia de los judíos, para darles en cara con su porte escandaloso. Dios inmor-

tal, padre de familias, plantó en mí una viña, al infundir en este vaso de corrupcion un alma racional, formándome á su imagen y semejanza. Al nacer, me colocó en esta tierra fértil de la Iglesia, que mana leche y miel en la santidad de su moral, sobre la cual tiene siempre abiertos sus ojos, para regarla con sus dones con mayor abundancia, que á aquella otra de promision. Su Providencia especial y su divina ley, impresa en el fondo de mi corazon, sirven de valla para que apetitos estraños no arrebatén el fruto; y el Hijo de Dios humanado, según la frase de Isaías, de muro y antemural para contener los asaltos de mis enemigos. Lagar y prensa puso en ella con cuidado, para exprimir el dulce y suave nectár de sus ubas, instituyendo los sacramentos de Penitencia y Eucaristía, con que puedo apartar de mí la amargura del vástago de la culpa; alegrando así á mi alma, como el vino alegra el corazon del hombre. Y por que no la faltase socorro alguno para ser fecunda, en medio de ella edificó una torre fuerte, donde yo, cultivador de esta viña, pudiera observar y escudarme contra los ataques y tentaciones de mis contrarios. Los santos templos son estos

asilos donde el miserable pecador se refugia, y donde el Señor oye benigno las súplicas de sus humildes siervos. Mas ¡ay! que este cuidado tan esquisito me llena de miedo, porque no ha sido para que yo, á mi placer, y usando el lenguaje del necio, me regalase con su fruto; arrendóme tan preciosa planta con el pacto de exigirme el redito con usuras. A este fin envió á mí criados; pero yo los maltraté, despreciando tantos y tan vivos remordimientos de mi conciencia, tantas y tan tiernas inspiraciones, embotando con mis locuras su divina palabra, mas penetrante por su eficacia, segun san Pablo, que una espada de dos filos. Lejos de irritarse contra mí, y creyendo que acaso respetaria mas *al Primogénito y Heredero de su substancia*, me hizo el mismo mensaje por Jesucristo, que quejoso y lleno de dulzura y amor, me dice con el Profeta Isaías: ¿Qué debí hacer por mi viña que no haya hecho? Pero yo, temerario y sanguinolento, he manchado mis manos con su muerte. ¡Cuántas veces le he crucificado con mis culpas! Al considerar esto, el temblor ocupa enteramente mi corazón, y acusado de mis pecados, me veo obligado á esclamar lleno de

dolor: *Si el dueño de la viña perderá á los malos malamente* ; qué hará conmigo malísimo y perverso? Me privará ciertamente del reino de los cielos, que tiene reservado para quien le paga el debido fruto, condenándome á un suplicio eterno y tantas veces merecido, por haber *reprobado á la piedra angular* que sirve de corona á este edificio de la Iglesia. ¡Hermanos míos! llenaos conmigo de temor y temblor, porque cuando me reprendo á mí, tambien predico á vosotros. Entendamos todos, como los judíos, que por nosotros dijo Jesucristo esta parábola, y saquemos de ella para nuestra instruccion: *El gran cuidado de Dios en salvar al hombre: proposicion primera; el sumo descuido del hombre en el negocio de su salvacion: segunda proposicion.* Las dos formarán el objeto de vuestra atencion y de mi trabajo. Para que sea con fruto, pongamos por intercesora á la Madre de la gracia.

AVE MARIA.

El hombre, Illmo. Sor., criatura la mas perfecta de cuantas miran nuestros ojos, apenas sale de la mano de su Hacedor, cuando, ingrato,

se revela contra él, olvida al punto las gracias con que le adornó su misericordia, y lleno de orgullo por hacerse sábio como su Criador, mancha ignominiosamente su imagen y semejanza con un pecado, en que fuimos delincuentes todos. Maldita mil veces merecia ser esta criatura, y eternamente abandonada de Dios. Así lo habia ejecutado antes su justicia con una multitud de ángeles soberbios que quisieron sentarse sobre el trono del Altísimo, y por un solo pecado sin trascendencia alguna; mas no convenia este rigor con los designios que habia formado acerca del hombre. Antes, hermanando la misericordia con su justicia, castiga con esta su pecado, concediendo con aquella tiempo para arrepentirse de su delito; porque ya desde entonces no quiere Dios la muerte del pecador, sino que viva y se salve, primera prenda de su amor y cuidado especial por la salvacion del hombre. Sí ¡cristianos! el Señor, de quien nacemos todos enemigos, desea salvarnos con mas eficacia que nosotros mismos, de cuyo bien se trata. Por eso está siempre vigilante su corazon, aunque á las veces parece que duerme, y trabaja sin cesar; á este fin señala á cada

hombre un ángel custudio que le acompaña de día y de noche, en la vigilia y en el sueño, y le previene y avisa en cuanto puede ser perjudicial á los intereses de su alma. Él nos prepara santas y continuas inspiraciones, para perseverar en su gracia, y no hay lugar, tiempo, ocasión ó circunstancia, en que no se oiga su amante voz, como la de un buen pastor, para alejar á sus ovejas del peligro. Si arrastrados de nuestras pasiones, nos hacemos pecadores con malicia propia y personal, nos sale al encuentro por mil caminos amorosos, cargando, si es preciso para nuestro bien, la oveja perdida sobre sus hombros, para volverla á su redil. Si somos soberbios, nos humilla; si duros, nos ablanda y enternece; si huimos, nos sigue ó nos detiene; si le buscamos, nos recibe; si nos aprisionan las cadenas de la culpa, las rompe y quebranta. En las tribulaciones está con nosotros; si le amamos, nos ama, y cuando le place cria en nosotros un nuevo y limpio corazón, para hacernos dignos de su amor; de manera que parece que se afana en multiplicar sus fuerzas, temiendo que le falte tiempo para manifestarlas, y á todos nos habla con el Profeta Isaías: *Yo te he cria-*

do; tu eres mio, y no te desampararé. Este lenguaje quiso darnos á conocer en la parábola del hijo prodigo que recibió su padre amorosamente, despues de haber disipado su herencia en liviandades. Este mismo en la de aquella muger vigilante que llamó á sus vecinas, para que la acompañaran en el júbilo de haber hallado una dragma que habia perdido. Este, finalmente, cuando nos asegura que el cielo se llena de gozo cuando la penitencia pone á un pecador en carrera de salvacion. Y este en tantas prevenciones como oisteis en el principio de este discurso, para que fructificase la viña.

— Mas todos estos cuidados con que Dios espera, busca y llama al pecador para que no se pierda, no son mas que un pequeño testimonio del inmenso amor que manifestára al mundo, al vestir á su Unigénito con la flaqueza de nuestra carne, para salvar así al hombre, su mayor enemigo. El Señor, que al principio le adornó abundantemente con sus gracias, pudo salvarle sin mas auxilio que su querer; pero no quedando por este medio satisfecha su justicia, determinó humillar la soberania de su Hijo, haciéndole tomar nuestra naturaleza corrompida

y asugetosa, para que cargando con nuestras dolencias y enfermedades, sanase al género humano desauiciado por la culpa. Una sola accion bastaba para rescatar al mundo del cautiverio del demonio y reconciliarle con su Padre; mas con todo, como era necesario contribuir con nuestras fuerzas, nos exhorta con su ejemplo á pelear contra nuestras pasiones. Así que, aunque pudo presentarse al mundo varon perfecto, escogió vivir encarcelado en el vientre de su madre con las mismas penalidades que los demas, pasando por las miserias de la niñez. Ni hay defecto alguno que, no oponiéndose con su santidad infinita, no tome sobre sí: llora, suspira, está triste, tiene hambre y sed, se fatiga, suda sangre, es blasfemado y maldecido; permite que le tiente Satanás, padece dolores, afrentas y tormentos sin igual: todo para nuestro bien. Se ve abandonado de sus discípulos, vendido por un traidor, desamparado de su Padre; y al fin padece pena de muerte el mismo que es autor de la vida. ¡Pasmaos cielos, al ver estas maravillas que obra Dios para salvar al hombre! No derrame el sol sus resplandores sobre la tierra; estremézcase la maquina del or-

be; divídanse los mas duros peñascos; rásquese el velo que cubre el santuario del templo; anímense las cenizas que estaban depositadas en los sepulcros, y sean todos testigos de estas finezas! En efecto, Illmo. Sr., así sucedió, segun nos refiere el evangelio, para darnos tantos testimonios y tan sublimes de su amor. ¿Quién es el hombre? ¡Señor! puedo yo esclamar ahora con el Profeta David; quién es el hombre para manifestaros tan interesado y cuidadoso de su salvacion? ¿Quién es el hombre? Una criatura vil, un fementido, un traidor, un monstro de ingratitude, un esclavo de Satanás, un enemigo de Dios. ¿Y sobre esta criatura tan abominable os dignais poner vuestros ojos, y llenarla de bendiciones? Bendita sea ¡Dios mio! mil veces sea bendita vuestra misericordia, que con vuestra muerte destruisteis el imperio del pecado, y con vuestra resurreccion reparaisteis las quiebras que causó en la vida de todos un apetito desordenado.

Jesucristo, al presentar al mundo los despojos de la muerte que habia vencido con la suya, parece que podia decir á cada uno de los hombres: ¡Viña mia! yo te planté por mi bondad;

por mi cuidado y misericordia te puse en estado de fructificar; te regué con mi propia sangre para hacerte fecunda ¿qué mas debí hacer, que no haya hecho? Pero como era preciso que abundára la gracia sobre el delito, suaviza su cuidado el camino del cielo, y aligera la carga que antes fué necesario llevar sobre los hombros, para alcanzar la corona. A este fin reprueba la sinagoga, la llena de maldicion; y en lugar de unos preceptos de servidumbre, establece la ley nueva, llena de gracia, para regir la Iglesia, que habia adquirido con sus trabajos. Cuarenta dias permanece en esta ocupacion, iluminando á los primeros obispos de ella; y si consumados los fines de su mision, sube para sentarse á la diestra de su Padre, repetidas veces nos asegura que camina para abrir las puertas del cielo y prepararnos lugar en él, porque solo al Rey de la gloria es dado romper las cerraduras de hierro que puso la culpa del primer hombre. Colocado en el trono de su Magestad, no clama su sangre piadosa venganza como la de Abel; antes es nuestro protector y abogado perpetuo, que ruega á su Padre el perdon de nuestras culpas; y como si no hubiera hecho

bastante para salvarnos, á los diez dias embia al Espíritu Santo, para renovar con sus dones la faz de la tierra.

No podremos ya dudar, que al paso que el pecador aumenta sus delitos, se empeña Dios en multiplicar sus misericordias; pues cuando Jerusalem, aquella ciudad ingrata, ciega y rebelde, teatro frecuente de sus milagros, acaba de cargar de oprobios é ignominias al Redentor del mundo, entonces, acumulando las prendas de su amor y cuidado por salvarnos, derrama sus dones y sus gracias con mayor abundancia que nunca, y como haciendo ostentacion de sus finezas; pues hallándose presentes Partos, Medos, naturales de la Mesopotamia, de Capadocia, del Asia, de Frigia, de Pamphilia, de los paises de Lybia junto á Cirene, y tambien los Romanos advenedizos, segun nos refiere san Lucas en los hechos apostólicos, voló ligeramente por todo el mundo la fama de sus maravillas. De aquí es que, llenos los apóstoles de la gracia de Dios, se llenan de santa intrepidez, se derraman por las cuatro partes del orbe, predicán á Jesucristo crucificado, derriban los templos del paganismo, arruinan sus alta-

•

res, hacen pedazos sus ídolos, fundan la religion verdadera sobre las ruinas del gentilismo. A todos sin escepcion alguna llama su misericordia, porque quiere que todos se salven; y como ninguno puede conseguirlo fuera de esta Iglesia, ademas de sostenerla con su brazo poderoso contra la fuerza y astucia del infierno ¿con qué multitud de auxilios no la enriqueció para alivio de nuestros males y aumento de nuestros bienes? Obispos que la gobiernen, Profetas ó predicadores que nos exhorten y nos guien; Mártires que nos animen á despreciar las tribulaciones; Confesores que nos esfuerce á sujetar la carne; Sacramentos que nos sanen de las dolencias; Templos en que derramemos el suave perfume de nuestras súplicas; prácticas de religion y culto con que admiremos las virtudes; tesoro de indulgencias con que paguemos las deudas que no alcanzan nuestras fuerzas; comunicacion de los bienes espirituales, perpétuo, infinito y millares de veces multiplicado sacrificio de la misa, para apaciguar su ira; su cuerpo y sangre para unirse íntimamente con nosotros, y deificarnos, y, al fin, su continua permanencia entre nosotros hasta el fin de los

síglas. ¡Ay! ¡y qué multitud de bienes, y qué cuidado tan esquisito y constante para salvar al hombre! ¡Ay! y si nuestra alma los considerara atentamente, era preciso que, anegada en deliquios de amor, no quisiera mas que á Dios, y todo lo demas le causaria fastidio y enfado.

Si así trabaja Dios, á quien nada le importa que el hombre perezca ó se salve, y á quien la salvacion de todo el mundo no puede aumentar una pequeña linea de su grandeza ¿cómo deberá trabajar el hombre en un negocio de la mayor importancia? Mas ¡ay dolor! que pasamos los dias en cosas de la tierra que ha de perecer, sin pensar en las del cielo que será eterno. Yo me he puesto muchas veces á considerar el mundo, y apenas hallo mas que objetos que horrorizan y llenan de admiracion. Unas veces me parece que veo aquella Babilonia soberbia, que, amontonando sobre su cabeza pensamientos terrenos, fabrica torres de viento; que cuanto mas llena de confusion, se derrama mas rápidamente, para comunicar á todos todos los lenguajes del pecado; otras, una Jerusalem obstinada en su malicia, mil veces amenazada de los Profetas, castigada de Dios, esclava de

los gentiles, y siempre sorda á los llamamientos de su bienhechor. Aquí veo levantar los muros de la rebelde Jericó, incurriendo en la maldición de Dios, que lo tiene prohibido; allá centenares de hombres abrasados en el voraz y pestilente fuego de la lujuria, como Pentápolis, convirtiendo el terreno de su viña en pantános estériles, cenagosos y llenos de fetidez; por todas partes parece que la tierra ha abierto sus entrañas, para que las furias infernales vomitasen á borbotones el veneno de la disolución y del escándalo, que vén nuestros ojos con indiferencia, y verían los pagános no sin admiración. ¿Qué es esto? ¿dónde estamos? ¿entre qué gente vivimos? Si tenemos fé, si hacemos profesión de la fé de Jesucristo ¿cómo no nos estremece el pecado, que, segun la frase de la escritura, *le bebemos como el agua*? Si deseamos seriamente salvarnos ¿qué es de aquel fruto que espera cojer de nuestras manos el padre de familias que plantó la viña? ¿Qué cumplimiento hemos dado al mensaje que al efecto nos ha hecho por el Heredero de su Casa? Y á tan estrechas y justas reconvenciones ¿qué pueden responder nuestros manchados corazones? El

sonrojo es preciso que cubra nuestro rostro, y llenos de rubor, sin articular palabra, responderá nuestro corazón con aquellas palabras del Apostol en su segunda carta á los de Corinto : *In nobis metipsis responsum mortis habemus*: en nosotros mismos tenemos la respuesta de muerte. Los jóvenes en sus desordenadas impurezas, el casado en sus infidelidades y mala educacion de su familia; los personajes en su vanidad y soberbia; los artesanos en sus murmuraciones y juramentos; los ricos en su avaricia y embrollos; los pobres en su impaciencia y blasfemias; casi todos en una monstruosa cadena de crímenes y horrores, en un lamentable descuido de su alma, y en muchos dias y años perdidos para el cielo.

Estraviado así el hombre por la culpa, nada puede hacer que merezca su salvacion, si no se rectifica con la penitencia representada en las zarzas y espinos, que regularmente forman el cerco de la viña. Veamos, pues, cómo se aprovecha de este medio, sin el cual es indispensable que perezca. Mas ¡ay! y ¡cuánto me temo que la verdadera penitencia sea tan rara, como frecuente el pecado! Yo sé muy bien que entre

católicos, ninguno, por relajado que sea, llega al despecho de abandonar enteramente su salvacion. Esto es propio de un desesperado ó de un incrédulo. Pero tambien sé que no es pequeño el número de aquellos miserables pecadores que pasan sus dias en la esperanza estéril de mudar de costumbres y ofrecer en adelante su corazon á Dios; y seducidos con esta infeliz expectativa, sofocan las mas vivas inspiraciones, usando el language que nos dejó escrito Isaías en el capítulo veinte y ocho: *me convertiré, mas no ahora; manda, remanda, expecta, reexpecta*. Yo haré penitencia, porque la gracia lo solicita y me llama; la conciencia me atemoriza y espanta; el estado de pecador me conturba y aflige; mas no ahora; porque las pasiones me hablan alagüeñas, y las escucho con gusto; el pecado me lisongea, y le amo; las costumbres me tienen ligado, y las miro con cariño; el mundo me agrada mucho, y por ahora pienso darle gusto: *expecta, reexpecta*. ¡Espantoso descuido! tanto mas lamentable, quanto el momento de la gracia es precioso y decisivo, y no vuelve, si el hombre le malogra y desprecia; suele ser como un vaticinio de endurecimiento y de

obstinacion, si no se aprovecha.

Dejemos á estos infelices perezosos, que, segun la sentencia del sábio, *quieren y no quieren*, y perecen con sus deseos. Pasemos á considerar á otros, que, mas activos, ponen en ejecucion sus resoluciones; pero primero quiero que considereis que el temor filial, la esperanza del perdon, el deseo de la salvacion, y otros laudables motivos que ayudan á un pecador á convertirse, conduciéndole á un amor incipiente que perfecciona el sacramento de la penitencia, son un don de Dios y un impulso del Espíritu Santo, que ninguno puede alcanzar, como decian los PP. del Concilio Tridentino, sin que precedan *grandes trabajos y muchas lágrimas*. ¿Y dónde están aquellas repetidas súplicas necesarias para alcanzar este don de Dios? ¿Dónde aquel ahinco necesario para recibir el impulso del Espíritu Santo? ¿Qué lágrimas, qué mortificacion preceden á nuestras confesiones? El pecador no puede justificarse con este bautismo laborioso, si no se prepara antes con el temor de los juicios de Dios, y dá principio á amarle como á *fuentes y origen de toda justicia*. ¿Y dónde está este amor? Si

le hubiera, derramaríamos abundantes lágrimas en el tribunal de la amargura, porque el llanto siempre ha sido señal segura del amor y del temor. Los Israelitas cautivos en Babilonia lloran sentados á las orillas del rio Nilo, acordándose del monte santo donde estaba el templo que tanto amaban. Lloró Jeremías la ruina de Jerusalem, porque amaba la ciudad de Dios. Lloran la Magdalena y san Pedro amargamente sus pecados, porque uno y otro le amaban con amor muy vivo. El mismo Hijo de Dios llora á Lázaro muerto, y así manifestó los grados de su amor. Se anega el hombre en lágrimas por la muerte de un objeto querido; ¿y nuestros ojos han de estar enjutos y serenos al considerar tantos pecados cometidos, que cada uno era suficiente para dar muerte al alma? ¿Qué quieren decir tantas confesiones sin lágrimas, sin suspiros y sin compuncion? ¿Qué dá á entender tanta frecuencia de sacramentos, y cada dia mas corrompidas las costumbres? Esto significa que el hombre no se prepara con aquellas disposiciones santas que se requieren para justificarse, ó lo que es lo mismo, que no cuidamos con vigilancia de nuestra salvacion.

A vista de reflexiones tan convincentes, hermanos míos, ¿podremos tener alguna confianza en el testimonio de nuestra conciencia, al parecer escrupulosa, y que mira con horror todo lo que puede conturbarla? Si revestida de ángel de luz nos engaña ¿qué sucederá? Peceremos sin remedio. Os demando, os ruego vuestra paciencia, mientras yo desenvuelvo un poco mas esta materia, que encierra descuidos menos perceptibles, pero no menos comunes y no menos funestos. Los libros santos nos enseñan que hay cierto género de vida inocente á los ojos de los hombres y digna de reprobacion en la presencia de Dios: *est quedam via, quæ videtur hominibus recta, novissima autem ejus ducunt in perditionem.* Cotejemos el testimonio de nuestra conciencia con el de los PP. de la Iglesia, y llenémonos de confusion. «Toda la vida de un cristiano, decia san Agustin, es una cruz y un martirio: *tota vita christiani hominis crux est et martirium;*» y aunque menos horroroso, añade san Bernardo, que *aquel en que se derrama la sangre, es mucho mas penoso por su duracion;* luego la conciencia nos engaña cuando con el especioso título de que no quebrantamos los pre-

ceptos de Dios, y con una vida por otra parte dulce, agradable é inmortificada, nos lisonjea que hemos trabajado bastante para nuestra salvacion. Mas porque no creais que los PP. hablaron así por exageracion, oid la palabra de Jesucristo, que no admite réplica ni apelacion; autoridad que no puede debilitar el tiempo, y contra la que no pueden prescribir ni el uso, ni la costumbre: «El reino de los cielos padece fuerza, se toma por asalto, y solo le consigue quien violenta su alma y las pasiones; aquellos que se renuncian á sí mismos, hacen guerra á sus apetitos, y crucifican la carne con sus deseos.» Luego *yo* á quien parece que el pecado amedrenta y espanta, pero que lejos de mortificarme, paso mis dias sin incomodidad alguna, formando una cadena no interrumpida de placeres, que juzgo inocentes, y son altamente criminales, no puedo, sino mudo de vida, salvar mi alma. «Estrecho es el camino que guia al cielo, y son pocos los que le encuentran; dilatado y muy espacioso el de la perdicion, y muchos los que caminan por él.» Así exclamaba en otra ocasion el Salvador: hagamos ahora una reflexion de mucha importancia. Jesucristo me

asegura que el camino que conduce á la salvación está lleno de dificultades y sembrado de espinas; y que son pocos los que van por él. En el camino que seguimos ¿sentimos dificultades? conocemos las espinas? Nó..... ¿Nó.....? pues, ¡hermanos míos! ó Jesucristo ha exagerado la dificultad de este camino, ó nos engañamos á nosotros mismos, y nos perderemos sin remedio. Cerremos este discurso con dolor de nuestro corazón, diciendo que, aunque nuestras acciones no parezcan criminales; aunque nuestras diversiones parezcan inocentes, y nuestros pasatiempos no se opongan esencialmente al espíritu del cristianismo, no teniendo proporción con el camino estrecho de Jesucristo, nos engañamos si creemos que vivimos cuidadosos de nuestra salvación. Caminamos precipitadamente á la perdición. *Est quædam via.* Es necesario llorar continuamente los pecados, traer á la memoria los extravíos de la juventud, meditar las verdades santas de la religión, buscar con ansia la misericordia de Dios en oraciones continuas, para borrar sus culpas; implorar su gracia, para no volver á cometerlas. Así, no de otra manera, se debe trabajar para lograr su

salvacion. Por eso los PP. del Tridentino, hablando del don santo de la perseverancia, decian: «Los que se levantáren del pecado, han de obrar con temor y temblor, empleando los dias y los noches en mortificaciones, en vigili- as, en limosnas, en oraciones, en obla- ciones, en ayunos y en castidad, temiendo siempre, que tienen que pelear con el mundo, con el demonio y con la carne.

¡Hermanos míos! os he predicado la verdad. Si os ha llenado de tristeza, no me pesa, como sirva de medio poderoso para buscar á Dios con mas diligencia que hasta aquí. Temamos, pues, temamos la cuenta que Dios nos ha de pedir del fruto de la viña de nuestra alma; avivemos nuestros cuidados, multipliquemos nuestros trabajos para cultivarla y hacerla producir frutos saludables. Tengamos presente; no se nos olvide jamás que el dueño perderá á los malos malamente. Dios, por su infinita misericordia, nos libre de semejante desgracia. AMEN.



SERMON

PARA LA DOMINICA III DE CUARESMA,

Predicado en la Real Capilla,

EN PRESENCIA DE SS. MM.

Omne regnum in seipsum divisum desolabitur, et domum supra domum cadet.

Todo reino dividido contra si mismo será asolado y caerá casa sobre casa.

Luc., c. XXI, v. 17.

SEÑOR:

«**L**A ignorancia del verdadero Dios, dice la sabiduría pagana, es para los estados la mayor y mas dañosa calamidad; y quien derriba la religion, derriba el fundamento de toda sociedad humana.» «Es la verdad misma, segun afirma Platon, que si Dios no ha presidido al establecimiento de una ciudad, no puede librarse de los mas grandes males.» «Es preciso, añade, tratar por to-

dos los medios imaginables de imitar el régimen primitivo; y confiándonos en lo que hay de inmortal en el hombre, debemos fundar las casas lo mismo que los estados; consagrando como leyes las voluntades de la Inteligencia suprema. Que si un estado se halla fundado sobre el vicio y gobernado por gentes que pisan la justicia, no le queda ningun remedio.» ¡Desdichada la nacion dividida! vivirá en una plena confusion; el vecino se levantará contra el vecino, el mozo descarado contra el anciano venerable, los hijos irreligiosos contra la canosa autoridad de sus padres; contra los que tienen fortuna, los que desean tenerla á toda costa; los que están abajo contra los que están arriba. Entonces no se oye mas que sonidos terribles de la voz que anuncia su fin: *Finis super te*. Todo es guerras, ódios y diferencias eternas; turbaciones, trastorno, sublevacion y anarquía « ¡Desgraciado el pueblo, dice Isaías, que no habla, que no sueña sino conjuracion! Vendrá á ser presa de sus enemigos, y parará en la servidumbre; no se oirá en él otra voz que la voz de la sangre, de las ruinas, de la desolacion y de la muerte:» estado muy semejante al

infierno, si fuera eterno, en las tinieblas y en el horror. Cuando una nacion descende á este estado ¿quién podrá contar sus escenas, sus catástrofes y sus inefables calamidades? ¿quién podrá igualar las lamentaciones á las lágrimas? En tropel vienen en tales circunstancias el desórden y los delitos, la disolucion y la carniceria, el choque tumultuoso de todos los interesés y de todas las pasiones, el ruido sordo y continuo del martillo que demuele, y del hacha que derriba las víctimas, los estallidos terribles, y los rugidos de gozo ¡lúgubre anuncio de una vasta carniceria! Las ciudades quedan viudas, las ríveras llenas de huesos humanos, y los templos y las ciudades en ceniza. *Regnum in seipsum etc.* Sin protector y sin regla, se parece á aquellos pueblos perdidos sin remedio, de quienes los antiguos decian: ¡los Dioses se han huido! Esta es la historia de los pueblos que han conculcado la ley de sus almas; y esta es la ley de la Providencia. Sin religion no puede haber felicidad para los individuos, ni para las naciones. Yo os lo haré ver, pidiendo para ello los auxilios de la divina gracia por la inter-

cesion de la Reina soberana, saludándola con el ángel:

AVE MARIA.

SEÑOR:

Voy á considerar con el Padre san Agustin el mundo dividido en dos ciudades, en dos imperios, mezclados en cuanto al cuerpo, y separados en cuanto al espíritu. El uno es el imperio de Babilonia, que significa la confusion y la turbacion; el otro es el de Jerusalem, que significa la paz: el uno es el mundo, y el otro la Iglesia, considerada en los santos, en los escogidos. Allá, en el mundo, el reino de Satanás; y aquí el reino de Jesucristo: allá el reino de la impiedad, de la triple concupiscencia de la carne y soberbia de la vida, ó amor de los deleites carnales, amor de las riquezas, y amor de la propia excelencia. En el uno de estos imperios reside la mentira y la impiedad; en el otro el asiento de la verdad y de la religion; en el uno está el gozo, que debe mudarse en un gemido eterno; en el otro el sufrimiento, que debe producir un eterno consuelo. En el uno se halla una idolatría espiritual: se adora á sus pasiones, se hace

un Dios de sus placeres y un ídolo de sus riquezas; en el otro son derribados, no solo aquellos á quienes la ciega gentilidad ofrecia incienso, sino tambien aquellos, á los cuales las almas sensuales erigen un templo y un altar en su corazon, y de quienes se hacen ellos mismos las víctimas. En el uno se vé en apariencia un continuo triunfo; en el otro una continua persecucion ó batalla; porque estos idólatras del mundo, que hacen dominar sus sentidos sobre su razon, no dejan en reposo á los adoradores en espíritu; se esfuerzan por arrastrarlos á sus prácticas; establecen maximas de que quieren hacer leyes universales; en una palabra: el mundo es un tirano; no puede sufrir á los que no le hacen caricias, á los que no beben en sus copas, ni andan en sus caminos, y no cesa de perseguirlos en mil maneras diferentes. En ellos está el aprecio de la fé y de la paciencia de los santos, que están siempre sobre el yunque y bajo el martillo, para ser formados segun el modelo de Jesucristo crucificado. Para consolarlos, Dios les hace ver los errores del mundo, la corrupcion y sus tormentos bajo una frágil imagen de felicidad; su hermosura de un dia y su

pompa que desaparecerá como un sueño; al fin, su caída espantosa y su horrible escombros. — Por poco que se estime la paz, la seguridad pública, la dulzura y estabilidad de los gobiernos, las buenas costumbres, la virtud, no se puede menos de sentir la importancia de la religión. El espíritu de amor que ella inspira, (que se nos permita esta palabra) no se detiene en las fronteras. Jesucristo manda amarnos los unos á los otros; no exceptúa á nuestros enemigos, ni á los que nos persiguen y maldicen. De suerte, que su doctrina no se dirige menos á unir las familias entre sí, que los miembros de una misma nación; ó mas bien, se dirige á formar una misma familia de todo el género humano. Los gentiles contemplaban con una especie de escándalo esta union perfecta, esta caridad compasiva, esta dulce severidad de costumbres al lado de sus hediondos vicios. El mundo, asombrado de tanta virtud y pureza, se vió obligado á imputar á los cristianos crímenes ocultos, para explicar sus virtudes públicas. «Se encuentran, decia Tertuliano, gentes que nos reconviene nuestras obras de amor. ¡Ved! dicen ellas hablando de los cristianos. ¡ved como se

aman! Pues por lo que hace á los gentiles, nuestros enemigos, ellos se aborrecen. ¡Ved como están dispuestos los cristianos á morir los unos por los otros! Por lo que hace á ellos, añade Tertuliano, están dispuestos á degollarse.» La multitud de los creyentes no formaba sino un solo corazón y una sola alma: ninguno de entre ellos llamaba suyo lo que poseía, sino que todo era comun entre ellos. ¿Se quiere dividir á los hombres, escitar entre ellos el ódio, irritar el egoismo, la codicia y todas las pasiones? No hay mas que apelar al interes. Se quiere, al contrario, unir los miembros de las familias y de los estados, producir la dulce concordia y la tierna humanidad? Hágase que cada uno no conozca otro interes que el interes de todos. Tal es el espíritu de nuestra santa religion: morir de amor por Dios y los hombres, como murió el divino Jesus.

¿Dónde está el hombre sin entrañas y sin sentimiento que no se enternezca de la hermosura y sublimidad de esta divina religion? ¡Qué profundidad en sus misterios! ¡qué pureza y severidad en sus preceptos! ¡qué tierno amor de los hombres! ¡qué dulzura tan amable y qué

uncion tan penetrante en sus maximas! ¡Cómo ván en derechura al alma, y como conmueven toda la conciencial! Se puede violar esta ley, y por desgracia se la quebranta demasiado; pero es violando la paz y la felicidad. Une, consuela y repara los males del particular, de las familias y de los estados. El cielo descenderia sobre la tierra, si los hombres quisieran observarla y consentir en su felicidad. ¿Hay un hombre que reconoce á Dios, que cree en la verdad que es Dios, que espera la felicidad que es Dios, que ama la bondad que tambien es Dios; un hombre, cuyo entendimiento, voluntad y sentidos se someten á la ley de Dios, á la ley de la fé y la ley de los preceptos; un hombre que se humilla y obedece, y todos los pensamientos de este hombre son verdaderos, y todas las voluntades rectas, y todos los sentidos arreglados? La verdad está en su entendimiento, el órden en sus deseos; vive de luz y de amor, y la paz está en él.

¿Hay un hombre que no reconoce á Dios; que no cree en la verdad que es Dios; que no espera la felicidad que es Dios; que no ama la bondad que tambien es Dios; un hombre, cuyo en-

tendimiento, voluntad y sentidos no se someten á la ley de Dios, sino en cuanto le agrada, y todos los pensamientos de este hombre son falsos é inciertos, y todas sus voluntades desarregladas, y todos sus sentidos desenfrenados? El error ciega su entendimiento, el desórden pervierte su voluntad, y la licencia corrompe sus sentidos; se alimenta de tinieblas y de ódio; y la turbacion y la guerra están en él. Entonces es cuando su entendimiento, enagenado de la vida de Dios por la ignorancia que produce la ceguedad del corazon, se abandona por despecho á la deshonestidad y á todas las obras inmundas, segun lo decia san Pablo. Y entonces todo parece: entendimiento, voluntad y el cuerpo mismo. Cada vez que os representais esas víctimas de la disolucion, que en la flor de la edad ofrecen la asquerosa imágen de la decrepitud, la frente calva, las mejillas pálidas y hundidas, y los ojos tristes, el cuerpo trémulo y encorbado bajo el peso de los vicios; sin vida, sin pensamiento y sin accion; odiosas presas de la torpeza, creereis ver al sepulturero que se apresura á arrebatár el cadaver.

La felicidad de las naciones, como la de los

individuos, es la tranquilidad del orden. Cuando padecen el desorden, tratan de colocarse mejor; y se conoce que lo han conseguido en la calma interior, es la profunda paz de que disfrutan. Por eso la escritura, que propone las verdades mas altas bajo la forma de imágenes familiares, para hacerlas proporcionales á los mas débiles entendimientos, anunciando al pueblo judío una felicidad que llenaria completamente sus deseos: «Cada uno, dice ella, se sentará bajo su viña y su higuera, y nadie turbará su reposo.» El reposo, pues, que resulta del orden, es la felicidad de los pueblos; y un pueblo, una familia, una nacion donde reinára un orden perfecto, gozaria de una perfecta tranquilidad, porque gozaria de Dios que es el centro de la paz, y hará prosperar las familias, como dice el Profeta-Rey. «¿De dónde vienen, de dónde proceden, pregunta el Apostol Santiago á las tribus dispersas, las guerras y las contiendas que hay entre vosotros, sino de las codicias, de los deseos inmoderados que pelean en vuestros miembros? Estais llenos de deseos, les decia, y no teneis lo que deseais; matais y sois envidiosos,

y no podeis lograr lo que quereis, porque no lo pedis á Dios.»

Cuando todos anhelan las mismas cosas, las mismas honras, los mismos destinos, las mismas dignidades, las mismas riquezas, los mismos placeres, se encienden las discordias, se enciende la envidia, se forman los partidos, se irritan los ódios, estalla la lucha, y en pos vienen la turbacion y el caos. ¡Verdadera torre de *Babel*! Cada uno habla su lengua, cada uno tiene su ley, su moral y su religion. Tal es el órden de la Providencia. Apagada la luz de la fé, los pueblos al punto se hunden en las tinieblas; todos los errores y todos los vicios se apoderan de ellos; el perverso desgarrá al desválido, y le devora como un pedazo de pan, porque ha hollado á sus pies la ley de justicia; y mirando al pobre, dice en su corazon: *¡Padece! esta es tu condicion.* No es sino durante las tinieblas de la noche, cuando las bestias carnívoras salen de sus guaridas; se esparcen por nuestros campos, y cogen su presa; sale el sol, y desaparecen. La luz del dia obliga á tomar los caminos sombríos de sus bosques á los tigres y leones. Si el sol se apagase de repente, la desolacion llenaria

el universo, los hombres y los animales, mezclados unos con otros, arrojarían al morir gritos desesperados. Lo mismo sucede en nuestras almas, y también en las naciones. Al punto que la luz de la gracia deja de alumbrar, se desencadena todo, y comienza el infierno de la vida. ¿Dónde vá á precipitarse esa ciega multitud? Jóvenes y ancianos, ricos y pobres, todos se aprietan, se mezclan y se confunden. Una mano invisible los impele hácia la eternidad. ¿Hácia la eternidad...? Sí... ¿Qué encontrarán allá? Ellos lo verán. Por ahora no es tiempo de pensar en ello. ¿Y entonces...? Ya será muy tarde....

III. Conocer á Dios, amarle y servirle, esto es todo el hombre. Conocerle por el entendimiento que cree las verdades reveladas; amarle con la voluntad que le prefiere á todas las criaturas; servirle con los sentidos sujetos y arreglados á su ley. Fuera de aquí no hay mas que angustias, miseria y dolor del alma. Escuchad, Señor, las palabras de uno de los mas grandes génios y de los mas esclarecidos doctores de la Iglesia, del Padre san Agustin: «Donde está Dios, dice, allí está la verdad: está en el fondo de vuestro corazon; pero vuestro corazon se

ha separado de él. Volved, volved á vosotros mismos; hallareis allí, continúa el mismo Santo, al que os ha hecho. Adónde correis, al traves de esos lugares ásperos y desolados? ¿Por qué pasar y repasar sin cesar estos caminos rudos y trabajosos? El reposo no está donde vosotros le buscais. Vosotros buscais la vida dichosa; no está allí. ¿Cómo la vida dichosa estará allí donde no existe la vida?» El que habla así se engañó, como hoy se engañan tantos; gustó con una fatiga increíble los deleites de los sentidos, y los deleites del orgullo. ¿Qué buscan esos que sudan dia y noche, por elevarse sobre los otros en poder, en riquezas, en fama y sabiduría? ¡Que imiten el ejemplo que he citado, y recogerán el mismo fruto! Cansado de errar tristemente lejos de Dios, volvió á él y gustó la paz. Despues de haber gustado los bienes de la tierra y los del cielo, estas tiernas palabras desahogaban su angustiado corazón. «¡O justicia! ¡ó inocencia! ¡envos se halla un reposo profundo, una calma inmensa! ¡Ay! en los dias de mi juventud, resbalando sobre la pendiente de los placeres, me alejé de vos rápidamente ¡ó verdad inmutable! é inmediatamente, errando al azar, me hice

yo mismo una region de indigencia y de dolor. ¿Qué otra suerte debia yo esperar? Vos nos habeis hecho para Vos, y nuestro corazon debe estar eternamente agitado hasta que repose en Vos.» ¿Lo ois? Quien no lo vea, no vé la luz del medio dia. ¿Qué buscan esas hijas del siglo, esas jóvenes, esas otras tambien que debieran ser las matronas de sus casas, cuyos adornos son como *la semejanza de un templo*, y el esterior altivo como *los montes mas altos*? El Señor ha hablado de ellas como de las hijas de Sión, como de las Hebreas. «Por cuanto, dice el Profeta Isaís, *se han engreido, y andan con el cuello erguido, y pasean con ojos alhagueños, y lucen sus pies, y se contornean, y andan con pasos estudiados; el Señor hará encalvecer sus cabezas, y las privará de sus cabellos. Quitará el adorno de sus zapatos y lunetas, y los collares y las gargantillas, y los braceletes y las cófias, y las pomadas, y las ligas, y las cadeni-llas, y los pomos de olor, y los zarzillos, y los anillos, y las mudas de ropa, y las manteletas, y los velos, y los alfileres, y los espejos, y las bandas y las túnicas de verano. Y por los suaves olores tendrán el feter; y por ceñidor una*

cuerda; y por los cabellos rizados la calva; y por peto el cilicio. ¿Lo ois...?»

¡O Señor! ¡paz! ¡paz á las gentes de buena voluntad; *paz sobre la tierra!* por la concordia que la ley de Dios establece en sus pensamientos, en sus afectos y en sus acciones. ¡*Paz, amistad, union con Dios!* fuera del cual no hay paz para las almas. ¡Paz! ¡paz! á las gentes de buena voluntad! ¡Paz con Dios por medio de la gracia! fuera de la cual no es posible tener paz; ¡paz en el entendimiento! que está libre de error por medio de la fé. Lo que turba la paz del corazon, es la guerra de la carne contra el espíritu, del amor desarreglado de nosotros mismos contra el amor de Dios. Sujetando este amor, y sacrificando todas nuestras potencias y sentidos, la voluntad acaba esta guerra. Lo que turba la paz de las naciones, es la guerra del interes de cada uno contra el interes de todos: sacrificándonos por nuestros hermanos, como lo ordena la ley divina, la voluntad acaba esta guerra. ¡Paz, otra vez, á las gentes de buena voluntad para con Dios y para con el prójimo! Pero á los hombres de mala voluntad ¡guerra! ¡eterna guerra! primeramente consigo mismos:

todos sus pensamientos se chocan, se destruyen unos á otros; y su entendimiento tenebroso se parece á una ciudad sombría y sangrienta, en donde los furores intestinos lo han esterminado todo. ¡Guerra en su corazon atormentado de inquietudes, devorado de deseos, y carcomido de remordimientos! ¡Guerra en la familia, y en el estado, hecho presa de la anarquía! ¡Guerra entre los pueblos, que se devoran como el pan! ¡Guerra, en fin, con Dios hasta el dia en que, estendiendo su brazo, y cogiendo á sus enemigos, les haga entender cuán horrible cosa es caer en las manos de un Dios omnipotente é irritado....!

No penseis, Señor, que me he distraído, que no he tenido presente al santo de este dia. Nó, ciertamente. He tenido muy presente al santo de mi devocion, al primer cristiano, y al primer apostol, al justo y casto José, á este hombre angelical, al que adoró á Jesucristo en la pobreza y humildad de un pesebre, en una carne mortal, en las flaquezas de su infancia, antes de ver los milagros de su poder. He tenido muy presente al profundo en la humildad, elevado en la contemplacion y fervoroso en la caridad.

¿Y cómo podría olvidarme del que practicó todas las virtudes en grado heroico y eminente, del que, segun otro varon piadoso, tributó á Dios obsequios mas agradables que nadie; del que no fué nada para sí, sino todo para Cristo? Es verdad que fué esposo de la Virgen; pero solo lo fué en cuanto era necesario para salvar el honor de Cristo; para que nadie le tuviese por ilegítimo y bastardo, si naciera de madre no desposada. Por lo demas, la pureza de Maria no padeció detrimento, sino que concibió del Espíritu Santo, como sucede con estrañas plantas (permitáseme esta espresion) que se desposan y unen con la vid, pero no tienen parte en ninguno de sus frutos.

¿Cómo podría olvidarme yo del primer cristiano, que adoró á Jesucristo como Hijo de Dios; del primer subdito, que le sirvió como Rey; y del primer apostol, que publicó la venida de este nuevo Legislador; del primer cristiano, que recibió su fé; del primer subdito que se sometió á su imperio; y del primer apostol, que predicó su divinidad? El fué elegido entre todos los hijos de Adan, para ver y tocar los grandes misterios de la redencion de Jesucris-

to. Su casa fué el primer templo, donde se le adoró; el primer trono, donde recibió los homenajes como Rey; y la primera cátedra, en que se publicaron las primeras lecciones del evangelio. El fué el que hizo á Cristo la primera adoracion como Dios, el primer homenaje como Rey, y la primera obediencia como Legislador. Todo esto, Señor, lo he tenido presente. Empero, presente he tenido tambien que los vicios de la nacion forman el duelo del cielo, y las lágrimas de los ángeles; que en este estado no podian ser agradables al casto los ruegos del alma impura; ni los rencorosos al compasivo; ni los ambiciosos al humilde; ni los aváros al pobre. Que interin no se atajen tantos crímenes, no se corrijan tantos escándalos, no se reformen tantos desórdenes, no se calmen tantas pasiones, no se apaciguen tantos ódios; alabar á los santos, es injuriosos.

Hombres todos! purificad vuestras manchas; reconciliaos con la sinceridad de la caridad fraternal; estableced la paz en vuestros corazones, en vuestras familias, para que se establezca en el Estado. Entonces, y solo entonces el padre de Jesus, el esposo de

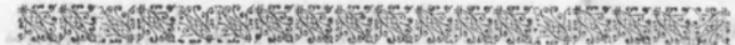
Maria será nuestro padre; y nos alcanzará, Señor, todas las gracias necesarias para la Iglesia y para el Estado. El fin de todo, el colmo de la bienaventuranza es la paz. Amémosla, procurémosla á toda costa. Esperémos la celestial Jerusalem que significa *Vision de paz*. ¿Cuáles serán allí nuestros placeres? Serán colmados, según el Profeta, por una *abundancia de paz*. Nuestro oro será la paz, nuestra plata sera la paz, nuestras tierras serán la paz, nuestros estados, nuestros dominios, nuestras coronas, serán la paz. Ella nos servirá de todo y para todo; porque la *paz* es *Dios mismo*, que reina en los siglos de los siglos. AMEN.

ILUSTRISIMO SEÑOR

¿Qué significa en el concurso que á escasez el fin, ó qué objeto un tributo á las pas de la conciencia? La corazón; pero todo dable es que hoy vengán aquí algunos con la misma intención, con que muchos si



María es el nuestro padre y nos aliamos
 Señor, todas las gracias necesarias para la
 Iglesia y para el Estado. El fin de todo el col-
 mo de la dicción humana es la paz. A ningún
 la producción de toda la costumbre. El primer
 colegio de los que se rigen por la paz.
 ¿Cuáles son las alusiones que se refieren a
 madres según el Rito de la paz? ¿Qué
 de paz? ¿Nuestro orador la paz, nuestra plaza
 esta la paz, nuestra tierra, según la paz.
 nuestra, establos, nuestra dominios, nuestra
 coronas, según la paz. Ella nos servirá de todo
 y para todo, porque la paz es la paz misma y
 eterna en los siglos de los siglos. Amen.
 tanto, al pobre: Que interin se no se alaje tan-
 to, los alados, los alados, los alados, los alados,
 no se reformen tanto desórdenes, no se cal-
 men tantas pasiones, se apaciguen tantas
 furias; alabar a los que injuriamos.
 Hombres, los que os casan, vuestras man-
 chas; reconciliad, la paz, la sinceridad, la car-
 dad, la fraternidad; estableced la paz en vues-
 tras corazones, en vuestras familias, para que
 se establezca en el Estado. Entonces, y ser-
 lo, entonces, el padre de Jesús, el esposo de



bien que vengan (y que sea este el fin, yo lo
 otro, por que las concorsas que
 padecen sea en la intencion, Dios solo

SERMON

PARA LA DOMINICA TERCERA

DE CUARESMA.



Et erat Jesus ejiciens demonium, et ilud erat mutum.

Y estaba Jesus lanzando un demonio, y este era mudo.

Luc., c. XI, v. 14.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

¿**Q**UÉ significa este gentío, este inmenso con-
 curso que á escucharme se presenta? ¿Cuál es
 el fin, ó qué objeto le trae? ¿Es por desgracia
 un tributo á las pasiones, ó mas bien el consejo
 de la conciencia? Yo no sé cuanto presente mi
 corazon; pero todo puede muy bien suceder :
 dáble es que hoy vengan aquí algunos con la
 misma intencion, con que muchos siguen á Je-

sucristo: *ut nequiter observarent*. Cabe también que vengan (y que sea este el fin, yo lo creo) por curarse de las úlceras cancerosas que padecen. Sea cual fuere la intencion, Dios solo lo sabe, escudriñador de los corazones. Lo que yo diré serán palabras sanas, irreprochables, para que si alguno está de la parte opuesta, se avergüence, *no teniendo que decir nada malo*, y por fortuna se convierta. Así que, el evangelio de hoy nos representa al Salvador espeliendo del cuerpo de un hombre á un demonio. Nada tiene esto de singular; es un milagro obrado repetidas veces por el Señor, como atestiguan uniformemente todos los evangelistas. Como vino al mundo á destruir las obras del diablo, á despojarle del imperio que tíranicamente ejercia; quiso por una especie de redundancia estender su beneficencia, que directamente y de propósito, se encaminaba á las almas, al remedio y bien espiritual, hasta el remedio de los cuerpos, simbolizando en los beneficios corporales y visibles, y en los perjuicios y daños de esta clase, los interiores y espirituales, á que debian hacer atencion. Con todo, el milagro del presente evangelio escita la admiracion de las

turbas y el escándalo de los *Escribas*; lo cual prueba que es desacostumbrado y estraño; que nunca habian visto las gentes obrar semejante prodigio á alguno de los Profetas, ni oídolo referir á sus padres y mayores. El mismo Salvador, al ejecutar el lanzamiento, hace demostraciones, que en sentencia de los espositores, manifiestan violencia y conato, y tambien resistencia de parte del maligno espíritu. Algo de particular debe de tener este maligno espíritu sobre los otros, cuando el mismo Jesucristo en persona procedió con tanta pausa y economía en espelerle, habiendo espelido tantos, prodigando este como los demas prodigios.

El evangelio dice *que este demonio era mudo*: era demonio de la impureza, segun el parecer de san Gregorio, infiriéndolo de la sentencia del Salvador, con que instruyó á las turbas, diciendo que «cuando el inmundo espíritu sale del hombre, anda perturbado é inquieto, hasta volver á su primera morada, en la cual, hallándola desocupada, adornada y limpia, vuelve á entrar, no ya solo como antes, sino acompañado de otros siete espíritus peores que él.» Yo no le miraré bajo semejante aspecto en este

dia, limitándome á considerarle bajo el de *demonio mudo*, que es el que con tal espresion califica el sagrado testo. Era un *demonio mudo*, porque conforme á su destino y ocupacion, á sus operaciones y efectos, de donde los demonios toman todos su denominacion, hacia mudo al sujeto, á quien poseian. Ligeró daño seria esta privacion que resultaba á aquel hombre por la tiranía y malignidad de Satanás, si se limitase á estar privado del uso de la palabra. Lejos de eso seria esta una ventaja para la mayor parte de los hombres, que se escusarian males sin cuento, que les trae el abuso de la lengua. Muéveme á creerlo la extraordinaria malignidad y condicion de este perverso espíritu, y la novedad y estrañeza que causó en todos el milagro del *lanzamiento*. Era muy comun que su Magestad restituyese el uso de los miembros á los que carecian de ellos; pero nunca se habia visto que restituyese el uso de la lengua. Mucho nos significa esta conducta, y es justo parar en ella la atencion. Yo lo haré, manifestando en un estilo claro y sencillo, los daños y perjuicios que causa la lengua con la *murmuracion* y la *calumnia*. Estos vicios son los mas faciles de incur-

rir, los mas difíciles de evitar, los mas comunes y universales, al propio tiempo que los mas enormes y de mas dañosas consecuencias, imposibles de reparar. Dichoso *yo*, si consigo algunas ventajas sobre este vicio, que imponderables estragos está haciendo en la sociedad y en las familias. Para conseguirlo, pidamos los auxilios de la divina gracia por medio de la intercesion de la Virgen, saludándola con el ángel:

AVE MARIA.

El Espíritu Santo, por boca del *Eclesiástico*, nos enseña, que la vida y la muerte están en manos de la lengua, ó lo que es lo mismo, penden del buen ó mal uso de ella. El Apostol Santiago, como declarando esta sentencia, añade, que « con la lengua alabamos al Señor, y con la misma vulneramos la fama de nuestros prójimos.» Pero como es una comparacion mas frecuente esto que aquello, lo son tambien las inyectivas de la escritura contra el desorden y abuso de la lengua. Este mal uso consiste en manifestar las faltas de nuestros prójimos. Si

descubrimos los defectos que realmente hay en el sujeto de quien hablamos, se llama *murmuración*, con la cual, aunque no se mienta, se falta á la caridad. Si lo que decimos es falso, entonces se llama *calumnia*. Si cara á cara le decimos á otro un defecto considerable, es y se llama *injuria*. Todos estos vicios se cometen de dos modos: ó descubriendo abiertamente y sin rebozo las faltas de otro, ó disfrazando el designio, usando de sátiras y otras artes semejantes. Cuando se ejecuta de este último modo, se llama con el nombre genérico de *odiosa malignidad*. Bajo estas consideraciones, este vicio es tan abominable como comun entre los hombres. ¿Qué cosa hay que respete la lengua venenosa de un maldiciente? ¿Acaso la antigua alianza, la religion de sus padres? Yo me entristezco profundamente al considerar los males que puede sufrir la pobre humanidad por este lado. ¿Son mas felices los ministros encargados del ejercicio de las funciones augustas de esta ley anterior á los hombres? ¡Tristes de ellos! Detractores ha habido que no han perdonado fatiga para herirlos de mil y mil modos, cargando sus censuras de hiel y de exageracion,

abultando flaquezas, multiplicando escándalos, y torciendo las intenciones mas puras y las mas santas. ¡Pobres gentes! piensan lavarse de sus horrores, echando la mancha en ellos! ¿Por qué no se aprovechan de esta juiciosa observacion de un autor acreditado?

«Sin duda, dice, hay en el mundo y en la Iglesia bien y mal, vicios y virtudes; es preciso confesarlo; y es verdad tambien que el bien puede ser tan pequeño, y el mal dominar tanto, que parezca que este sofoca á aquel. Pero si hubiera tanta pasion por el bien, como hay por el mal; si se pusieran carteles para el buen ejemplo, como los hay para el malo, no dudemos que la balanza se inclinaria al lado del bien; en lugar de que la gratitud habla tan bajo, y la queja tan alto, que no se oye mas que á esta última. ¿Dónde está la equidad, dónde la justicia, cuando de un campo fértil, cubierto de ricas mieses se entresacan con gran cuidado algunas malas yerbas, y se acusa de envenenador al que sembró el buen grano? ¿Hacen mucho honor estos hombres á su gusto, no apegándose sino á las úlceras del cuerpo de Lázaro, y pareciéndose á los animales voraces y á las aves de

rapiña? Nada importa para un buitre una hermosa naturaleza. Atraviesa con vuelo rápido los jardines deliciosos, cubiertos de árboles cargados de frutos; del mismo modo los hombres maldicientes dejan el fruto que hay delicioso en el campo de la Iglesia, y se detienen solamente en la corteza dura y espinosa.» ¿Qué os parece, os digo, hermanos míos? No os quiero decir, que esté libre de imperfecciones, ni que mi vida no vaya acompañada de muchos defectos. Conózcome á mí mismo, y no ceso de traer á la memoria mis pecados, para aplacar á mi Dios, y evitar el castigo prevenido. Lo que os digo, es que aquel que quiera juzgar nuestras cosas, venga á averiguar el polvo que tenemos en nuestros ojos, cuando esté seguro que tiene los suyos puros. Pero si no pudiese decir que está libre de defectos, venga á buscar juntamente conmigo al médico, y no se meta en hacerse juez de los demas antes de tiempo. ¿Con qué á nadie, á ninguno perdona una lengua maldiciente, á nadie absolutamente? Los hombres públicos y los particulares, el jóven y el anciano, la matrona y la doncella, todos se vén hechos presa de la sangrienta calumnia, y de la

sátira cruel. «Se ha abierto, dice un autor muy filósofo, por la lengua maldiciente una inmensa carrera á la difamacion, á una persecucion diaria, que penetrando en las relaciones mas íntimas, descubriendo los hechos mas olvidados, ó reproduciendo otros que debian haberse olvidado ya, se hace, para los que hiere sin interrupcion, un verdadero suplicio.» «Un deseo, y un espíritu, añade el mismo filósofo, de deprimir y oscurecer la superioridad de las clases elevadas y las prendas personales, es la señal que distingue y caracteriza á los tiempos actuales. Empero, no contentos ciertos gé- nios maléficis con zaherir á las personas públicas que llevan en su frente la señal del respeto y la obediencia, la religion de la segunda magestad, segun la espresion profundamente filosófica de un santo Padre, tienen la insolencia de entrometerse á escudriñar los secretos de la vida privada de las familias, con la pérfida intencion de desconceptuar á la gente honrada, y de divulgar, sin miramiento á la edad ni al sexo, cuanto son capaces de sugerir la envidia y la malignidad.»

Así y todo no fuera tan comun esta perversi-

dad, sino tuviera tantas proporciones para cometerse; pues no tiene ningunos embarazos para el hombre, á quien no intimida la voz de su conciencia. Para cometer un homicidio, hay mil precauciones y mil meditaciones que tomar, porque no á todas horas ni en todos los momentos tenemos á tiro al enemigo, ni todo sitio y lugar es proporcionado, ni todas las armas son seguras, ni todos los golpes mortales. Mas, para verificar los estragos de la lengua, todo lugar, todo tiempo es proporcionado, todo golpe es seguro: apenas concebido, está ya ejecutado. Es, pues, sobre manera digno de temerse este vicio, que, ademas de ser tan comun, es el mas torpe, disforme y horroroso; infama y envilece; hace aborrecible é inmundo al que incurre en él, estendiéndose sus estragos á los complicés de tan horrenda maldad.

San Pablo dice que «los murmuradores son aborrecibles á Dios»; y Salomon que «son abominables á los hombres.» ¿Dónde hay, en efecto, cosa mas intolerable que un maldiciente, á cuya censura está espuesto todo el mundo? El es un hombre, que se forma él mismo un tribunal, en que se decide el mérito de todo el gé-

nero humano; un hombre que causa la infelicidad, sinsabor y disgusto de los otros; un hombre, que se alimenta de veneno, y está dominado de la envidia; pasión baja, obscura é ignominiosa, que le hace mirar con odiosidad las grandes cualidades, que se encuentran en los demas; un hombre vano y soberbio, que, descubriendo las enfermedades y flaquezas de los otros, quiere persuadirnos, que se encuentra sano y sin ellas; un hombre que se jacta de verídico, siendo así que no es sino un impostor que aparenta sentimientos, que ni conoce, ni practica; un hombre, en fin, que para ocultar su deformidad y el horror que debe inspirar á todos, *necesita*, dice san Juan Crisóstomo, *desfigurarse, disimulando su malicia y torpeza con artificios y rodeos, con introducciones estudiadas, con protestas de sinceridad y de amistad, con modos de insinuarse entretenidos y agradables, con palabras dulces, con alabanzas acompañadas de restricciones y reservas; dirigido todo, en frase de David, á ocultar la malignidad y el dolo, á despedazar al prójimo, haciendo creer que no es el aborrecimiento ó la cólera lo que le mueve, no siendo otro el mo-*

tivo que la pasión que se ha apoderado de su corazón; una antipatía que no ha procurado corregir ni vencer; una envidia secreta de ver que los otros adelantan mas; una venganza que se procura por un medio el mas bajo é indigno; una ciega prevencion contra el mérito, donde quiera que se halle.

Bajo el pretesto de buen gusto, la envidia lo critica todo, y nada encuentra bueno; y escuchando con ánsia sarcasmos y epigramas, la burla y la sátira mas picantes son para ella un manjar delicioso, con las que entretiene por algunos instantes el dolor y la pena que le causan el talento y las honradas cualidades. Acoje sin examen la calumnia, porque sabe que esta deja cicatrices muy difíciles de curar. Este es el verdadero origen de la murmuracion y la calumnia; lo demas es ilusion y engaño. Es como coronar y adornar con flores la víctima que se quiere sacrificar. ¡Oh! y que bien compara el Espíritu Santo la lengua del murmurador á *la serpiente que muerde en oculto*. No es de extrañar que David aborreciese este secreto de la murmuracion tanto y mas que la misma murmuracion: aborreciéramosla todos, y persiguié-

ramos á esta clase de hombres, como á los enemigos encarnizados del género humano, si miráramos por el interes los unos de los otros. Para que se desengañen los malignos, que prestan oídos á la murmuracion, y se desengañen del placer que esta les causa, deben saber, que esta misma persona, cuyos discursos oyea con ánsia, y con cuyas crueles y mordaces sátiras tanto se complacen, al dejar su compañía, vá á divertir á sus espensas á otra asamblea de gentes igualmente dispuestas y prontas á alimentarse de este veneno mortífero. ¡Qué es de extrañar llame Salomon al que es desenfrenado en la lengua *hombre formidable y temible en la ciudad, en la sociedad, en las casas y familias, entre grandes y pequeños!* porque á todos corrompe y altera, suscitando facciones, y levantando partidos, perturbando la paz y la union, fomentando enemistades, abusando de la credulidad de unos, irritando la soberbia y orgullo de otros, y comprometiendo el sosiego de todos, desgarrando su fama, y manchando su reputacion.

Cada uno puede juzgar de la preciosidad é importancia del honor, por lo que le pasa, por

los desvelos y fatigas que le cuesta el adquirirle y conservarle. Al honor sacrifican los hombres sus intereses, sus placeres, y la vida no pocas veces. El honor es la fragancia y buen olor de la virtud, el fruto de la rectitud y la justicia, el consuelo y alegría del alma. La fama y honra son el vínculo mas dulce de la sociedad; la buena opinion y reputacion que tienen unos de otros los ciudadanos producen los sentimientos de confianza, los alivios y los ensanches, las secretas comunicaciones, y la propension á ayudarse y servirse. Y ¡cuán fieros tormentos causará en el hombre sensible la pérdida de su honor! ¡Qué negra amargura, y qué imponderables perjuicios! ¡qué de melancolías! ¡qué de recelos para presentarse delante de las gentes, juzgando que todos le notan y señalan con el dedo! ¡qué pudor y confusion! Y ¿qué derecho puede tener ninguno para mortificar de este modo al que no le ha causado el menor daño? ¡Horror sempiterno á esos hombres que no respetan la decencia, el buen orden, la paz pública, y la tranquilidad del orden, lo que hay mas justo y honesto en todos los ángulos de la tierra! ¡Oprobio sin fin á esos seres, cuyas horren-

das maximas son calumniarlo todo, fiados en el abominable principio de que aun cuando se cure la llaga, siempre deja cicatrices.

Y una vez mancillada la fama del prójimo, empañado su honor y reputacion ¿cómo se reparan estos daños? Fueran de todo punto irremediabiles, si Dios, por un efecto de su excesiva misericordia, no se contentase con que hagamos lo poco que está de nuestra parte. Por mas diligencias que se practiquen, no se pueden reparar los daños que causa la lengua, calumniando y maldiciendo. Bien que la mancha se lave, es imposible restituir la primera hermosura: en adelante, la virtud del sujeto ofendido no brillará con tanto esplendor como antes, ni será mirado con los mismos ojos que antes, atendida la impresion de que, aunque queramos, nos es imposible deshacernos; y al modo que, cayendo en alguna pintura una mancha, por mas que se lave, limpie y quite de todo punto, no se vuelve aquella primera tez, pareciendo, sin saber como, caido el color, y menos flamante que antes, perdiendo mucho por eso de su precio y estimacion; lo mismo sucede con cualquiera de quien se divulgó alguna voz de

poco pura estimación y decoro. «Vuela, dice el sábio, la palabra como una saeta despedida con violencia, á la que es imposible detener, ó hacer volver atras.» «Como una centella, dice el Apostol Santiago, arrojada por un viento impetuoso á diferentes lugares, y discurriendo con velocidad de uno en otro, abrasa los montes y los campos, y todo cuanto se le opone.» Descubren á uno solo el vicio ó defecto de otro; pero este le confia á sus amigos, que sucesivamente le cuentan á otros, pasando de mano en mano y de boca en boca, añadiendo cada uno nuevas formas y circunstancias, abultándole bajo nuevos y diferentes aspectos; y creciendo en su carrera, como un arroyo con las aguas que se le agregan, se hace un torrente capaz de inundar un pueblo, una provincia, y todo un reino. Y entonces ¿qué remedio para reparar esta injusticia y estrago, para restituir al proji-mo el honor de que se le despojó, y los perjuicios que de aquí le resultaron? ¡De cuántos crímenes se hace el hombre cómplice ó autor con la lengua y con la pluma! Hace suyos y se apropia los pecados de todo un pueblo, de toda una nacion, y de muchas generaciones, murmurando

do y maldiciendo por boca de todos, haciéndose el instrumento del crimen que cometen, y de los males que causan. Y en tal caso ¿cómo se resarcirá la infamia y el descrédito?

—Asombra el oír lo que dice el Espíritu Santo por boca del eclesiástico: que *«el calumniador, el acostumbrado á las palabras de improprio no se enmendará en todos los días de su vida.»*

Tan cierto es que nos saciamos de los alimentos; pero de la detraction nunca, nunca nos saciamos. ¿Y el aborrecimiento que la persona ofendida concibió contra el delincuente que le sacrificó el honor? ¿Y la dificultad de hacer creer lo contrario de lo que se dijo, y mas si se añadieron pruebas, testigos y circunstancias de tiempo y de lugar? ¡Desdecirse, humillarse, pedir perdon, y recompensar los daños...! Bien dijo el Señor que *«de todos los que habian hablado mal de Moisés, en número de mas de seiscientos mil Israelitas, ni uno siquiera entraria en la tierra de promision.»* Facil es advertir ya lo horroroso de los daños de la lengua, y lo difícil que es su reparacion. Se inyentan razones, se escogitan arbitrios para eximirse de tan estrecha obligacion; se resiste, se huye de en-

trar en el asunto, como el *endemoniado*, de quien habla el evangelio de este día, se resistía á la curación de Jesucristo: se hacen esfuerzos, se buscan pretextos para debilitar, ó enteramente destruir semejante obligación. El haberse de desdecir, es muy repugnante á la soberbia y al amor de la propia estimación; son necesarios esfuerzos reiterados para curar esta llaga; y á esto viene lo que dice el evangelio de la porfía y terquedad que opuso el maligno espíritu, al ser lanzado del cuerpo del infeliz que poseía.

«¡Insolente murmurador! esclama lleno de celo san Juan Crisóstomo. ¡Reflexiona que eres hombre y no una vívora ó serpiente; eres hombre y no una bestia sangrienta y cruel, cuyo destino y ejercicio es morder, despedazar y arrebatar la presa inocente! La lengua no te se dió para que exhale de tu boca continuamente un hedor pestilente, un aliento venenoso, que inficiona todo cuanto se le acerca, sino para aliviar á tus semejantes, empleando en esto toda tu destreza y talento.» Las burlas, las chanzas, la sátira solo son útiles y laudables, cuando se emplean, en general, contra los vicios reinan-

tes, cuya insolencia y locura pueden á veces reprimir y moderar. «¿Qué cosa hay mas ridícula y mas digna de la sátira, dice un moralista insigne, que la vanidad de tantos hombres y mugeres gravemente ocupados en sus nécias bagatelas, en su ostentacion, en sus dijes, en sus adornos y en sus estravagantes modas? ¿Son por ventura semejantes entes mas que unos niños preocupados siempre de la idea de sus juguetes, que les disgustan á cada instante? ¿Pueden verse sin lástima los adornos de una envanecida *coqueta*, que no puede disimular el atolondramiento de su cabeza? ¿Que cosa mas molesta que un *charlatan*, que se apodera de una conversacion, aturdiendo á todos con su garrulidad importuna? ¿Hay nada mas despreciable, que tantos hombres hechos de figura, que juzgan y hablan de todo, sin entender cosa alguna? El hombre sensato ¿puede ver sin disgusto á esos ociosos insoportables á sí mismos, que ván periódicamente de estrado en estrado, haciendo sentir su inutilidad y su fastidio? ¿Con qué aspecto puede mirarse á esos misántropos amasados con hiel y vinagre, que no salen de sus cabernas, sino para incomodar

á los otros con su atrabiliario carácter? ¿Hay cosa mas contraria á la armonía social, que esos espíritus de contradiccion, que llevan por sistema, el no avenirse jamás con el dictamen de otro? Sobre todos estos debe caer todo el peso del ridículo y de la sátira, dejando á las almas virtuosas que edifiquen á los demas, y gocen el reposo de la conciencia.»

Ahora bien : algo de lo que he dicho ¿conviene á nuestra patria querida? ¡Ah! ¡y tanto! La que estendia su fama por todas partes, y recojia el tributo de admiracion de los mas distantes contornos, me parece ahora el reino del ódio y del rencor, donde el hombre se abalanza contra el hombre, el vecino contra el vecino, y todos contra todos. Pudiera decirse, segun la vision misteriosa de Ezequiel, «un anchuroso campo cubierto de huesos áridos, sin union, sin juntura, sin nérvios, sin músculos y sin piel.» *Ossa arida audite verbum Domini.* Dios, leyes y costumbres; toda la sociedad no es mas que esto. *Dios*, porque los pueblos no subsisten, y no se renuevan sino por las creencias. Apartándose de él, se acerca á la espantosa nada, dominio propio de las altiveces huma-

nas. ¡Ay de la nacion en quien tal suceda! De ella se dirá, como de los pueblos perdidos sin remedio: *¡Los Dioses se han huido! Leyes políticas, civiles y criminales*, que espresando las relaciones de la sociedad, y arreglando las acciones, determinan las relaciones públicas de los miembros de la sociedad entre sí. *Leyes morales*, que acaban lo que aquellas han comenzado, y ponen orden en las acciones mas secretas, hasta en los pensamientos y deseos. *Ossa arida facite hoc, et vivetis*. Mas allá de estas palabras no hay mas que la lúgubre imágen de la muerte; mas acá no se registra otra cosa que la pálida languidez de la apatía, de la indiferencia...!

¡Pueblo! repara, escucha, y repasa allá á tus solas todo lo que te he dicho, lo que te voy á decir, lo que siempre te diré. La religion, cuyo autor sabe lo que pasa en lo hondo de vuestro corazon, penetra todos vuestros pensamientos, apetitos y deseos, os convida á detestar vuestras detracciones, calumnias, resentimientos y venganzas, si por desgracia habeis dado entrada en vuestro corazon á estas bajezas; y os ofrece un asilo en ella misma, en sus consuelos

celestiales que hacen mirar con lástima las ruinas pasiones de los hombres. Del abismo de vuestros ódios, oid la religion que os clama desde este lugar eminente; que os dice por mi boca con el acento mas sentido: «¡Dejad el veneno que os consume! ¡tomad el nectar que os ofrezco! *yo* estoy en medio de vosotros: ¡venid á mí! poneos al rededor y cubrios con mi manto: ahí están mis preceptos; ¡cumplidlos! que en ello vá la saluz; ¡ay del que los ponga en duda! ¡ay del que ose quebrantarlos! No haya símbolo ni palabra, que haga alusion á vuestros pensamientos; no aumenteis unos las miserias de otros; compadeceos mutuamente; apresuraos á venir, que el tiempo pasa, la vida se debilita, y luego no sereis mas que un cadaver infecto; ¡venid, que yo os recrearé! ¡venid al punto, ahora mismo, en este instante, y vivid conmigo eternamente! AMEN.



SERMON

SOBRE LA PROVIDENCIA DIVINA,

PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

Accipit ergo Jesus panes: et cum gratias egisset, disiribuit discumbentibus.

Tomó pues Jesus los panes: y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados.

Joann. c. VI, v. 11.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

No fué por ignorancia el preguntar hoy Jesús á Felipe, á vista de la muchedumbre hambrienta ¿dónde hallaremos con que subvenir á su necesidad? *¿Unde ememus panes, ut manducent hi?* Sabia muy bien, prosigüé el evangelista, lo que habia de hacer: *ipse enim sciebat quid esset factururus.* En efecto, aquel que hace brillar las flores de los campos con mas esplendor que la

gloria de Salomon; que nutre las aves del cielo, sin que tengan el trabajo de sembrar; que todo lo ha criado de la nada; que conserva actualmente todo este universo; aquel, digo otra vez, no podia temer que le faltasen socorros, para proveer á la necesidad de aquella plebe hambrienta. Su pregunta se dirigió á probarnos é instruirnos en la persona de su Apostol, afectando una incertidumbre y desconfianza que no tenia: *hoc autem dicebat tentans eum*. Pues ¿qué intentaba enseñarnos, sino que él es una Providencia ocupada en aliviar nuestras necesidades; una Providencia que distribuye los bienes y los males; una Providencia igualmente adorable, aunque no sea siempre igualmente bienhechora? Pero ella es tal en todas las situaciones de nuestra vida, que lejos de ser motivo de escándalo, dice san Agustin, que «no podria persuadirse de que era Dios, si nos gobernára de otro modo.» «Bien podeis, dice el Apostol san Pedro, arrojaros seguros en el seno de su infinita bondad, porque es cargo de su Providencia cuidar siempre de vosotros... Y si sois constantes en el bien, ninguno os podrá dañar.» «Mirad, hijos, dice el Eclesiástico, por

todas las naciones del mundo, y decidme ¿quién esperó en el Señor y cayó de su esperanza? ó ¿quién perseveró en sus mandamientos, y fué desamparado de él?» Empero, si el impío, si el atrevido é insolente no cesa de criticar este gobierno del universo; si en todo lo que Dios ha hecho y ordenado halla defectos y yerros; si de todo murmura, y Dios para su castigo se acomoda á sus locas ideas; entonces él es, y no Dios, quien dispone y gobierna. Siendo esto así, si este tal queda perdido ¿de quién se podrá quejar? Si otro alguno imprudente y guiado de los afectos de la carne, está siempre importunando al Gobernador supremo; si, no obstante la resistencia que en Dios experimenta, él insta, insiste, porfía, y casi obliga á condescender con sus caprichos, entonces Dios irritado lo despacha; si despues de todo esto se pierde ¿á quién echará la culpa?

Si cuando la mano divina va trazando en sus inexcrutables consejos la planta de nuestra felicidad, nosotros imprudentemente, en vez de dejarle la mano libre, le empujamos el brazo para que siga nuestro proyecto ¿qué resultados se pueden esperar? Si cuando la mano de Dios

vá conduciendo sobre las ruedas volubles de los tiempos el carro de nuestra fortuna futura, nosotros atrevidos echamos la mano para tomarle las riendas, irritado Dios la alarga, y todo vá segun nuestro deseo : al principio todo es gusto, alborozo y regocijo ; pero á lo mejor de la carrera, nuestras pasiones toman fuego ; se levantan nubes de polvo, que todo lo ofuscan, no se vé el peligro, ni el precipicio ; el carro vuelca ; los brutos se espantan ; todo se trastorna ; ayes, gritos y desgracias es lo que se oye ¿de qué pues nos quejaremos?

Quando viéremos que suceden desgracias, observemos quien fué el que gobernó y las dirigió los pasos : si fué la criatura, si hubo empeño ó diligencia demasiada ; si los medios fueron inicuos, entonces no fué la natural y suprema disposicion de la *Providencia*, quien nos condujo á ellas ; mas si, á pesar de nuestros deseos, ruegos y diligencias, lo dispone Dios así ; si dejamos dirigir los sucesos segun su beneplácito, sin importunarle con súplicas, ni ofenderle con desconfianza, sin murmurar contra sus ideas ; podremos estar seguros, y bien seguros, que aquello que dispone es para nuestro bien. Y ved

aquí la materia del presente discurso, reducida á estas dos verdades. La primera es, que la *Providencia* de Dios nunca nos falta. La segunda, que nosotros somos los que faltamos á esta *Providencia*. Esta doctrina es muy propia para detener la injusticia de nuestras murmuraciones, y para suavizar la amargura de nuestros pesares.

Postrémonos en la presencia de Dios, y pidamos al divino espíritu ilumine nuestros entendimientos, é inflame nuestra voluntad, para que nos aprovechemos de esta doctrina.

AVE MARIA.

ILLMO. SOR:

Es preciso convenir en que la *Providencia* cuida mucho mas de nosotros, que la madre mas amorosa de su tierno hijo; porque nosotros mas somos hijos de Dios, autor de nuestro ser, que de nuestros padres, que solamente fueron unos instrumentos. La mano todo-poderosa fué la que sacó del insondable abismo de la nada este espíritu que nos anima, y que por una

série de maravillas enlazadas, y hasta ahora incomprensibles á los mayores sábios del mundo, coordinó los órganos de nuestro cuerpo, y formó esos miembros para sus diferentes funciones. ¿Y qué madre hay que se olvide de su hijo tierno, y que no tenga corazon para apiadarse de lo que salió de sus entrañas? Pero si posible fuese que haya alguna madre, en quien pueda caber tan espantable olvido; que no se acuerde del hijo de su vientre; ó que las aves aborrezcan sus nidos y sus polluelos; «yo no me olvidaré de mi pueblo, dice el Señor por Isaías. « ¿Y creereis vosotros que, si nos entregásemos á su paternal cuidado, se descuidará su *Providencia*?

Pero ¿qué es esta *Providencia*? Los Paganos y los cristianos convendrán sin violencia en que es una razon superior que conduce todas las cosas á su fin por medios proporcionados á su estado y naturaleza. Síguese de aquí que está obligada la *Providencia* á cuidar de todas las necesidades de los hombres en general: y á esta llamo yo *Providencia universal*; y porque cada hombre es miembro de esta comunidad, debe tambien la *Providencia* favorecerle en sus

necesidades particulares: y esta se llama *Providencia particular*; pero porque nuestra alma inmortal es lo que hay de mas noble y mas importante en cada hombre, debe así mismo la Providencia atender á las necesidades eternas del alma: á esta llamo yo *Providencia eterna*. Ultimamente, porque el cuerpo mortal y sujeto al tiempo es el instrumento del alma en sus funciones, debe tambien la Providencia velar en las necesidades del cuerpo: y á esta llamo yo *Providencia temporal*.

Dios se ha obligado por medio de las más solemnes promesas á aplicar sus cuidados á las necesidades temporales de cada una de las criaturas; y aun el mismo Señor se admira de nuestra poca fé en este punto: *Quantum magis vos modicæ fidei?* Nos manda que no estemos cuidadosos acerca de lo por venir: *Nolite solliciti esse in crastinum*. Mira esta inquietud en nosotros como reliquia del paganismo, teniendo por incompatible la sollicitud acerca de estas necesidades con el espíritu del cristianismo: *Hæc enim omnia gentes inquirunt*. Nos envia á que aprendamos de las flores y de los pájaros, cuyo sustento y vestido son otras tantas pruebas de

la exactitud de su Providencia: *Respicite volatilia cæli; considerate lilia agri*. Considerad ahora, si es que no lo habeis hecho, la notable diferencia que se advierte entre el maestro y los discípulos. Jesucristo levanta sus ojos para mirar atentamente á aquella gran multitud que le acompaña: *Cum sublevasset oculos*. Los discípulos la ven tambien, pero desean deshacerse de ella. «Yá es, Señor, tarde, le dicen; y estamos faltos de víveres; despedid á esa gente, y que se vayan á buscar su sustento.» «¡Pues qué! les dice, ¿no hay aquí víveres?» Ellos no se habian descuidado: un muchacho que los seguia, llevaba cinco panes y dos peces; pero su cuidado se ceñía solamente á sus necesidades particulares, y el Señor estiende el suyo á todas las necesidades de todos. Por grande que fuese su cuidado acerca de los intereses de sus discípulos, se olvida ahora de ellos por cuidar de los intereses comunes: les quita sus provisiones para emplearlas en alivio del pueblo necesitado: *Affertte mihi illos huc*.

Reparad, Señores, en la malicia del hombre: este todo lo ordena á sí: se mira como si fuera solo en el mundo, y como el único objeto digno

de las atenciones de Dios. ¿Qué le importa al hombre en su prosperidad que los demas padezcan miseria? Él está contento, y esto le basta. En este estado no hay que temer de que por cuidar de los intereses agenos, se levante contra Dios y su Providencia. Pero si en medio de la pública prosperidad él se hace infeliz, entonces grita que todo vá desordenado. Solamente atiende á sus propios intereses; y como repara en que Dios cuida de los demas hombres, quiere persuadirnos que Dios está ciego. ¡Ah católicos! ¡qué injusto seria su gobierno, si sus cuidados fueran tan limitados como nosotros queremos; y si fijando sus ojos solamente en las necesidades particulares, despreciára las necesidades generales! Lo que nos parecería insufrible, y seria en efecto en el gobierno de un reino, ó de una familia, en la conducta de un padre ó de un rey ¿cómo ha de convenir en el gobierno del mundo á la sabiduría de aquel Dios que es á un mismo tiempo Soberano y padre de todos? ¿Por qué no hemos de mirar por ley de un sábio gobierno, lo que nos parece tal en los gobiernos del mundo; esto es que el bien público debe ser preferido al bien particular? Te-

ned presente este indubitable principio, y pase-
mos á examinar por menor vuestras murmura-
ciones.

Murmurais de la desigualdad de condiciones.
¡Tantos soberanos y tantos vasallos! ¡tantos
amos y tantos criados! ¡tantos ricos y tantos
pobres! es un desórden manifiesto en los prin-
cipios de vuestra filosofía. Sin embargo, este
desórden es necesario, particularmente despues
que la corrupcion se introdujo por el pecado.
Sin esta desigualdad el mundo estaria en una
universal confusion. Si todos los hombres tu-
vieran igual poder, se negarian unos á otros la
obediencia; si todos fueran igualmente ricos, se
negarian los socorros y los mutuos servicios.
Dios debe querer esta desigualdad, porque go-
bierna á todo el mundo, y el bien general pide,
como dice san Paulino, este temperamento de
desigualdad: *Vicisitudine quadam copia, et
inopiae humanum genus temperatur.* Os quejais
y murmurais del infinito número de criaturas
importunas y dañosas, que Dios ha esparcido
por el universo, las que parece que desfigu-
ran la hermosura de su obra. ¡Ah! ¡vosotros
quereis que los tesoros de Dios se compon-

gan solamente de gracias y beneficios! Pues sabed que tambien tiene en sus tesoros tempestades y truenos, los que conmueve y arroja hácia donde quiere, cuando es su voluntad. Todas las criaturas importunas, todos los objetos que nos llenan de terror entran en el concierto de las alabanzas que ofrece á Dios este universo. «Los dragones le alaban, dice David; el fuego, el granizo y las tempestades le alaban igualmente, obedeciendo á su voz.» Era necesario que al mismo tiempo que el Soberano Dueño manifestaba al hombre su bondad por medio de unas señales tan benéficas, le diese tambien á conocer su justicia por medio de algunos símbolos de rigor, y que, habiendo puesto, para bien nuestro, en los animales y frutos de la tierra principios de vida y de inmortalidad, le hiciese ver tambien en todas partes los principios de muerte preparados á su suplicio.

Murmurais de la conducta desigual de Dios en la distribucion de los castigos, y en la economía de su justicia. «Unas veces, decís, todo es indulgencia, y otras todo rigor; unas veces se irrita contra los menores pecados, y otras disimula los mas graves delitos.» Pero los que

así murmuran no han considerado, que el órden de Dios, que mira atentamente á todo el universo, consiste en no guardar uniformidad en sus castigos. Castiga algunas veces con lentitud, para manifestar su paciencia; y otras con prontitud, para hacer temer su severidad; unas veces en secreto, para evitar el escándalo; y otras con ruido, para establecer ejemplos públicos; unas veces separando á los malos de los buenos, para hacer adorar el conocimiento que tiene de unos y otros; y otras confundiendo los buenos con los malos, para obligar á los buenos á que corrijan á los malos, ó huyan de ellos. Otras veces castiga las faltas leves, para manifestar que todo mal es merecedor de castigo; y otras disimula los mas graves delitos, para dar á entender que no todo debe castigarse acá en la tierra, sino reservarse para otro examen en el tribunal supremo. *David* se eleva sobre el argumento de la adversidad de los justos y prosperidad de los malos en uno de sus cánticos; y establecido yá el anterior principio con facilidad está desvanecido este grande escándalo del mundo. Pinta el Profeta el celo, el dolor que sentia su corazon al ver *la paz de los malvados*,

que no tienen respeto alguno á la pavorosa muerte ; que no andan con el trabajo de los demás hombres ; que siempre se huelgan, y no alcanza sobre ellos la plaga del azote ; que son los mas ricos y abundantes de su siglo. *Job* se admira de que vivan tan afortunados ; que se oiga siempre en sus casas el tímpano y la cítara, y se alegren al sonido de los órganos. ¿Hasta cuándo ¡mi Dios! los pecadores triunfarán y vivirán tranquilos? ¿hasta cuándo sus lenguas venenosas escupirán blasfemias á lo excelso, y dirán ¡qué! ¿sabe Dios de nuestras cosas? *¿Hay alguna ciencia en lo alto?* Pero ¡Señor! tomad vuestro escudo ; esterminad á estos insensatos. Cuando llegue el momento de vuestras iras ¿qué será de toda esta cuadrilla desalmada?

¶ Pero sabed, cristianos, que nunca está Dios mas atento al gobierno del mundo, que en este caso ; jamás se halla tan bien observado el orden, como en este desorden aparente. Porque entonces Dios dá á cada uno lo que debe, y lo que el merece. Si el Señor se retarda alguna vez en abrir la mano, y darles á los justos algunas señales de su bondad, esto no es para dejarles en un triste abandono ; no difiere sus misericor-

dias temporales, sino para hacerles merecer las eternas; y acostumbrarlos á depender de los instantes de su Providencia. Si permite que sirvan y padezcan trabajos por algun tiempo, hace que sirvan sus padecimientos y trabajos para perfeccionarlos y asegurar su salvacion. Quiere obligarlos de este modo á que recurran con nuevo fervor á los pies de su misericordia, á bendecir su bondad, á admirar su Providencia, y, finalmente, á someterse á su bondad con mas confianza y con mas amor. Con esta conducta, llena de benignidad y sabiduría, el Señor hace al hombre justo, siempre mas humilde, mas paciente y mas aplicado á la oracion; le hace practicar las virtudes mas heróicas, y le ensalza á mas alta santidad. Abandonad, pues, ¡católicos! vuestros vanos discursos; dad de mano á vuestras injustas querellas. Aquí teneis la regla y medida. Así como los justos, no obstante sus virtudes, suelen tener sus defectos; así los pecadores, no obstante sus vicios, suelen tener sus virtudes; y unos y otros tienen á Dios por Remunerador y Vengador. Los pecadores tendrán por premio de sus virtudes los bienes de la tierra, porque á vuestras falsas virtudes

corresponden los falsos bienes; los justos tendrán por castigos de sus defectos los males de la vida, porque á vuestros defectos leves corresponden leves males. ¡Pecadores infelices y dichosos! no os glorieis en vuestra infelicidad: *peccavi; zet quid mihi accidit triste?* Pequé, decís, ¿pero qué mal me ha venido por eso? ¡ah! ¡infelices! sabed que os ha sucedido el mayor de todos los males, y es que despues de tantos males y delitos, todavía vivis felices. Esa felicidad es vuestra desgracia, porque es un presagio cierto de que Dios os paga en esta vida el poco bien que en ella haceis, que nada quiere deberos á la hora de la muerte, y que entonces no tendrá que deciros mas que lo que decia al rico avariento: *Recordare quia recipisti bona in vita tua*: acuérdate que ya recibiste lo que podía corresponderte de los bienes y dulzuras de la tierra. De aquí puedes inferir lo que te se deberá en el cielo. Acuérdate que en la vida fuiste el azote de Dios, y el látigo de su Magestad para castigar á sus hijos; que estos se vieron oprimidos con tu poder, sacrificados á tu ambicion, devorados por tu avaricia, abatidos y puestos á tus pies; ya llegó el tiem-

po de arrojar el látigo al fuego, y de poner á los hijos en posesión de su herencia; y de que tu te veas abatido y humillado por toda una eternidad.

Por el contrario ¡vosotros, hijos de Dios que vivis abatidos! acordaos en lo mas amargo de vuestras angustias de las verdaderas palabras del Real Profeta: *«Muchas son las tribulaciones de los justos ; de todas ellas les liberta el Señor; tiene cuenta con todos sus huesos de tal modo, que ninguno será quebrado.»* «El Señor, dice en otra parte el mismo Profeta-Rey, *tiene cuidado de regir y gobernar todos los pasos del justo; y cuando cayere, no se quebrantará, porque él pondrá debajo su mano, para que no se lastime.»* ¿Y qué podra ofender la caída, al que cayere en una almohada tan blanda, como es la mano divina? No os olvideis, cuando mas angustiados os halleis, de que dia llegará, sin duda llegará dia en que el Señor visitará su rebaño. «Yo, dice Dios por el Profeta Ezequiel, visitaré mis ovejas, de la manera que visita el pastor su ganado, cuando lo halla descarriado. Yo visitaré mis ovejas, y las sacaré de todos los lugares por donde andaban descarriadas en el dia de la

nube y de la oscuridad, y sacarlas he de entre los pueblos. Juntarlas he de diversas tierras, las traeré á la suya, y las apacentaré en los montes de Israel, en los rios y en los otros lugares de la tierra. Haré con ellas un contrato de paz, y ojearé todas las malas bestias de la tierra; y los que moran en el desierto estarán seguros en los bosques; y puestos al rededor de mi collado, *derramaré sobre ellos mi bendicion.*» Estas son, ¡almas justas! las consolaciones que Dios derrama sobre vuestras amarguras; este el aceite que aplica á vuestras heridas. Despreciad la vanidad de estos engañosos bienes, cuya pérdida os aflige ahora: este es el salario que Dios dá á sus esclavos, el cebo que arroja á sus enemigos, y el premio que señala á los ejecutores de su justicia. ¿Por qué habeis de hechar de menos unos bienes, que Dios deja disfrutar aun con mas viveza á las bestias que á los mismos pecadores? ¿Por qué os habeis de mirar como desgraciados á la vista de vuestras fuentes de placer que nunca se han de agotar? Confesad de una vez que, cuando nos vemos afligidos, no es porque nos falte la Providencia, sino porque

dicen el Señor es el primero que se levanta en su

nosotros faltamos á ella, que es el asunto de la *segunda proposición*.

Nosotros faltamos á la Providencia por nuestra codicia, por el desórden de nuestra conducta, y por nuestra impaciencia. Y ved aquí que nosotros nos hacemos miserables. Estos defectos eran ignorados de aquel pueblo de que se ocupa el evangelio: no tenían codicia: algunos panes y algunos peces bastaron para su alimento; con esta corta vianda quedaron satisfechos: *impleti sunt*; y no obstante sobraron doce canastos. La moderacion de sus deseos no era inconveniente para que ellos huyesen de la ociosidad como de un enemigo; el ánsia de oír á Jesucristo los habia sacado de su ciudad y de sus casas, para seguirle al desierto, despreciando la fatiga y el hambre: *trans mare Galilee sequebantur eum*. Si vivian en el error y el desórden, buscaban la luz y el camino que les enseñaba Jesucristo. «Eran, dice san Marcos, *como ovejas errantes que corrian detras de su pastor*.» Finalmente, le seguian sin impaciencia, persuadidos de que él conocia sus necesidades: *Ipse enim sciebat quid esset factururus*. No le instan, no claman, no piden: el Señor es el primero que repara en su

necesidad *cum sublevasset oculos*; y antes de que ellos conozcan su miseria, ya se siente movido á compasion: *Misertus est super eos*. Comparémos nosotros con aquel pueblo fiel, y Dios quedará justificado enteramente.

Ya hemos visto cómo se obligó Dios á cuidar de nuestras necesidades. ¿Pero se obligó por ventura á llenar la inmensa estension de nuestros deseos, ni á contentar nuestra codicia? No obstante, el motivo mas frecuente de nuestras murmuraciones es el no hallar á Dios condescendiente con todos nuestros designios, con los planes de fortuna, de ambicion y de deleite, que han trazado nuestras pasiones. Todos los escesos ¿son verdaderas necesidades? Son necesidades imaginarias, incompatibles con el bien comun del universo. No son verdaderas necesidades, supuesto que no hay necesidad alguna de llevar vuestra fortuna mas allá de los límites que prescribe vuestro estado. Os habeis olvidado del polvo de donde salieron vuestros padres: ahí hallareis la medida de vuestras necesidades. ¿Qué necesidad hay de amontonar bienes sobre bienes, ni haciendas sobre haciendas? No son estas las necesidades que ha pro-

metido Dios socorrer; y bien lejos de que fuese un efecto de su Providencia condescender de este modo con todas nuestras necesidades, esto mismo sería mas poderoso argumento para impugnar la Providencia. Porque ¿qué soberano hay que arregle sus liberalidades por el ánsia de sus cortesanos? ¿Qué padre estiende su condescendencia á todos los antojos de sus hijos? ¿Pues por qué Dios se ha de gobernar por nuestros desordenados deseos, en la distribucion de sus beneficios, cuando, como dice san Paulino, «se propone por regla y ley de su gobierno, el poner límites á todo lo que no tiene medida?» ¿Cómo podría subsistir con esta ciega profusion el órden y la economía del mundo? Y aun cuando Dios condescendiera con nuestros deseos, y pusiera entre todos los hombres una perfecta igualdad ¿quedarían por esto satisfechos nuestros deseos? ¿Qué hombre se ha visto que se haya tenido por contento en su fortuna? ¿Qué hombre, aunque se haya visto rodeado de riquezas y placeres, ha dicho hasta ahora, basta? Pues ¡ó católicos! antes de acusar á la Providencia, debemos moderar, y aun ahogar nuestros deseos; debemos clamar á Dios, como el

Sábio: «Señor, Padre y Dios mio, Padre y Dios de mi vida, libradme de la tiranía de mi soberbia y de mis deseos ; arrancad de ellos no solamente sus excesos y extravagancias, sino tambien cualquiera idea ventajosa que yo pueda formar de mi propio mérito. Arrancad de mí todos los deseos, para que no forme ninguno que sea contrario á las disposiciones de vuestra sabia Providencia.» *Estollentiam oculorum meorum, et omne desiderium á me averte.* De este modo confesaban los santos que el ánsia de nuestros deseos se opone á la Providencia. En segundo lugar, atribuis á Dios el desórden de vuestros negocios, en vez de atribuirle á vosotros mismos y á vuestros propios excesos. Os veis reducidos á la miseria : ya no hay para vosotros bienes, honor, salud, ni amigos; nacisteis dotados de todas esas prendas, y ya nada teneis. Pero ¿de qué os quejais? Vuestras profusiones en el tiempo de vuestra abundancia han sido mayores que vuestros bienes ; vuestros excesos mayores que vuestra salud ; os habeis adquirido mas enemigos con vuestra soberbia, que amigos con vuestras alianzas. A esto llama el sábio «ser el hombre perseguido por sus pro-

pios hechos.» *Persecutionem passi ab ipsis factis suis.* Un hombre pone gran cuidado en juntar un gran caudal de riquezas ; y este afan solo sirve para hacerse miserable ; cuida de adquirir amigos, y todo el mundo le falta : esto no parece natural, pues sin duda que en este caso la persecucion viene de Dios directamente : *Dispersi per spiritum virtutis Dei*, dice el Sábio. Si un pródigo se empobrece, si un soberbio pierde sus amigos, esta persecucion le viene de su propia conducta ; él mismo es el autor natural de su desgracia ; en esto se vé la venganza y providencia de Dios, que sabe hacer servir las manos, el espíritu, el corazon y las pasiones del pecador de suplicio para el mismo pecador : *Persecutionem passi ab ipsis factis suis.*

Finalmente, nosotros oponemos á la Providencia la impaciencia y la inquietud de nuestros espíritus : uno de los títulos mas admirables y de mas consuelo para nosotros, que la escritura dá al Altísimo, es el de *paciente Remunerador* : *altissimus et patiens Redditor*. Tiene en sus manos las recompensas y los castigos ; pero los distribuye con lentitud y sin pre-

cipitacion. ¡Vosotros, justos! si trabajais y no veis todavia la corona, estad seguros de que se halla entre las manos de Dios. ¡Pecadores! si vosotros aumentais vuestros delitos, y no veis todavía vuestro castigo, sabed que tambien se halla entre las manos de Dios. Pues no seamos nosotros precipitados, cuando tenemos un Dios tan paciente. El motivo de nuestra impaciencia es la flaqueza de nuestra vista, y de la poca estension de nuestro entendimiento: no vemos mas que lo presente, y lo que se encierra en los cortos momentos que estamos unidos á la vida; todo cuanto se estiende mas allá del sepulcro nos parece confuso é incierto; el motivo de ser Dios tan paciente es la estension de su entendimiento infinito é interminable, que cuida igualmente de los siglos que de los momentos; y que vé de una sola mirada todos los sucesos con el mayor orden y distincion.

bb ¡Cristianos! clamemos ahora con el Profeta-Rey: ¡«Ay Señor! ¡cuán buen amo sois! ¡cuán dulce y agradable es serviros! Vos haceis ligeras las penas con las consolaciones que poneis en ellas; y sabeis muy bien desagraviar á vuestros siervos de lo que padecen por Vos con vuestras

gracias las mas preciosas, y con vuestras consolaciones las mas abundantes. Hasta ahora, Señor, nosotros nos hemos opuesto á vuestros designios, nos hemos sublevado contra vuestras órdenes; hemos murmurado contra vuestra Providencia; pero ¡ay de nosotros! ¿qué hemos ganado con nuestras rebeldias, sino experimentar nuestra debilidad y vuestra omnipotencia? Apartándonos de Vos, nos hemos alejado del origen de nuestra alegría, y de toda felicidad; no hemos hallado en los caminos y rumbos, que hemos seguido, sino pesares, zozobras y contradicciones. No queriendo depender de Vos, nos hemos entregado en las manos mas crueles y desapiadadas, y la independenciam, que tanto nos lisongeaba, nos era una verdadera esclavitud. Hoy reconocemos nuestro error; nos sometemos á vuestros adorables designios, y nos entregamos á Vos enteramente.»

— Vos sois ¡ó Dios mio! dueño absoluto de nuestro destino: todos los sucesos de nuestra vida están en vuestra mano. ¿No es mucho mejor que yo dependa de Vos, que sois mi Soberano, mi Padre y mi Señor? Si Vos me castigais en esta vida, es para coronarme en la otra.

Conducidnos, Señor, de modo que glorifiquemos y bendigamos vuestra Providencia en los males y en los bienes: en los bienes, recibéndolos con agradecimiento; y en los males, tolerándolos con paciencia. No imitemos á los malos, ni tengamos envidia de los iníquos, porque gocen de riquezas y honores: ellos se secarán tan pronto como el heno, las yerbas, las legumbres y los lirios. Pidamos á Dios sin cesar que se cumpla su voluntad en nosotros; que se cumpla en la tierra, como se cumple en el cielo: en la tierra, donde quiere santificarnos; en el cielo, donde desea coronarnos: AMEN.

ILUSTRÍSSIMO SEÑOR

PRESENTAN VUESTRA PROVIDENCIA, se preguntan si Dios no gobierna á este mundo con las leyes que él mismo ha establecido, y si no gobierna la suerte de los individuos, como de las naciones: y si conduce todas las cosas á fines dignos de su alta sabiduría. Y como á quien podrá dudar de esto? Considerad los pájaros del cielo, que aunque no siembran ni siegan, no dicen lo que se



Conducidos Señor de modo que glorifiquemos
 y bendigamos vuestra Providencia en los males
 y en los bienes; en los bienes recibidos
 con agradecimiento; y en los males tolerando-
 los con paciencia. No imitemos á los malos ni
 tengamos envidia de los buenos, porque gozan
 de riquezas y honoras; ellos se secarán tan
 pronto como el pino, las yerbas, las legumbres
 y los lirios. Pidamos á Dios sin cesar que se
 cumpla su voluntad en nosotros; que se cum-
 pla en la tierra, como se cumple en el cielo;
 en la tierra, donde quiere santificarnos; en el
 cielo, donde desea coronarnos; *Amen.*
 amadapaz y es...
 son...
 co...
 ma...
 n...
 ter...
 de...
 n...
 a...
 r...
 a...



SERMON

PARA LA DOMINICA CUARTA

DE CUARESMA.

Cum sublevarisset ergo oculos Jesus:

Y habiendo alzado Jesus los ojos.

Joann. c. VI, v. 5.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

PREGUNTAR si hay una *Providencia*, es preguntar si Dios tiene cuidado de sus criaturas; si gobierna á este mundo por las leyes que él mismo ha establecido; si cuida de la suerte de los individuos, como de las naciones; y si conduce todas las cosas á fines dignos de su alta sabiduría. ¿Y cómo, ó quién podrá dudar de esto? *Considerad los pájaros del cielo, que, aunque no siembran ni siegan, no dejan de vivir por el*

cuidado que el *Padre celestial* tiene de alimentarlos. *Poned los ojos sobre los lirios del campo, que aunque no trabajan y no hilan, están vestidos de mayor hermosura que las vestiduras de Salomon en toda su gloria.* Abrid el evangelio de hoy, vereis á Jesucristo que levanta los ojos sobre una gran multitud de pueblos que vienen á él, y movido de compasion porque no tienen que comer, sácia á toda aquella multitud, obrando un brillante milagro. Abrid la historia del género humano. *Yo le veo en todos los tiempos y en todos los contornos en posesion de creer en la Providencia.* Templos, altares, víctimas, himnos sagrados, una religion, en una palabra: esto es lo que se halla en el mundo antiguo y en el mundo moderno. Pues todo esto seria insensato, si Dios fuera indiferente á lo que pasa sobre la tierra. Todos los legisladores, todos los verdaderos sábios, los mas ilustres filósofos de la antigüedad pagana, y las escuelas mas célebres han profesado el dogma de un Dios moderador supremo de las cosas humanas. Así, pues, la primera verdad de que importa que los pueblos estén bien convencidos, es que Dios es el dueño y árbitro de

todas las cosas; que todo es dirigido por él; que vé los sentimientos y las acciones de los hombres, y que distingue los buenos entre los malos. Pero ¿cómo hallar á Dios en medio de esta confusion y desórden que reinan en el mundo? Porque, si ignora este desórden ¿dónde está su prevision? Si él le obra ¿dónde está su justicia? Si le permite ¿dónde está su bondad? Así murmuran cada dia; así han murmurado en todos los siglos los enemigos de la *Providencia*. Voy á mostrar los secretos de esta *política celestial*, que rige toda la naturaleza; á ilustrar estas aparentes irregularidades, que á nuestros ojos deslucen su obra. Voy á mostrar que los desórdenes que reinan sobre la tierra, no prueban nada contra la *Providencia*, y que antes bien estos mismos desórdenes son la gloria y el mas bello triunfo de ella.

¿Qué voy á emprender *yo*, Dios mio? Ceniza y polvo ¿me atreveré *yo* á explicar el gran misterio de vuestra *Providencia*? Correré una punta del velo que oculta vuestras profundidades, para que mis oyentes se penetren de vuestros respetos. Dejad caer un solo rayo de la luz inaccesible que rodea vuestro trono, á fin de

que podamos descubrir los títulos por los cuales es necesario adoraros.

AVE MARIA.

ILLMO. SOR:

Que haya una *Providencia*, es una verdad tan constante como el orden y admirable economía que reinan en este universo. Si yo la busco en los cielos, el día destinado para el trabajo y la noche para el reposo, la anuncian en alta voz. Si pregunto á las nubes, sus lluvias saludables y su benéfico rocío se apresuran á responderme. Si consulto á los habitantes de los aires, cantan todos su vigilancia paternal. Si pregunto á la tierra, sus plantas y sus frutos, sus flores tan magníficamente adornadas, sus fértiles campiñas y sus ricas cosechas se apresuran á instruirme. Si me dirijo al océano, sus olas impetuosas que rompe un grano de arena, me dan testimonio de ella. Si me contemplo á mí mismo, todos estos resortes inefables que me hacen obrar, todos estos medios milagrosos la publican elocuentemente, y no hay uno solo *de mis huesos*, como dice el Profeta, que no la haga sensible. Si estudio mis primeros movimien-

tos, me impelen invenciblemente á invocarla en mis necesidades, ó bendecirla en sus maravillas. Si *yo* la contemplo en los peligros de que ha sacado á la debilidad, como en *Moisés*, ó la inocencia, como en *Susana*, me la atestiguan visiblemente. Si, en fin, elevándome mas arriba, medito la naturaleza de Dios mismo, me muestra evidentemente que, el que ha formado el ojo, vé; que el que ha formado el oído, oye; y que no puede carecer de inteligencia el que la ha comunicado. Es para mí tan demostrado que gobierna á los hombres, como evidente es que los ha criado. *Yo* veo sin sombra y sin nube, que el admirable obrero que tan bien ha perfeccionado la construccion de este edificio del mundo, no abandona al azar esta familia inmensa que él ha hecho para habitarle. *Yo* concibo, en fin, que Dios no podría ser *santo*, si no exigiera de nosotros ninguna virtud; *grande*, si nos dispensára de toda adoracion; *sábio*, si nos ha criado sin designio; *justo*, si nos ha dado una razon para abusar de ella á nuestro antojo, ó para seguirla sin mérito y sin recompensa. ¡Oh! cuánto satisface mi corazon un Dios protector de la vida humana!

¡Cómo habla y dispierta mi amor! Y ahora, que se ponderen con afectacion todos los desórdenes de la tierra, tantos vicios bajo un Dios sábio, tantas miserias bajo un Dios bueno, tantas iniquidades favorecidas, tantas virtudes deshonradas; me atendré siempre á la evidencia in-contrastable del imperio de un Dios, que me rodea por todas partes, y opondré siempre todo mi convencimiento á las vanas sospechas de una razon, que *quiere comprender á Dios, sin concebirse á sí misma.*

Dejemos á los corazones secos, áridos y frios el miserable cuidado de censurar la Providencia. Nosotros ¡hermanos míos! bendigámosla en lo que nos oculta, como en lo que nos manifiesta. Seamos mas atentos; pero no rebeldes á sus inefables decretos; hagamos de sus misterios títulos para adorarla, y no derechos para contradecirla; pensemos que los aparentes desórdenes del mundo nos hacen como vacilar en la fé, porque carecemos de amor, y que el mas seguro medio de comprender la sabiduría, es someternos á ella. El plan de la Providencia no ofrece visiblemente sino sabiduría, proporcion y armonía. ¿Por qué, empero, el mundo no

es mas que un lugar de confusion, donde habita un horror sempiterno? ¿Dónde están los fondos que hacian la subsistencia de los desgraciados? ¿Por qué las provincias destruidas, las ciudades incendiadas? ¿Por qué estos rios de sangre que corren despues de tantos siglos? ¡Dioses de la tierra! responded; la *Providencia* os lo pregunta. ¿Los ha hecho ella grandes para que prostituyan su ministerio á pasiones insensatas? ¡Levantaos, Señor! ¡juzgad vuestra causa, y confundid á los que creen que todo se gobierna alazar, porque ellos van sin principio y sin regla!

Lo mismo es respecto de las miserias particulares de que cada uno se arma para murmurar contra la *Providencia*. El mal que sufren los hombres viene de ellos y de ellos solos. Vosotros sois desgraciados ¿y por qué? ¿La *Providencia* no ha puesto en vuestras manos todo lo que es necesario para la felicidad? ¿no ha hecho facil todo lo que es necesario? El verdadero contento ¿está colocado tan alto, que no podais alcanzarle? ¿Son necesarios tantos gastos para satisfacer las verdaderas necesidades? ¿Es tan dificil gustar los goces puros é inocentes placeres? La paz y el reposo ¿son bienes tan caros que no podais go-

zar de ellos? ¿Es falta de la *Providencia*, si buscamos la felicidad donde no está; si somos miserables por nuestras locas inquietudes; si hartos de falsos deleites ignoramos los verdaderos; si el abuso que hacemos de la vida, nos la hace pesada y enojosa; si la que nosotros nos formamos, no es sino una larga y penosa muerte? ¡Qué ciegos é ilusos somos! Queremos una felicidad particular, y el plan de la *Providencia* es hacer sobre la tierra una felicidad comun, como de la que gozaremos en el cielo. ¿Es falta de la *Providencia* si nosotros damos tanta importancia á los bienes y á los males de esta vida? ¿Es falta suya si, para ser dichosos, creis que es necesario ser ricos; si os reputais pobres, no careciendo de nada? ¿La *Providencia* debe daros todo lo que os corrompe? ¿Debe ser pródiga, para que no la tengais por cruel? ¡Que estraña idea os formais de la *Providencia*, si para ser justa, es necesario que esté á las órdenes de vuestra codicia; ó, si para daros bastante, es necesario que os lo dé todo! ¡O vosotros todos, que fatigais la *Providencia* con vuestras quejas y vuestras murmuraciones! entrad en vosotros mismos, y al punto hallareis el gran princi-

pio de vuestras penas; vereis luego que nos ama mucho mas que nosotros nos amamos; vereis que los males necesarios á los cuales estamos sujetos, no serian casi nada sin los que añadimos nosotros por nuestras faltas; vereis que contentándonos con sus dones, tenemos mas ocasiones de bendecir sus beneficios, que pretextos para quejarnos de su bondad paternal; vereis que manteniéndonos en el órden que ella nos ha trazado, experimentaremos mas dulzuras que disgustos; vereis que son nuestras pasiones, y no la suerte, las que nos pervierten. En fin vereis que, si somos desgraciados, es por los males de nuestras locuras, no por los de nuestra naturaleza.

Pero si todos estos desórdenes, por los que el mundo está turbado, son el efecto de nuestra conducta, hay, me direis, uno, y el mas grande de todos, que no puede sernos imputado: *la felicidad del malo y la desgracia del justo*. Y ¿cómo se justificará este desórden? ¿Cómo....? Mostrándoos que, hablando propiamente, la felicidad es siempre para el justo, y jamás para el malvado; y que aun en este mundo la virtud recibe su recompensa, y el vicio su castigo. ¡Ver-

dad consoladora y al mismo tiempo la mas palpable! Dios distingue acá bajo los buenos y los malos; muda para los *Egipcios* las aguas del *Nilo* en sangre, y para los *Israelitas* saca agua de una roca. Este milagro, que se obro una sola vez, es una imágen sensible de la diferencia que la *divina Providencia* obra cada dia. No es menos cierto que no hay condicion ninguna, que la inocencia y contento de sí misma no puedan hacer soportable; ni destino que no pueda ser deshonorado por el crimen; y es de todo punto indisputable que si hay en este mundo un ejemplo de felicidad, no se halla sino en el hombre de bien, y considerándolo bien, todos los placeres locos é insensatos con que se embriaga el vicio, no valen las lágrimas de la virtud.

Sin embargo, vosotros direis que el justo es muchas veces desgraciado. Pero ¿qué llamais su desgracia? ¿Son las calumnias? Pero quitándole su reputacion ¿se consigue quitarle la estimacion de si mismo? ¿Es la ingratitud de los hombres. Pero ¿ha contado jamás con el reconocimiento de los hombres? ¿Son las enfermedades? Pero ¿le quitan la confianza en Dios? ¿Es la privacion de los placeres? ¡Eh! ¿qué importa el

gozo exterior al que le lleva en su corazón? ¿Es la pobreza? Pero ¿cómo podrá quejarse, pues que casi siempre le debe su virtud? «Los honores, la fortuna, el crédito, dice san Agustín, no son el bien del hombre justo.»

El malo es dichoso. Pero ¿qué llamais su felicidad? ¿Son las grandes dignidades? Pero cuanto mas brillo despide la vida, mas espuesta está á la violencia de las tempestades. El os muestra su oro: decidle que os muestre su alma. ¿Son los placeres que forman la cadena de sus dias? ¡Desgraciado de él! pues que tiene necesidad de distracciones, que le consumen y devoran. ¿Es que le salen bien todos sus ambiciosos proyectos? ¡Tristes sucesos! que no le impiden avergonzarse en secreto, mirar lo pasado con sentimiento, lo presente con disgusto, y el porvenir con espanto; puesto que un órden irrevocable de la *Providencia* exige que la virtud sea honrada por nuestros respetos, y vengada por nuestros remordimientos! ¡*Providencia* eterna de mi Dios! romped en este momento el velo de las conciencias; descubridnos el corazón del malvado, roído por un gusano que no muere, hecho su propio verdugo; abrid al mismo tiem-

po este santuario augusto, este gran corazon del hombre justo, en donde Dios sirve de todo; en donde reina esta calma envidiable; esta justa conformidad de deseos con la razon; en donde se celebra, como dice *Salomon*, un banquete perpetuo; y sereis obligados ¡oh insensatos! á reconocer que hay ciertamente un Dios que juzga sobre la tierra: «*Utique est Deus judicans in terra.*»

¡Todavía mas. ¿Veis esa familia á quien rodean la consideracion y estimacion pública, y que reúne en su seno las riquezas y la gloria? Es la bendicion que la *Providencia* promete á la generacion de los justos. Ved esta otra tan floreciente en otro tiempo: vosotros preguntais con sorpresa ¿dónde se han hundido sus inmensos tesoros? Su vasto patrimonio era el precio de la iniquidad y de la sangre: la maldicion divina ha destruido esas riquezas mal adquiridas. ¡Desgraciado el padre que las ha dejado! ¡desgraciado el hijo que las ha heredado! «*Utique est Deus judicans in terra.*»

¡Vengamos á los imperios. Ha habido y hay en el mundo hombres de *Estado* que creen importante para una nacion tener vicios, con tal

que haya en ella industria, comercio y oro. Pero hay un Dios que juzga sobre la tierra. Con la religion desaparecieron los principios, con los principios las costumbres, con las costumbres todos los resortes del vigor público. Entonces el *Estado* se hace incurable; marcha aturdido, y cae hecho pedazos bajo el peso de la anarquía, como una casa sobre otra casa en medio de un gran incendio. Entonces de los abismos se oye una voz dolorida, que grita como el piloto que ha perdido su rumbo en una tempestad desecha: «*Utique est Deus judicans in terra.*»

Pero supongamos que hay desórdenes sobre la tierra. Bien lejos de probar nada contra la *Providencia*, son ellos mismos en los consejos de Dios el triunfo de esta misma *Providencia*. Es mi segundo punto.

San Agustín ha espresado una grande y hermosa idea cuando dijo que «la *Providencia* no es otra cosa que el ejercicio de las perfecciones divinas;» y es evidente que cuando Dios crió el mundo, fué para hacerle el teatro de sus supremos atributos, y para comunicar á las criaturas parte de la eterna grandeza que encerraba en

sí misma. De esta aparente confusión de las cosas sabe sacar su triunfo y su gloria; porque estos desórdenes y esta confusión no son para él sino un obstáculo mas, que hace ostentar su poder; un medio mas para hacer brillar su sabiduría; y un motivo mas para desplegar su justicia. En el orden de los destinos particulares, la *Providencia* sabe convertir en medios infalibles todos los obstáculos, que cree oponerle la malicia de los hombres. ¿Quién jamás hubiera dicho á los hermanos de *José* que sus indignos atentados le harían triunfar, y que su esclavitud le elevaría á la corona? ¿Quién jamás hubiera anunciado á *Aman* que moriría sobre la horca que preparaba á *Mardoqueo*? Dios, sin duda, hubiera podido evitar todas estas injusticias; hubiera podido levantar de un golpe á *José*, y de otro golpe castigar al atrevido é impio *Aman*; pero no hubiera mostrado bastante la fuerza de su brazo, ni confundido nuestra vana confianza. Por estas grandes catástrofes de la vida humana, en que alternativamente el hombre es conducido á la gloria por la ignominia, y á la ignominia por la gloria, el Señor nos obliga á reconocer que él solo es el que mortifica y vivifica, el

que eleva ó abate segun su beneplácito ; y que toda sabiduría humana es un escollo contra sus altísimos consejos.

Así, en los gobiernos temporales, la Providencia se sirve de las guerras y de las desgracias públicas, para ejercer sobre las naciones sus juicios formidables. Cuando leemos la historia de los imperios, nuestros ojos distraídos, no ven sino un encadenamiento de aventuras únicamente arregladas por la suerte de las armas, ó por el ascendiente de la fortuna. Pero ¡cuán grande se muestra Dios á quien sabe descubrir en estos sucesos su adorable Providencia! ¡Qué hermoso es ver cómo, sin saberlo ni creerlo, cada conquistador le sirve con sus manos, cada político con sus miras para trasladar el poder de un pueblo, y preparar la prosperidad ó desolacion pública ; cómo se sirve de las armas de *Ciro* para oprimir el imperio de *Babilonia* ; de las de *Alejandro*, para castigar el orgullo de los *Persas* ; de las de *Nabucodonosor*, para afligir á *Jerusalen* ; y en fin, de las de *Tito*, para reducirla á cenizas ; cómo se sirve del latrocinio de los *Bárbaros*, para desmem-

brar el mas grande imperio, que se habia hecho el mas criminal.

Tambien en el órden de la religion la Providencia se vale de los *infielos*, para hacer triunfar el imperio de la gracia; de los *hereges*, para ilustracion de la verdadera doctrina; de los *incrédulos*, para el triunfo de la fé; de los *cismáticos*, para mejor probar la indestructible unidad de la iglesia; de los *Judios*, para ser testigos del *Mestias*, y fiadores de las profecías; de los *perseguidores*, para multiplicar las palmas de los mártires; en fin, de los esfuerzos reunidos del mundo y del infierno, para mostrar mejor, que la obra de Dios es inmortal é invencible como él.

Pero, si hay desórdenes que Dios permite para hacer triunfar su poder, hay otros que disimula para hacer brillar su sabiduría, y de este número son las *penas* y los *reveses* que envia al hombre de bien. ¡Almas justas y desoladas que Dios ama, pero que se complace en abandonar á todas las miserias de esta triste vida! yo os contaré el misterio de la Providencia; yo os la mostraré velando sobre vosotros con tanto mas cuidado, quanto parece despreciar mas

vuestros afectos y servicios. Ciertamente, á no juzgar sino por las apariencias, no se vé en las desgracias de la virtud sino olvido y abandono de la Providencia desatenta; pero quien sabe la sabiduría de sus médios, percibe facilmente la causa de este suceso misterioso. Entonces la vé, tan presto sondeando el corazon del justo y asegurándose de su fidelidad por largas pruebas; tan presto afligiéndole, para purificar sus afectos terrestres, y unirle á sí, no por lo que dá sobre la tierra, sino por lo que encierra de grande y adorable; algunas veces, enviándole estas pruebas, para ponerle á cubierto de los peligros de la prosperidad, de las riquezas y del contágio de los placeres. ¡Oh! ¿qué se haria, en efecto, el hombre justo, si todo le saliera á medida de sus deseos? ¿Dónde estaria su humildad, si no experimentara ninguna humillacion; su prudencia, si no encontrára embarazos; su moderacion, si no experimentára contrariedades; su constancia, si no venciese obstáculos; su compasion, si no sufriera dolores y miserias; en fin, su sumision, si no teniendo nada que pedir, no sintiese ni el precio de la gracia, ni el peso de su miseria? Bajo el peso de

sus trabajos, el justo reconoce que estos grandes, estos destinos brillantes, estos placeres risueños con que el mundo hechiza á las gentes, son bien poca cosa á los ojos del Eterno, que los concede á los mas viles mortales; que este oro tan codiciado, este lodo tan adorado, no es hecho para pagar al hombre justo, pues que es tantas veces el vil salario del malvado. Conoce, en fin, que el cielo es el único bien, y el infierno el solo mal digno de ejercitar la justicia divina.

Esperad un momento: Dios vá á juzgar al justo y al impío, y entonces será el tiempo de todas las cosas: *Et tempus omnis rei tunc erit.* Dios separará segunda vez la luz de las tinieblas, y todo volverá á entrar en el orden y será puesto en su lugar eterno: el malo irá al lugar de los tormentos, y el justo al descanso eterno: *Et tempus omnis rei tunc erit.* Una gran mutacion se prepara, y todo se dirige á este dia formidable, centro de todos los dias, en que el Señor pondrá á todas sus obras su última mano y su sello: *Et tempus omnis rei tunc erit.*

Como las tinieblas suponen la luz, los extravíos prueban que hay regla, y el desorden des-

cubre la armonía. Nada es injusto, si no hay una justicia original y primitiva; y nada es malo, si no hay justicia eterna que lo condene; y esta regla, y este orden, y esta perfeccion, y esta justicia ¿qué son sino la eterna Providencia?

Ahora comprendo esta adorable Providencia del Arbitro soberano del mundo, que por una secreta ley lo reduce todo á sí; que permite el pecado, y no es menos santo; que sufre el desorden, y no es menos justo; que envia las miserias, y no es menos bueno; que deja en el mundo manchas é imperfecciones, y no es menos sábio; que lo une todo: la naturaleza con la gracia, las causas libres con las causas necesarias, lo presente con el porvenir, el cielo con la tierra, y el tiempo con la eternidad. Ahora se comprende que, cuando el malo es dichoso, es que no es digno de padecer, es que Dios no se interesa en formarle para sí; es que los grandes combates no son para las almas débiles, es que no teniendo corona que esperar, no tiene victorias que conseguir. Ahora se comprende que la Providencia hace sufrir al justo, para honor de la virtud y para instruccion del mundo, co-

mo un general reserva á los mas valientes las acciones mas dificiles. Ahora se comprende que las riquezas, los honores, las felicidades y estos destinos brillantes son bien poca cosa á los ojos del Eterno, pues que tantas veces los concede á los mas viles mortales. Ahora se comprende que este oro tan codiciado, y este lodo tan adorado no se ha hecho para pagar al hombre justo, pues que tantas veces es el vil salario del malvado. Ahora se comprende que las grandezas, las pompas, las fiestas tumultuosas, los locos espectáculos y todas las risas del mundo deben ser para los hijos del mundo; y las penas, las tribulaciones y amarguras para los hijos de Dios. Ahora se comprende que el que murió en el calvario, en medio de las angustias, no ha dejado á sus discípulos por herencia en esta vida mas que lágrimas y angustias. Ahora se comprende que el que ha de triunfar con Cristo, ha de padecer con Cristo; puesto que el discípulo no ha de ser de mejor condicion que su Maestro. Ahora se comprende que este banquete de felicidad, de placeres perpétuos, que sueña el mundo, es como un banquete en un campo de dolores, es como buscar la luz en las catacumbas.

Que el inocente sea oprimido acá bajo ¿á quién admira? No tiene aquí su morada ni su herencia. Que los impíos se eleven como los cedros del Líbano ¿quién se admira? Mañana estarán bajo el polvo. Esperad un momento, y la balanza eterna restablecerá este desórden y confusion aparente. ¿Quién niega la existencia del sol, porque esté cubierto de nubes? Las nubes desaparecerán, y la Providencia revelará sus misterios.

Luz ¡Señor! para conocer que hay otra vida, en la que Dios juzgará al justo y al impío, y entonces será el tiempo de todas las cosas: *Et tempus omnis rei tunc erit.* *Luz ¡Señor!* para considerar que lo que vemos está unido con otro órden de cosas que no vemos todavía; que este mundo imperfecto es el bosquejo de un mundo perfecto, donde todo será puesto en su lugar. *Luz ¡Señor!* para entender que Vos, ser infinito, teneis designios infinitos; y que el tiempo es la escuela de la eternidad; y que todos los sucesos del mundo tienen allí su esplicacion natural. *Luz ¡Señor!* y gracia para romper este sueño de muerte, que ni las tempestades despiertan. *Luz ¡Señor!* para romper esta fascina-

cion, y estos encantos, y esta indiferencia, y esta insensibilidad por la vida eterna, que no tiene nombre en ninguna lengua humana. Todavía un momento, y caerán todas las máscaras é ilusiones de la vida.

Luz ¡Señor! para tantos ciegos que andan tras las figuras de los bienes de este mundo, como si fueran verdaderos. ¡Pobres méndigos! ¿qué hartura, qué paz habeis hallado en todos esos objetos que habeis gustado? ¡Cuántas veces donde buscabais dulzura, habeis encontrado acibar! ¡Cuántas veces, en la hacienda, empleos, honores, estado ó casamiento, donde pensabais hallar entera felicidad, habeis hallado tormento y ocasion de trabajos y cuidados! Luego, muy luego esclamareis, como exclamó Salomon: «¡He mirado las risas como un sueño, dijo este rey poderoso! y he dicho al gozo: ¿Por que me has engañado?» *Luz ¡Señor!* para que tantos distraidos ó aletargados ábran los ojos y vean la vanidad y mentira de los bienes de esta vida, que inchan el alma y no la hartan; engañanla y no la mantienen; y la hacen mas miserable, y mas sedienta, y mas apartada de Dios y mas allegada á la condicion de las

bestias, y mas vacía de contento. Así como el que tiene hambre y sueña que come, despues que despierta, se halla burlado y hambriento; y el que tiene sed y sueña que bebe, cuando despierta, tiene la misma sed; así acaecerá á los que andan por todas las criaturas, buscando felicidad, contentamiento, y viéndose burlados como niños, esclamarán, yá tarde, contra los encantos de los sentidos: ¿Por qué nos habeis engañado? *Luz ¡Señor!* para conocer con cuánto trabajo se alcanzan los bienes de este mundo, con cuánto cuidado se poseen, y con cuánto dolor se pierden. *Luz ¡Señor!* para que todos conozcan que los felices de la tierra son como los enfermos que deliran ó como los que sueñan agradablemente; todo es una pintura vana, una imágen hueca, una sombra que huye, y una figura que pasa. Al despertar de la muerte, se hallarán las manos vacías, y se avergonzarán de los engaños con que el siglo los brindaba, y entonces esclamarán: ¡Falsos é hipócritas consuelos! ¿por qué nos habeis engañado? *Luz ¡Señor!* para que tantos hidrónicos conozcan que, cuanto mas se bebe de las aguas corrompidas del mundo, mas se aumenta la sed;

las riquezas quieren mas riquezas, los honores mas honores, y los deleites nuevos deleites, y al fin se acaba con el grito estéril de la desesperacion: ¡Vanos pensamientos! ¡locos proyectos! ¿por qué nos habeis engañado? ¡O gozo! ¡ó reposo! ¡ó luz de mi alma! ¡ó adorable Providencia! Yo creo que el mundo no está huérfano. Yo creo en Dios que le rige y le gobierna. *Luz ¡Señor!* para que todos crean lo mismo: que nuestra vida no depende sino de *Vos*; que todo nuestro ser os pertenece; que sois un padre justo y bueno; que habeis dispuesto nuestra suerte conforme á los decretos de vuestra voluntad santísima. Enseñadnos á conocer y adorar esta voluntad justísima; que sea en adelante nuestra regla y nuestra ciencia, á fin de que habiendo sido en esta vida el único objeto de nuestra sumision, sea en nuestro último momento la prenda segura de nuestra felicidad.

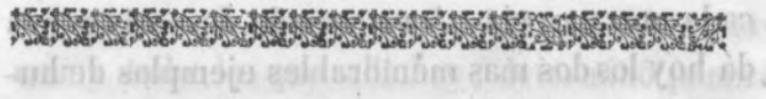
¡Pueblo! adora en silencio la altísima Providencia del cielo: mira mas allá de esta vida de un dia, y en la eternidad hallarás la verdad, el consuelo y la esperanza; verás que todo lo de este mundo todo es falso, todo es engañoso. Todo lo que se vé, todo lo que se toca, todo lo

que es sensible, todo lo que es medido por el tiempo, no es nada, no vale nada. Sin embargo, la mentira es adorada y llena todo el corazón del hombre. ¿Qué hay que decir de este sueño y de este encanto? Nada, sino las últimas palabras del cielo: ¡Desgraciados los que no creen en Dios, y á quienes Dios no protegerá! ¡Desgraciada la nacion, el pueblo cargado de iniquidades, la raza perversa, y los hijos del crimen, que han abandonado al Señor! ¡Desgraciados los que dicen que el mal es bien y el bien es mal! ¡Desgraciados los que tienen lábios criminales, manos malhechoras, y que siguen dos caminos sobre la tierra! ¿Qué harán cuando Dios los mirará de repente? Lejos de la felicidad de los justos, en la region del abismo y de la desesperacion, esclamarán: ¡insensatos! ¿por qué nos hemos engañado?

Jóvenes de ambos sexos, la frivolidad os ha fascinado; esta cara exterior del mundo os ha seducido; el frenesí del orgullo os hace mirar como unas divinidades las conquistas de este mundo; aspirais á la vanidad y á los placeres, como si no fuerais los hijos del polvo, y de las lágrimas ¡Pobres ciegos! creis estar en la tierra

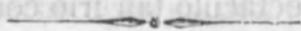
de promision, y estais en la esclavitud de Egipto. Es la pena que la Providencia toma de vuestro envanecimiento. ¡Padres y madres de familia! la Providencia os ha confiado el cuidado de vuestros hijos: vuestra gloria es criarlos en simplicidad y modestia, y á vuestras hijas en el recojimiento, y no en la desenvoltura que ofende el pudor de las almas justas, y no en la compostura y adorno, como si fueran la semejanza de un templo. ¡Inconcebible trastorno! nadie se conoce, no se conoce á nadie; el vicio lo ha confundido todo, y todo lo ha sofocado, hasta los remordimientos. ¡Se empobrecen por adornarse, y al perderse llaman hacer su fortuna!... ¡oh Dios mio! deshaced la fascinacion de la vida, para que gustemos de las delicias de la gloria; disipad las ilusiones del tiempo, para gozar para siempre los dichosos encantos de la dulce eternidad. AMEN.





SERMON

DEL MANDATO.



Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos.

Habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin.

Joann. cap. XIII, v. 1.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

ESTANDO ya para dejar esta miserable vida, como quien estaba al cabo de la jornada, acostumbraban los hombres virtuosos recomendar algunas maximas notables para edificacion y aprovechamiento de sus discípulos. Unos encomendaban la virtud de la caridad, otros la pobreza de espíritu, otros la mortificacion de la propia voluntad, y otros otras, segun que á

cada uno parecia. A este modo Jesucristo nos dá hoy los dos mas memorables ejemplos de humildad y caridad que jamás se vieron en el mundo. La *filosofía* con toda su pompa no contiene mas que áridos y estériles preceptos. La muerte de *Sócrates*, filosofando con sus amigos, es un espectáculo tan frio como ostentoso; la de *Jesucristo* espirando en medio de los tormentos, y maldito de todo un pueblo, es la mas horrible que se puede temer. Sí; «la vida y la muerte de *Sócrates* son de un sábio; la vida y la muerte de *Jesucristo* son de un Dios.» ¿Dónde está el hombre, dónde el sábio que sepa obrar, morir y sufrir sin debilidad y sin ostentacion? ¿Qué seria de nuestra suerte, si Jesucristo no la apoyase? ¡O amoroso *Jesus!* ¡ó humildísimo *Jesus!* oí tus palabras, y temí; consideraré tus obras, y quedé pasmado. Lo que acaba de ejecutar el Señor con Pedro y sus demas compañeros es capaz de conmovér al corazón del hombre mas bárbaro é insensible.

El evangelista san Juan lo cuenta de esta manera. Dice «que siendo este Señor aquel en cuyas manos habia puesto el Padre todas las cosas: los cielos, los cielos de los cielos y todo

su poderio; la tierra y todo lo que existe; el mar y todo lo que allí hay, determinó poner aquellas mismas manos, de cuyos tres dedos está colgada toda la redondez de la tierra, debajo de las humildes plantas de unos pobres pescadores. Se levantó de la mesa, se quitó las vestiduras, hechó agua en una yacia y comenzó á lavar los pies de sus discípulos. Y como Pedro viese postrado á sus pies al Salvador: «¿Tu, dijo, ¡Señor! lavas á mí los pies? Tu, á quien sirve toda la naturaleza, á quien alavan los *Angeles*, adoran las *Dominaciones*, temen las *Potestades*; ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo ¿tu quieres lavarme á mí los pies? Tu, despojado de tu gloria, de tu claridad, de tu hermosura, de tu magestad que son tus propias vestiduras ¿quieres postrarte á mis pies? ¿Quién eres tu, y quién soy yo? Tu eres, *el que eres*, y yo soy, *el que no soy*. Tu eres un Señor de tanta magestad que todo este universo, puesto delante de tí, no es más que una pequeña estrella delante del sol; porque todo lo oscurece tu gloria, todo lo afea tu hermosura, y todo lo deshace tu grandeza. Todas las gentes así son delante de tí como si no fue-

sen, y como nada son reputadas en tu presencia. Tal es tu ser, tal tu grandeza que todo esto delante de tí no es mas, como dice el Sábio, que «un grano de peso que se carga sobre la balanza, ó una gota del rocío de la mañana que cae sobre la tierra.» Pues ¡ó Dios mio! si todo el mundo puesto delante de tí no es mas que esto, yo que tan pequeña parte soy en él ¿qué pareceré delante de tí? Y siendo tu tal cual eres, y yo tal cual soy ¿me quieres lavar los pies?» Estos eran los sentimientos de Pedro; pero el Salvador le impuso silencio, y prosiguió la obra comenzada. Acabado el lavatorio, dice san Juan, «que tomó el Salvador sus vestiduras, y se sentó de nuevo á la mesa, y les explicó lo que aquella obra significaba. «Vosotros me llamis maestro, y decis bien; porque de verdad lo soy; pues si yo, siendo vuestro *Maestro y Señor*, os lavé los pies, razon será que vosotros tambien los laveis unos á otros. *Ejemplo os he dado para que como yo lo hice, así vosotros lo hagais.*»

Despues del lavatorio de los pies se siguió el dón escelso; *la magnífica manda de su Cuerpo y de su Sangre*, la augusta institucion de la

adorable Eucaristía. ¿Cómo podrá el género humano agradecer jamás que su Dios, no contento con haberse hecho hombre, con habitar entre los hombres y morir por ellos, haya determinado también, después de resucitado y glorioso, continuar este mismo misterio? ¿Cómo podrá apreciar debidamente el que inventase para esto un medio que jamás las inteligencias criadas hubieran podido imaginar? Así es cierto que, si el Señor amó á los suyos en todos los instantes de la vida, en el fin los amó sobremanera. ¡Con qué ardor y sinceridad debe decir nuestro corazón: ¡ó Padre! ¡ó buen Pastor! ¡mi Dios y mi Señor! no te has contentado con criarme á tu imágen, con haberme rescatado con el precio de tu sangre, sino que por un exceso de amor incomprendible te dignas habitar en mi alma, para uniros conmigo con lazos de amor, con vínculos de eterna caridad!

¡Espíritus bienaventurados! ¡Ángeles que asistís al Señor! ¡ciudadanos inmortales de la celestial Sión! pedid al Dios santo á quien cantais, que inflame nuestro corazón con el fuego santo con que vosotros le amais. ¡Oh Reina de los Ángeles! ¡Madre santísima de Jesús! alcan-

zadnos una centella del ardiente volcan con que amasteis á vuestro hijo. Asi os lo pedimos, saludándoos con el Angel

AVE MARIA.

ILLMO. SOR:

Si el hijo de Dios despues de haber obrado los misterios de nuestra redencion, nos hubiera dejado peregrinos sobre la haz de la tierra ¡qué desconsuelo seria el nuestro! ¡qué angustia usurpára nuestro corazon! ¡Ah! nuestra pena seria incomparable, y nunca podriamos apartar de la memoria el dia infausto, en que nos hubiera sucedido tan desconsolante horfandad. Pero ved ahí el don inapreciable, el don mas escelente, el triunfo mas asombroso, la última prenda, y el último esfuerzo de la munificencia divina. No sé si habeis reflexionado con alguna atencion sobre lo que pasó entre Jesucristo y sus Apóstoles en los últimos momentos, en que los preparó para la mas dolorosa y la mas cruel separacion, que ha experimentado jamas la sensibilidad humana. ¡Qué escena! jamas lo patetico de la naturaleza y del sentimiento se ha ma-

nifestado con tanta vehemencia. Entonces fué cuando todos los rasgos de bondad, de generosidad y de ternura, dispersos en el discurso de la mas inocente vida, se reunieron y concentraron para vencer la dureza del corazon mas inflexible.

Trasportaos con la imaginacion por un momento á aquella noche, en que Jesus celebró la Pascua en Jerusalem en medio de sus Discípulos; á aquella noche, á la que debia suceder un dia tan terrible y cruel; al momento en que la ferocidad de un pueblo bárbaro preparaba á la más inocente víctima el mas horroroso de los suplicios; cuando un monstruo de perfidia y de ingratitud revolvía en su alma tenebrosa entregar á su bienhechor y á su maestro al furor de sus enemigos. Entonces es cuando Jesus consagra los pocos instantes que le restan á dar la mas relevante prueba de su ternura y amor. ¡Ah! ocupado de la felicidad de los hombres, pierde de vista los tormentos y los oprobios que le esperan; y el amor tiene sobre su alma derechos mucho mas imperiosos y eficaces que el aparato espantoso de su cruz y de su muerte.

«Toma el pan, dice el Evangelista, y teniéndole

en sus manos, eleva al cielo los ojos, en los cuales estaba pintado todo el ardor y toda la vivacidad de un amor impaciente por hechar el sello á todos sus beneficios, y presentándosele á los Apóstoles les dice así: *tomad todos y comed, pues lo que os doy es mi cuerpo, es mi alma, mi eterna é incorruptible sustancia.* Sola esta invencion del poder del Altísimo corresponde á la grandeza de su designio en órden á vosotros, y completa todo el deseo de mi caridad.»

«Ya, esclama, pueden mis enemigos derramar sobre mí todo el torrente de su saña y de su furor; mi amor no tiene ya mas dones que haceros, y el seno de la magnificencia divina nada encierra mas precioso que lo que al presente poseeis: ¡ah! mi impaciente ternura no veia llegar el momento tan notable y solemne para vosotros. *He deseado con un deseo el mas violento, que jamas esperimentó hombre, comer con vosotros esta pascua:* he deseado, que el mas alto consuelo que jamas se ha descubierto á los hombres, les llegase en la circunstancia mas amarga de mi vida: he deseado, que llegase este momento de dejar la tierra, y de volverme á mi Padre, con el fin de encontrar en mi poder un

medio contra una ausencia, que me priva de lo que mas amo en este mundo.» ¡O virtud divina! ¡ó amor inefable! Para no separarse de los hombres; para dejarles despues de su muerte sin remedio seguro; para estar siempre en comunicacion con ellos, instituyó este divino sacramento, en que se reproduce de continuo con toda su virtud y eficacia. El hombre une su carne con la suya, y goza de todos los bienes que produce su presencia; y el mismo amor que le obligó á morir por los pecadores, le ha inspirado la institucion.

El mismo Jesucristo es el que habla de esta dulce y dichosa union, reconociéndonos por la carne de su carne, y el hueso de su hueso; y nos asegura que de él recibimos el alimento íntimamente y sin cesar, como las ramas reciben su jugo, su calor, su fecundidad del tronco vivo, á quien están unidas. ¡Qué dichosa union! Hé aquí porque, en consideracion á este misterio de unidad y de inseparabilidad eterna, dijo á sus discípulos, cerca del último momento de su vida: *Que entonces amaba á los suyos con mayor ternura que nunca.*

¿Quién, que considere atentamente las gra-

cias y los tesoros que encierra este sacramento, no se llenará de estupor y asombro religioso? ¿Quién podrá dejar de maravillarse y preguntar muchas veces en su corazón: ¿qué es esto? ¡Que aquella Magestad, que no cabe en los cielos de los cielos, y en la infinita estension de los espacios, quiera encerrarse en la pequeñez de una hostia! ¿Qué es esto? ¡Que aquel, que mora en los cielos entre los coros de los ángeles, quiera habitar en la tierra con los hijos de los hombres! ¿Qué es esto? ¡Que otra vez quiera el Señor de la Magestad ser entregado en manos de pecadores tan culpados, como los que le quitaron la vida! ¿Qué es esto? ¡Que aquel, que es una misma sustancia con el Padre y con el Espíritu Santo, se quiera hacer una misma sustancia con el hombre! ¿Qué es esto? ¡Que el *Verbo divino*, la *sabiduría increada*, el *Rey de la gloria*, la dicha de los ángeles, el placer inmortal de los bienaventurados venga á esconderse y visitar el corazón humilde que le llama é invoca! ¿Qué es esto? ¡Que el Dios, que en llegando el día de la claridad, se mostrará á sus escogidos en toda la estension de su gloria, quiera comunicarse con

ellos secretamente, y servirles de viático y compañero, mientras llega este venturoso día! ¿Qué es esto? ¿qué manjar es este que tanto esfuerza los corazones, que tanto alumbra los entendimientos, que tanto enciende las voluntades, que tanto purifica las almas? ¿Qué convite es este? ¿qué piedad es esta? ¿qué amor es este? ¿Quién ha visto que la madre mas amorosa haya alimentado al hijo que perecia de hambre con su propia carne, que se cortase un brazo para dar de comer á su hijo, y fuese tan cruel para sí, por ser piadosa para con él? ¡Y nuestro Dios cada dia se nos dá en mantenimiento y en remedio! ¡Con este manjar es unida el alma con su esposo, se alimenta de la carne del esposo, y vive la vida del esposo! ¿Quién podrá agradecer tal beneficio? ¿Quién no se derretirá en lágrimas, cuando vea á Dios unido consigo? Yo, asombrado, vuelvo á preguntar otra vez: ¿Qué es esto, que mi Dios more en mí y yo en Dios? ¿Que Dios busque al hombre, le llame, le inste, y le solicite; y el hombre huya, se retire, y acaso, acaso escarnezca á ese mismo Dios? ¡Oh! ¡qué ciegos somos los hombres! ¡Solo somos religiosos, cuando el terror nos consterna! Si

el rayo y la muerte anunciaran ahora mismo la presencia de nuestro Dios ahí, en ese monumento, nos caeríamos de espanto, y no se cometerían los insultantes delitos..... Pero yo me vuelvo al amor de Jesucristo, y voy á considerarle en la institucion del Sacrificio eucarístico.

Habiendo llegado el tiempo en que cesaron las figuras y la sombra de la antigua ley, se dignó el Salvador establecer su alianza nueva con la sangre; no con la sangre de becerros y corderos, sino con su propia sangre preciosísima; dejando en su iglesia santa, como prenda segura, su cuerpo y su sangre, que, como sacrificio perpetuo y oblacion eterna, se ofrece en nuestros altares hasta la consumacion de los siglos.

— «¡Qué delicioso es, decia un varon apostólico á otro de sus hermanos, considerar que, iluminando el sol los dos emisferios, y sucediéndose unas á otras las horas del dia, no haya de la mañana á la tarde un solo instante en que se interrumpa el sacrificio de los cristianos; en que la misma víctima cese de ser ofrecida; y en que los votos de paz, de inocencia y de bendicion cesen de ser dirigidos al mismo tiempo á Dios

sobre nuestros altares católicos. Así, mientras que el sueño repara vuestras fuerzas, para renovaros al trabajo y al servicio de nuestro Dios, los que habitamos al oriente del Asia, ofrecemos la misma víctima sin mancha. ¿Hemos llegado á la tarde? podemos unirnos á los sacrificios que vosotros ofreceis en la Europa, En fin, la América, y sobre todo el Méjico y el Perú celebran esta augusta oblacion durante el tiempo de nuestro reposo; y mientras nos ocupamos en los deberes de la tarde, ¡qué dulce es pensar que el culto eucarístico es un culto continuo, y que no hay un solo instante en el dia en que este oráculo del Profeta no se cumpla á la letra: *Desde un extremo del mundo al otro es grande mi nombre entre las gentes*, y se me ofrece en todos los lugares una oblacion pura, santa é inmaculada! ¿Qué es esto? os vuelvo yo á preguntar: ¡que Dios se ofrezca en la magnificencia del templo, en la pobreza de una choza, en el valle, en el monte, en las ciudades, en las villas, en Asia, en Africa, en Europa, en América, en toda la estension del mundo cristiano! ¡O vosotros cristianos! conoced en la Eucaristia el precio de nuestra divina religion;

descubrid la estension de relaciones entre Dios y vosotros, que todos los otros cultos han ignorado, y que nos muestra el inmenso amor de Jesucristo.

— ¡O clementísimo y amorosísimo Señor! ¡cuánto resplandece en este misterio vuestra bondad, vuestro poder y vuestra sabiduría! ¿Qué mayor amor que comunicarse tan estrechamente tan grande Dios á tan bajas criaturas? ¿Qué mayor beneficencia que darnos á comer su propia carne, aliviar á los que se sienten fatigados, introducirse en su corazon, comunicarles los dones de su espíritu, hacerse uno con ellos, ofrecerse á su eterno Padre, para que confirme esta union y la haga eterna? ¿Qué mayor poder que encerrarse debajo de una especie de pan Dios y hombre todo junto? ¿Qué mayor sabiduría que hallar tan saludable remedio para la curacion de nuestras enfermedades? Ciertamente esta es dádiva digna de tal dador, obra de su bondad, muestra de su caridad y testimonio de su misericordia.

— ¡O Dios de mi vida, y vida de mi alma! Tu me diste el ser que tengo, muy mas perfectamente que mis padres me le dieron. Tu me conservas

en este ser que me diste. Tu has de acabar lo que falta de esta obra comenzada. Tu eres el Padre que me hiciste, y la cabeza que me rige, y el esposo que dá á mi alma perfecto contentamiento. Pues ¿á qué otro he de mirar sino á tí? ¿Con quién he de tener cuenta sino contigo? ¿Cuyo ha de ser todo mi amor, sino de aquel, cuyo es todo mi bien? *Por ventura*, dice Jeremías, *olvidárse ha la doncella del mas hermoso de sus atavíos y de la faja con que se ciñe los pechos?* Pues si tu ¡Dios mio! eres todo el ornamento y hermosura de mi alma, ¿cómo será posible olvidarme de tí? Si me olvidáre, mi diestra sea entregada al olvido; péguese mi lengua al paladar, si no me acordé de tí. No descansaré, ni daré sueño á mis ojos, ni reposo á los dias de mi vida, hasta que halle yo lugar en mi corazon para el Señor, y morada para el Dios de Jacob, que vive y reina en los siglos de los siglos. AMEN.



en este ser que me diste. Tu has de acabar lo que
 falta de esta obra comenzada en tres charys
 que me hiciste. Y la espexa: que me riges y en
 esposo que da á mi alma perfecto contento.
 miento. Pues es que otro he de mirar sino á tí.
 Conquistar he de tener: cuenta sino consigo.
 Cuyo ha de ser todo mi amor, sino de apacix
 cuyo es todo mi bien. Por ventura, dice, herosa
 mis, olvidarse de la doncella del mazámo
 de sus brazos y de la suya: con que se vive
 pechos. Pues si tu hijo niol eres todo él: en
 namento y hermosura de mi alma, como seré
 posible olvidarme de tí? Si me olvidare, más
 dista sea entregada al olvido: pégnose mi len-
 gua al pasado, si no me acordere de tí. No des-
 canaré, ni daré sueño á mis ojos, ni reposo á
 los días de mi vida, hasta que hallo yo lugar en
 mi corazón para él. Según y morada para él.
 Dios de Jacob, que vive y reina en los siglos
 de los siglos. Antes tal es mi vida y tal es
 ob olivissit y pabris us ob aratum, balud
 su misericordia:



O Dios de mi vida, que me diste el ser que tengo,
 que me conservas



EXHORTACION

A LA SANTIDAD SACERDOTAL,

pronunciada en presencia del Cabildo Metropolitano de Burgos, el Jueves Santo, despues de la augusta y solemne ceremonia del Layatorio.



Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

Habiendo amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

Joann. cap. XIII, v. 1.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

No hay mortal alguno que, estando para dejar esta miserable vida, haya podido decir con la verdad que de Jesucristo lo dice el evangelio de hoy, que, *habiendo amado á los suyos, en el fin señaladamente los amó.* La filosofía con toda su pompa no contiene sino áridos, aunque brillantes ejemplos; su práctica estaba reserva-

da al *filósofo del cielo*. Sino, ¿dónde está el hombre, qué es del sábio que sabe obrar, morir y sufrir sin debilidad y sin ostentacion? Cuando *Platon* pinta á su justo imaginario cubierto de todo el oprobio del crimen, y digno de todo el precio de la virtud, dice uno de los primeros filósofos, pinta retrato por retrato á *Jesucristo*. La semejanza es tan perfecta y visible que todos los padres la han sentido, y no es posible engañarse. ¡Qué preocupaciones, qué ceguedad no es preciso tener para osar comparar al hijo de *Sofronisa* con el hijo de *Maria*! ¡Qué distancia del uno al otro! *Sócrates*, muriendo sin dolor y sin ignominia, sostuvo hasta el cabo su personage; y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, se hubiera dudado si *Sócrates*, con todo su talento, fué otra cosa que un *sofista*. Inventó, se dice, la moral. Otros, antes que él, la habían puesto en práctica; dijo lo que otros habían dicho; dió lecciones de sus ejemplos. *Arístides* había sido justo, antes que *Sócrates* dijese lo que era la justicia. *Leónidas* había muerto por su país, primero que *Sócrates* hubiera hecho un deber de amar la patria. Primero que hubiese definido el valor, la vir-

tud, la *Grecia* abundaba en hombres valientes y virtuosos.

¿Pero en dónde habia tomado Jesucristo en los suyos esta moral elevada y pura, de que él solo dió las lecciones y el ejemplo? Del seno del mas furioso fanatismo se hizo oír la mas alta sabiduría; y la simplicidad de las mas heróicas virtudes honró al mas vil de todos los pueblos. La muerte de *Socrates*, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la mas dulce que se puede desear; la de *Jesucristo*, espirando en los tormentos, injuriado, escarnecido y maltratado de todo un pueblo, es la mas horrible que se puede concebir. *Sócrates*, tomando la copa emponzoñada, bendice al mismo que se la presenta con lloros y suspiros; *Jesucristo*, en medio de un suplicio horroroso, ruega por sus mas encarnizados enemigos. Si la vida y la muerte de *Sócrates* son de un sábio, la vida y la muerte de *Jesucristo* son de un Dios. ¡Ah! despojemos al filósofo de la *Grecia* del manto de escarlata que le cubre, y desaparecerá el héroe: sus lecciones acaban con su vida; los ejemplos de *Jesucristo* empiezan con su muerte. Habiéndose de partir de este mundo á su padre, quiso de tal

manera irse, que tambien se quedase. Y así como salió del cielo sin dejar el cielo, así sale ahora de la tierra sin dejar la tierra. Y así como salió del Padre sin dejarle, así sale ahora de los hijos sin dejarlos. Procuraré explicar esta idea que encierra el incomparable amor de Jesucristo.

Reflexionemos con alguna atención sobre lo que pasó entre nuestro adorable Redentor y sus Apóstoles en los últimos momentos, en que los preparó para la mas dolorosa y la mas cruel separacion que ha experimentado jamás la sensibilidad humana. ¡Qué escena! jamás lo patético de la naturaleza y del sentimiento se ha explicado con tanta vehemencia. Entonces todos los rasgos de bondad, de generosidad y de ternura, dispersos en el discurso de la mas inocente vida, se reunieron y concertaron para vencer la dureza del corazón mas inflexible. Transportémonos con la imaginación á aquella noche, en que Jesús celebró la pascua en Jerusalén en medio de sus Discípulos; al momento en que la ferocidad de un pueblo bárbaro preparaba á la mas inocente víctima el mas horroroso de todos los suplicios; cuando un monstruo

de perfidia y de ingratitud revolvía en su alma tenebrosa entregar á su Bienhechor y á su Maestro al furor de sus enemigos. Entonces es cuando Jesus consagra los pocos instantes que le quedan á dar las mas relevantes pruebas de su ternura y amor.

«Toma el pan, dice el evangelista, y teniéndole en sus manos, eleva al cielo los ojos en los cuales estaba pintado todo el ardor y toda la vivacidad de un amor impaciente por hechar el sello á todos sus beneficios; y presentándosele á los Apóstoles, les dice así: *Tomad todos y comed, pues lo que os doy es mi cuerpo, mi alma, mi eterna é incorruptible sustancia. Solo esta invencion del poder del Altísimo corresponde á la grandeza de su designio en orden á vosotros, y completa todo el deseo de mi caridad.*» «¡Yá, esclama, pueden mis enemigos deramar sobre mí todo el torrente de su saña y de su furor! mi amor no tiene yá mas dones que haceros; y el seno de la magnificencia divina no encierra otro mas precioso que el que al presente poseis. Mi impaciente ternura no veia llegar el momento tan notable y solemne para vosotros. *He deseado con un deseo el mas vivo que*

jamás experimentó hombre, *comer con vosotros esta pascua*; he deseado que el mas alto consuelo que jamás se ha descubierto á los mortales, les llegase en la circunstancia mas amarga de mi vida; he deseado que llegase este momento de dejar la tierra, y de volverme á mi Padre, con el fin de encontrar en mi poder un medio contra una ausencia que me priva de lo que mas amo en este mundo.» ¡Virtud divina! ¡amor inefable! Para no separarse de los hombres, para estar siempre en comunicacion con ellos, instituyó este divino Sacramento, en que se reproduce de continuo con toda su virtud y eficacia. El hombre une su carne con la suya, y goza de todos los bienes que produce su presencia; y el mismo amor que le obligó á morir por los pecadores, le ha inspirado la institucion. ¡Estupenda maravilla! No es mucho que, en consideracion á este misterio de unidad y de inseparabilidad eterna, dijese á sus discípulos cerca del último momento de su vida, que entonces amaba á los suyos con mayor ternura que nunca. *Cum dilexisset suos, etc.*

¿Quién hablará los poderios de Dios, y dará á entender sus alabanzas? Quén podrá hablar

como es debido, de la honra que Dios dá á los suyos, que bien lo reciben, juntándolos consigo y poniéndoles su nombre? Dios-Hombre, baja al corazón del hombre, á tocar su carne con la suya, á llenarle de su presencia, á alentarle con su misericordia, á lavarle con su sangre, á derramar sobre él la uncion de su gracia, á vivificarle con su muerte, á iluminarle con su luz, á encenderle con su amor, á acariarle con su dulzura, á desposarse con su alma. ¡Oh *Platon!* ¡oh *Sócrates!* Si hubierais vivido en el mundo cuando se obró en él este misterio, habriais de confesar que el justo, de que hablasteis tantas veces, por fin habia parecido yá, y que solo en el cristianismo se podia encontrar un tal ejemplo de amor como este. Pero aun hay mas. «Toda religion, dice el Padre san *Gerónimo*, debe tener un sacrificio; y toda iglesia que no tiene ni sacerdote, ni hostia, ni sacrificio, no es iglesia de Dios. La religion, de donde nace la iglesia, es una virtud divina, que elevándose sobre las criaturas, honra en su mismo trono al Santo y al Eterno: le reconoce por Criador, Rey, Padre, principio y fin de todas las cosas. Si faltase el sacerdocio y la víc-

tima ¿cómo podría dar un público testimonio de aquel principio absoluto, independiente é inmutable? ¿De aquel Criador, en quien todo nace, vive y se conserva? ¿De aquella primera y universal razon, de la que descende el ser, la vida y la gracia de toda criatura? ¿De aquel padre pródigo que, segun sus incomprensibles ideas, gobierna y dirige todo el universo? ¿De aquel gran Señor, á quien se debe la virtud, la alabanza, la gloria y el honor?»

Es esta verdad tan manifiesta, que el Apóstol, hablando á los *Hebreos* con su elocuencia acostumbrada, les decia: «que estaban unidos con vínculo tan fuerte el sacerdocio y la religion, el sacrificio y la iglesia, la hostia y la ley, que no podian separarse sin su propia destruccion.» El *gran Pontífice*, el *soberano Sacrificador* de la ley de gracia, llenando los inmensos espacios de su caridad para con los hombres, instituyó la hostia inmaculada, el sacrificio santo, el sacerdocio eterno para honor de su Padre, reconciliacion del mundo, eterna memoria de su amor, y para que fuese como un centro de religion, en donde se recogiese la gloria de Dios y toda la fé de los hombres; en donde los

frutos de la Redencion se distribuyesen para todos; y en donde los hijos de los hombres recogiesen á manos llenas sus magníficas misericordias. «¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo en toda bendicion espiritual en las cosas espirituales en Cristo! ¡Cómo nos escogió en él antes de la creacion del mundo, para que fuésemos santos! Nos predestinó en adopcion de hijos suyos por Jesucristo, segun el propósito de su voluntad en alabanza de la gloria de su gracia, en la cual nos hizo agradables en su amado Hijo, en el cual tenemos la redencion por su sangre, y la remision de los pecados segun las riquezas de su gracia.» Hé aquí como por hombre vino la muerte, y por hombre la redencion de los muertos.

San Pablo no temió hablar á los Hebreos del sacrificio de la cruz, del valor de la sangre derramada, ni de la superabundancia del sacrificio del calvario. Empero, llegando al sacrificio de nuestros altares, se detiene, y sorprendido se contenta con decir: «*De quo grandis sermo, et interpretabilis ad dicendum.*» Y pues nosotros continuamos sobre la tierra las respetables funciones del Sacerdote eterno, y representamos

su persona, preciso es que representemos sus virtudes. «Los que tratamos el cuerpo y sangre de Jesucristo, dice un varon venerable, hemos menester mucho la gracia para bien tratarlo, y para bien aprovecharnos; y los que oimos misa, para bien la oir; y los que la decimos, para saberla decir.» Es necesario que, cuando hacemos estas cosas, nos sacrifiquemos á nosotros mismos en la contricion del corazon. Preciso es, que temblemos al acercarnos al altar: «*Pavete ad santuarium.*» Que consideremos la alteza de nuestra vocacion en aquellas palabras del Señor: «*Scitis quid fecerim vobis?* Un mar de males nos cerca; un fúnebre porvenir se deja ver; el arca de Dios está en los altares; y ¡qué lágrimas, qué gemidos nos cuesta tan congojosa situacion! ¡Ah! temible es que por eso Dios haya derramado su ira sobre nosotros, porque no ha habido un varon que le haya ido á la mano. No deshonremos nuestro ministerio; no demos que decir á los malos; no les presentemos ejemplos indignos de ignominiosas pasiones; acaso podrán citar mas de uno, y reconvenirnos con mas de un escándalo. *Vivamos en paz y en caridad; y esperemos la eterna recompensa. AMEN.*»

EXHORTACION

A LA SANTIDAD SACERDOTAL,

pronunciada en presencia del Cabildo Metropolitano de Burgos, el Jueves Santo, despues de la augusta y solemne ceremonia del Lavatorio.

Renovamini spirittu menis vestra.

Renovad en vosotros el espiritu de vuestra vocacion.

Ephes. Cap IV, v. 23.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Me asombra y estremece ¡hermanos míos! la contemplacion de estas palabras del Apostol. ¡Qué hombres tan heróicos, á quienes las dirigió! Apenas puedo soportar la impresion de lo que eran aquellos ministros del evangelio y lo que soy yo. Aquellos cada dia morian por Jesucristo, que los habia enviado: la muerte era para ellos una especie de ganancia y galardón.

Perseguidos, humillados, abatidos, todo lo sufrían con gusto por Jesucristo y por sus escogidos. Predicadores de la fé, unos eran Apóstoles, otros Profetas, y otros habían recibido el dón de lenguas y de milagros, y á cuya santidad no había podido resistir el mundo armado con su sabiduría y su prudencia, con su filosofía y su incredulidad. Estos eran los hombres á quienes encargaba el Apostol *se renovasen en el espíritu de su vocacion*; hombres llenos del espíritu que acaba de bajar del cielo, y que, á imitacion de su Maestro, lo difundian sobre los pueblos y naciones. Cada uno de nosotros está establecido para edificar ó destruir; para arrancar los escándalos del campo de Jesucristo, ó para añadir un nuevo escándalo; para ser instrumento de salud ó de perdicion; para dar olor de vida ó de muerte entre los fieles, segun que sigamos el espíritu de nuestra vocacion, ó la espantosa indiferencia de nuestro siglo. Siempre el menoscabo y disminucion del espíritu de nuestro ministerio ha traído á la iglesia males infinitos, y á sus ministros la perdicion y el vilipendio. He señalado el origen del mal, para que cuidemos del remedio.

De qualquier modo que miremos el sacerdocio, una vez colocados en este estado sublime, somos personas públicas; contraemos enlaces esenciales con todos los fieles; somos como piedras angulares en que estriba el edificio, y no podemos permanecer fieles sin sostener á los que nos rodean, ni caer sin precipitarlos tambien con nosotros.

Primeramente, un sacerdote, solo por estar señalado con este carácter augusto, y condecorado con el sacerdocio cristiano, se halla encargado de los intereses del pueblo para con Dios, y de presentar todos los dias á los pies de su trono las necesidades y los pecados de los fieles. Ni se abre el cielo ni se cierra sino á su voz, y teniendo mas inmediacion al Señor por su dignidad, tambien por esta misma razon le toca implorar sus misericordias á favor de sus hermanos. Los príncipes de la tierra quieren que los lamentos y desgracias de los pueblos lleguen á su noticia por el órgano de sus ministros, y que las gracias bajen y se difundan por el mismo canal: este mismo orden ha establecido Dios en su Iglesia. De aquí han tenido origen las horas canónicas, cuya ley ha impuesto

la Iglesia á cada uno de nosotros, persuadida de que nuestros clamores son oídos siempre del Padre celestial, por el respeto debido á la dignidad y eminencia de nuestro carácter. Pero un sacerdote infiel á su vocacion, un sacerdote que elevando todos los dias su lengua hasta el cielo, en virtud de las bendiciones místicas pronunciadas en el altar, la arrastra sobre la tierra, al apartarse de él, segun la espresion de un Profeta, ocupándola en conversaciones vanas, profanas y ociosas; un sacerdote cuyo corazon lleno de mundo no acierta á encontrar gusto en las cosas de Dios, y cuya imaginacion, disipada con mil imágenes indecentes, no sabe recogerse un instante delante de su Señor; un sacerdote que apenas se determina á robar á sus placeres algunos pocos instantes para dedicarlos á la santidad del Altísimo; que deja correr sobre una lengua fria, desmayada é inadvertida las espresiones mas divinas é inflamadas de un Rey penitente; un sacerdote de este carácter ¿qué puede lograr en beneficio de los hombres, de un Dios á quien no conoce, y á quien no se atreveria á pedir cosa alguna para sí mismo? ¿En qué podrá la Iglesia conocer que tiene en

él un esposo, un consolador, un defensor, un mediador, un custodio de su fé y santidad? ¡Eh! nó; no son estos de la casta de aquellos hombres, cuyo ministerio habia de salvar á Israel, ni los habia destinado Dios para la defensa y direccion de su pueblo. El primer encuentro los trastornó, y vinieron á ser el escarnio de los enemigos de su pueblo, cuyo nombre hicieron blasfemar con el escándalo de su vida; han sido el escollo de las mismas almas que debieron dirigir; y como no entraron por Jesucristo, que es el camino de la vida, su ministerio fué un ministerio de error, de muerte y condenacion: *Ipsi autem non erant de semine, etc.*

Sí, pues, un sacerdote que ha dejado apagar el fuego santo de su vocacion, ó que jamás lo ha tenido ¿qué pretende cuando sube al altar sacrosanto? Sin duda sube á levantar al cielo unas manos vacías ó acaso impuras, que van á presentar sus infidelidades á los ojos de Dios. Acaso (esta idea me es enteramente insoportable) ha manchado con su vista la presencia de los misterios terribles, ha profanado la sangre de su divino Hijo, ha sacrificado como enemigo la hostia viva, y ha renovado el atentado de la

crucifixion del Señor. Y de este ministerio ¿qué pueden prometerse los pueblos, sino ver trastornada toda la naturaleza, eclipsados los ástros del firmamento, y rasgado el velo del templo? ¿Qué podrán esperar, sino cismas, separaciones y divisiones en la Iglesia, tinieblas esparcidas sobre la tierra, confusion y horror en el universo? Si en los primeros siglos de la Iglesia las enfermedades epidémicas, las muertes repentinas y los accidentes funestos eran resultas de las comuniones indignas, como lo dice san Pablo, ¿qué castigos estarán reservados ¡ó Dios mio! á los sacrificios indignos, y á los misterios celebrados sacrilegamente? ¡Ah, hermanos míos! si duran tanto las calamidades públicas, y si hemos sido testigos de males nunca vistos entre nosotros, y si todavía podemos serlo de otros mayores, no es otra la causa sino la profanacion de las cosas santas. Sí, ciertamente; así es. Los Jonás, los Profetas infieles son los que sacan de los tesoros de la indignacion de Dios los vientos y las tempestades, que tantas veces han espuesto la nave de la Iglesia á naufragar; que la hubieran sumergido, si el infierno pudiera prevalecer contra la

promesa de Jesucristo. *Pastores demolliti sunt vineam meam.* Ellos son los que han causado á esta viña escogida su ruina y desolacion; los que han trasformado en horrible desierto esta porcion de mi herencia, donde en otro tiempo crecian plantas tan fecundas, y tan abundantes frutos. Ellos han ajado su hermosura, dejándola espuesta á la depredacion y al furor de sus enemigos; y esta desgraciada tierra llora aun la triste desolacion que le han ocasionado las prevaricaciones de los que yo habia elegido para velar en su defensa. *Possuerunt eam in disipationem.* ¡Qué fatalidad, hermanos míos, para un siglo, para un reino, para un pueblo, un solo sacerdote indigno de su ministerio! *Possitus est, etc.*

Y no se entienda que, cuando digo un *sacerdote indigno*, le supongo manchado de delitos enormes: no es este mi pensamiento; no le supongo tan malo. Hablo de un sacerdote disipado, mundano, dado á las diversiones é inutilidades del siglo, mas ocupado del mundo que de las funciones de su ministerio; un tal sacerdote es un hombre de pecado, sentado en el templo de Dios, un azote que su justicia tiene preparado á los hombres, y un hijo de ira na-

cido para infelicidad de sus hermanos. *Possit-
tus, etc.*

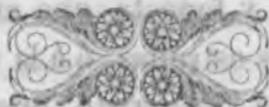
Un sacerdote es además coadjutor de Dios en la salud de las almas: *Dei coadjutores*, anunciando á los fieles la palabra de vida y de reconciliación, y alimentándolos con el pan de doctrina y verdad. Pero ¡ay! ¡ay! ¡lástima incomprensible! un sacerdote indigno de este glorioso nombre se hace coadjutor de Satanás en la pérdida y seducción de sus hermanos. *Audite hoc, sacerdotes, quoniam laqueus facti estis speculationi, et veste spansum super Tabor.* «Oid, sacerdotes, dice el Profeta Oseas, vosotros, lejos de haber sido guías de mi pueblo, le habeis armado lazos para hacerle caer sin recurso; y en vez de romper las ligaduras y la disolución en que estaba cautivo, las habeis apretado, siendo para él como una red funesta en que ha caído, y de donde su ignorancia no le permite salir.»

En un sitio tan lleno del espíritu sacerdotal, yo no hablo, vuelvo á decir, de culpas enormes, ni de delitos parecidos á los de que hablaba Oseas, y todo esto lo he traído para escitarnos la gracia de nuestra vocación por me-

dio de la oracion, el retiro del mundo, y por una vida interior y mortificada. Lo he traído para hacerme cargo á mí mismo, para reprenderme mis tibiezas, mis flojedades, mi espíritu terrestre, mis ideas é inclinaciones del mundo, mi sequedad y aridez para las cosas del cielo. Mas de una vez me he dicho en la pobreza de mis obras: ¿á qué me destinan los decretos formidables de la divina justicia? No he abandonado enteramente al Señor; conservo por su infinita misericordia bastante temor de su santo nombre, y bastante deseo de mi salvacion; pero ¿he trabajado con celo por la felicidad de mis hermanos? ¿Los he edificado siempre, ó alguna vez los habré escandalizado? ¿Soy un sacerdote segun el corazon del Altísimo? Nada sé de todos estos estremos: *¿et vivit anima mea?* ¡ay! nadie, nadie lo sabe! ¡Idea espantosa! ¡pensamiento formidable!

Nosotros ¡hermanos míos! no podemos perdernos ni salvarnos solos. Es forzoso que nos parezcamos al dragon del Apocalipsis, á aquella bestia horrible y funesta que arrastró consigo una parte de las estrellas, ó á la verdadera serpiente de metal, Jesucristo, que elevado de la

tierra, lo atrajo todo á sí, curando nuestras flaquezas. ¡Qué motivo tan urgente para renovar el espíritu de nuestra vocacion, para que procuremos ser fieles en nuestras funciones, vigilantes sobre nuestra conducta, y temerosos de nuestro estado! ¿No vemos esa violenta conmocion que agita al universo y que le amenaza con una última y estrema catástrofe? ¿No vemos desenvueltos los misterios terribles de la religion filosófica? ¿No vemos los esfuerzos de Satanás para establecer en la tierra su reynado de horror y de confusion, y valerse para este infernal proyecto del espíritu de seduccion y de mentira? ¡Oh! ¡quién podria vivir en este reyno de impiedad, de ódios y venganzas, de desolacion y de ruinas! Alentémonos ¡hermanos míos! No faltarán las palabras de nuestro divino Salvador: «el mundo os afligirá, no temais; yo he vencido al mundo.» ¡Dichosos los que padecen en él, porque ellos poseerán la dichosa eternidad! AMEN



SERMON

DEL ECCE HOMO.

Anima qua afflicta non fuerit in die hac . peribit
El alma que no se halle aligida en este dia , perecerá,

Levit. Cap. XXIII, v 29.

Cuando yo considero el asunto que nos congrega en esta tarde, puedo decir con un santo doctor , que me sucede á poco mas lo que á un hombre, que de un lugar elevado mira un abismo profundo, cuya vista le hace volver la cabeza, y perder el sentido. Porque al solo aspecto de las cosas que se ofrecen á mi espíritu, todo me admira, y me consterna [todo; mi vista se conturba, mi imaginacion se trastorna y mi alma desfallece de congoja; el desórden de mis pensamientos es tal, que los unos sofocan á los

otros, sin que en esta confusion sepa por donde salir, ni á que atenerme. Herido de admiracion, y casi reducido á la incredulidad por la novedad de una historia tan trágica, cuando yo veo al Hijo único de Dios vivo, á este soberano Señor de todas las cosas, delante de cuya Magestad se inclinan el cielo y la tierra; cuando yo le veo en las humillaciones y en tormentos tan extraños, me pregunto á mí mismo: ¡ó Dios! ¿cómo es posible que una Grandeza tan elevada haya sufrido tan viles tratamientos? ¿Es, pues, cierta esta historia, y no se engaña á la fé pública por medio de exageraciones abultadas? Pero ¡eh! si hay alguno que esté herido de semejantes temores, abra los ojos, síjelos en ese retablo, mire por un instante de hito en hito á esa efigie destrozada, y verá en ella al Hombre-Dios amarrado á un leño por nosotros, como un malhechor, cubierto de oprobios, como si fuera un infame, coronado por burla de espinas penetrantes, á aquel cuyo cétro son todos los cétros del mundo. Mas ¡ay de mí! le vemos que no tiene hermosura, que le falta la magestad. ¡*Ecce Homo!* Nada le queda por donde ser conocido: lleva sobre sí nuestros pecca-

dos, y por nuestras iniquidades está cubierto de llagas. Ha sido herido por nuestras maldades, y con sus cardenales hemos sido curados. Cargó sobre sí nuestras enfermedades, y soportó nuestros dolores. ¡Qué espectáculo! Regiones remotas, islas bárbaras, pueblos feroces é indomables, ¿oisteis jamás una escena tan trágica y un suceso tan terrible? ¡Anatéma, juicio y condenacion para aquel de nosotros que no tuviese quebrantado de dolor el corazon! ¡Sea borrado del libro de la vida! ¡No le sean aplicados los méritos sobreabundantes de la víctima, y perezca para siempre! *Anima quæ afflicta non fuerit, etc.* Este es el espectáculo mas cruel que jamás se vió en el mundo, y el mas terrible que ha quedado en la memoria de los hombres; el castigo mas sangriento que puede tomarse del pecado, y la mas espantosa venganza que amenaza á las mas felices pasiones. Para convenceros de esta verdad, pidamos antes los auxilios de la divina gracia por medio de la intercession de la Reina de los Angeles, diciendo:

AVE MARIA.

Jesucristo insultado, escupido, abofeteado y afado ofrece una idea que no se puede sopor-
 tar, y que apenas se puede concebir. Sin em-
 bargo, por increíble que parezca la escena, no
 por eso es menos cierta. ¡Oh Dios! ¡qué mal!
 ¡qué prevaricación! ¡Oh Jerusalem ingrata! ¡ó
 leyes! ¿qué es de vosotras? ¡ay! ¡qué delito!
 ¿cómo le llamaremos? Mejor será no darle nom-
 bre, y preguntar con Jeremías: *¿Quis audibit*
talia horribilia quæ fecit nimis Virgo Israel?
 ¿Quién ha oído cosas tan estupendas como las
 que ha hecho la Virgen de Israel? Y para que
 os convenzais claramente, quiero que me res-
 pondais: ¿Quién es ese, cuya tragedia, cuyas
 allicciones y angustias se ofrecen á nuestra vis-
 ta? Es aquel Dios que, cuando está indignado,
 hace temblar la tierra y estremece hasta los
 fundamentos de los montes; aquel Dios que con
 sus miradas enciende fuego vengador, y con-
 vierte en vivas llamas ciudades enteras; aquel
 Dios que hace se inclinen los cielos y descien-
 de sobre las nubes. *¡Ecce homo!* Aquel que se
 viste de luz como de un vestido, y estiende los
 cielos como un velo, se mira hoy vestido de

unos andrajos de púrpura que, por lo toscos y groseros, irritan mas sus heridas. Aquel, cuyo imperio se estiende sobre todo lo que alienta, cuya corona son todos los céetros de la tierra, es coronado de espinas que le taladran la cabeza. Aquel que dispone de todos los céetros á medida de su voluntad, tiene por céetro una caña, de la que se sirven para burlarse de él: *¡Ecce homo!* Aquel, cuya corte son todos los espíritus bienaventurados, es escoltado de una tropa insolente y licenciosa que le insulta y escarnece. *¡Ecce homo!* Aquel Dios, que disipa las nubes con el resplandor de su rostro, que no puede manifestársenos sino entre densas nubes, donde se vé obligado á esconderse como en un tabernáculo, para ocultar á nuestros ojos su resplandor y hermosura, se ofrece hoy á nuestra meditacion con los ojos vendados, con la frente manchada con salivas, y profanada con ultrages. *¡Ecce homo!* Aquel Dios, que desde lo alto de los cielos habla á los tímidos mortales con el trueno espantoso que hace retumbar sobre ellos, sufre que descarguen sobre él desapiadadas bofetadas, llamándole por burla *Unjido del Señor, adivina quien te dió. ¡Ecce homo!*

Hé aquí el hombre que deslumbra y consterna á sus enemigos con repetidos relámpagos, y los disipa con los rayos que salmina con flechas sobre sus cabezas, convirtiéndolos en polvo, como si fuesen vasos frágiles de barro: *hé aquí á este hombre*, arrastrado y amarrado como un ladrón por su mismo pueblo. ¡*Ecce homo!* Aquel de quien son hijos todas las criaturas, ha venido á tener á todos por contrarios, y hasta sus propios amigos se le han declarado sus mas encarnizados enemigos; hasta su propia sangre se ha revelado contra él, y le han sumergido en un piélago cenagoso, donde no puede hallar fondo. Aquellos mismos, cuya dicha venia á procurar, le han arrojado en un proceloso mar, y la tempestad le ha sepultado entre las olas. ¡*Ecce homo!* *Hé aquí el hombre*, que ha sido abandonado por aquellos mismos que debian estar mas juntos y unidos con él. ¡Qué horror! ¡oh mortales! aniquilaos de espanto, y quebrantad vuestro corazon de dolor: el que no lo hiere así perecerá para siempre. *Anima quæ afflicta non fuerit, etc.*

¿Y qué es lo que ha hecho Jesucristo? ¿Cuál es su delito? ¡Ah cristianos! Aquel, que es tres

veces santo, no puede tener pecado; aquel, que ha venido á destruirle, debe estar esento de él; el que ha bajado para quitar á la muerte sus despojos, no puede ser presa de ella. Esto es cierto, y vosotros no lo dudais. ¿Pues por qué razon redujo Dios á su hijo á este deplorable estado? *Ad ostensionem justiciæ suæ*, dice san Pablo. Fué para convencernos é imprimir hondamente en nuestro entendimiento la idea que nunca se fija en él suficientemente, y es: que siendo el pecado ofensa de Dios, que es el Ser supremo, es por consiguiente el mayor de todos los males; que no hay en el mundo mal que sea comparable con el pecado; que todos los males del mundo son muy leves para castigarle. El hombre por sí mismo no era suficiente: para siempre hubiera quedado en las tinieblas; no hubiera dado un paso para el bien; hubiera perecido á manos de sus pasiones. Por eso Jesucristo tomó sobre sí los pecados de todos los hombres, y se hizo responsable de ellos. *Factus pro nobis maledictum*: ¡qué castigo tan sangriento! ¡qué misterio tan augusto! ¡qué leccion tan profunda! Se nos hace sentir la obligacion de macerar nuestra carne, de luchar contra

nuestras injustas pasiones, y de vengar nuestros delitos. Pero ¡oh Dios! para lavarnos de tantas iniquidades; para reparar tantas ofensas, como de noche y de dia, en la ciudad y en el campo, en las plazas y en las calles se cometen contra Vos, era menester arrancarnos del seno de nuestra patria, y meternos en los montes; era menester que repitiesen las montañas y cavernas el eco de nuestros dolientes alaridos; era menester manchar los peñascos con la sangre de nuestra maceracion y penitencia; y era menester, en fin, que, á ejemplo de los Ninivitas, nuestras bestias se asociasen á nuestros tristes lamentos. La iniquidad ha llegado ya á lo sumo; los mas han prevaricado. Cada uno sigue la pasion que le domina; la tierra se halla sembrada de impurezas, la verguenza, esa virtud celestial, que sirve de dique al desórden, se mira como ignominia; los malos han llegado á oscurecer a los buenos. ¡Justo cielo! ¡qué abominable desórden! ¡qué desdicha tan espantosa! ¡ah infelices! no os vanaglorieis de vuestros delitos; no publiqueis que nada triste os ha sucedido; eso mismo es vuestra mayor desgracia; os amenaza muy de cerca la venganza; está

muy inmediato el castigo, y temo que haya de ser espantoso.

Una de las verdades mas ciertas y mas tremendas de nuestra adorable religion, la que no obstante apenas pueden los cristianos comprender, es que la felicidad de los pecadores en sus pasiones es su mayor confusion y su castigo. Esta verdad se halla en cada página de nuestras escrituras santas; y si el pecador no la conoce, consiste en que no se conoce á sí mismo. Pongamos á su vista el antiguo testamento, y en él oirá decir á David: «Mi pueblo se ha negado á oír mi voz: ¿pero qué es lo que le ha sucedido? Le abandoné á los deseos de su corazon, caminará por donde quisiere: *Dimissi eos secundum desideria cordis eorum, ibunt in adinventionibus suis.* Presentémosle el evangelio, y oirá á san Pablo que dice á los Romanos: «Aunque los sábios conocieron á Dios, no le tributaron la gloria que le es debida; por eso Dios los entregó á los deseos y á las pasiones de su corazon.» Este abandono, estas felicidades aparentes del hombre en sus pasiones, en todo cuanto emprende, en todo cuanto se propone por objeto de su alegría y de su dicha, es su

desgracia, su vergüenza, su castigo, y la venganza que Dios ejerce en esta vida; pues de aquí nacen los desórdenes, los precipicios, y las miserias en que infaliblemente se enreda el pecador arrebatado de la felicidad de las pasiones. Oid la prueba.

Los tormentos y la muerte de nuestro Redentor fueron una obra común, y al mismo tiempo el suceso mas feliz de todas las pasiones; no obstante, no hubo uno que no hallase el castigo que merecia. El primero que se presenta en esta escena, es el pérfido Judas. Este Apóstol tenia una alma ruin; estaba encargado de recoger las limosnas que se daban á su Maestro, y este cargo le familiarizó con el dinero de tal modo, que muy presto se halló poseido de esta pasión; su amor á su maestro no era mas que un torpe deseo de saciarla; el perfume que derramó la Magdalena á los pies del Salvador avivó su codicia: mas hubiera querido que el precio de aquel perfume se hubiera convertido en limosnas para los pobres, pues de este modo hubiera sacado de él el tributo que acostumbraba. ¿Pero qué hace al ver frustrada esta ganancia? Procura desquitarse, aunque sea á

costa de la vida de su Maestro; vá en busca de los Príncipes de los Sacerdotes; en la sinagoga se ofrece á entregársele, y concluye el ajuste. ¡Qué contento no experimentaría, al ver que merecia la confianza de los Grandes, de los Pontífices y de los Magistrados! ¡qué alegría seria la suya, al considerar que no habia hallado obstáculo alguno en la egecucion de su designio! ¡qué placer no experimentaría, al ver que su tropa, que habia sido derribada en tierra á la primera palabra de Jesucristo, levantándose inmediatamente con nuevo valor, le llevó atado por las plazas y calles hasta la casa de sus enemigos! Ved aquí, cristianos, treinta denarios bien ganados! ¡ved una pasion feliz y contenta! ¿Pero que es lo que vemos al siguiente dia? Seguid el desenlace ¡qué catástrofe! Este hombre astuto y sagaz, que se gloriaba en la felicidad de su traicion, yá no vé mas que su verguenza. Despedazado de sus propios remordimientos, publica la inocencia de Jesucristo; confiesa su delito, y arroja á los pies de los ancianos aquel maldito dinero. Pero ¡oh triste fin de una pasion que ha llegado á lo sumo de sus deseos! inmediatamente le vemos ahorcado. ¿Y por qué sen-

tencia? Por la misma que él ha pronunciado y egecutado contra sí: él mismo fué su juez y su verdugo; su ruindad y su bajeza no le suministraron en su desesperacion otros instrumentos mas nobles para darse la muerte, que una horca y un dogal: miróse como indigno de perdon, y abandonóse á la crueldad de sus remordimientos.

Pensareis acaso que este es el único avaro que muere despedazado por sus remordimientos. ¡ Ah! ¡ qué engaño! Ay de todos esos avaros que comercian con el hambre, la sed y la sangre del miserable; estos hombres sin humanidad pagan todos los dias, muy á pesar suyo, el comun tributo á la naturaleza, y el gozo que es consiguiente á su muerte, muestra bien el paradero de sus infames manejos: mueren, ¡ infelices! y de nadie son llorados; veamos en un corazon maligno la felicidad de una pasion maligna. Me parece, cristianos, que por estas señas no podeis menos de conocer á los Escribas y Fariseos, y la envidia que les domina. Llevan arrastrando, atado á Jesucristo á la casa del sumo Pontífice, le acusan á voces, y presentan testigos; pero sus deposiciones son poco con-

cordes entre sí; el sumo Pontífice se vé obligado á buscar en las respuestas de Jesucristo motivo para condenarle, y desagradando estas á uno de los subalternos de aquel, tiene la inaudita osadía de darle una bofetada en presencia de todo el concilio: aun pasa mas adelante la insolencia. Dejan á Jesucristo entregado toda la noche á la brutal soldadesca, y esta se divierte en insultarle, herirle, darle golpes, escupirle y vendarle los ojos, diciéndole: *Adivina quien es el que te hiere.* ¡O Dios! vuestros enemigos tienen gran fundamento para lisongearse de sus felices sucesos; ellos aparentaban justificar sus delitos en la seguridad de su templo, su nacion, su gobierno y su religion. Pero ¡oh infelices! todo esto que procurais evitar, os sucederá infaliblemente. Dios, si es lícito decirlo así, se deleitará en confundir la envidia con los felices sucesos de su malicia.

Pasemos á Pilatos, gobernador de la Judea. Este, la ciudad y el santuario han sido disipados: habeis quedado sin hostia y sin sacrificio; y esta desolacion se estenderá mas allá de los siglos. Finalmente, vosotros ¡ó Judios inhumanos que tan felizmente habeis conseguido vuestros infa-

mes designios contra nuestro adorable Salvador! ya es tiempo de que canteis la victoria. Clamad en alta voz: *venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*. Así sucederá ¡infelices! así ha sucedido. Esta sangre inundará vuestra ciudad y todo vuestro pais; esta sangre producirá hambre dentro de vuestros muros, incendios en vuestro templo y en vuestro santuario, furor en vuestros ciudadanos, que se despedazarán con sus facciones; y rabia en el cerazon de vuestras mugeres, que se comerán á sus hijos. Así ha sucedido, y pasarán los siglos, y no se acabará vuestra desgracia. Vosotros debeis estar contentos, y Jesucristo vengado.

¡Cristianos! ¿estais convencidos de la extrema miseria de los pecadores en los felices sucesos de sus pasiones, y del rigor de los juicios que Dios ejerce contra ellos haciéndoles infelices por medio de su misma felicidad? El Señor les rompe el arco con la misma espada que esgrimen contra el inocente. Caiga, pues, en poder de los malos el pérfido traidor que ha entregado al justo, y el diablo esté á su diestra para acelerar su perdicion. ¡Oh vosotros amantes de la virtud! no tengais celos de la prosperidad de los

malos, porque su felicidad es como la yerba del prado, que nace á la primavera y queda agostada en el estio. De aquí á un poco vereis desaparecer al pecador tan colmado de bienes y gloria: se buscará el sitio que ocupaba, y no se encontrará ni aun sus vestigios. Empero, nosotros ¡óh Dios! del modo que ahora somos, somos vuestros, y Vos os hallais en ese estado humilde, ensangrentado y despedazado en la cruz, para reducirnos por este medio al estado en que debiéramos estar. Si hubierais querido romper estos vasos de corrupcion, no teniais necesidad de mas que haberos quedado en el cielo, sentado en vuestro trono; pero Vos ¡Señor! trocasteis vuestro trono por esa cruz de ignominia y dolores. ¿Y para qué? Sin duda no ha sido para darnos á conocer vuestro rigor, sino vuestra misericordia. ¡O sangre de mi Dios! ¡salvadnos! ¡Sangre de mi Dios! ¡purificadnos! ¡Sangre de mi Dios! ¡santificadnos! ¡Sangre de mi Dios! ¡sed para mí y para todos los circunstantes un manantial de gracia, que mane hasta la vida eterna! AMEN.

las calaveras de la tierra. El mundo arroja sus cadáveres sobre esta creencia: arroja su vida á la de Jesucristo

malos, porque su felicidad es como la tierra del
 prado, que nace á la primavera y padece agos-
 tado en el estío. De aquí á un poco veréis de-
 saparecer al pecador tan colmado de bienes y
 gloria: se descubre el sitio que ocupaba, y no se
 encuentran ni canas ni vestigios. Muerto, nos
 tras debidos! del modo que ahora somos,
 muertos. Si osas hallar en este estado halla-
 do, en un instante y desparecido en la cruz,
 para volvernos por esto medio al estado en que
 debíamos estar. Si habiérais querido romper
 estas masas de corrupción, no tenáis necesidad
 de lo mas que haberos quedado en el cielo,
 sentado en vuestro trono; pero vos Señor! lo
 es todo vuestro trono, por esa cruz de gloriosa
 y redolente. Y para poder vivir en el
 de paraisos á conocer vuestro rigor, sino
 vuestro misericordia. O sangre de mi Dios!
 halladme! Sangre de mi Dios! purificadme!
 sangre de mi Dios! santificadme! sangre de
 mi Dios! sed para mí y para todos los circun-
 dantes un manantial de gracia, que mane hasta
 la vida eterna. Aun á este estado y hasta la
 la de esta vida, que osotro, no olvidéis en total
 sol de dadispro al de solo no lánru

SERMON

para el día de la

RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Surrexit, non est hic.

Resucitó, no está aquí.

Marc. Cap. XVI, v. 6

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

LAS santas mugeres ván á buscar al Salvador al sepulcro, y los Angeles anuncian á esta santa compañía que ha salido victorioso del sepulcro. Maria Magdalena y las otras mugeres lo aseguran á los Apóstoles, y estos estienden la nueva de este misterio hasta las estremidades de la tierra. El mundo arregla sus costumbres sobre esta creencia; arregla su vida á la de Jesucristo

paciente, á fin que un dia este Jesus la reforme sobre la suya propia, gloriosa é inmortal. Hé aquí el misterio augusto, cuya memoria os convida la iglesia á celebrar. Hé aquí el punto capital de la fé, que pasa de edad en edad á sus hijos, y que el dia precedente está encargado de transmitir al siguiente. Una vez reconocido este artículo fundamental de nuestra santa religion ¿qué cosa mas racional ni mas indispensable que resucitar hoy espiritualmente, para participar un dia de la vida gloriosa de los cuerpos? Pero este gran milagro de la resurreccion de Jesucristo; este hecho único en su especie; este prodigio, que el artificio del infierno no podrá contrahacer jamás, y que anuncia desde luego la divinidad del que le obra ¿es tan cierto como grande? ¿tan fundado en sus principios como interesante en sus consecuencias? ¿tan digno de nuestra creencia como es necesaria la reforma de costumbres con semejante conviccion? Esto es lo que creemos, y es cierto; mas tambien lo es que el libertino quisiera poder no pensar en ello. Y ¿qué esfuerzos no ha hecho en todos los tiempos, para triunfar de las alarmas que le causaba su infidelidad? El judío ha

tratado de hacer mirar como una fabula la resurreccion, aun antes que los Apóstoles predicasen la verdad de ella; el gentíl ha tratado este dogma de supersticion peligrosa; y segun él, sus sectarios eran todos dignos de muerte; todos de concierto han emprendido ahogar la religion en su cuna, haciendo sufrir á sus miembros y ministros los tormentos mas crueles. ¿Qué ha sucedido con todos estos esfuerzos? El Dios que habita en los cielos, se ha burlado de los pueblos, unidos contra su Cristo; le ha establecido rey sobre la montaña santa, y le ha dado á las naciones por herencia.

No obstante, porque la religion no tiene que temer sino el no ser bastante conocida, será bueno presentar algunas de las pruebas principales, sobre que está fundada nuestra fé. Aprendereis á dar razon de vuestra esperanza, como san Pedro lo exige de todos los cristianos; á morir al mundo, para resucitar en Jesucristo; á no buscar ni amar á otro que á el; á vencer los obstáculos que se oponen á este amor; á hacerle nacer en el corazon de todo el mundo. Pasemos hasta el sepulcro del Salvador; consideremos á este Conquistador victorioso, que

despoja al Egipcio, enriquece al piadoso Israelita, destruye nuestra muerte, nos restituye la vida, volviendo á tomar la suya, estingue el reino del pecado, establece el de la inocencia, y toma posesion de su reino eterno. ¡Ah! si nosotros nos penetráramos bien de estas reflexiones; si concibiésemos lo que este divino Salvador ha hecho por nosotros con su muerte, y lo que hace hoy con su resurreccion ¿qué no haríamos para resucitar del sepulcro de nuestros vicios, y sepultar allí nuestros pecados? ¡Oh! que dichoso seria yo si este discurso pudiese contribuir á una obra tan digna de Dios! Yo os hago ¡Dios mio! el homenaje de él; y es la primera víctima que ofrezco á vuestra gloria. Y ¡vosotros oyentes! conservad y practicad fielmente lo que voy á deciros sobre el misterio de este dia. Creer á Jesucristo resucitado, nada mas justo é invenciblemente establecido. Buscar á Jesucristo resucitado, nada mas ventajoso y mas conforme al misterio de este dia. Para demostrarlo, pidamos la asistencia de la divina gracia, por la intercesion de la Reina de los Angeles, saludándola:

AVE MARIA.

ILLMO. SOR :

Este es el dogma fundamental de toda la religion cristiana : la resurreccion de Jesucristo. Si este solo artículo no fuese cierto, todos los demas serian falsos, y resultarian las mas tristes consecuencias para el justo. Se seguiria que los Apóstoles, que nosotros reverenciamos como héroes, fueron unos grandes hipócritas é impostores llenos de artificio. Se seguiria que los fieles han creído en vano, y que en vano, por no perder su fe, han consentido en perder la vida : *inanis est fides nostra*. Se seguiria que la muerte de nuestro Salvador ha desconcertado la obra de nuestra salvacion ; que no hay esperanza de que nosotros seamos justificados jamás ; y que no nos queda mas que la desesperacion de vivir siempre en el pecado : *adhuc estis in peccatis vestris*. Se seguiria que no hay resurreccion que esperar para nosotros, y que somos los mas miserables de todos los hombres : *miserabiliores sumus omnibus hominibus*. Estas son las consecuencias que sacaba san Pablo de que Jesucristo no hubiese resucitado. Esto quisiera el incrédulo ; pero que atienda, y nuestro triunfo es seguro.

Es imposible que todas estas santas mugeres se hayan engañado ; que las unas no corrigieran el error de las otras ; pero se conforman en la relacion circunstanciada de todos los hechos : su profundo respeto las habrá hecho circunspectas, para no dar á un fantasma los obsequios que quieren dar á Jesucristo ; y son de una virtud y de una sabiduría, que aseguran su buena fé á cualquiera que las conoce. ¿Qué pruebas mas convincentes se quieren que sus propios pasos? Si hubiesen tenido el pensamiento de que Jesucristo resucitaria, y que no le encontrarían, pudiera decirse que creyeron ver con sus ojos lo que les mostraba su imaginacion ; pero están tan distantes de creer que Jesucristo deba resucitar , que desde el viernes hacen sus preparativos para cumplir las obligaciones de la sepultura ; no esperan que sea de dia el domingo , para ir al sepulcro ; buscan por todas partes un cuerpo muerto, y esta idea las impide reconocer á Jesucristo vivo. Si la buena fé de los testigos, si su probidad, si la perfecta conformidad de su testimonio basta para recibirle, ¿por qué se ha de rehusar el de estas santas mugeres? Nuestro Salvador ha re-

prendido amargamente á sus Apóstoles, por no haber dado crédito á lo que ellas les decían. Considerad con toda la sinceridad de que sois capaces los caracteres de este primer testimonio, y estareis dispuestos á creer la resurrección de Jesucristo. La prueba que se saca de la conducta de los judíos es capaz de convencer los entendimientos mas prevenidos y los mas encaprichados.

Estos crueles enemigos del Salvador, acordándose que habia anunciado muchas veces que resucitaria al tercero dia, y temiendo en consecuencia de los prodigios que acompañaron á su muerte, que se realizase su profecía, vinieron, buscaron á Pilatos, y le dijeron: «Señor, nos hemos acordado que este impostor dijo cuando vivia: *Yo resucitaré tres dias despues de mi muerte*; mandad que el sepulcro sea guardado hasta el tercer dia, no sea que los discípulos vengán á robar su cuerpo, y digan al pueblo que ha resucitado de entre los muertos; y el segundo error sea peor que el primero.» Pilatos vino en ello; sellaron la piedra y pusieron guardias. Tomadas estas precauciones, les parecia imposible que el Salvador resucitase; pero

¡qué vanos son los pensamientos de los hombres! ¡y qué admirable la sabiduría de Dios! Se sirve de nuestros propios designios, para trastornarlos cuando le place. Los judíos trabajan por asegurar á todo el mundo, que aquel que ellos han entregado á la muerte, es un seductor, y que no ha resucitado, como lo habia prometido, ¡y el Eterno emplea sus propios trabajos, para asegurar la verdad al universo! Desde la mañana del Domingo, los espíritus celestiales son enviados para anunciar que el *Leon de Judá* ha vencido la muerte; que la santa alma de Jesus se ha reunido á su cuerpo; que está ya en Galilea; y que allí se descubrirá á sus hermanos. Un temblor de tierra hace conocer la magestad del Señor, de quien los Angeles son embajadores: uno de ellos aparta la piedra que separa el sepulcro del vestíbulo, se sienta sobre esta piedra, y de allí arroja miradas espantosas sobre los soldados que guardan el sepulcro. A este aspecto, los guardias son sobrecogidos de un espanto mortal; quedan como muertos, tanto por la vista del Angel, que estendia por todas partes el terror de sus miradas, como por el sacudimiento violento de la tierra. Pero

vueltos en sí ¿qué hacen? Se separan algunos, y ván á declarar á los judíos todo lo que habian visto: que los Angeles habian aparecido; que las mugeres han venido para embalsamar el cuerpo de Jesucristo; y que no le han hallado; y que Él ha resucitado.

Hé aquí un testimonio bien convincente para los judíos, pues que es dado por hombres que han entrado en sus negros complóts y en sus maquinaciones nefandas. ¿Qué debieron hacer entonces? Aun era tiempo de convertirse: podian esclamar con el Centurion, que habia asistido á la pasion: *este hombre era verdaderamente hijo de Dios*. Pero se juntan, se consultan, ¿y sobre qué ¿Qué habia que deliberar sobre una cosa tan clara y tan justa? ¿No era evidente que se habia entregado á la muerte al Justo, y que este la habia vencido? Empiean la seduccion y el cohecho para comprometer á los guardias; logran de ellos que por todas partes publiquen, que el cuerpo de Jesucristo ha sido robado por los discípulos, quando estaban dormidos; y despues envian cartas á los principales de la nacion, para persuadirles que la cosa ha sucedido así; y ved aquí lo que los ju-

díos creen hoy. ¿Hubo jamás fábula mas ridicula ni mas mal concertada? Porque, como lo nota san Agustin, si estos guardias dormian, ¿cómo han podido asegurar que los discípulos robaron el cuerpo de Jesus? ¡Retrato admirable de la Providencia! Se diria que los proyectos de los judíos eran procurarnos una certidumbre completa de la resurreccion, antes que impedir la ¡Triunfo admirable del fiel sobre el judío y el incrédulo! La victoria huye de este, sin que sea necesario combatirle. Estas primeras reflexiones bastarán, para mostrarnos, cómo *la iniquidad ha mentido contra sí misma*. Hago todavía mas: voy á mostrar que los judíos, contra el interés de sus pasiones, han convenido por toda su conducta que Jesucristo estaba verdaderamente resucitado, y que este pretendido robo hecho por los Apóstoles era una fábula grosera.

— Si el gran Sanhedrin hubiera estado persuadido del robo del cuerpo de Jesucristo, su deber y su honor le empeñaban en tomar todas las precauciones necesarias para descubrir la impostura, y hacer conocer en Jerusalem y en toda la tierra este delito de los Apóstoles; pero

lejos de tomar precaucion alguna, aparentan sobre este artículo un profundo silencio, y esto cuando tienen la ocasion mas favorable para ejecutar un proyecto tan justo segun ellos. Ved cómo. El dia de Pestecostés, una de las tres fiestas, en que toda la nacion se hallaba en Jerusalem, anuncian altamente que Jesus, á quien ellos crucificaron, habia resucitado, y persuaden á tres mil hombres que abracen la religion cristiana. Pocos dias despues predicán en el templo este mismo prodigio, y la fuerza de sus discursos, y el brillo de sus milagros convierten á cinco mil. ¿No era este el lugar y el momento de acusarlos de semejante delito, si ellos fueran reos de él? Sin embargo nadie les dice una sola palabra. ¿Era esta la conducta de gentes persuadidas del crimen que baldonaban? Si hubieran estado en esta persuasion ¿no hubieran debido ser consiguintes en sus razonamientos? ¿No debian mirar á los Apóstoles como hombres cargados de la maldicion divina, y su empresa como un horrible atentado cantra Dios mismo? ¿Han pensado así? Al contrario, han supuesto en el consejo general de la nacion que la mano de Dios podia estar en fa-

vor de los Apóstoles. Oigan los incrédulos, y no pidan mas testimonios. Sin embargo, hé aquí el tercero.

Este se toma de lo que dijo el Angel á las mugeres. «Mirando, dice el evangelio, que la piedra (que era muy grande) habia sido quitada, sin saber, no obstante, que el Angel la habia quitado, entonces ¡qué sorpresa para estas santas mugeres! entrando en el monumento, vieron á un joven sentado al lado derecho, vestido de blanco, y fueron sobrecogidas de grande espanto.» Pero un dulce consuelo sucede á este espanto. «No temais, les dijo en Angel. Vosotras buskais á Jesus Nazareno, que ha sido crucificado: ha resucitado, no está aquí; ved el lugar donde le pusieron.» Yo pregunto al incrédulo; si contra toda razon rehusa escuchar los testimonios de las mugeres y de los judios que le he referido ¿osará desechar el de un angel? ¿El espíritu de la mentira les sugerirá que era un fantasma el que las mugeres han tenido por una realidad? Considera, le diria, la tierra violentamente conmovida, los guardias trastornados, el sello del imperio arrancado, la piedra quitada; juntad á estos mila-

gros los que los aseguraban mas y mas en la muerte del Salvador, la sangre y agua que corrieron de su costado, las tinieblas espesas que cubrieron durante tres dias la sobrehaz de la tierra, el velo del templo rasgado, los sepulcros que se abrieron, los cuerpos de los santos que resucitaron, las rocas que se hendieron, y confiesa ¡ó incrédulo! que tu corazon es mas duro que estas rocas, si resistes á unos prodigios tan magníficos. Los mismos que crucificaron al Salvador, han sido movidos de ellos. Un Centurion, los soldados romanos, los espectadores de la muerte del Redentor, conocen que el Crucificado es dueño de la vida y de la muerte. ¡Ah hermano mio! ¿qué quieres que yo piense de tu ceguedad, si cierras tus ojos á una luz tan viva que por todas partes te rodea? Nos hace gemir, y debiera hacernos temblar. Si el cielo y la tierra; si los ástros que desfallecen, y la tierra que se horroriza; si los Angeles que hablan, y los endurecidos que ceden, no os convierten ¡eh! ¿qué testimonio recibireis en adelante? Puede ser que recibais el de los Apóstoles que yo sujeto á toda la severidad de vuestra crítica. « Id, habia dicho el Angel á las mugeres, id á decir á sus

Discípulos y á Pedro, que Jesus irá delante de vosotros á Galilea.» Es cierto que sus discípulos resistieron mucho tiempo antes de creer; pero al fin cedieron, é hicieron pública la fé del misterio que creían. En Galilea habian de ver al Salvador, segun la prediccion del Angel á las mugeres.

En efecto, Jesucristo habia hablado de su resurreccion, no una vez, sino muchas; no á sus discípulos solamente, sino á los judíos mismos; no en enigmas, sino en términos claros y precisos; no dejando adivinar el tiempo, sino señalando el dia en que se haria el milagro. Segun las escrituras, era otro Jonás que *debía estar tres dias en el seno de la tierra*, como el Profeta estuvo *tres dias en el vientre de la ballena*. Su cuerpo era un templo que debía restablecer *tres dias despues de su destruccion*. La Galilea es designada como el lugar donde debía mostrarse á sus discípulos. Ved ahora el discurso que nace voluntariamente de estas profecías. O el Salvador, que las hacia, no estaba seguro de su cumplimiento; y en esta suposicion ¿por qué se entregaba á la muerte? ¿por qué se ponía en manos de sus enemigos? ¿por

qué pretendia atraer á sí á todo el mundo por medio de sus suplicios? Si al contrario estaba seguro de su efecto ¿de dónde le venia esta certidumbre sino de su propia sabiduria, que le descubria su omnipotencia y la posibilidad de su resurreccion? Estamos, pues, obligados á reconocer en sus profecías un poder y una sabiduria infinita, y por consiguiente la verdad de su resurreccion. Sí; yo la creo: Jesucristo, objeto y fundamento de mi esperanza, ha resucitado: *Surrexit Christus spes mea*. Yo veo hoy en la persona de Jesus un José, que sale glorioso de su prision; un Isaac, que se levanta de su hoguera lleno de vida; un Job, antes tendido sobre el muladar y hecho presa de la podredumbre, restablecido en su antiguo estado de brillo, de gloria y de opulencia; un Davíd, que vuelve glorioso á Jerusalem. Veo los tiempos realizarse, las sombras disiparse y cumplirse las profecías.

Hemos visto los motivos en que está fundada la resurreccion de Jesucristo. Veamos los medios de buscarle. Lo que hacen las santas mugeres del evangelio, es el ejemplar de la conducta que nosotros debemos guardar. Esta san-

ta compañía busca el cuerpo de Jesucristo muerto y sepultado; nosotros debemos buscarle glorioso y resucitado; estas mugeres le buscan en el sepulcro donde no está; nosotros debemos buscarle en el cielo donde está: ellas le buscan con aromas para embalsamar su cuerpo, y preservarle de la corrupcion; nosotros debemos buscarle con el aroma de nuestras buenas obras, para ser en todas partes el buen olor de Jesucristo, para merecer la incorrupcion de nuestros cuerpos. Ellas buscan, compran estos aromas á precio de dinero; nosotros debemos buscarlos á precio de nuestra voluntad, dejándola para seguir la del Señor. Ellas corren al sepulcro muy de mañana; nosotros debemos buscarle sin dilacion, hoy, desde este momento. ¿Qué arriesgamos, determinándonos prontamente? ¿Qué no arriesgamos, difiriéndolo un solo instante? Estas piadosas mugeres buscan al Salvador con amor, con valor, con edificacion. Estudiemos nuestras obligaciones en estos tres pensamientos. Lo que conduce á estas mugeres al sepulcro del Salvador, es la pura caridad, el casto amor que las habia hecho seguir á este divino Maestro durante su vida. En

particular á Maria Magdalena se le habian perdonado muchos pecados, *porque habia amado mucho; y amó mucho, porque logró la remision de muchos pecados*: amó á Jesus en la casa de Simeon el Fariseo; le amó mucho en todos sus viages; le amó en sus trabajos; le amó en el calvario, y en el sepulcro le amó. Luego que el descanso del sábado le dejó la libertad de ir al sepulcro, vuela á la cabeza de otras muchas mugeres, entra, busca con la mayor inquietud al que ama su corazon, y no hallándole, corre á advertir la novedad á los Apóstoles; vuelve con ellos sobre sus pasos, se queda sola, se lamenta, llora, mira de nuevo, torna á mirar lo que habia visto bien mas de una vez. ¡Qué bien denotan estos pasos la caridad mas fervorosa! Cuando Jesus se la apareció y la habló, ¡ah mi Maestro! esclama ella en el trasporte de su gozo, y al punto se arroja á sus pies, los abraza, los estrecha, los riega con las lágrimas que esta vista deliciosa saca de sus ojos. «Si Vos sois mi Maestro, Vos lo sois por el derecho de vuestra naturaleza, y por el que os ha adquirido vuestra pasion. Vos lo sois por la eleccion de mi voluntad, por la renovacion de mis pri-

meros votos de no pertenecer á otro que á Vos. »
Así se esplicaba esta ilustre penitente.

Los sentimientos de su corazón ¿no han pasado al vuestro? La sola vista de este Jesús, que la fé os representa, apareciéndose á la Magdalena ¿no escita en vosotros la llama de la mas ardiente caridad? Yo oigo yá vuestras tristes quejas ¡pecadores que me escuchais! Las santas mugeres del evangelio decian en el camino: *¿Quién nos quitará la piedra de encima del sepulcro?* Y á vosotros, inclinados á la tierra por el peso del pecado que os oprime, ¿quién podrá descargaros? *¿Quis revolvat lapidem?* ¡Cuántos obstáculos reales ó imaginarios se oponen á vuestra conversion! Los objetos criminales en que teneis puesto vuestro corazón, son comò el sepulcro que os habeis abierto. Si vuestro sepulcro *¡hombres sensuales!* es una persona que levanta en vuestra alma deseos torpes y carnales, salir de ese sepulcro, es dejar esa persona; es temer volverla á ver, como un muerto temeria volver á entrar en su sepulcro. ¡Cuánto no os costarán esta suerte de sacrificios! ¡Qué valor no piden ellos! ¡Cuán pocos quitarán de su presencia esta piedra de éscán-

dalo! Vuestro sepulcro *¡hombres mundanos!* son vuestras tierras, vuestras herencias, vuestras casas, vuestros tesoros: salir de este sepulcro, es despreciar estas tierras, distribuir en limosnas los frutos de estas herencias, repartir sus tesoros en el seno de los pobres, socorrer á los infelices con entrañas de caridad. ¡Cuán difícil es separarse de estos objetos, cuando se los ama! ¡Cuán pocos los que tomen la resolución de deshacerse de los bienes de este mundo! *¿Quis revolvat lapidem?* Vuestro sepulcro *¡vengativos!* es ese enemigo de quien decís haber recibido alguna injuria, y á quien perseguís en su honor y en su fortuna: salir de este sepulcro, es olvidar lo pasado, estar dispuesto á hacerle mas bien que mal os haria él. Pero ¡cuántas dificultades que vencer en ahogar los gritos de la venganza! ¡Cuán pocos que se reconcilien perfectamente! Vuestro sepulcro *¡maldicientes!* son esas conversaciones en que pasáis revista á vuestros vecinos, á vuestros prójimos, á vuestros conciudadanos, á vuestros iguales y aun á vuestros superiores; en que descubrís el vicio del uno y ocultáis la virtud del otro: salir de este sepulcro, es poner un freno á vuestra lengua, y una

es os ha dado no es solamente * buscar la re-

guarda á vuestros labios, ¿Y cómo se obrará esta dichosa mutacion? Vuestro sepulcro ¡*mugeres del siglo!* son vuestros adornos, vuestra vanidad; es ese cuerpo de pecado de que sois idólatras; sois vosotras mismas. Salir de ese sepulcro, seria romper esas comunicaciones, esos tratos, esas amistades que son como la fragua de vuestras pasiones; dar de mano á esas locas frivolidades, renunciar para siempre esos envanecimientos insensatos, creados y desechos por un funesto desengaño: salir de ese sepulcro, seria tratar de agradar á Dios y no á los hombres, y renunciar á esa delicadeza que inficiona todas las acciones de vuestra vida; seria hacer vuestras visitas menos frecuentes, dar á la piedad lo que dais á los falsos placeres. ¿Quién os hará abrazar este partido? Mientras que escuchéis vuestra propia debilidad, esclamareis con las mugeres del evangelio: *¿Quis revolvat lapidem?* Pero entrad, como ellas, en el camino de vuestra conversion, poned toda vuestra confianza en Dios, penetrad hasta el sepulcro del Salvador, y experimentaréis los mismos consuelos que él. Vieron á un angel bajo la forma de un hombre sentado al lado derecho, para signi-

ficar que nuestro Salvador habia pasado de esta vida corruptible á una gloriosa inmortalidad ; le vieron vestido de una ropa blanca, color que significa el gozo inefable del misterio que celebramos. Y porque el primer aspecto es de espanto *¡no temais!* las dijo el espíritu celestial. Que teman estas almas que no aman la bajada de los ciudadanos celestiales, les es muy útil. Que tiemblen estos hombres terrestres, porque se dejan dominar por sus deseos carnales, esto les conviene. Pero, por lo que á vosotras toca, ¿por qué temereis ver á vuestros conciudadanos? Apenas habreis comenzado la obra de vuestra redencion, cuando estareis asegurados contra los falsos temores que os inspira lo porvenir, si buscais á Jesucristo con amor y con valor.

La tercera cualidad que se pide, es la edificacion. Es menester que resuciteis no solamente delante de Dios, sino tambien delante de los hombres. La órden que reciben las santas mugeres, es de anunciar á los discípulos y á Pedro que Jesucristo vá delante de ellos á Galilea, y que allí es donde le verán. La órden que se os ha dado no es solamente publicar la re-

surreccion del Salvador, sino que es vuestra propia resurreccion que debeis hacer pública por las mismas razones, que nuestro Salvador ha tenido para maniferse al mundo. Se ha manifestado para hacer conocer la gloria de su Padre; y vosotros la hareis conocer publicando sus misericordias infinitas para con vosotros, la fuerza omnipotente de la gracia que os ha arrancado de los brazos de la muerte, á pesar de los obstáculos de vuestros pecados y la resistencia de vuestras pasiones. Jesucristo se ha manifestado al mundo para consuelo de estas almas piadosas que lloran su pérdida. ¡Eh! ¿cuántas almas santas no han llorado la vuestra? ¿Cuántos ministros celosos no se han afligido? ¿Cuántos amigos sinceros no han gemido? ¿Cuántos parientes cristianos no han tenido el corazon penetrado de dolor? Todas estas personas caritativas las consolareis, las regocijareis, las obligareis á bendecir al Señor por vuestra conversion.

Jesucristo ha resucitado, para levantar el valor de sus Apóstoles abatidos por la pérdida de su Maestro. ¿A cuántos débiles no ha escandalizado la vuestra? Pensadlo vosotros, cuyos há-

bitos eran conocidos y públicos; vosotros, cuyo crimen exigia cómplices; y vosotros tambien, cuyo mal ejemplo influia fuertemente sobre la conducta de vuestros inferiores. Todas estas personas, para quienes fuisteis una ocasion de pecado, tienen los ojos abiertos sobre vosotros, os han seguido en vuestros extravíos, os seguirán en vuestra vuelta á Dios. ¿No podremos, dirán ellas, lo que han podido este y esta? Los hemos creido, cuando nos apartaban de Dios ¿por qué no los creeremos, cuando nos vuelven á Dios? Jesucristo se ha manifestado al mundo, ¿y por qué, todavía? Para asegurar la fé que tenemos de otra vida despues de esta. Ya lo he dicho: si el Salvador no hubiera resucitado, nosotros no tendríamos resurreccion que esperar; pero este dogma de nuestra santa religion, siendo una vez sólidamente establecido, como lo habeis visto, por toda suerte de testimonios, por la confesion de los que eran mas interesados en negarle, y los mas distantes de creerle ¿qué consecuencias no resultan favorables para el cristianismo? Se sigue que vendrá un dia en que resucitaremos nosotros mismos, y compareceremos ante el tribunal del

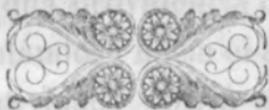
Supremo Juez, para oír el decreto de una eterna reprobacion ó de una eterna eleccion. Se sigue, que es preciso prepararnos para este gran dia por la huida del pecado y por la práctica de las buenas obras. Se sigue, que es menester hacer y creer todo lo que Jesucristo nos ordena creer y hacer. Se sigue, que no hay un solo artículo de nuestra santa fé que no merezca ser sostenido hasta la efusion de nuestra sangre; y esto ¿por qué? porque la resurreccion del Salvador prueba evidentemente que era Dios, que todo lo que nos ha enseñado viene de Dios, que es indubitablemente cierto, y que merece ser sellado con nuestra sangre, si es necesario, porque no se puede faltar á la verdad por salvar la vida. Si nosotros ¡hermanos míos! nos hemos asemejado á él por la semejanza de su muerte, nos asemejaremos por la de su resurreccion. Vayamos, pues, mueramos con él. Sí; vayamos con el Salvador sobre el calvario, mueramos al mundo y á sus maximas; mueramos á nosotros mismos, á todas nuestras pasiones, para entrar en nuestro sepulcro, como Jesucristo entró en el suyo. Vosotros lo sabeis: á tal vida corresponde tal muerte; á tal muerte, tal re-

surreccion, á tal resurreccion, tal juicio; á tal juicio tal eternidad. Si este cuerpo es durante esta vida humillado por la penitencia; si esta carne es domada por la práctica de una austeridad evangélica, llevará al sepulcro las señales de su crucifixion; si entra con sus llagas voluntarias, saldrá con cicatrices gloriosas. ¡ Ah hermanos míos! vivamos santamente; no olvidemos los trabajos de Jesucristo; retratémoslos en nuestra conducta, para llegar con él á la resurreccion gloriosa.

¡ Oh tu pueblo que me escuchas! jóvenes y ancianos, sábios é ignorantes, miserables y poderosos, quien quiera, en fin, que seais! ¡ no es un delirio creeros destinados á vivir en la eternidad, en la sociedad con Dios, despues del aniquilamiento de los imperios, de las grandezas, de las pasiones, y de los ástros, y cuando todo este mundo visible haya vuelto á entrar en su dominio propio, en la espantosa nada! « Importa muchísimo, sobre manera importa, decia Ciceron á nombre de todos los sábios, el que todos los ciudadanos estén convencidos de que el mundo no es obra del acaso; que le gobierna un ser infinitamente bueno, sábio y poderoso;

que su providencia vela siempre sobre todas las naciones y sobre los particulares; que debemos estudiar sus voluntades, observar sus leyes y andar con respeto en su presencia; que la vida presente no es mas que una economía pasagera, y que debe seguirse á ella otra que no se acabará nunca, en la que se premiará la virtud y se castigará el vicio.» Si al dogma de un Ser Supremo no se junta el de la inmortalidad del alma, no servirá de nada la moral. Si despues de esta corta vida no hay otra, en que la virtud, por lo comun desgraciada aca bajo, sea recompensada, y donde el vicio insolente sea castigado como merece, ¿qué mas se necesita para hacer á este mundo un vasto teatro de horror, dó reinaria el caos mas espantoso? Si aguarda un mismo destino al hombre virtuoso que reprimió sus pasiones para obedecer á la razon, y al vicioso que no tuvo otra ley que sus vergonzosas pasiones ¿qué seria del pobre género humano? ¿Lo pensais? La mansion del infierno ¡eh! no seria mas horrible. Cuando no hubiera otra prueba de la inmortalidad del alma, que el triunfo del malo y la opresion del justo en este mundo, esta sola bastaria para no

poder dudar de ella. El hombre no vive sino á medias durante la vida, y la vida del alma no comienza sino con la muerte del cuerpo. Sí; yo lo sé y lo confieso que hay Dios, que hay Redentor, Redentor mio, y que vive este Redentor, y aunque lo presente me aflige, esta esperanza me asegura y consueta. Yo le veré por mí, y mis ojos le verán, y no otro, pues que cada uno le verá segun la capacidad de sus méritos, y no segun los agenos. Esta esperanza reposa en mi seno, reposa en el vuestro; porque todos los deseos se reasumen, se encierran y concluyen en el deseo de la gloriosa eternidad, en la sociedad de los justos, que el Señor nos conceda á todos! AMEN.



127

podría haber de ella. El hombre no vive sino a medias durante la vida, y la vida del alma no comienza sino con la muerte del cuerpo. Si yo lo sé, ¿lo confieso que hay Dios, que hay Redentor, Redentor mío, y que vive este Redentor, y aunque lo presente me afige, esta esperanza me asegura y consuela. Yo lo sé por mí, y mis ojos lo ven, y no otro, pues que cada uno lo ve según la capacidad de sus meritos, y no según los agnos. Esta esperanza reposa en mí, pues de esta corta vida no hay otra, en que la vida se reposa en el futuro; porque todos los pecados se resanmen, se curan y concluyen en el beso de la gloriosa eternidad, en la sociedad de los justos, que el Señor nos concede a todos. ¿A qué mundo va a ir el alma de horror, de reinaria, el caos mas espantoso? Si guarda un mismo destino al hombre virtuoso que reprimió sus pasiones, para obedecer a la razón, y al que se entregó a ella, ¿qué otra ley que sus vergonzosas pasiones sería del pobre género humano? ¿La pena? La mansión del infierno ¿sería horrible. Cuando no hubiera otra prueba de la inmortalidad del alma, que el triunfo del bien sobre el mal, ¿cómo se podría justificar en este mundo, esta sola para no

SERMON

para el día de la

RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Surrexit, non est hic.

Resucitó, no está aquí.

Marc. Cap. XVI, v. 6

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

EL amable y virtuoso José, precipitado en una caverna oscura por las manos de la envidia, fue sacado por una providencia cuidadosa de su gloria, y adelantándose hácia el trono por el camino de la cautividad, volvió á parecer á los ojos de la nacion santa, rodeado de los mas brillantes honores y colmado de los beneficios de un Monarca reconocido. La mutacion sucedida en su fortuna no habia alterado los senti-

mientos de su corazón. Hermano tierno y generoso, en hombres culpables vió, sin embargo, la sangre de sus hermanos. Hizo más: les prometió libre entrada cerca de su persona, dispuso sus alarmas, despertó su ternura, y supo, mediante el poder del Seberano de que era depositario, procurarles en el fértil Egipto días afortunados y tranquilos.

Del mismo modo y con circunstancias más maravillosas todavía, Jesucristo sale hoy de su sepulcro, rompe las ligaduras que le tenían cautivo, y sin esperar como José, de la sucesión de los años el momento de una elevación tardía, se muestra al tercer día á sus Apóstoles, coronado por las manos del Omnipotente de un resplandor eterno. ¡Que no teman estos discípulos infieles los resentimientos del Maestro, á quien han abandonado en el combate! los ama aun en el seno de la victoria; los acoge con bondad, los honra por la primera vez con el nombre de sus hermanos, y les hace esperar, como á todos los sucesores de su fe, en su nuevo reino, una felicidad sin límites, de que ellos ven en él la prenda y el modelo. Es pues el día del Señor y el nuestro; la grande época de

su gloria y la de nuestra felicidad, la fiesta de Cristo triunfante, y la de todos los cristianos asociados á su triunfo. ¡Gloria y honor al vencedor! bendicion por las ventajas que nos procura su victoria! En dos palabras: triunfo de Jesucristo en su resurreccion: triunfo de la Iglesia en la resurreccion de Jesucristo. Para desenvolver esta idea, pidamos los auxilios de la gracia por la intercesion de la Reina de los Angeles, diciendo:

AVE MARIA.

Todo está decidido á gloria inmortal de Jesucristo: *surrexit*: ha resucitado. Ilmo. Señor. No es, pues, ni culpable, ni insensato, ni una pura criatura; y nosotros podemos decir con el compañero de su suplicio: «No, no ha cometido ningun crimen.» *Hic vére nihil mali gessit.* Con los habitantes de *Cafarnaum*. «¿De dónde le viene una sabiduria tan profunda?» *¿Unde huic sapientia hæc?* Con el Centurion del Evangelio ó del calvario: «*Vére filius Dei erat iste.*» En una palabra: la Resurreccion de Jesucristo es el triunfo de su inocencia, de su sabiduria y de su divinidad: *Dignus est agnus qui occisus est ac-*

cipere virtutem, sapientiam, divinitatem. ¿Quién es el que le justifica? Es la justicia suprema, la eterna verdad que reforma un juicio hecho por la prevención humana. No, un juez de este carácter no se deja seducir por el crédito; y después de la muerte del culpable no escucha tampoco en su favor la misericordia. ¿De qué le justifica? Generalmente de todos los delitos que le fueron imputados. Basta uno para perder su causa en este tribunal supremo. En la morada de Dios no se encuentra ningún ídolo, y el infierno está lleno de infelices que no han cometido sino una sola culpa. Si pues Dios se declara hoy en favor de Jesucristo, no es ni seductor, ni hipócrita, ni sacrílego, ni profanador, ni sedicioso, ni rebelde, y tiene todas las virtudes contrarias á estos vicios. ¿Cómo le justifica? De la manera mas brillante.

Representaos el glorioso momento en que su alma se reúne á su cuerpo: en el instante mismo le reanima, le vivifica, y hace desaparecer la sangre de sus heridas. La tierra tiembla, los soldados caen, sus ojos se fascinan, los muertos resucitan para hacerle la corte, los Angeles se apresuran á tributarle homenajes. El vencedor,

Jesucristo salió del sepulcro lleno de gloria y magestad, parte como el rayo, se avanza como el pensamiento y brilla como los astros. ¿En el espíritu de quien justifica Dios á Jesucristo? En el espíritu de *Pilatos*, en el de muchos Judios, en el de la nacion entera, en el de sus inicuos jueces, que mendigan vergonzosamente, que compran mas vergonzosamente todavia la deposicion fraudulenta de los soldados puestos para guardar el sepulcro. «Es público, dicen ellos, y no podemos negarlo. El hecho es demasiado constante, y tal es el rigor de nuestra situacion, que no podemos confesarlo, sin caer en el oprobio, ni negarlo, sin hacernos ridículos.» ¡Jueces de iniquidad! ¿qué esperais? ¡Débiles! volved sobre vuestros pasos como vuestros ascendientes, cuando se les hizo ver que habian condenado la castidad aun en la persona de *Susana*. *Revertimini ad judicium*. ¿Qué puede impediros revocar en favor de Jesucristo una sententia, que os afrenta á vosotros mucho mas que á él le deshonra? Una verguenza mezclada de desesperacion que los castiga y los venga: dos palabras que retratan la incomprendible sabiduria del Señor.

La resurreccion de Jesucristo ha hecho revivir su doctrina y practicar su moral en el universo: por eso Jesucristo la revistió de ciertos caracteres de verdad que no se pudiesen negar; por eso derramó todas las gotas de su sangre por todas las partes de su cuerpo, para que siendo menos cruel no se la tuviera por un simple desfallecimiento; por eso sufrió á la vista de un pueblo innumerable, la víspera de una fiesta solemne, en el lugar mas eminente de una de las mas grandes ciudades del mundo, para que su muerte no pudiera ser sospechada de impostura, si hubiera sido menos publica: por eso permitió que se colocasen guardas al rededor de su sepulcro, á fin de sacar de la boca misma de sus enemigos un testimonio que no pudiese ser sospechoso á nadie: por eso, en fin, multiplicó sus apariciones, varió sus circunstancias y las prolongó durante cuarenta dias, á fin de que sus Discípulos pudiesen volver de la sorpresa, y examinar á sangre fria el nuevo prodigio de su estupenda resurreccion. En todos los artículos de nuestra santa religion, ó mas bien, en todos los prodigios sobre que está fundada esta religion divina, no hay uno solo cuyo hecho haya

sido tan verificado, ni cuya evidencia sea tan innegable como el que anuncia la resurreccion del Salvador. «De modo, dice san Agustin, que un pagáno, un judío, ó un infiel, examinando sin preocupacion todas las circunstancias de esta resurreccion, se vé precisado á reconocer la verdad, y lo que es mucho mas admirable, prosigue el santo Doctor, es que las dos cosas que naturalmente habrian podido ser obstáculos á la fé de esta resurreccion, son justamente los dos medios de que se valió Dios, para apoyarla y fortalecerla : por las precauciones de los unos para guardar el sepulcro ; por las dudas de los otros y la obstinacion de uno de los Apóstoles en no creer, sin ver y tocar el cuerpo del Salvador y las señales de las llagas que habia recibido.» No sin razon se atuvo Jesucristo á este milagro de su resurreccion, para probar que era Dios ; á nadie pertenece sino á Dios el decir, como dijo: *Yo tengo poder para dejar la vida, y volver á tomarla cuando quiera.* Solo un Dios puede hablar de este modo.

Antes de Jesucristo, se vió á hombres resucitados, y resucitados por otros hombres. Eliseo, con solo el soplo de su boca, reanimó el

cadáver del hijo de la Sunamitis ; y á ruego de Elías el niño de la viuda de Sarepta que murió de languidez , fué restituido a su madre vigoroso y sano ; pero, como nota San Ambrosio, los que resucitaban entonces recibían la vida por una virtud estrangera. La maravilla nunca oída era, que un mismo hombre hiciese á un tiempo los dos milagros de resucitar á otros y resucitarse á sí mismo ; y esto es el milagro que reservaba Dios á su hijo para declarar al mundo que era hombre y Dios ; hombre, supuesto que fue resucitado ; y Dios, puesto que se resucitó á sí mismo. En virtud de la fé de la resurreccion se ha multiplicado el cristianismo, el evangelio ha hecho en el mundo progresos admirables, y la divinidad del Salvador apesar del infierno y de todas sus potencias, se ha creído hasta en los últimos términos del mundo. Desde que el milagro incontestable de su resurreccion puso fuera de toda duda la verdad de su mision divina, ¿qué brillo no hicieron resaltar sobre él las ignominias mismas de que se habia cubierto voluntariamente ? ¿qué respetos, qué homenajes no le ha pagado el reconocimiento de todos los siglos ? ¿qué veneracion no se ha teni-

do entre los fieles á los menores [instrumentos de su suplicio? ¿qué tesoros han igualado á los ojos de lapiedad al hierro de su lanza y á las espinas de su corona? ¡Qué de lágrimas derramadas sobre la montaña en que se verificó el teatro de su muerte! ¡Qué de combates dados para arrancar á los infieles el lugar de su sepulcro! ¡Sobre cuántos altares su cruz no ha sido levantada! ¡En cuántos corazones no ha hallado, si se puede hablar así, una base mas honrosa! ¡Qué multitud de cristianos en todos los tiempos, que no han tenido otra ambicion que vivir á la sombra de esta cruz preciosa, y morir entre sus brazos! ¡Oh vosotros, los que habeis desconocido al hijo del altísimo en el dia de sus oprobios! venid y reconocedle en el dia de su gloria. ¡Vosotros que le visteis insultado por todas las criaturas en sus últimos momentos! venid y le vereis hoy adorado de los Angeles del cielo. Los que habeis llorado su muerte, alegraos de su resurreccion: todo cuanto vive y respira alabe hoy al Señor: toda criatura cante hoy su poder y su gloria, *porque el cordero que murió por el mundo, ha resucitado, y es digno de recibir gloria, honor, poder,*

fuerza y divinidad. Pero pasemos al triunfo de la iglesia. Sí ¡hermanos míos! la resurrección de Jesucristo es el triunfo de la iglesia, el triunfo de su fe, á la que suministra el apoyo mas sólido: el triunfo de su esperanza, á quien hace mirar el término mas lisongero: el triunfo de su caridad, á quien ofrece el objeto mas amable. «¿Quién me dará, decia la esposa bien amada, ver á mi esposo salido del reducto oscuro en que le tiene sepultado un sueño profundo? ¡Ay! en este dichoso momento ¿quién será el temerario que me desprecie? Y si se halla alguno que se arroje hasta este exceso, ¿quién me impedirá que yo le desprecie á mi vez? *Quis mihi det, ut inveniam te foris, et jam nemo me despiciat.*» Este voto está cumplido; Jesucristo ha salido del seno de la tinieblas, y no hay que apelar á otros testigos que á los obstinados judios, para asegurarse de este prodigio, apoyo de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad. *Vos eritis mihi testes.* Vosotros ¡Judios! me servireis por los brillantes castigos que os ha atraído vuestra incredulidad. Vosotros me servireis en medio de las ruinas de vuestro templo, y de los escombros sangrien-

tos de vuestra patria. Vosotros me servireis en todos los contornos de la tierra, en donde se-
 reis dispersados como el polvo que arrebatara el
 viento, y en donde sin forma de gobierno y sin
 morada fija, sin Rey y sin Reino, sin ley y sin
 tribu, sin nombre y sin apoyo, sin templo y sin
 ceremonias, sin sacerdotes y sin sacramentos,
 sin sacrificio y sin altar, publicareis vuestra ig-
 nomia y vuestras eternas desgracias. Vosotros
 me servireis en todas las sociedades de hom-
 bres, que no os mirarán sino con execracion;
 que se creerán manchados con vuestro aspecto;
 que casi se avergonzarán de participar con vo-
 sotros de la luz del sol y de los dones de la tier-
 ra. Vosotros me servireis en la estension de to-
 dos los siglos, en que los castigos de vuestros
 padres serán perdidos para vosotros; en que os
 ostinareis en desconocer la mano que os hiere;
 en que la reprobacion se perpetuará entre vo-
 sotros de raza en raza, y correrá, para decirlo
 asi, con vuestra sangre en las venas de vuestra
 posteridad. *Vos eritis mihi testes.*

No es posible hallar una prueba mas elo-
 cuente del crimen de los Judios en la muerte del
 Salvador y en favor de su resurreccion, que la

voz de los desastres que padecen en todos los lugares de la tierra, y el libro que contiene su historia lamentable. Aquí empiezan nuestras inmortales esperanzas, y los consuelos en las mas profundas angustias. Si tuviéremos la dicha de conformarnos á Jesucristo, nuestro cuerpo será transformado en la resurreccion de su cuerpo glorioso, seremos un mismo Cristo con él, su gloria será nuestra gloria, su alegría nuestra alegría, y nuestra alegría será completa. ¡ Ah! los horrores de la muerte se desvanecen al contemplarlo. « Vosotros os compadeceis de mí, decia el Santo Job á sus amigos, y quedais abortos y mudos con el espectáculo de mis males. Es verdad que yo estoy cubierto con una llaga universal: el Señor ha quebrantado mis huesos como lo haria el diente de un Leon; mi carne se desprende con la corrupcion, y todos mis miembros están poseidos de dolor; y lo que me sostiene en medio de tantas miserias, es considerar que vive mi Redentor. Quisiera que mis palabras pudieran escribirse ahora con indelebles caractéres: quisiera tener á la mano un puntero de hierro para grabarlas sobre el bronce y sobre el mármol. Sé ciertamente que mi

Redentor está vivo, y que yo saldré de la tierra.» Sí, digo yo tambien: sé que mi Redentor ha resucitado, y que debo yo resucitar despues de él, y en concurrencia de su resurreccion. El arca santa ha pasado el mar: todo el pueblo debe seguirla: los miembros deben reunirse á su cabeza, y los hermanos caminar á continuacion del *primogénito de entre los muertos*. *Scio* etc. Yo sé que mi Redentor ha resucitado. Si yo me mantengo unido á él durante la vida por actos de fe, yo resucitaré semejante á él con las mismas prerogativas de incorruptibilidad, impassibilidad, sutileza, agilidad y claridad. *Scio* etc. Sí, yo sé que mi Redentor ha resucitado, y que esta carne, esta misma carne que yo toco ahora, que ha de ser separada de mi alma, arrojada al sepulcro y convertida en polvo y ceniza, ha de ser restablecida, y mi alma se volverá á unir á ella para vivificarla y animarla. Sí, yo sé que mi Redentor ha resucitado, y que si le amo como me lo inspiran sus llagas, sus espinas, su lanza y su corona; estos monumentos eternos de su celo y de su inmensa caridad para con el hombre, le veré un dia con esta misma carne y con los mismos ojos con que aho-

ra miro lo que está delante de ellos, y esta esperanza me hace hallar todo consuelo en el abismo de este mundo de dolores. Sí, yo se que mi Redentor ha resucitado: su mision no estaba agotada por los inmensos beneficios del calvario; debia fundar una Iglesia que durara hasta la última generacion, que creciendo poco á poco, se haria un grande arbol en que los pájaros del cielo vendrian á hacer su nido segun lo habia profetizado Isaias. Perseguida en sus principios sufrirá persecuciones tan violentas como vanas: sus hijos serán entregados á la muerte, se les mirará como ovejas destinadas á la matanza. Los Reyes y los Príncipes se ligarán contra el Señor y contra su Cristo: ellos dirán: rompamos sus vínculos y arrojemos su yugo lejos de nosotros. Pero el que habita el cielo, se reirá de ellos, y cumplirá la promesa que ha hecho á su hijo de darle toda la tierra por posesion y las naciones por herencia.

¡Eh! no se hable mas del escándalo de la cruz; el dolor se ha cambiado en alegría, la ignominia se ha convertido en gloria, la pena en recompensa, el mayor de los milagros se ha cumplido, el sello de los misterios de Dios se

ha quitado. Se ha justificado su sabiduría, se ha manifestado su bondad, se ha llenado de admiracion el Discípulo, se ha asombrado el Gentíl, se ha desesperado el Judío, y el Demonio se estremece con una rabia impotente. La naturaleza ha vuelto del susto, los cielos han recobrado su esplendor, y la tierra está llena de alegría porque Jesucristo ha resucitado verdaderamente. ¡Poder, divinidad, honor y gloria á su gloriosa resurreccion, que ha justificado su inocencia, su sabiduría y su divinidad, y ha hecho triunfar nuestra fe, avivado nuestras sublimes esperanzas, y un dia coronará nuestro amor. AMEN.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

La divina Providencia es tan maravillosa en su marcha, como incomprendible en su gobierno. Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre pudo comprender ni sus eternas miras, ni sus vastos designios. El virtuoso hijo de Jacob, el amable, el cándido, el inocente José, cuya interesante y tierna historia conservan para nuestra edificacion nuestros libros santos,

ha quitado. Se ha justificado su sabiduría, se ha manifestado su bondad, se ha llenado de admiración el Discipulo, se ha asombrado el Gen-til, se ha despreciado el Judío, y el Demonio se estremece con una rabia impotente. La turaleza ha vuelto del suelo, los cielos han recobrado su esplendor, y la tierra está llena de alegría porque Jesucristo ha resucitado verda-deramente; Poder, divinidad, honor y gloria a su gloriosa resurrección, que ha justificado su inocencia, su sabiduría y su divinidad, y ha pro-veído a la salvación de las almas. Y un día coronará nuestro

reino. Los Reyes y los Príncipes se ligaron contra el Señor y contra su Cristo; ellos dirán: rompamos sus vínculos y arrojemos su yugo lejos de nosotros. Pero el que habita el cielo, se reirá de ellos, y cumplirá la promesa que ha hecho a su hijo de darle toda la tierra por posesión y las naciones por herencia.

¡Eh! no se hable más del escándalo de la cruz; el dolor se ha convertido en alegría, la ignominia se ha convertido en gloria, la pena en recompensa, el mayor de los milagros se ha cumplido, el sello de los misterios de Dios se

SERMON

para el día de la

RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Surrexit, non est hic.

Resucitó, no está aquí.

Marc. Cap. XVI v. 6.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

LA divina Providencia es tan maravillosa en su marcha, como incomprendible en su gobierno. Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre pudo comprender ni sus eternas miras, ni sus vastos designios. El virtuoso hijo de Jacob, el amable, el cándido, el inocente José, cuya interesante y tierna historia conservan para nuestra edificación nuestros libros santos,

barbaramente tratado por sus envidiosos hermanos, es al fin vendido por un precio vil. Esclavo en pais extranjero, yace por largo tiempo sepultado en las lobregueces de un inmundo calabozo, víctima de su pureza, de su fidelidad, de sus virtudes. Sin embargo, celosa de su nombre y de su gloria, convierte la Providencia todos sus reveses é infortunios en otros tantos escalones, que le llevan á la cumbre del poder, para salvar al Egipto, y para salvar tambien á su propia familia; de manera que sus inmensos disgustos, sus hondas amarguras y sus pasadas desgracias vienen á ser ¡suceso notable! el eje sobre que ruedan los destinos de un pueblo numeroso y de una nacion poderosa. Mas no se crea por esto que cambiaron en la prosperidad los bellos sentimientos de su noble y elevado corazon, no! Caritativo y tierno, no olvida que la sangre que circula por las venas de sus hermanos, es una misma con la suya: los favores de la fortuna no hacen de él un personaje inaccesible y misterioso: humano, compasivo, indulgente y generoso les permite libre acceso á su persona: disipa sus temores, y hace renacer la confianza; despierta su ternura, y los estre-

cha entre sus brazos; reciben el ósculo de paz, y las lágrimas se desprenden, y las lágrimas se mezclan, y las lágrimas corren, y.... el poder inmenso, que en él depositara un Monarca agradecido, no sirve ya para afligirlos, para esterminarlos...; sirve sí, para hacerlos mas afortunados, mas felices, mas dichosos y tranquilos.

Del mismo modo y con circunstancias mas admirables todavia, Jesucristo, nuevo José, sale hoy de su sepulcro, rompe las ligaduras que le tenian cautivo, y sin esperar, como José, de la sucesion de los años el momento de su elevacion tardia, se muestra al tercero dia á sus Apóstoles coronado por las manos del Omnipotente de un resplandor eterno. ¡Oh triunfo! ¡Oh victoria sobre el orgulloso poder del abismo! Ha penetrado el cuerpo denso de la roca, ha atravesado largos espacios en menos tiempo que necesita de la luz el ojo para verlos: ni el hierro, ni el fuego, ni los años tendrán ya poder sobre este cuerpo espiritual. El que pocos dias ha era el desecho del pueblo, es hoy el modelo de los heroes; el que era el último de los hombres, es hoy el primero de los Angeles; el que

era mirado como impostor, es adorado como Dios; el que se sumergió en un bautismo de sangre, aparece hoy en un bautismo de gloria, rodeado de luz por vestidura, y aun la luz es menos brillante que él, y menos brillante el sol tambien, porque esta gloria es la misma que tuvo antes que el mundo existiese; la gloria de su divinidad derramada sobre su triunfante humanidad. El que se estremecía de horror y espanto á la vista de la muerte, es hoy el terror y el vencedor de ella. El que por el poderoso clamor que arrojó al espirar, anunciaba que no moria como los otros hombres por débil necesidad, sino por eleccion y por voluntad, resucita hoy omnipotente, invencible é inmortal. El que pudo ser crucificado, se ha hecho impasible; incorruptible el que pudo ser herido, y poderoso el que se sujetó á la debilidad y á los dolores. ¡Misterio asombroso! *Jesucristo ha resucitado*; y por este hecho ha sido proclamada solemnemente nuestra inmortalidad, y el velo del porvenir se ha descorrido perfectamente. La resurreccion del Salvador me dice sobre este particular, sobre el dogma de otra vida, mas que todos los discursos de los grandes filósofos.

Ha resucitado: «El término de nuestra esperanza, dice S. Pablo, es el gran día de Jesucristo nuestro Salvador que reformará nuestro cuerpo por el modelo de su resurrección.» Es pues el día del Señor y también el día nuestro; la grande época de su gloria, y la de nuestra felicidad, la fiesta de Cristo triunfante y la de todos los cristianos asociados á su triunfo. ¡Gloria y honor al vencedor, y bendición por las ventajas que nos procura su victoria! En dos palabras: triunfo de Jesucristo en su resurrección: triunfo de la Iglesia en la resurrección de Jesucristo. Para desenvolver esta idea, pidamos los auxilios de la divina gracia por la intercesión de la Reina de los Angeles.

AVE MARIA.

ILLMO. SOR:

Nada de pompa mundana en el triunfo de Jesucristo, ni carros ni carrozas, ni mármoles, ni bronce, ni grandes puestos, ni adornos exteriores, ni mando, ni autoridad. ¿Qué hará, pues, el Rey de los Reyes para coronar á su hijo salido del mas rudo combate con la gloria del mas

intrépido guerrero y del mas dichoso conquistador? No le concede, hermanos míos, sino una sola recompensa que no se parece á ninguna de estas, y que las sobrepuja infinitamente á todas. Inventa para él en la resurreccion un triunfo único en su especie, y precisamente él que debia volverle de la manera mas lisonjera toda la gloria que habia sacrificado para estender el imperio de Dios sobre los hombres. Aquí empieza una tragedia sin ejemplo que no se repetirá segunda vez. *Merece morir, porque es culpable*, decian los judios hablando del Salvador del mundo. *Es un seductor que engaña á los simples por sus imposturas*; un hipócrita que bajo el velo de la virtud oculta los mas grandes vicios; un profanador que quiere destruir el templo de Dios; un sacrilegio que declama contra la ley de Moises: un rebelde, un sedicioso que subleba á los pueblos contra las potestades legítimas. No debe querer morir, decian los Apóstoles por el organo de su cabeza, no; guardaos, Señor, de seguir los movimientos de un celo ciego; vivid para vuestra gloria y nuestra felicidad; *absit á te, Domine, non erit tibi hoc*. No puede morir, decian los impíos,

los sábios, los filósofos : semejante debilidad es incompatible con su esencia inmortal. Espere-
mos, y que su libertad ó su muerte decida si es
ó no es el Hijo del Altísimo : *Videamus si libe-*
ret eum Veamos.... pero.... ¡silencio, sober-
vios! todo está decidido á gloria inmortal de Je-
sucristo : ha resucitado , no ha visto la corrup-
cion, es libre entre los muertos, y no debe su
libertad sino á sí mismo : *sine adjutorio inter*
mortuos liber. No es, pues, ni culpable, ni in-
sensato, ni una pura criatura, y nosotros pode-
mos decir con el compañero de su suplicio : *Nó;*
no ha cometido ningun crimen : hic vere nihil
mali gessit ; con los habitantes de Cafarnaum :
¿de dónde le viene una sabiduría tan profunda?
¿unde erit sapientia hæc? ; con el Centurion del
Calvario : *vere filius Dei erat iste*. En una pa-
labra, la resurreccion de Jesucristo es el trunfo
de su inocencia, de su sabiduría y de su divini-
dad : triunfo de su inocencia y su justificacion
la menos sospechosa en su principio, la mas es-
tensa en su objeto, la más brillante en su for-
ma, la mas favorable en sus circunstancias, y la
mas completa en sus efectos.

¿Quién es el que le justifica? Es la justicia

suprema, la eterna verdad que reforma un juicio hecho por la prevención humana. Nó; un juez de este caracter no se deja seducir por el crédito, y despues de la muerte del culpable, no escucha tampoco en su favor los gritos de la misericordia. ¿De qué le justifica? Generalmente de todos los delitos que le fueron imputados. Basta uno solo para perder su causa en este tribunal supremo. Si pues Dios se declara hoy en favor de Jesucristo, no es ni seductor, ni sacrílego, ni profanador, ni sedicioso, ni rebelde, y tiene todas las virtudes contrarias á todos y cada uno de estos vicios. ¿Cómo le justifica? De la manera mas brillante. Representaos el glorioso momento en que su alma se reúne á su cuerpo; en el instante mismo se reanima, se vivifica y hace desaparecer la sangre de sus heridas. La tierra tiembla, los soldados caen, sus ojos se fascinan, los muertos resucitan para hacerle la corte, y los Angeles se apresuran á venir á tributarle homenages. El vencedor, Jesucristo, sale del sepulcro lleno de gloria y magestad, parte como el rayo, se avanza como el pensamiento, y brilla como los ástros. ¿Ante quién justifica Dios á Jesucristo? Ante el espíritu

de Pilatos, ante el de todos los Judíos, ante el de sus inicuos jueces que mendigan y vergonzosamente, que compran mas vergonzosamente todavía la deposicion fraudulenta de los soldados puestos para guardar el sepulcro. «Es público, dicen ellos, y no podemos negarlo.» *Notum est, et non possumus negare.* El hecho es demasiado constante, y tal es el rigor de nuestra situacion, que no podemos confesarle sin caer en el oprobio, ni negarle sin negar el público testimonio y el de nuestras mismas conciencias.» Su sabiduría no tenia menos necesidad de semejante apología.

Yo quiero que, espirando sobre la cruz, hubiese satisfecho por nuestros pecados: ¿Era esto bastante para establecer de una manera incontestable la solidez de sus miras, para conseguir el fin sublime de su mision, para justificar el ardor que le hacia correr á la muerte? Era preciso que se creyese en el mundo la verdad de su religion, y que se observasen los preceptos de su evangelio, sin lo cual todos sus sacrificios eran perdidos, y se hubiese dicho que su sangre se habia derramado inútilmente, y que habia sido un grande esfuerzo tan estéril como

admirable. La resurreccion viene apropósito para afirmar esta obra vacilante, para acabar lo que su muerte dejaba imperfecto, pues la resurreccion, mas que los milagros del calvario, ha hecho recibir su doctrina y practicar su moral en todos los lugares de la tierra. Por eso la revistió Jesucristo de ciertos caracteres de verdad, que no se pudiesen negar; por eso deramó todas las gotas de su sangre por todas las partes de su cuerpo, para que siendo menos cruel, no se la tuviera por una simple debilidad ó un simple desfallecimiento; por eso sufrió á la vista de un pueblo innumerable, el dia de una fiesta solemne, en el lugar mas eminente de una de las mas grandes ciudades del mundo, para que su muerte no pudiera ser sospechada de impostura, si hubiera sido menos pública; por eso permitió que se colocasen guardias al rededor del sepulcro, á fin de sacar de la boca misma de sus enemigos un testimonio que no pudiese ser sospechoso á nadie; por eso, en fin, multiplicó sus apariciones, varió sus circunstancias, y las prolongó durante cuarenta dias, para que sus Discípulos pudieran volver

de la sorpresa, y examinar á sangre fria esta nueva maravilla.

En todos los misterios de nuestra santa religion, ó mas bien en todos los prodigios sobre que esta fundada esta religion del cielo, no hay uno solo cuyo hecho haya sido tan comprobado, ni cuya evidencia sea tan inegable, como el de la resurreccion del Salvador: «de modo, dice san Agustín, que un pagano, un judío, ó un infiel examinando sin preocupacion todas las circunstancias de ella, se vé precisado á reconocer la verdad, y lo que es mucho mas admirable, prosigue el santo doctor, es que las dos cosas que naturalmente habrian podido ser obstáculos á la fé de este misterio, son justamente los dos medios de que se valió Dios para apoyarla y fortalecerla: por las precauciones de los unos para guardar el sepulcro, por las dudas de los otros y la obstinacion de uno de los Apóstoles en no creer sin ver y tocar el cuerpo del Salvador y la señal de sus llagas.» Una fuerza superior desconcierta sus medidas, pierde su falsa sabiduría, se sirve de todas sus pasiones para engañar las unas por las otras, y no pre-

side á sus consejos sino *para convertirlos en estravlos y en lazos.*

No sin razon se atuvo Jesucristo á este milagro de su resurreccion para justificar que era Dios, porque este milagro no tenia necesidad de ser apoyado por otro, y él debia confirmar todos los demas. «Nó; decia Jesucristo, por instancias que me hagan los Judíos para obtener de mí una señal que los manifieste plenamente que *soy yo*, no tendrán otra que la del profeta encerrado tres dias en el vientre de la ballena, ó la de un templo misterioso reedificado en tres dias.» Este es el solo prodigio que les estaba reservado, y que desde que se les habia anunciado, debia bastarles. Porque, si Jesucristo se hubiera atribuido la divinidad sin pertenecerle, era tan imposible que resucitase, como es absurdo decir que Dios pueda autorizar la mentira y la impostura; y al contrario, si despues de esta declaracion ha resucitado, como no se puede dudar, era necesario tambien reconocer por una consecuencia necesaria que era Dios. ¿Qué otro que Dios podrá decir como dijo: *Yo tengo poder para dejar la vida, y volver á tomarla cuando quiera?* Solo Dios, árbitro de la vida y

de la muerte, puede hablar de este modo. Antes de Jesucristo se vieron en el mundo hombres resucitados, y resucitados por otros hombres. Eliseo, con solo el soplo de su boca, reanimó el cadaver del hijo de la Sunamitis; y á ruego de Elias, el niño de la viuda de Sarepta, que murió de languidez, fué restituido á su madre sano y vigoroso. Pero, como nota san Ambrosio, los que resucitaban entonces, recibian la vida por una virtud estrangera. La maravilla nunca oida era que un mismo hombre hiciese á un mismo tiempo los dos milagros, de resucitar á otros y resucitarse á sí mismo, y este es el milagro que reservaba Dios á su hijo, para declarar al mundo que era hombre y Dios al mismo tiempo: hombre, supuesto que fué resucitado; y Dios, puesto que se resucitó á sí mismo.

¡Oh prodigio nuevo! ¡oh revolucion inaudita! El reino de los sentidos va á desaparecer para dar lugar al imperio del alma; nada humano se advierte en esta obra, toda es de la mano del cielo. Y ahora ¿dónde están los sábios y los doctores, dónde los escudriñadores de las ciencias del siglo? *¿Ubi sapiens, ubi scriba?* ¿No está escrito: *yo perderé la sabiduría de los sá-*

bios, y reprobaré la prudencia de los prudentes? ¿Quién ha sido obligado á callar, el evangelio ó la filosofía? ¿Jesucristo ha caido delante de los ídolos, ó los ídolos delante de Jesucristo? Nó: Jesucristo ha resucitado, *surrexit* y á su nombre tiemblan los abismos, y se estremecen las alturas de los cielos. Los Apóstoles, dando testimonio de su resurreccion, doman á los Césares; y los Césares no pueden nada contra estos hombres, á quienes nada sostiene sino el celo de la verdad, de que no podian esperar otra recompensa que prisiones, llamas, azotes, ruedas, horcas y la muerte misma. ¡Confúndase aquí el orgullo del hombre, y averguéncese de su eterna miseria y de su inmensa ceguedad en medio de las *luces mas brillantes*.

Con la resurreccion el mundo cambia de aspecto enteramente: los Angeles se muestran en cuerpos mortales, los ricos se despojan para enriquecer á los pobres, los pobres bendicen su desgracia y tienen á honra su bajeza; la tierra es renovada, el cielo desciende entre los hombres, y el universo mudado por la débil voz de los Apóstoles, que anuncian con valor que han visto á Jesucristo resucitado, adora á un

nuevo Criador mas grande todavía, cuando vencedor de la muerte le saca de este segundo caos en que estaba sumido, que cuando le hace salir de la nada por la virtud de su palabra.

Desde que el milagro incontestable de su resurreccion puso fuera de toda duda la verdad de su mision divina ¡qué brillo hicieron resaltar sobre él las ignominias de que se habia cubierto voluntariamente! ¡qué respetos, qué homenajes no les ha pagado el respeto de todos los siglos! ¡Qué veneracion no se ha tenido entre los fieles á los menores instrumentos de su suplicio! ¿Qué tesoros han igualado á los ojos de la piedad al hierro de su lanza y á las espinas de su corona? ¡Que de lágrimas derramadas sobre la montaña en que se verificó el teatro de su muerte! ¡Qué de combates dados para arrancar á los infieles el lugar de su sepulcro! ¡Sobre cuántos altares su cruz no ha sido levantada! No hay otro objeto mas grave é importante para el cristiano, porque no hay para él otro medio de salud, de vida y resurreccion.

Ha resucitado. Vosotros, los que le habeis desconocido en el dia de sus oprobios, venid y reconocedle en el dia de su gloria. Vosotros

que le visteis insultado por todas las criaturas en sus últimos momentos, venid y le vereis adorado de los Angeles del cielo. Los que habeis llorado su muerte, alabad hoy al Señor. Toda criatura cante su triunfo, porque el cordero que murió por el mundo, ha resucitado: *surrexit*; y es digno de recibir todos los homenajes y alabanzas. Pero su mision no estaba completada por el milagro de la resurreccion; debia fundar una Iglesia que durára tanto como este mundo, y se reuniese á la sociedad eterna de Dios; que creciendo poco á poco llegára á hacerse un árbol frondoso, en que *las aves del cielo viniesen á hacer su nido*, segun la profecía de Isías. Probada en sus principios, sufrió persecuciones tan violentas como vanas; sus hijos serán entregados á la muerte; se les mirará como ovejas destinadas á la matanza. Los Reyes y los príncipes se ligarán contra el Señor y contra su Cristo; ellos dirán: rompamos sus vínculos y arrojemos su yugo lejos de nosotros! Pero el que habita el cielo se reirá de ellos, y cumplirá la promesa que ha hecho á su hijo de darle toda la tierra por posesion y las naciones por herencia.» Unidos de este modo los hombres

suben por la obediencia á la perfeccion de que habian caido. La fé eleva su razon á una altura infinita, y la esperanza viene á consolar las angustias de esta vida, y las agonías con todos los horrores de la muerte.

«Vosotros os compadeceis de mí, decia el santo Job á sus amigos, y quedais absortos y mudos con el espectáculo de mis males. Es cierto que yo estoy cubierto con una llaga universal: el Señor ha quebrantado mis huesos como lo haria el diente de un leon; mi carne se desprende con la corrupcion, y todos mis miembros están poseidos de un continuo dolor; y lo que me sostiene en medio de tantas miserias es considerar que vive mi Redentor. Quisiera que mis palabras pudieran escribirse con indelebles caractéres; quisiera tener á la mano un puntero de hierro, para gravarlas sobre el bronce y sobre el mármol: sé ciertamente que mi Redentor está vivo, y que yo saldré de la tierra.» Sé, digo yo tambien, que mi Redentor ha resucitado, y que yo debo resucitar en virtud de su resurreccion. Los hermanos deben reunirse á su cabeza, y caminar á continuacion del primogénito de entre los muertos. *Scio quod Re-*

dentor meus vivit. Sí; yo sé que mi Redentor ha resucitado. Si yo me mantengo unido á él durante la vida, yo resucitaré semejante á él, con las mismas prerrogativas de incorruptibilidad, impasibilidad, sutileza, agilidad y claridad. *Scio quod Redentor meus vivit.* Sí; yo sé que mi Redentor ha resucitado, y que esta carne, esta misma carne que yo tocó ahora, que ha de ser separada de mi alma, arrojada al sepulcro, y convertida en polvo, ha de ser restablecida, y que mi alma se volverá á ella, para vivificarla y animarla eternamente. *Scio quod Redentor meus vivit.* Sí; yo sé que mi Redentor vive, y que si le amo como me lo inspiran los vestigios de las llagas que conserva en su carne impasible como monumentos eternos de lo que ha hecho por nosotros, le veré un día con estos mismos ojos con que miro ahora lo que está delante de ellos. ¡Dichosos pensamientos! ¡sublimes y preciosas énagenaciones! ¿Qué me importan estas violentas catástrofes del mundo? Solo Jesus reina en el cielo, en la tierra y en los abismos. Estos asombrosos acontecimientos que nos pasman, son el fuego de su dedo. ¡Que se hunda todo! Jesus está vivo, y la vida es—

condida en él será glorificada eternamente. Hé aquí la profunda doctrina de san Pablo: «Si nosotros hemos muerto con Jesucristo, creemos que viviremos también con Jesucristo.» ¡Gloria y bendición al triunfo de Jesucristo! Ahora conozco esta exaltación magnífica, de que hablaba el mismo anunciando á sus discípulos el género de muerte con que debía morir: *et ego si exaltatus fuero á terra* etc, Vedle colocado entre el cielo que ha abierto, y el infierno que ha cerrado; descubriendo el imperio que adquiere, y la iglesia que prepara; con una mano disipando la ignorancia, y con la otra la impiedad. ¡Corred, cristianos, venid á ver á vuestro Rey en toda la gloria de su magestad, y en todo el brillo de su diadema! ¡Vedle coronado de honor y de gloria, ceñido de tantos laureles como virtudes ha derramado sobre la tierra, y trofeos ha alcanzado sobre el error. Vedle instalado sobre los escombros de la idolatría, sobre las ruinas de la sinagoga, permaneciendo solo Dios en la caída de todos los Dioses. Es tiempo de deshacer los desprecios sacrílegos de los Judíos por un culto infinito y una adoración sin límites. Es tiempo de decirlo, de

repetir este grito con que los Angeles llenan el cielo: «¡Digno es el Cordero, que ha sido degollado, de recibir el poder, la divinidad, la fuerza, la sabiduría, la gloria y la bendicion! Todo está yá fijado, todo medido sobre ideas soberanas: la gloria y la ignominia, la bajeza y la elevacion, la miseria y la felicidad; no hay mas virtudes que por su gracia, no hay mas gracia que por sus méritos y por su sangre; no hay mas sangre que para nuestra justificacion, no hay mas justificacion que por su resurreccion.»

Pero ¿qué oigo yo...? ¿qué grito mas detestable que el de la sinagoga retiene entre nosotros? «Nosotros no queremos que sea nuestro Rey.» *Nollumus hunc regnare super nos.* Nosotros no tenemos otro Rey que nuestro oro, dicen los avaros; otro Rey que la fortuna, dicen los ambiciosos; otro Rey que la razon, dicen los impíos; otro Rey que la libertad, dicen los tiranos; otro Rey que las pasiones, dicen las gentes sin moral. ¡Vana blasfemia! ¡impotenté rebelion! ¡Vosotros no le quereis por Rey! ¡Insensatos! ¿no veis que nunca lo es tanto como cuando le negais mas; que es preciso obedecerle por amor, ó estarle sujeto por la fuer-

za: y que el que desprecia su cétro, no escapará de su rayo! *Oportet illum regnare.* ¡No le que-
reis por Rey! ¡vosotros tendreis por Rey todos
los delitos con todas las desgracias! Despues de
su resurreccion triunfante, si no nos abre el
cielo, debe abrirnos el abismo. *Oportet illum
regnare.* ¡Que á vuestro nombre, Señor, toda
rodilla se doble en el cielo, sobre la tierra y en
los infiernos! ¡Que todo publique por un con-
cierto admirable de alabanza y admiracion, có-
mo no habeis hecho de todos los pueblos sino
un solo pueblo, de todos los reinos sino un solo
imperio, de todos los imperios sino una sola re-
ligion, del universo entero sino una sola con-
quista; cómo, en fin, habeis comenzado á rei-
nar, por donde los otros cesan de vivir! *Opor-
tet illum regnare.* ¡Que reine sobre nosotros,
para derramar sus bendiciones y sus gracias!
¡Que reine, enviándonos su verdad y su luz!
¡Que reine, para fortificarnos en nuestras de-
bilidades, y consolarnos en nuestras penas!
¡Que reine para sostenernos en nuestra agonía,
para fortalecernos en la última tribulacion, pa-
ra prepararnos una muerte dichosa y una eter-
nidad feliz! AMEN.

repetir este escrito con que los reyes de España el
ca: Y que el que desprecia en celo, no escabada
de su rayo. O que el que se levanta, no se levanta
reys por reys; vosotros tendreis por reys todos
los deinos con todas las desgracias. Despues de
su resurreccion triunfante, si no nos abre el
cielo, debe abrirnos el abismo. O que el que
reynare. Que a vuestro nombre, Señor, toda
todavia se doble en el cielo, sobre la tierra y en
los infernos! Que todo publique por un con-
cielo adonde se de sabana y administracion, co-
mo no habais hecho de todos los pueblos sino
un solo pueblo, de todos los reinos sino un solo re-
ino, de todos los imperios sino un solo im-
perio, del universo entero sino una sola con-
dita; como en un habais comenzado a re-
nar, por donde los otros cesan de vivir. Que
el mundo se reynare. Que reine sobre nosotros
para gozarnos sus bendiciones y sus gracias.
Que reine, enviándonos su luz y su luz.
Que reine, para fortificarnos en nuestras de-
bilidades y consolarnos en nuestras penas.
Que reine para sostenernos en nuestra agonía.
Que reine para fortificarnos en la última tribulacion, pa-
ra prepararnos una imperio dichosa y una eter-
na gloria.

SERMON

PARA

EL DIA DE LAS RELIQUIAS.

Sit memoria illorum in benedictione, et ossa eorum pullulent de loco suo.

Sea bendita su memoria, y sus huesos rellorozcan de sus sepuleros

Ecclesiast., cap. XLVI, v. 44.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

A vista de esta augusta ceremonia ¡que diversos sentimientos se apoderan alternativa-mente de mi alma! ¡qué grandes y tiernas me-morias me elevan y enternecen juntamente! Es-ta magestuosa y venerable Basílica, cuna ilustre de la fé de nuestros ascendientes, y que se pue-de mirar como una especie de compendio de todas nuestras antigüedades; estos huesos sa-

grados de nuestros primeros apóstoles, salvados al principio milagrosamente de las manos bárbaras de sus tiranos, y sustraídos en nuestros dias, por un nuevo prodigio, á manos mas barbaras todavia, á los sacrílegos violadores de nuestros templos y de nuestros altares, predicando desde esas urnas de la muerte la vanidad de las grandezas y la inmortalidad de la virtud; este clero venerable, destinado á conservar la magestad del culto, y la santidad de la religion, á cuyo frente veo á un Pontífice ilustre; en fin, este inmenso concurso de fieles de toda edad y de todo estado, rivalizando en ardor y en piedad. ¡Qué lugar, y que momento! Aquí todo habla á los ojos, y todo habla al corazon: objetos los mas propios para escitar nuestra fé, nuestra veneracion y nuestro reconocimiento. ¿Qué no debemos como cristianos á los que nos han anunciado el evangelio, á los que han hecho retroceder delante de ellos las tinieblas de la supersticion, para llamarnos, dice el Apostol, á una admirable luz, y que han sellado despues con su sangre la verdad de su doctrina, y la autenticidad de su mision; que han plantado en medio de nosotros

este arbol de vida, cuyas hojas, dice el Espíritu Santo, estan destinadas á la curacion de las naciones? Como Españoles ¿qué acciones de gracias no debemos dar á estos varones apostólicos, á los cuales debe la España no solamente su conversion, sino su civilizacion; no solamente su fé, sino su existencia política; no solamente sus primeros pastores, sino sus primeros legisladores, sus primeros maestros, que plantando entre nosotros la fé, han sentado los primeros fundamentos del trono, y preparado por sus consejos como por sus ejemplos el reino paternal de nuestros Reyes Católicos?

— Pero bajo de otro aspecto voy á considerar la fiesta de las Santas Reliquias que se contienen en esas urnas. Las miro como el fundamento de nuestras eternas esperanzas, como el apoyo de nuestro destino, y el ejemplo mas poderoso contra las ilusiones de este mundo embustero. Para proseguir, pidamos los ausilios de la gracia por la intercesion de Maria Santísima:

AVE MARIA.

ILMO. SOR.

La impiedad que ha impugnado y oscurecido todas las verdades que perturban el vicio, debe sentir muy en el alma no poder negar la muerte. Si hubiera podido desterrar del mundo esta creencia, nada hubiera faltado á sus esfuerzos y astucias para reanimar todas nuestras pasiones y extinguir todos nuestros remordimientos. Sin duda hubiera colocado esta verdad, como otras muchas, en la clase de las ideas supersticiosas, si no se viera á los hombres descender todos los días al sepulcro. ¡Ah! ¡qué desgraciado es el hombre que se vé reducido á la triste y funesta precision de aturdirse y desentenderse de la inevitable necesidad de morir! ¡y cuán glorioso es para nuestra santa religion que solo en ella sea la muerte una felicidad! La muerte sin la religion es un objeto horrible, un suplicio insoportable, un abismo sin fondo, una desgracia sin remedio, y el escollo funesto de la humana sabiduría. Pero la muerte en Jesucristo y por Jesucristo es una oblacion voluntaria, un acto de obediencia, un sacrificio de espiacion, un delicioso sueño, un ligerísimo paso de las tinieblas á la luz, de

destierro á la patria, y de las miserias de una corta y desventurada vida á otra bienaventurada y eterna: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.* ¿Dudais por ventura de esto? Mirad á ese altar construido todo de huesos humanos, traídos y conservados aquí por una especial providencia. Preguntad á esas urnas, á esos áridos despojos: ellos os dirán que están esperando el soplo divino que los debe resucitar, y hacerlos servir en la construcción del templo de la eternidad: *Si terrestris domus nostra hujus habitationis dissolvatur, edificationem ex Deo habemus, non manufactam, eternam in cælis.* Parecía á los insensatos que morían; pero ellos descansan en paz, y sus huesos serán vestidos de gloria en el día de la dichosa resurrección.

¿No os parece que esa inmovilidad y profundo silencio que anuncian el imperio de la muerte, son el magestuoso presagio, y la señal augusta del prodigio que va á reproducir y animar todos esos despojos? Cuanto mas contemplo estos huesos y estos restos humanos, mas penetrado me siento de este incomparable oráculo de los libros santos: *Los huesos humillados y confun-*

didos en el polvo se reanimarán y saltarán de alegría delante del Señor. Esta es la inmortal esperanza que mitiga mis penas, y hace dulces mis trabajos. Durante el espacio de tres siglos enteros la sangre de los cristianos no cesó de derramarse. Los Nerones, los Domicianos y los Decios emplearon contra ellos los suplicios de la crueldad mas refinada. Las cruces, los caballetes, la llama de las hogueras, las uñas de hierro, y las bestias feroces, todo fué empleado, pero en valde. La paciencia de los verdugos se cansa primero que la constancia de los mártires. ¡Qué multitud de inocentes víctimas caen por todas partes, bendiciendo á sus tiranos! Se las puede atormentar; pero no se las puede vencer; sus suplicios son un cebo que atrae á los paganos á la religion de Jesucristo; su sangre es una semilla de cristianos, y el hierro que los destruye, hace brotar otros nuevos. Asombra ver tanta fuerza y tanta magnanimidad, no en una ni otra parte, sino en toda la estension del universo; no en algunos particulares, sino en millares de cristianos de todas las edades y de todas las condiciones, desde la adolescencia hasta la vejez, desde el guerrero hasta el sexo

mas tímido y cobarde. ¿De dónde este heroísmo superior á todo lo que nos cuentan los paganos? Lo confieso: este espectáculo de valor invencible y de virtudes las mas puras me arrebató de admiracion. Hay aquí alguna cosa divina, esperanzas y ausilios del cielo; hay alguna fuerza superior á la fuerza del hombre.

Morir por la religion primero que renunciar á ella, aun quando renunciando se evitára la muerte, es el verdadero caracter del mártir. Tales son los que venera la santa Iglesia romana, y tales tambien los que hoy se esponen á nuestra veneracion: mártires, que por reflexion, por una eleccion libre prefieren los mas acerbos tormentos á la renuncia de la fé; que sufren, no una muerte pronta y fácil, sino una muerte prolongada y penosa, con los mas agudos dolores; que sufren no solamente con valor, sino con serenidad, con gozo, y de un modo tan persuasivo que mueve á sus mismos verdugos, y se convierten á Jesucristo. Esto sobrepaja las fuerzas del hombre, y supone un socorro Divino, y es preciso reconocer un milagro, atendido el modo de obrar de los hombres. Si el Dios del cielo y de la tierra, que es

la santidad, la sabiduría y la verdad por esencia, tiene en alguna parte verdaderos adoradores, cuyos servicios agradezca ¿con qué señales podríamos distinguirlos? Quisiéramos que estos adoradores, dispuestos siempre á sacrificarlo todo, honor, fortuna y reputacion, primero que el deber, no tuviesen otra regla que la verdad, y mirasen como un triunfo ser las víctimas de ella. Nó; no hay nada comparable á tales hombres. Pues tales han sido los mártires cristianos, los mártires cuyas reliquias veneramos. ¿De dónde les vino tanta luz que con tanta prontitud y fuerza los iluminó sobre la vanidad de la vida, y las maravillas del siglo venidero? Esta es, Señor, vuestra grande obra, y solo vuestro poder invisible es el que ejecuta en la tierra este valor que asombra á los cielos. ¡Oh vida eterna! ¡palabra repetida tantas veces y tan poco meditada! ¡Divina y alhagueña perspectiva que nos abres el inefable abismo de la felicidad soberana! ¡Años eternos, llenos de delicias! Vuestra contemplacion arrebató de admiracion á nuestros mártires, y les hizo desear la disolucion de este cuerpo mortal, para

para que el Dios del cielo y de la tierra, que es

comenzar á vivir, vestidos de resplandor, una vida llena *de luz, de santidad y de verdad.*

Aquí la conciencia obliga á dar un solemne testimonio á nuestra magnífica religion. ¡Oh divina religion, obra la mas perfecta y admirable! ¡Cuán grande es tu poder, para disipar el horror que nos causa la vista del sepulcro, donde la inexorable muerte ha de encerrar estas cosas de barro! Sí; yo creo que vive mi Redentor, y que en el último dia saldré del fondo de la tierra; que me hallaré revestido de mis propios miembros, y que veré á mi Dios con los mismos ojos con que ahora miro lo que está delante de ellos. Esta alta esperanza esta gravada en mis entrañas. Esos huesos que contienen esas urnas, no se perderán para siempre: un dia seran llenos de fuerza y de vigor: *seminatur in infirmitate, surget in virtute.* De la corrupcion pasarán á un estado incorruptible é inalterable: *seminatur in corruptione, surget in incorruptione.* Se hallan ahora como lívidos y macilentos: ellos se levantarán rodeados de una gloria enteramente divina: *seminatur in ignobilitate, surget in gloria.* Están ahora inmóviles y frios; ellos se levantarán mas ágiles que las nubes:

seminatur corpus animale, surget corpus spirituale. ¡Oh virtud! ¡puro y santo cumplimiento de los mandamientos de Dios! ahora conozco que no eres una palabra triste y vana! No en valde purifica el justo su corazón en tus aguas. «¡Qué! hacer á cada instante los mas grandes sacrificios; domar el amor propio aun justamente ofendido; sacrificar sus pasiones, y despues las angustias de la agonía y los horrores de la muerte ¿y despues la misma suerte que el malvado que se haya burlado de Dios y de los hombres?» ¡Nó!... un sentimiento invencible me manda decir al justo que todo irá bien, y que recogerá el fruto de sus penas y esperanzas. ¡Ciegos é insensatos mortales! ¿á dónde os precipitais? ¿Qué significan esos odios que os envenenan, y esos violentos deseos que os abrasan, y esas inquietudes que os consumen, y esos remordimientos que os despedazan, y esos temores que os persiguen, y esas envidias que os devoran? ¿Cuál es esta multitud de jóvenes atolondrados que se combaten, se cruzan y atormentan por unos deleites carnales que, disfrutados, los pierden? ¿Cuáles son esos otros que se disputan y arrancan un vil palmo

de tierra, ó un destino incierto é inconstante, valiéndose para ello de viles traiciones y de horrosas calumnias? Su ciega concupiscencia les ha cegado el sentido; sobre el borde del precipicio sueñan tranquilamente. ¿Cuál es vuestro delirio y el espantoso encanto que os fascina? Poned los ojos sobre estos huesos rotos y humillados que saltarán de gozo, cuando suene la trompeta para juntar los hombres delante del tribunal de Jesucristo; ved esos pies que estuvieron en los hierros; esas manos que combatieron por la fé; esos ojos que se cerraron para la vanidad, y no se abrieron sino para mirar al cielo; esas lenguas que confesaron con valor el nombre de Jesucristo delante de los tiranos; esos oídos que no escucharon las amenazas de los bárbaros, sino las promesas de la fé; esas bocas que llenaron de bendiciones á los que las maldecían; esos miembros que parecen muertos y viven delante de Dios. Ved aquí los cuerpos de los santos, cuya muerte es preciosa á los ojos del Señor. ¡Ah! suspiremos por la dicha de imitarles, ya que estamos destinados á padecer en este mundo de dolores. Cuidemos de no tener pies, sino para correr en el camino

de los mandamientos de Dios; manos para llenarlas de buenas obras; ojos para mirar al cielo, verdadera y pura region de la vida; y lengua para publicar las grandezas de Jesucristo! Los ayunos, los sudores y las lágrimas, y la oracion nos han de preparar á vencer las pasiones de la carne, los tormentos del mundo, y las tentaciones del infierno.

—¿No os resolveis á tomar este partido? Pues oid, y levantaos del polvo hediondo de vuestros vicios, y de la espantosa ilusion de vuestras pasiones. «El que pierde su vida por mí, dice Jesucristo, ese la salvará. Y el que renuncie á todo por mi nombre, y por el reino de Dios, recibirá el centuplo en este mundo y la vida eterna en el otro. Al que haya vencido, le daré el poder sobre las naciones, le haré sentar al lado de mí sobre mi trono, como yo estoy sentado sobre el trono de mi Padre. Regocijaos cuando os persigan, y os llenen de improperios. Vuestra recompensa será grande en los cielos.»

¡Almas justas! ved aquí porque honramos los cuerpos de los mártires. Los honramos como miembros que fueron de Jesucristo y templos del

Espíritu Santo. Honramos en ellos á los mártires, así como en los mártires honramos á Jesucristo; los honramos como los atletas y los héroes del cristianismo, como nuestros maestros y modelos. Yo bien sé que hay abusos en el uso y veneracion de las reliquias: se abusa de todo. Se abusa de las peregrinaciones ó visitas de santuarios, porque muchas veces es un espíritu de libertinage el que las hace emprender. Se abusa de las reliquias, porque muchos las tienen mas respeto que al santo Sacramento del altar. Se abusa de los lienzos y de todo lo que ha tocado los miembros de los santos, porque se pone en ellos una confianza que la religion no permite. No creais que las reliquias os santifiquen y perdonen los pecados; nó. Escitan vuestra fé para que acudais á los santos sacramentos, y allí purifiqueis vuestras conciencias en las aguas del dolor; despiertan vuestra atencion para que no hagais de vuestros cuerpos asientos de inmundicia, domicilios de torpèzas, glotonerías y embriagueces, sino vasos de honor, digna habitacion del Espíritu Santo.

¿Creis que este no es un language arbitrario y caprichoso, ni esta una moral estravagante?

¿Creis que los muertos romperán un día sus sepulcros, y los justos subirán á la gloria de Dios, y los impíos caerán en los suplicios eternos, y que os cabrá una de estas dos suertes infaliblemente? Yo no dudo de vuestra fé; pero lo que veo me aflige profundamente. Veo un lujo gentilico y anticristiano, venido de fuera de nuestra patria, que todo lo mina, todo lo acaba y consume todo, caudales y costumbres, decencia, pudor y honestidad. Veo á unos jóvenes que irritarian con sus trages, sino se hiciesen risibles por los ridículos apodos que los distinguen; jóvenes que no tienen fé sino en los deleites y envanecidos en la fascinacion de la frivolidad. Veo una liviandad sorprendente é inaudita; adulterios multiplicados en número espantoso, sin verguenza y sin remordimientos, y aun con una especie de estúpida jactancia. Veo á unas jóvenes *callegeras*, como las llama la Escritura, descocadas y desenvueltas, que manifiestan distar poco del camino de su ruina y perdicion. Veo intrigas viles, calumniosas detracciones, y traiciones alevosas. Yo veo..... Y vosotros ¿no lo veis? Sí; pues dejad esos trages y esas modas para no parecer es-

trangeros en vuestros propios hogares. ¿No lo veis?... Sí, pues volved á la gravedad y sensatez de nuestros mayores, y dejad esas frivolidades que prueban la disipacion del alma y la ligereza de vuestras ideas. ¿La veis..? Sí; pues dejad esos caminos de la muerte, y volved á los caminos de la ley de Dios, que son el camino de la vida y del honor.

¿De dónde nos han venido estos escesos, y estos horrores, y estos escándalos, y este precursor general del ateismo? ¡Jóvenes! comprendedlo bien. ¡Vosotros ancianos! no lo olvidéis: del carácter de este siglo que todo es placeres y sensualidad; todo, empero, pasará; el siglo y sus héroes y sus vicios se hundirán para siempre en un abismo eterno!...

Aun tenemos remedio en tantas y tan preciosas reliquias como se encierran en esas urnas. Son como otros tantos centinelas de la ciudad, y guardianes de sus habitantes. Ahí se hallan reliquias de Jesucristo, de su Santísima madre; reliquias de los apóstoles y evangelistas, de santos pontífices, obispos, confesores y santas vírgenes. ¡Sagrados y venerados huesos! ¡dichosas las almas que os animaron, y que des-

cansan yá en el seno de Dios! ¡Dichosos vosotros tambien en aquel dia venturoso, en que rompiendo los vidrios de esas urnas, saltareis de alegria delante del Señor! Pero ¡qué dia el mismo tan amargo para los infelices que no siguieren sus ejemplos! Entonces se correrá el velo de su ilusion y de sus encantos; entonces verán que la muerte que os dieron los tiranos, no fué muerte sino á los ojos necios del mundo.

Visi sunt oculis insipientium mori. «Mirad, se dirán unos á otros los réprobos, cómo errábamos en nuestros juicios; ellos son contados entre los hijos de Dios, y nosotros somos contados entre los hijos de Dios, destinados á suplicios infinitos. Tiemblo al pronunciar esta palabra, palabra formidable, pero infalible!... ¡Ay! no, no cantaremos yá el cántico lúgubre de los placeres perecederos. No estamos en nuestra patria; vivimos sobre las riveras profanas de los rios de Babilonia. El duelo, las lágrimas y los gemidos convienen á nuestro triste destierro, para llegar al goce y posesion de Dios por toda la eternidad. ASI SEA.

SERMON

PARA

EL DIA DE LAS RELIQUIAS.

Ossa pullulent de loco suo nam corroboraverunt Jacob, et redemerunt se in fide virtutis.

Que los huesos rellozcan en su lugar, porque han fortificado á Jacob, y se han rescatado ellos mismos por la virtud de la fé.

Eccles. cap. XLIX. v. 12.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

EL autor del libro del Eclesiástico, despues de haber hablado del hombre justo que el Señor ha dado á la tierra, alaba á los doce profetas que han instruido al pueblo de Dios. ¡Cómo conviene este language á las reliquias de los santos mártires que hacen la gloria de la Iglesia! No se halla de estos aca bajo otra cosa que huesos secos, tristes víctimas de la muer-

te y de la corrupcion; pero estos huesos casi reducidos á polvo, se levantarán en el gran dia en que Jesucristo los reanimará. ¿Qué digo yo? Vedlos aquí yá; están fuera de los sepulcros, porque han fortificado á Jacob, porque han sostenido la Iglesia por su invencible valor, porque se han rescatado ellos mismos, y la virtud de la fé que era el don de Dios, los ha librado de la tentacion. ¡Dichoso el dia que alumbra esta fiesta! ¡Dichosos nosotros, á quienes Dios concede el poder celebrarla! ¡Floreced, revestios de gloria, huesos sagrados, y derramad en la casa de Dios el olor del martirio! *Ossa pullulent de loco suo*. Aquí todo habla á los ojos, y todo habla al corazon. ¿Qué no debemos como cristianos á los que nos han anunciado el evangelio; á los que han hecho retroceder delante de ellos las tinieblas del error para llamarnos á la luz admirable de la fé, como dice san Pablo; que han sellado despues con su sangre la verdad de esta misma fé; y que han plantado en medio de nosotros este arbol, cuyas hojas, como dice el Espíritu Santo, producen la curacion de las naciones? Como Españoles, ¿qué reconocimiento no debemos á estos varo-

nes apostólicos, á los cuales debe la España no solo su conversion, sino su civilizacion; no solamente su fé, sino su existencia política; no solamente sus primeros pastores, sino sus primeros legisladores, sus primeros maestros, que plantando la fé, sentaron los primeros fundamentos del trono, y prepararon el reino paternal de nuestros Reyes Católicos? Pero los mártires, despues de haber vencido al mundo por la constancia de su fé, le vencen todavía para inspirarle la fé misma por la virtud milagrosa que Dios ha dado á sus santas reliquias. Los que han aborrecido su carne mientras que ella era todavía carne de pecado, aman ahora esta misma carne que ha sido el instrumento de su gloria. Ella es la que sufrió acá en el mundo; ella será tambien la que llevará para siempre en el cielo las señales de las llagas de Jesucristo; tanto como la aborrecieron en el mundo, la aman ahora en el cielo, y desean su gloria. Ved aquí ya el asunto: los mártires y sus reliquias. Su martirio es el ejemplo que es necesario imitar; sus reliquias son el depósito que debemos venerar.

¡Oh Salvador que habeis formado estos hé-

roes, que habeis mirado su combate con complacencia, que habeis descendido á la pelea para vencer en ellos, que, en fin, los habeis coronado! venid á mí; dadme una boca inflamada, digna de alabar estos testigos que tan gloriosamente os confesaron! Para continuar, acudamos á Maria, madre de la cabeza de todos los mártires.

AVE MARIA.

ILMO. SOR.

Quando se leen las magníficas promesas hechas á la Iglesia, se habla de los Reyes de la tierra que vendrán en silencio á besar sus sagrados vestigios, y de las naciones que entrarán en tropel por la puerta del evangelio. A vista de este magnífico espectáculo desaparece toda imágen sangrienta de persecucion. ¡Pero cuánto distan sus pensamientos de los pensamientos de los hombres! Ha hallado en sus profundos consejos, que es mejor permitir que sucedan los males para sacar de ellos bienes, que no permitirlos nunca. Y efectivamente ¿qué hay de mas divino, que mandar al mal y hacerle

bien? ¿Y cómo lo hace? pregunta san Agustin. Dando á la iniquidad el curso que le acomoda, arreglándola, dominándola, haciéndola entrar en el órden de su providencia. Deja al furor encenderse en el carazon de los paganos, y affligir á sus santos. ¡No temais! La persecucion no puede menos de ser buena en las manos de Dios. Por ella prepara á su religion testigos que sellaron la verdad con su sangre. ¡Qué autoridad para esta divina religion la de los que, habiéndola abrazado, no temen morir por ella! La persecucion no puede menos de ser útil en las manos de Dios. El obliga al vicio y al error á servir á los fines de su eterna é inmensa sabiduría. El que tiene en sus manos el corazon de los Reyes, se sirve de ellos como quiere, y emplea á los mas abominables para la ejecucion de sus consejos y adorables voluntades. ¿Quién sino el Omnipotente puede sujetar de este modo las pasiones humanas desencadenadas, para afirmar y consolidar sus obras? ¿No veis las ruinas que han causado entre nosotros? ¿No ois la voz de la sangre de todas clases que se ha derramado? ¡Y qué! ¿estos crímenes se han cometido, esta sangre se ha derramado en valde? Nó; era me-

nester conocer á los mártires de la fé y á los apóstatas. La persecucion no puede menos de ser buena en las manos de Dios. La Iglesia debe su gloria á los tiranos, á los judíos y á los hereges. Teñida con la sangre de sus martires, se multiplicó con los tormentos: esta sangre era un dulce perfume para dar mas suave olor. La persecucion no puede menos de ser buena en las manos de Dios. Es preciso que la luz de la fé sea continuamente agitada, para que pueda estender una luz mas brillante. La Iglesia, como una antigua y magestuosa encina, se eleva hácia el cielo en medio de las tempestades; los cristianos se glorian de padecer, porque saben que les está asegurada la victoria por Jesucristo, que camina á su frente con la cruz en la mano. Ved aquí el modelo de todos los mártires: bebe el caliz de su pasion hasta la hez mas amarga; le presenta despues á sus discípulos que le beberán á su vez, porque el discípulo no ha de ser mas privilegiado que el maestro. Vedlos aquí á estos discipulos que serán llevados á las hogueras, y otros serán despedazados en los potros. Se arrastra á los anfiteatros á ancianos venerables de cien años para ser devorados por

las fieras, ó para servir de espectáculo al pueblo. ¡Monstruosa crueldad de los tiranos! Ni aun la inocencia de los niños encuentra ninguna compasion, y las jóvenes vírgenes, aun las mas nobles, son el escarnio de la mas indigna impudencia, y ni se perdona á las mugeres encinta. ¡Y qué! ¿era imposible librarse de los tiranos? Bastaba una sola palabra; ni siquiera era menester hablar; bastaba entregar á los gentiles las divinas escrituras; bastaba dejar caer un grano de incienso en el altar de los falsos Dioses; bastaba dar algun dinero para lograr un certificado de haber sacrificado, y se estaba libre. ¡Eh! ¿á que artificios no hubierais acudido, para libraros del martirio, los que buscáis vergonzosas sutilezas y malditos refinamientos, para libraros de la ley de Dios, por poco que os violente, si es que no habeis apostatado y la teneis por impostura?

La mas alta manera de amar y glorificar á Dios es padecer la muerte por su servicio, por no faltar á su ley santísima, especialmente si es prólija y ejecutada con crueles y bárbaros tormentos, como la que padecieron los mártires. Pues no hay otro medio en la naturaleza huma-

na ayudada con la gracia, para honrar mas á su Criador, que mostrar, no por palabra, sino por obra, ser tan grande su magestad, su bondad y su gloria, que quieran sus fieles adoradores padecer todos los tormentos, antes que decir ó hacer cosa contra su servicio y fidelidad. Y ¿es posible mayor fé? Y ¿es posible mayor fortaleza? Y ¿es posible mayor lealtad? ¿Qué tiene el hombre mas precioso que la vida? ¿Pues qué maravilla es esta, que tantos millares de hombres, de mugeres, de viejos, de mozos, de niños, de doncellas tiernas y delicadas sufrieran y sufran en el dia los tormentos de la crueldad mas refinada, las cruces, los caballetes, la llama de las hogueras, las uñas de hierro y el diente de las bestias feroces, con tanta fortaleza, con tanta alegría, con tanto esfuerzo, que confundiera á los tiranos, cansára á los verdugos, y ellos no se cansáran de sufrir todas las máquinas de suplicios que los hombres y los demonios pudieron inventar, y esto no en un dia, ni en un año, sino durante muchos años, como sucedió á san Clemente, quedando la gracia vencedora, y el poder de los perseguidores vencido, afrentado, avergonzado y corrido?

¿Qué maravilla es esta, que unos se glorian en sus cadenas, otros corren al suplicio, y otros saltan en las hogueras? ¿Qué maravilla es esta, que las doncellas delicadas corran á los tormentos como á un banquete de bodas; que procuran sufrir primero unas que otras, formando sobre esto competencias, quejándose la vírgen Eufemia que siendo ella noble de nacimiento, fueran otros martirizados antes que ella? ¿Qué es esto? ¿Dónde están aquí las leyes de la naturaleza? ¿Dónde está la fuerza del amor de la vida? ¿Dónde el temor natural de la muerte? ¿Cómo es esto, que entre los tormentos estaban mas fuertes que los tormentos mismos? Y encarcelados, mas libres que sus carceleros? Y caidos, mas levantados que los que estaban en pie? Y atados, mas sueltos que los que los ataban? Y juzgados, mas honrados que sus jueces? ¿Y cómo es posible, que una cosa tan nueva no tenga una causa nueva? ¿Que una cosa tan extraordinaria no tuviera una causa extraordinaria? ¿Cómo era posible que una doncella de trece años, como santa Eulalia, estirada en el potro, puesto fuego á sus lados, y desgarradas sus carnes con garfios, esclamase de este mo-

do: «Estas señales ¡Dios mio! que el fuego hace en mi cuerpo, letras son de vuestro nombre, que manifiestan vuestros triunfos,» si no fuera sostenida por el poder del Altísimo? ¿Cómo es posible no ver el poder que triunfó en tales y tantos prodigios de valor, que despedazadas las carnes con azotes, y abrasadas con el fuego las entrañas, consumida la sangre, y los huesos descoyuntados, cantáran las alabanzas del que así los hacia triunfar? ¡Espectáculo digno de Dios y de los Angeles! ¡Digno de la hermosura y órden de su providencia, confundir el poder y rabia de los infiernos por unas tan flacas criaturas! ¡Digno de la gracia de Jesucristo, por cuyos merecimientos se dió á los mártires esta invencible constancia! ¿A dónde lleva esa muger á su hijo? A ponerle sobre la hoguera, para que no sea privado de la corona del martirio. ¿A dónde camina esotra que lleva á sus hijos de la mano? ¿A dónde va tan de priesa esa muger de Antioquía? «Corro, contesta ella, al arrabal donde se martiriza á los cristianos, para que no se muera por Jesucristo sin mí y sin los míos.» No es mucho que el Profeta-Rey, viendo figuradas semejantes maravillas en el paso de los

Israelitas por el mar Rojo, esclamase espantado y atónito: «Abristeis, Señor, en el mar camino á tus caballeros en medio de las muchas aguas, y cuando yo esto oi, me temblaron las carnes, y con esta voz se estremecieron los labios de mi boca.» Entendia por *estas aguas* las muchas tribulaciones que padecieron los Apóstoles y los mártires.

¿Hay en la tierra un espectáculo mas interesante que el espectáculo de los mártires? ¿Le hay mas propio para confirmar nuestra fé, alentar nuestras esperanzas, encender nuestra caridad y hacer sensible el poder de la gracia de Jesucristo? Aquí se esfuerza nuestra paciencia, y se alivian nuestros trabajos, y se despierta nuestro adormecimiento, y se condena nuestro regalo, y se averguenza nuestra flogedad, y queda sin excusa nuestra pereza y negligencia, viendo lo que podemos con la gracia que no se niega á nadie. ¿Qué dicen esos mártires de la ambicion, de la impureza, de la venganza, de la avaricia, y de todos esos ídolos de sensualidad, que hoy se adoran, y que han desterrado el nombre de Dios de muchas almas, pues no ha quedado en ellas rastro ninguno de cristia-

nas. ¿Lo creerías? Cuesta mucho creer lo que se vé y se palpa. Todo se califica de *superstición* y de *fanatismo*. ¡Mártires de la castidad! ¡mártires de la caridad! ¡mártires de la justicia! ¡mártires de la penitencia! tambien los gentiles os llamaban supersticiosos, y vosotros contabais: «¡somos cristianos!» y segunda y tercera vez: «¡somos cristianos!» Y hoy millares de toda edad, de todo estado, de todo sexo y condicion, llamándose *libres*, se creen libres de *Dios* y del *orden*; libres como las bestias salvages, segun la exacta comparacion de Job. He manifestado los sentimientos que los mártires nos deben inspirar; voy á hacer ver el fruto que es necesario sacar del culto de sus reliquias.

— El culto de las reliquias es tan antiguo en la Iglesia como el martirio mismo. La Iglesia, en los tiempos cercanos á los Apóstoles, miraba las cenizas de los mártires como llenas de la virtud de Dios. ¿Era conceder demasiado á los mártires? Nó, nó, hermanos míos; era concederlo todo á Dios, que quiere ser admirable en sus santos. El que dió á los huesos de un Profeta la virtud de resucitar á un muerto, al cingulo de Pablo, á la sombra de Pedro la de curar á los

enfermos, ¿no puede dar su virtud á estos miembros despedazados y dispersos, sobre los cuales resplandece siempre la gracia del martirio? ¡Hombres de poca fé! ¿por qué dudais? ¿El brazo del Omnipotente se ha acortado? A fuerza de estas maravillas se ha sometido el mundo al yugo de la religion. Pero notad cuál es su poder: se les ha dado reinar sobre la tierra con el Salvador. «Yo he visto, dice san Juan, los tronos, y se sentaron en ellos las almas de los que fueron muertos y degollados por el testimonio de Jesucristo.» ¿No veis este triunfo en la conversion de los bárbaros á la fé en tiempo de Constantino? Este es el reino sensible que les estaba prometido. Dieron testimonio á Dios por su sangre, y Dios les daba testimonio por los milagros que obraba por ellos. No nos debemos admirar que los Baslios, los Gregorios y los Crisóstomos llamen los cuerpos de los mártires fortalezas de las ciudades que tenian la dicha de poseerlos. «¡Oh ciudad de Roma, exclamaba S. Juan Crisóstomo, la presencia de Pablo hace que yo te ame!» «¿Quién me dará, añade, ir á postrarme á los pies de este Apóstol, y permanecer cerca de su sepulcro?

¿Seré yo bastante dichoso para ver las cenizas de este cuerpo que cumple en sí lo que faltaba á los padecimientos de Jesucristo?» ¡Ay! si los hijos que no han degenerado, no pueden ver el sepulcro de su padre sin derramar lágrimas, sin enternecerse, y sin recordar los mas vivos sentimientos de virtud que el padre los ha dejado como en herencia; nosotros, hijos de estos primeros cristianos que nos muestran el camino del cielo teñido con su sangre ¿podremos ver sus reliquias sagradas y reverenciadas de todos los siglos sin derramar lágrimas, no sobre ellos, sino sobre nosotros mismos? ¿Podremos estar sin herir nuestros tímidos pechos? ¿Podremos dejar de reanimar nuestra fé y nuestra esperanza por la memoria de sus combates y de sus victorias?

Pero ved aquí otros frutos. Estos cuerpos fueron perseguidos por el martirio, aun antes de serlo por los tiranos. Estos mártires morian todos los dias por el ayuno, por el cilicio, por el trabajo y por las vigiliias, sudores y fatigas. Pero ¿qué hay mas supersticioso que honrar á los mártires, y esperar que nos serán propicios sin tratar de imitarlos? ¡Oh almas sensuales y co-

bardes! la fé no puede esperar nada de vosotras. Una burla os hace avergonzar del evangelio, ¿y sufrireis tormentos y oprobios? La fé no puede esperar nada de vosotras que sea digno de ella: vuestras costumbres y vuestros sentimientos no prometen sino la apostasía, y quizá mas de una vez habeis renegado de la fé.

Los cuerpos que la crueldad de los tiranos y la corrupcion han reducido á ceniza, se reanimarán en el dia de Jesucristo. De aquí viene que estos cuerpos tan desfigurados, que nos sobrecojieran de espanto y de horror, si hubieran muerto de muerte natural despues de una vida comun, no nos inspiran sino ternura, veneracion, gozo y confianza. Es que sabemos, que aquel por quien han muerto, tiene en sus manos las llaves del sepulcro, y que es él mismo la resurreccion y la vida. Asi estos huesos, aunque no parezcan mas que esqueletos de la muerte, exhalan todavía un olor de vida, y alimentan en nuestros corazones esperanzas llenas de inmortalidad. «Hé aquí, decimos, estos huesos que parecen muertos, pero viven en la mano de Dios. Hé aquí estos huesos rotos y humillados que saltarán de gozo, cuando la trom-

peta suene para reunir toda carne á los pies de Jesucristo. Hé aquí estos pies y estas manos que estuvieron en las cadenas; estos que no huyeron cuando fué necesario confesar á Jesucristo. Hé aquí estas manos llenas de buenas obras. Hé aquí estos ojos que miraron el mundo todo con desprecio, y que no se abrieron á la vanidad. Hé aquí estos oídos que escucharon menos las amenazas de los tiranos que las promesas. Hé aquí esa boca que bendijo á los perseguidores; que confesando á Jesucristo, hizo callar la iniquidad pagana, y por la que Jesucristo era el que hablaba. Hé aquí este corazón mas grande que toda la tierra, y á quién nada pudo llenar, sino el amor de Dios. ¡Oh hombres! vosotros mirais la muerte, como si fuera eterna! La vida en Dios es eterna; la muerte no es sino ensueño. ¡Oh muerte! tu victoria está destruida; los hijos de los mártires no te temerán jamás.

— Ya los cuerpos de estos héroes y heroínas de la religion reciben en el culto que les damos una imágen de la gloria que les está reservada, ¡débil imágen por cierto! pero digna de su complacencia, y que los hace Reyes de vuestros

corazones, según la promesa de Jesucristo. ¡Oh cenizas! ¡oh huesos descarnados! Vedlos aquí glorificados, aunque esperando otra gloria que Dios solo puede dar! ¿Quién, considerando esta piadosa pompa y este dulcísimo gozo de esta fiesta, no levantará su corazón hácia el triunfo de la celestial Jerusalén, en donde todos los que siguiendo á Jesucristo en la cruz, y pasando por una gran tribulación, cantarán eternamente el cántico de la victoria? Ved, pues, lo que os he propuesto por tema de mi discurso, á saber: «que nada debe consolar tanto nuestra fé como el ejemplo de un mártir; y que sus reliquias merecen nuestro culto, así como alien- tan nuestra confianza.» Pero ¿qué veo yo? ¡Qué multitud de cristianos se acercan á los mártires y besan sus reliquias con una conciencia tan manchada como la de sus perseguidores! ¡Id lejos de aquí, donde la fé sola debe entrar! Pero ¡ay! que esta fé antigua ha desaparecido, y todo ha caído con ella. Hombres temerarios han traspasado los límites, y enseñado á dudar de todo. Todos los crímenes tienen carta franca, y ni aun se teme el escándalo. La ciega sabiduría de la carne pretende acomodar la religion al

gusto de sus deseos, deshonor y escarnece lo que queda de la fé antigua. El desórden es tal, que quiere ser la regla, y llama esceso todo lo que se le opone. El pecado abunda, la irreligion se estiende, las tinieblas se espesan, el misterio de iniquidad se cumple, y en estos dias de ceguedad los escogidos serian seducidos, si pudieran serlo. La luz del evangelio se apaga, el dia de todas la ruinas se acerca, y el fin se apresura á llegar. Las gentes corrompidas hasta la médula de los huesos por los placeres violentos de los sentidos, caen en las languideces mortales del enfado, desde que el furor de alguna pasion no les anima.

¡Dios mio! ¿por qué hemos visto la luz en tiempos tan desgraciados? ¿Por qué hemos visto desplomarse las Basílicas, y rodar por el suelo nuestras santas costumbres? ¿Y podemos vivir en este aire de corrupcion, atormentados los oidos con tanta impiedad, y escandalizados los ojos con nuestra misma ignominia? Estamos en el caos, y desde aquí vemos las sombras del infierno. ¿Es esto ser cristianos? Vayámonos á otros paises, donde no veamos semejantes cristianos. ¿Oh evangelio! ¿es esto lo que nos en-

señas? ¡Oh fé antigua! huye de esta tierra ingrata, cubierta de tantos crímenes! ¡Y qué! ¿será cierto que la fé no huirá de entre nosotros; que España protesta contra su propia seducción, y contra los alhagos de una libertad abusiva?... Esas urnas se levantarán contra nosotros, sino abrimos yá los ojos. ¿Quién os ha persuadido, nos dirán, que haciéndoos irreligiosos, seriais mas grandes y mas dichosos? ¿Sereis mayores cuando tengais menos santidad? ¡Que los hombres sin fé vayan á adorar las reliquias de los grandes pecadores á quienes ellos imitan! ¡Que adoren esos espantosos cádáveres, á quienes la ambicion, la impureza, la venganza y la avaricia han agitado durante su vida! ¡Id en buena hora, id á esos sepulcros, donde los grandes viciosos duermen con sus vicios; y dejad en paz á los que han muerto en los tormentos, por no vivir como vosotros!...

¡Pueblo! tu eres dócil, y estas dispuesto á escuchar con provecho la verdad, y yo quiero exhortarte á ello. ¿No ha de llegar un dia en que ofensores y ofendidos quemeis vuestros odios, acabeis vuestras querellas, y deis fin á vuestros rencores? ¡Dios elementísimo! ¡pa-

cientísimo Dios! ¿ha de ser así siempre? ¿No ha de llegar un día en que, mirando atrás, y viendo un monte de iniquidades que habeis congregado sobre vuestras conciencias, penseis en limpiaros de ellas y dar de mano á vuestros vicios, quemarlos con el dolor y la mutacion de vida? ¡Pueblo!, una y otra vez; escucha, aplica el oido al language de los Profetas. «¡Desgraciada de la nacion pecadora, del pueblo cargado de iniquidades, de la raza perversa, de los hijos del crimen que han abandonado al Señor, que han blasfemado del Santo de Israel, y se han retirado de él! ¡Desgraciados los que tienen un corazon doble, y labios criminales, y manos manchadas, y que caminan en dos caminos sobre la tierra, porque su dia viene, y el tiempo de la visita se acerca! ¿Qué harán cuando Dios les mire? ¿Qué harán los que buscan las risas, y andan por caminos anchurosos, llenos de placeres y libres de penas?» Todo camino que lleva á un trono es delicioso; el que lleva á un abismo es espantoso. Se padece en el camino estrecho, pero se espera; se padece, pero se ve el cielo abierto. Es preciso, pues, salir del encanto y de la fascinacion del demonio. A

las puertas de la eternidad no hay mas que un libro para juzgarnos á todos; el libro del que murió por salvarnos; el libro del que murió perdonando; el libro del que fué la cabeza de los mártires, que no lo hubieran sido, si no hubieran perdonado. Perdonémos, que nada cuesta el perdon á los que tienen fé, y una cita para la eternidad. Pidámoslo á Dios con tantos gemidos, que hagan temblar esas urnas. Este dia será el principio de los buenos dias, y el que nos llevará á la mansion de los mártires, y al reino del Cordero vencedor. ASI SEA.



ILUSTRACIÓN DEL SEÑOR:

Un Cristiano, que en los gloriosos triunfos que hoy alcanza, subiendo sobre las nubes, elevándose sobre los Ángeles, ensalzándose sobre las alturas de los Querubines, penetrando hasta el trono mismo del Altísimo; un cristiano, que medita que no solo es declarado poseedor inmortal del paraíso eterno, sino que es incorporado á Jesucristo su cabeza, y

las puertas de la eternidad no hay más que un
 libro para inventar á todos; el libro del que
 murió por nosotros; el libro del que murió
 por nosotros; el libro del que la cabeza de
 los mártires que no lo hubieran sido así no hu-
 bieran perdonado. Perdonémoslos que nada
 cuesta el perdon á los que tienen fe y una cita
 para la eternidad. Pidámoslo á Dios con tantos
 gemidos que pasan temblar esas urnas. Esto dirá
 será el principio de los buenos días y el que
 nos llevará á la mansión de los mártires y al
 reino del Cordero vencedor. Así será.

han retirado de él. Desgraciados! He de odiarles
 han un corazón doble, y labios criminales, y
 manos manchadas, y que caminan en los cami-
 nos sobre la tierra. ¿Qué harán cuando el
 tiempo de la visita? ¿Qué harán cuando el
 Dios los mira? ¿Qué harán cuando los que buscan
 las risas, y andan por caminos anchurosos, lle-
 nos de placeres y libros de penas? Todo camino
 que lleva á un tregno es delicioso; el que lleva
 á un abismo es espantoso. Se puede en el ca-
 mino estrecho, pero se espera; se puede en el
 camino ancho, pero se espera. Es preciso, pues, salir
 de tanto de la eternidad del demonio. A



SERMON

PARA

EL DIA DE LA ASCENSION.

*Et Dominus quidem Jesus postquam locutus est eis, assumptus est in
caelum, et sedet á dextris Dei.*

Y el Señor Jesus, despues que les habló, fué recibido arriba en el cielo
y está sentado á la diestra de Dios.

Marc., Cap. XVI, v. 19.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Un Cristiano, que considera los gloriosos triunfos que hoy alcanza Jesucristo subiendo sobre las nubes, elevándose sobre los Angeles, ensalzándose sobre las alturas de los Querubines, penetrando hasta el trono mismo del Altísimo; un cristiano, que medita que no solo es declarado poseedor inmortal del paraíso eterno, sino que es incorporado á Jesucristo su cabeza, y

sublimado en este dia á la diestra de su mismo tabernáculo ; un cristiano, que siente interiormente el reposo y la tranquilidad de sus pasiones, el peso vehemente que lleva como naturalmente su corazon á Dios ; un cristiano, cuya fé ilustrada penetra hasta lo venidero, para comprender los bienes incomprensibles que Jesucristo ha ido á preparar para los que le aman ; un cristiano, que vé la cabeza sagrada del cuerpo del cual él es miembro, ese divino maestro de quien él es discípulo, elevarse sobre los cielos, mientras él queda como huérfano en la tierra ; un cristiano, que sabe que Jesucristo sube al cielo como su Rey, como su Salvador y como su libertador, para concluir y coronar su victoria con su entrada triunfante y con una comitiva suntuosa ; que vá como padre suyo á preparar la morada que él ha merecido á sus hijos ; que sube como cabeza para tomar posesion del reino del cielo para él y para los suyos ; como soberano Pontífice del Santuario celestial, para llevar la sangre de la víctima, que no es otra cosa que él mismo, y ofrecer en ella continuamente á su Padre el precio de nuestra salvacion ; un cristiano en este estado ¿pue-

de permanecer en la insensibilidad y en la indiferencia, conociendo lo que ha de ser y para que destino? ¿Puede jamas contentarse con aquello en que es semejante á los Israelitas desolados, cautivos y estenuados en Babilonia? ¿No debe colgar los instrumentos de alegría, cesar en los cánticos de su regocijo, y decir en la amargura de su alma: «¡ay Jerusalen! yo no te olvidaré jamas, antes se seque mi mano derecha?» ¿No deberá decir tambien con David afligido: «¡ay! ¡cuán largo es mi destierro! Yo me hallo entre los moradores de Cédar; mucho tiempo ha que mi alma es estrangera en este mundo?» ¡Ciudad del Señor! ¡qué relaciones tan gloriosas nos hacen de vuestras preciosidades! ¿Quién me dará alas como á la paloma para que yo vuele con Jesucristo al lugar de mi reposo eterno?

Estos deben hoy ser los votos de un cristiano; esta debe ser su esperanza; porque si Jesucristo, segun el oráculo de san Pablo, *ha resucitado para nuestra justificacion*, nosotros podemos decir que sube al cielo para hacernos participantes de su gloria, que es el fruto de esta misma justificacion; y que jamas tuvo ma-

por razon el Apostol para llamar á Jesucristo *nuestra esperanza* que en este dia glorioso, en que se pone en estado de llenar todos nuestros deseos, y de asegurar las pretensiones legítimas que tenemos sobre el cielo, como sobre una herencia que él nos ha merecido. *Christus in vobis spes gloriæ*. Ved aquí la materia de este discurso, y el objeto de vuestra atencion. ¡Espíritu divino, á quien solo pertenece hacer nacer en nosotros un santo deseo de la gloria celestial! ilustradme con vuestras luces para descubrir en este misterio el fundamento sólido de nuestra esperanza, é inspiradme los sentimientos que despierten sobre esto la languidez de los cristianos. Esto es lo que os suplico por la intercesion de Maria Santísima, saludándola con el Angel.

AVE MARIA.

ILMO. Sor.

Jesucristo nos presenta en su Ascension gloriosa tres motivos igualmente eficaces y propios para escitar en nuestros corazones un deseo ardiente de esta gloria inmortal, de la que el toma po-

sesion, y á la que nosotros estamos destinados. En primer lugar, él nos hace conocer la excelencia del soberano bien, y la ventaja que tiene sobre todos los bienes del mundo. En segundo lugar, el nos hace sentir, substrayéndonos su presencia, amarguras infinitas de haberle perdido, y deseos semejantes de reunirnos á él en la mansion de la gloria. En fin, nos dá una leccion importante al salir de este mundo, sobre la obligacion indispensable de encaminar todas nuestras miras hácia este fin último, para el que hemos sido criados.

¿Qué esperanzas tenian los Apóstoles? ó mas bien ¿qué ideas habian formado de la dicha que Jesucristo les habia prometido tantas veces? La idea de una grandeza y de una felicidad material y visible; la idea de un reino temporal, del restablecimiento de la libertad de Israel, y de la destruccion del poder de Herodes, y de los Romanos; la idea de que en este crecido reino serian los que ocuparian los primeros puestos y empleos mas considerables. ¡Que idea tan grosera! Jesucristo los desengaña hoy de ella. «Es tiempo, les dice, de separarnos; es tiempo de que yo vuelva al seno de mi Padre, para

gustar este reposo inalterable que no se gusta acá bajo. Pero ¿qué enojoso es veros verter lágrimas en el día mas dichoso de mi vida! Si la ternura que me mostrais, naciese de un afecto desinteresado, el gozo que tendriais de verme colmado de mis deseos, os haria insensibles al dolor que manifestais de perderme. *Si deligeretis me, gauderetis utique, quia vado ad Patrem.* Porque ¿qué señal mas segura se puede dar de un afecto sincero, que la de desear á la persona que se ama el mas excelente de todos los bienes? Mientras que me habeis visto sufrir, habeis podido derramar lágrimas; pero sin duda no es amarme el llorar en el estado de mi triunfo, y compadecerse de mi destino, cuando voy á reunirme á mi Padre. Libre ya de todas las aflicciones temporales, vencedor del inferno y de la muerte, glorioso, impasible é inmortal, yo podria, es cierto, reinar entre vosotros, y reparar mi gloria de la envidia y del furor de mis enemigos. Mas todo esto no es comparable á lo que hallaré en el seno de mi Padre. Yo voy á gustar placeres que el entendimiento del hombre no puede comprender, y los cuales solos pueden llenar la vasta estension de su corazon.

Yo voy á gozar de una gloria delante de la cual todas las grandezas humanas se desvanecen: de la gloria de Todopoderoso.»

El Hijo de Dios ¿podia hacernos comprender mejor la escelencia de la felicidad del cielo que por medio de la reprension que hizo á sus discipulos? ¿No es manifestarnos visiblemente la nada de las cosas de este mundo? ¿No es insinuarles diestramente que ellos no tienen ningun conocimiento de aquella felicidad inesplicable que Dios les propone, pero que es, sin embargo, de tal naturaleza, que seria una imprudencia y una locura inexcusable renunciar á ella, aun cuando se les hiciesen las ofertas mas ventajosas sobre la tierra? ¿No es hacernos entender por un ejemplo sublime, que cuando nosotros pudiesemos ser, como él, inmortales en este mundo; cuando nosotros halláramos todo lo que puede lisongear nuestra concupiscencia y nuestra ambicion; cuando nosotros fuéramos inaccesibles á los golpes del dolor y de la enfermedad; cuando hubiéramos llegado, ó pudiésemos llegar á esa dichosa indolencia que los hombres sensuales buscan con tanto estudio, sin hallarla; cuando, en una palabra, fuéramos adorados acá

bajo, nos faltaria siempre un bien esencialmente necesario para una felicidad completa, que sola debe hacer el objeto de nuestros deseos? Ved aquí los sentimientos que Jesucristo queria producir en los corazones de sus Apóstoles: desunirlos de la tierra, y quitarles de delante de sus ojos el objeto de que ellos estaban mas tocados; hacerles sentir vivamente la tristeza de haberle perdido, para escitar en ellos un deseo mas ardiente de reunirse á él; y esta es la consecuencia natural que el Apostol sacaba del misterio de la ascension, escribiendo á los Colosenses: *Quæ sursum sunt querite, ubi Christus est in dextera Dei sedens.* «Ha venido el tiempo, les decia, en que Dios no quiere que su pueblo mire mas á los bienes de este mundo. El lo ha sufrido en algun modo en la ley de Moisés; pero hoy que en persona de Jesucristo nos ha posesionado de la herencia del cielo; que este Salvador deja la tierra, penetra los cielos, seria una especie de indecencia ver los miembros de esta cabeza mística arrastrarse entre los objetos terrestres y perecederos.» Como si hubiera querido decirles: Vosotros no podeis escusaros de no desear el cielo, á pesar

de la impotencia en que estais de elevar vuestro corazon á objetos invisibles: ved aquí un objeto invisible en que podeis fijar vuestros deseos: este Dios revestido de una santa humanidad, rodeado de gloria y de magestad, que vuestros ojos han visto, que vuestros oidos han oido, que vuestras manos han tocado; este Verbo hecho carne debe ser ahora el objeto y el término de vuestro amor. ¡Que no se vea, pues, reinar en vosotros esa indiferencia criminal hácia los bienes eternos! *Quæ sursunt sunt querite.* Esta es la dichosa situacion en que Jesucristo deja á sus Apóstoles despues de su ascension: ellos quedan inmóviles, los ojos clavados en el cielo, y unidos fijamente á este solo objeto. *Viri Galilei ¿quid statis aspicientes in cælum?* ¿Qué mirais vosotros, les dicen los Angeles, y que contemplais con tanta aplicacion? Pero ellos no se retiran de allí, sino para encerrarse juntos en el cenáculo, y para mantenerse con mayor recogimiento de espíritu en estos pensamientos. Salen, por fin, del cenáculo llenos de los mas elevados conocimientos, y se esfuerzan á comunicarlos á los demas. Hé aquí la imagen de una alma tocada de los pen-

samientos de la otra vida. ¡Vosotros á quienes Dios haya inspirado deseos tales! no dejeis amortiguar el fervor ; redobladle, al contrario, á la vista de un Dios glorioso y triunfante. Pero lo que debe escitar en vosotros estas ideas, es la confianza que este misterio nos inspira.

Jesucristo tomó posesion este dia de un poder soberano en el cielo y sobre la tierra, y comenzó á llenar los deberes de un perfecto mediador : mediador por naturaleza, y mediador por oficio. Mediador por naturaleza, porque ha unido en su persona la naturaleza humana con la naturaleza divina. Mediador por oficio, porque ha reconciliado los pecadores con Dios. En cualidad de mediador por naturaleza, elevando hoy su humanidad santa á la gloria, nos convence por este milagro sensible, que nuestra naturaleza, á pesar de su bajeza, puede ser igualmente elevada ; y en cualidad de mediador por oficio, nos hace sentir los socorros continuos que él nos presenta. Jesucristo, para quitar á sus discípulos todo pretesto de incredulidad, y todo motivo de duda, quiso subir al cielo en su presencia, para persuadirles con esto del milagro que veian : *videntibus illis elevatus est.*

— ¿Qué no podían ellos inferir de aquí en su favor? ¿No era evidente que aquel que se elevaba por su propia virtud, tenía poder de elevarlos también á ellos? ¿Qué el peso de sus cuerpos, que los encorbaba hácia la tierra, no era un obstáculo invencible á la virtud de Jesucristo? ¿Qué el Hombre-Dios, cuyas debilidades aparentes habían podido escandalizarlos, se elevaba hoy con ventaja de lo que había podido herir la gloria de su augusta humanidad? De este modo razonaba S. Pablo escribiendo á los Corintios: *Et si cognovimus secundum carnem Christum*; es decir: aunque nosotros sepamos que Jesucristo ha sido un hombre mortal y sujeto á todas las debilidades de la naturaleza, despues del misterio glorioso de su Ascension, no le conocemos ya revestido de estas débiles apariencias, y la virtud por la cual ha ascendido, nos dá ideas muy diversas de él: tan diferente es él de sí mismo que apenas se le puede conocer: *sed nunc jam non novimus*. Esta es la sola consecuencia que los padres sacan de este misterio, á saber: que estando Jesucristo nuestro gefe en el cielo, todos los fieles que son sus miembros, deben esperar participar de su feli-

cidad. «Él se eleva, dice san Leon, para elevarnos tambien: él no nos deja, dejando la tierra; no hace mas que anticiparse, sube delante de nosotros para ayudarnos á seguirle.» Jesucristo, sentándose á la diestra de su Padre, entra como sacerdote en el Santuario divino, para recordar á su Padre las necesidades de su pueblo; se muestra á él como víctima inmolada sobre todos los altares, y le espone el precio de su sangre. Y como durante el curso de su vida mortal, su Padre exigió de él que satisficiera en todo el rigor de la justicia por todas nuestras ofensas; así hecho él inmortal en la mansion de la gloria, parece exigir que se le entreguen los cautivos, de quienes ya habia pagado el rescate; que se perdone á los culpables por quienes ha satisfecho; que se alivie á los miembros enfermos por medio de los socorros que él les ha merecido. Este es el trono desde el cual, velando sobre todas las naciones que componen su Iglesia, derrama continuas influencias que la hacen fecunda en buenas obras. Desde allí, como un sábio general que observa desde una altura los combates de sus soldados, descubre los flacos, y dá sus órdenes á propósito,

inspira valor á los mas débiles, y esparce en todos los fieles un espíritu de fuerza que los hace invencibles á sus enemigos. ¡Ah cristianos! ¡que riquezas poseemos en Jesucristo!

Pero es preciso estimarlas; es preciso no olvidarlas. ¿Qué importa á un pobre tener encerrado en su casa un tesoro que le es desconocido? Cuando los hermanos de José, por la esterilidad de sus campiñas, se vieron reducidos á los últimos extremos ¿qué consuelo no se les hubiera dado, si se les hubiera dicho que su hermano gobernaba todo el Egipto, y que estaba en su poder proveerlos de víveres en abundancia? ¿Cuál hubiera sido su sorpresa, y juntamente su confianza? Hé aquí lo que somos con respecto á Jesucristo. Nos hace el honor, el dia mismo que sube al cielo, de llamarnos hermanos suyos: *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum*. Es el dispensador de las gracias; dispone de ellas con un poder absoluto; ¿y nosotros vivimos en la desconfianza? Sube hoy al cielo para enseñarnos que este es el lugar adonde debemos aspirar: *Assumptus est in cælum*. Está sentado á la diestra de su Padre, para advertirnos que tiene poder de conducir-

nos cerca de él: *sedet á destris Dei*. La Ascension del Salvador nos asegura contra el temor, y afianza nuestra esperanza. ¡Que esperen pues en Dios los que le conocen, y que desesperen los que no tienen idea alguna de su bondad! ¡Señor, que triunfais á mi vista! ¿cuándo nos llevareis tras de Vos? ¿Cuándo nos sacareis de las infelicidades y peligros de la delinciente Babilonia en que vivimos? ¡Cielo! ¡eterna morada de los Santos! ¡Cielo! ¡habitacion venturosa de los amigos de Dios! ¡Cielo! ¡el que mi Salvador me abre hoy, y del que un Hombre-Dios triunfante me asegura la gloriosa posesion! ¡Ay! antes me olvide de mí mismo, de todas las necesidades de la vida, que olvidarme jamas de Vos! ¡Oh cielo! ¡oh trono! ¡oh felicidad! término á donde me conduce una guia ilustrada que es Jesucristo; corona que me ofrece un gefe glorificado que es Jesucristo; dicha que me procura un mediador poderoso que es Jesucristo; Vos sereis desde ahora para siempre el objeto de todos mis deseos. Vos sois el modelo de mi gloria, y la medida de mi bienaventuranza. Sí; Vos lo sois, y yo no puedo dudarle. Vos asegurais á vuestros discípulos

que solo su interés os obliga á separaros de ellos por algun tiempo ; que pasado ese tiempo, en que vais á prepararles un lugar venturoso, vendreis á recibirlos ; que aunque bajo de velos misteriosos en el mundo, Vos permaneceris con ellos ; y que vuestra satisfaccion, finalmente, será juntaros para siempre con ellos. ¡Qué idea! ¡qué esperanza! mi alma se conmueve toda, al contemplarlas, y no tiene fuerzas mas que para decir: *¡Dichoso triunfo!* ¡plegue á Dios que todos le poseamos! AMEN.



Los Apóstoles, antes tan débiles y pusilánimes; se mudan hoy repentinamente en héroes intrépidos y en magníficos vencedores; y es os mismos hombres, que hasta aquí habían renegado ó abandonado á su divino Maestro, le ofrecen de testigos y se disponen á combatir por él á expensas de su sangre y de su vida: La verdad, antes cautiva entre sus lábios, sale como

que solo su interés os obliga á separaros de
 ellas por algun tiempo: que pasado ese tiempo
 en que vais á prepararles un lugar venturoso,
 tendreis á recibirlos: que andad bajo de estos
 misteriosos en el mundo. Vos permaneceris
 con ellos: y que nuestra satisfacción, finalmente
 te será juntaros para siempre con ellos. Qué
 ideal: qué esperanza! mi alma se comuero
 toda al contemplarlas, y no tiene fuerzas mas
 que para decir: ¡Diosos! ¡Diosos! ¡Diosos!
 ¡Dios que todos los poseamos! ¡Ave-
 maria! que mi Salvador me abra hoy y del que un
 Hombre-Dios me asegura la gloriosa
 posesion! ¡Ay! antes me olvido de mi mismo,
 de todas las cosas que me rodean, que olvi-
 dame tantas cosas que me rodean. ¡Felicidad!
 felicidad! término á donde me conduce una
 guía ilustrada que es Jesucristo: corona que
 me ofrece un gozo glorificado que es Jesucristo;
 dicha que me procura un mediador poderoso
 que es Jesucristo; Vos sois el objeto de todos mis deseos: Vos
 sois el modelo de mi gloria, y la medida de mi
 bienaventuranza. Sí; Vos lo sois, y yo no puedo
 dudarlo. Vos aseguraís á vuestros discípulos

SERMON

PARA

EL DIA DE PENTECOSTES.

Repleti sunt omnes Spiritu Santo, et cœperunt loqui variis linguis.

Fueron llenos del Espíritu Santo, y empezaron á hablar en diversas lenguas.

Act. cap. XI v. 45.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Los Apóstoles, antes tan débiles y pusilánimes, se mudan hoy repentinamente en héroes intrépidos y en magníficos vencedores; y es os mismos hombres, que hasta aquí habían renegado ó abandonado á su divino Maestro, le sirven de testigos y se disponen á combatir por él á espensas de su sangre y de su vida. La verdad, antes cautiva entre sus lábios, sale como

un torrente, y á su voz poderosa los entendimientos mas orgullosos, y los corazones mas endurecidos se rinden. Tres mil prosélitos son la primera conquista de su celo; y para que no falte nada á esta asombrosa maravilla, hablan diversas lenguas en una sola lengua, á fin que todos vean que no son ellos los que hablan, sino un espíritu mas grande que habla en ellos. El universo verá que los sucesos del evangelio que anuncian, no deben ser atribuidos ni al crédito del poder, ni al prestigio de la elocuencia, ni á los esfuerzos de la razon, ni á los resortes del génio, ni á las disposiciones naturales de los entendimientos, ni á la política de los príncipes, ni á la prudencia de los sábios, ni á los talentos de los oradores; sino á la fuerza del Altísimo, á esta lengua divina que hace elocuentes todas las otras. Verá que el que preside á esta gran renovacion que vá á obrarse en el órden moral, es el mismo que llevado sobre las aguas en los dias de la creacion, fecundaba el mundo y preparaba en las tinieblas del abismo el alumbramiento del sol. Tal es el origen de esta fiesta, de este gozo público y solemne que se estiende desde el oriente al poniente; es el misterio por

escelencia de este espíritu prometido por Dios, que abre el corazón de los fieles y la boca de los predicadores; es la fiesta del mundo entero; es, en fin, la promulgación de la moral celestial, obra maestra de todas las perfecciones de Dios que concurrieron á dictarla; doctrina que sola ella ha hecho conocer los derechos del Criador y los deberes de la criatura; que ella sola honra á Dios tanto como pide su grandeza, perfecciona al hombre cuanto lo permite su debilidad, y no menos sublime en los bienes que nos promete que en los sentimientos que nos inspira, sabe hacernos dichosos, no obstante los sucesos de la vida y la guerra de las pasiones.

Vengamos esta ley celestial, tan tristemente olvidada por unos, como escandalosamente combatida por otros; instruyamos á sus discípulos y confundamos á sus enemigos; despertemos la indiferencia de los unos, y reprimamos la injusticia de los otros; mostremos á todos que Jesucristo es el solo Maestro que nos es necesario escuchar; que él solo enseña con utilidad, y que todos los otros no son sino detestables impostores; que él solo habla con autoridad, y

que todos los otros no tienen ni derecho para ser creídos, ni título para hacerse oír; y que la fé sola puede darnos lo que la filosofía nos promete. Y para hacerla salir mas brillante y mas pura de en medio de las nubes que se derraman al rededor de ella, mostraré su grandeza y su escelencia considerada en sí misma; despues la mostraré no menos grande y no menos sublime en las reconvenciones que se la hacen y en las contradicciones que se le atribuyen.

¡Espíritu Santo! ¡Espíritu de fuerza y de luz! ¡soplo inmortal que reanimais todo lo que desfallece, que fecundais todo lo que es árido! dadme esta voz que semejante al viento impetuoso con que fué conmovido el cénaculo, inspire á todos mis oyentes estos pensamientos saludables que producen el arrepentimiento; y que mi lengua, toda de fuego como la que reposó sobre la cabeza de cada Apostol, cuente dignamente las hermosuras de vuestra moral, y las maravillas de vuestra santa ley.

AVE MARIA.

ILMO. SOR.

Tres son los principales caractéres que distinguen la ley de Jesucristo de todas las doctrinas humanas, y que el Profeta ha celebrado en el mas hermoso de sus cánticos: su triunfo sobre los entendimientos que dirige y que alumina: *iluminans oculos*; sobre las almas que muda y santifica: *convertens animas*; sobre los corazones que consuela y regocija: *latifcantes corda*. Jesucristo habla, y su enseñanza corresponde á todo, lo suple todo y lo abraza todo. ¡Cielos y tierra escuchad! Vuestro Señor va á enseñároslo: «Amareis al Señor con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma, con todas vuestras facultades, y al prójimo como á vosotros mismos.» ¡Grandes y hermosas palabras! *Diliges*. Aquí se forma fácilmente una idea mas alta de Dios, que no pueden dar todas las maravillas de la naturaleza: aquí se descubre esta adoracion en espíritu y verdad, sola digna de Dios; este homenaje de sentimiento que nunca puede engañarnos: esta religion del corazon, del corazon que honra al Criador mucho mas por las pasiones que se sacrifican, que por las víctimas que se deguellan. Allí en la ley de

Dios se forma una confianza ilimitada como la bondad de Dios, un reconocimiento sin límites como sus beneficios; allí se forman este celo ardiente que lo hace todo por agradarle, estos nobles esfuerzos por imitar sus perfecciones, esta piedad que sabe calmar nuestros temores, sin debilitar nuestro respeto: *Diliges. Amarás á tu prójimo como á tí mismo.* Aquí se comprenden todos los deberes de la caridad fraternal; la bondad que previene, la paciencia que sufre, la conmiseracion que se compadece, la beneficencia que alivia, y la generosidad que se despoja. Aquí nace la limosna, tesoro de gracias y de méritos; el perdón de las injurias, el amor de los enemigos, que la sabiduría humana no alcanza jamás: *Diliges.* Reunid todos los principios de las costumbres y todos los axiomas de la razon, y todas las leyes del órden y de la justicia. Todas se hallan en esta sola palabra: *Diliges.* Sondead, en fin, el corazón humano en todas sus profundidades; jamás saldrá nada equivalente á este precepto: *Amarás al prójimo como á tí mismo.* Felicidad de los estados, felicidad de las familias, felicidad de los particulares, felicidad de la tierra, y felicidad del

cielo... todo pertenece á estas dos palabras, que no hacen sino una: *Amareis á Dios de todo vuestro corazon, y al projimo como á vosotros mismos*. Despues de esta palabra, el cristiano no tiene que buscar mas: todo lo que expresa basta; todo lo que no dice, es inútil; quien la practica, lo hace todo; quien la comprende, lo comprende todo. *Diliges Dominum, etc.* Este es el verdadero triunfo de Jesucristo: no haber hecho de su evangelio sino una palabra compendiada; obra maestra de sabiduría y bondad, no menos facil de comprender que de practicar; haber humanizado su divina doctrina, como humanizó su divina persona; haber reglado toda la vida humana por las maximas mas cortas, como dirige el universo: una palabra crió el mundo, y una palabra le rige.

Un nuevo rasgo de divinidad va á brillar sobre la ley de Jesucristo; y es su triunfo sobre las almas que muda y que santifica: *Convertens animas*. Las leyes humanas, aun las mas sábias, no mudan á los hombres; no los hacen buenos, porque no llevan consigo ni fuerza, ni virtud para purificar nuestros afectos. La ley de Jesucristo es exclusivamente la ley de las almas; se

mezcla en todos nuestros movimientos para rectificarlos; penetra, dice el Apostol, hasta las médulas para cegar el manantial de las inclinaciones corrompidas, mostrándonos que no sirve nada limpiar el borde del vaso, si el fondo del mismo no está limpio. Para conquistar el mundo, no era menester mas que un Alejandro; para darle leyes, bastaba un Platón; para censurar sus vicios, no era menester mas que un Sócrates; para mudarle y santificarle, era necesario Jesucristo, este sol de justicia que penetra las almas del fuego sagrado de sus rayos, para hacer florecer las virtudes, y fructificar las buenas obras. ¿Cuál es esta ley tan admirable y tan nueva que no obra sino sobre el alma y los sentidos; que no estima la modestia que se para en la cara, sino la humildad que está en el corazon; ni la amistad de los gustos, sino la caridad del corazon? *¿Quænam doctrina hæc nova?* ¿Cuál es este sublime legislador que el primero ha dicho que el deseo es un crimen, la mirada un adulterio, y el pensamiento un atentado? Gloria inmortal á Jesucristo, que solo ha reemplazado al hombre honrado por el hombre de bien, por el justo y santo. Solo él ha podido

creer esta doctrina que examina nuestros deseos, que pesa nuestros motivos, y juzga nuestros pensamientos. Solo él ha podido arreglar nuestros movimientos los mas ocultos, y domar nuestros afectos los mas íntimos; y solo Dios, *tres veces santo*, ha podido decirnos: *Sed santos, porque yo soy santo*. El último rasgo ó carácter de la moral de Jesucristo es que regocija el corazón; y que cuanto es pura y santificante, otro tanto es amable y consoladora: *Lætificantes corda*. No es un Señor imperioso que nos instruye; es un pastor que nos conduce, un amigo que nos aconseja, un médico que nos cura; su ley no es una ciencia, no es una enseñanza, no es una opinión, no es una pura creencia; es la vida del alma, es Dios sensible al corazón, es el sentimiento vivo del soberano bien, es un misterio del don de Dios. Jesucristo solo ha dicho: *Venid á mí, y yo os aliviaré, y vosotros hallareis la paz de vuestras almas*. ¿Estais cargados del peso de vuestras inclinaciones terrenas? Él os aliviará, desprendiendos de los falsos encantos de las criaturas. ¿Estais cargados del peso de vuestros deberes? Él os aliviará por esta uncion secreta que nos inclina

hacia el bien. ¿Estais cargados del peso de los remordimientos? Él os aliviará, abriéndoos el corazon de un padre. ¿Estais cargados del peso de vuestras miserias? Él os aliviará, mostrandoos en la pobreza un tesoro. ¿Estais cargados del peso de vuestras enfermedades? Él os aliviará, sirviéndose de ellas para despegaros de este cuerpo mortal, y de los lazos que os unen á la vida. ¿Estais cargados del peso de vuestros temores á la vista de la muerte? Él os aliviará, mostrándoos en la muerte la inmortalidad y la vida. En fin ¿estais cargados del peso de vuestras tribulaciones? Él os aliviará, mostrandoos en vuestras penas méritos y una felicidad sin fin.

Y ahora consultad todos los oráculos de la razon, y ved si hallareis nada semejante á este language, nada que se acerque á estos dogmas; amigo del corazon, no hay desgraciados sino los que quieren serlo. Consultad todos los registros de la sabiduría humana, y ved si hay alguno que haya dicho: *Bienaventurados los que lloran.* ¡Ah! yo me vuelvo hácia la ley de mi divino Maestro; ella es buena como su corazon, dulce como su nombre. Asi la moral de Jesucristo es la única que consuela el corazon y le

regocija; la única que es conforme á nuestras necesidades, y proporcionada á nuestra debilidad; la única que conviene á este valle de lágrimas, á nuestra corta y dolorosa peregrinacion; es la moral de los pobres, de los oprimidos, de los enfermos, de los moribundos, de todos los que están fatigados y oprimidos. ¿Y quién es aquel que no tiene alguna cruz que llevar, y algunas lágrimas que verter? Pero ¿quién puede desconocer por estos rasgos el sello de una mano divina? ¿Qué otro que el autor de la gracia ha podido derramar sobre su ley tantas gracias y tantas dulzuras? ¿Qué otro que el Padre y el Salvador del género humano ha podido hacerse oír y entender tan bien de esta familia de desgraciados, que es el género humano? ¿Qué otro que el que hace el gozo del cielo, ha podido causar en el fondo de los corazones este gozo divino, inefable precursor del gozo eterno? ¿Qué otro, en fin, que el origen mismo de la inteligencia y del amor ha podido crear esta moral, cuyas palabras é inspiraciones son todas espíritu y vida? Asi la moral de Jesucristo es la luz de nuestros entendimientos, la virtud de nuestras almas, y el gozo de nues-

tros corazones ; con ella no hay mas dudas ; con ella no hay mas vicios ; con ella no hay mas penas. Y ahora ¿quién podrá no esclamar como estos judíos, de quienes habla el evangelio? «Nó ; jamás hombre alguno ha hablado como este hombre ; jamás hombre alguno ha levantado tan alto nuestros sentimientos ; jamás el hombre ha ahondado mas en el alma para descubrir esta ponzoña sutil que se oculta hasta en el bien, y que corrompe hasta la virtud misma ; jamás el hombre ha dilatado mas su corazon, y le ha obligado á amar tanto como es posible. ¿Y en dónde ha aprendido este hombre doctrinas tan sublimes, tan grandes y tan simples, tan altas y tan populares, y todas ellas inauditas, ocultas hasta él al pensamiento del hombre? *¿Unde huic sapientia hæc?* ¿No es el hijo de un artesano que un establo vió nacer? ¿No es el hijo de *Maria*, sin educacion y sin cultura, que nunca aprendió nada, ni escribió nada? Pero ¿cómo este hombre, que ni aprendió ni escribió nada, ha hablado mejor que los que han aprendido tanto? ¿Y cómo este hombre que nunca escribió nada, ha hablado mejor que los que han escrito tanto, y que escribirán hasta

el fin de los siglos? *¿Quomodo scit literas cum non didicerit?*» ¡Cristianos! ¿será necesario decíroslo? ¿Y quién de vosotros no sentirá que este hombre no es un puro hombre, sino el doctor venido de Dios; el Verbo, el Verbo hecho carne, pero el Verbo de vida; que su doctrina no es suya, sino del que le ha enviado, y que si no ha aprendido nada acá bajo, es que todo lo ha aprendido en el seno del Padre? Cuando la religion no se anunciase por la voz de los milagros; cuando la sangre de los mártires no hubiese fecundado el campo; el evangelio no me dejaria dudar que el dedo de Dios le ha trazado; no me dejará dudar que si no fuera la obra de Dios, no se hubiera ofrecido al pensamiento de ningun hombre. En una palabra: si el Altísimo ha debido enviarnos á su Hijo, su Hijo ha debido hablarnos como lo ha hecho Jesucristo. Su moral es el mas grande y el mas hermoso de sus milagros: ella se manifiesta por su propia luz, como el sol por sus propios rayos.

Ya que habeis visto los caractéres divinos que la distinguen evidentemente de todas las doctrinas humanas, veámosla ahora no menos grande y no menos divina en los cargos que se

la hacen, y en las contradicciones que se levantan: que es mi segunda parte.

La moral de Jesucristo combate tan abiertamente los sentimientos y las pasiones, que estos á su vez se arman todas contra ella. Cuantos mas filósofos y almas orgullosas cuenta entre sus enemigos, mas augusta y venerable se muestra á nuestros ojos; y la oposicion misma que forman contra ella, viene á ser su mas sólida y bella apología. Yo oigo preguntar á ciertos espíritus altivos ¿cómo la moral de Jesucristo puede alumbrar los entendimientos que confunde por sus misterios? ¿Cómo puede regocijar el corazon una moral que le entristece y crucifica? ¿Cómo puede mudar las almas una moral que deja al género humano sus vicios y sus desórdenes? Tres cargos que sirven á demostrar la dignidad y la grandeza de la divina ley de Jesucristo. Debe estar fundada sobre misterios, y misterios incomprensibles. ¿Y porqué el libro del evangelio no tendrá sus misterios, como los tiene el libro de la naturaleza? ¡Pues qué! ¿será menos profundo Dios en su palabra que en sus operaciones, y menos incomprensible á nuestro entendimiento como legis-

lador que como Criador? ¿No es tan digno de cautivarle, como de someter nuestro corazón? ¿No tiene tanto derecho de sujetar nuestra razón por los misterios, como nuestra voluntad por los preceptos? Es la gloria exclusiva de Jesucristo haber colocado la fé en el rango de las virtudes; haber hecho de la creencia en los oráculos divinos una obligacion moral, que es el fundamento de todos los otros, y como el primer paso de la filosofía cristiana. Él solo ha creado la palabra, y concebido la idea: *fides*; la fé. Solo él nos ha enseñado á humillarnos bajo el peso de la autoridad divina; solo él ha tenido la gloria de haber sometido el entendimiento á Dios, despues de haber sometido el cuerpo al alma, y de consumir la perfeccion del hombre, añadiendo al sacrificio de su corazón el sacrificio de su razón. Solo él ha dicho: *Bienaventurados los que creyeron y no vieron*; y por esta fidelidad ciega á sus enseñanzas, nos ha elevado sobre las regiones en que reinan las tempestades de la disputa, las incertidumbres de la opinion, y las guerras del error. Solo él ha domado el orgullo humano, este principio secreto de incredulidad, origen de todas

nuestras locuras y de todos nuestros extravíos ; y con él la intemperancia del espíritu, mas peligrosa todavía que la intemperancia de los sentidos, y la curiosidad sin límites que el espíritu del hombre mira como su grandeza, y que realmente es su mas peligrosa enfermedad. Solo él ha hallado el secreto de doblar nuestras fuerzas para cumplir nuestros deberes, haciéndonoslos cumplir, porque Dios lo manda, despues de haber hecho creer, porque Dios lo dice: *Hæc dicit Dominus.*

¡Qué hermoso es y qué admirable este código del evangelio, en donde nada hay ocioso, nada se ha escrito para estéril adorno del pensamiento, y en donde todo fructifica para la instruccion y edificacion! Es claro en los preceptos, porque es preciso practicarlos; es oscuro en los misterios, porque es preciso adorarlos; y haciendo así de sus luces y de sus misterios un doble origen de méritos y de virtudes, no es menos admirable en aquello que nos descubre, que en lo que nos oculta: *Sicut tenebræ ejus ita et lumen ejus.* Así pues, cuando os digan estos censores temerarios del evangelio que se debe predicar la moral y no el

dogma, porque la moral es todo y el dogma nada, respondedles : que los dogmas son, porque la moral es nada sin los dogmas ; porque pierde su peso y su autoridad ; y que donde la autoridad cesa, la obligacion desaparece.

Pero es poco censurar la oscuridad de los misterios del evangelio ; se quiere tambien censurar, y aun condenar la austeridad de su moral. «¿Cómo huir el mundo y decir anatema á sus placeres? ¿Cómo, se dice, llevar su cruz y renunciarse á sí mismo, contrariar en todo la naturaleza y los sentidos, y vivir de sacrificios?» Ciertamente la moral cristiana nos manda huir y despreciar el mundo, y Jesucristo es el primer legislador que lo haya prescrito y ordenado. Ningun moralista, antes que él, habia hablado del mundo en el sentido en que él lo ha tomado ; es el primero que le ha nombrado : *mundo, el mundo* ; es el primero que ha dicho *que no era de este mundo*, y que nosotros debíamos apresurarnos y salir de él. Esta moral ¿qué tiene de triste y dura? Una vez que nuestra alma es inmortal ¿hay nada mas racional que no estimar sino ella, y no apreciar sino lo que nó muere? Y si el grito del universo nos di-

ce que hay una vida futura ¿qué cosa mas natural que no unirse á la presente? ¿Qué cosa mas digna de un alma elevada, que convencerse que no nos debemos pegar al mundo, pues que somos mas grandes que el mundo; que si hoy es el mundo, mañana es la eternidad? Jesucristo solo nos ha enseñado á despreciarle, porque él es despreciable; y á desprendernos de él, porque es perecedero. La moral de los hombres ha podido huir el mundo porque es vano, caprichoso é inconstante. Jesucristo solo ha dicho que es menester huirle, porque nos corrompe y nos engaña. ¿Qué sirve al hombre adquirir riquezas, si viene á perder su reposo; y ganar ciudades, si viene á perder su salud? Solo Jesucristo ha dicho: *¿Qué sirve ganar el universo, si pierde su alma?* ¡Admirable sentencia, que no ha podido salir sino de un Dios mas elevado que el mundo! ¡Magnífica palabra, que no puede pertenecer sino al padre del siglo futuro, y que con un rayo separa para siempre su moral de todas las lecciones humanas, poniendo entre ellas toda la distancia que se halla entre el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad!

A este desprecio del mundo añade Jesucristo la renuncia de sí mismo: *abneget semet-ipsam*. ¡Máxima inaudita en la historia de la moral! Se habia visto antes de él los héroes del paganismo renunciar á los placeres por misantropía, á los negocios del siglo por amor á la independencía, á las riquezas y á los honores por fausto y por orgullo. Los mas sábios de entre ellos habian dicho: *absteneos*; *abstine*: absteneos de los deleites que os secan la vida; de la intemperancia que abrevia vuestros dias; de la ambicion que os impide gozar; y por esta abstinencia mentirosa hacian un cambio miserable de una pasion por otra pasion, de un vicio por otro vicio. Solo Jesucristo ha dicho: *Renunciaos*, y por esta sola máxima nos ha revelado todo el secreto del corazon humano, todo el misterio de nuestra nataraleza. Renunciaos, porque todo lo que hay en vosotros es miseria y corrupcion; renunciad, no á vuestra felicidad, no á vuestro bienestar racional, no á la verdadera caridad que os debeis tener, sino á ese amor propio que os hace el centro de todo; á esa idolatría de vosotros mismos que está en oposicion con vuestros deberes, y que ha-

ciendo vuestra desgracia, os impide hacer la felicidad de los otros. ¿Pues en qué es esta moral tan estremada y excesiva? ¿No es soberanamente justo combatir todos nuestros vicios y todos nuestros desórdenes hasta en su mismo principio? Es natural que esta renuncia sea el escándalo de los sábios, y que hombres que se aman tanto, y que quizá se estiman mas, tengan por estraña una doctrina, que fundada sobre la humildad y el desprecio de sí mismo, deshonra tanto el amor de sus personas, que es todo el secreto de su filosofía. Pero es precisamente lo que hace el triunfo de la moral de Jesucristo; es su gloria suprema estar toda fundada en el principio de la corrupcion original, y de haber enseñado á los hombres ella sola que para vivir á la virtud, es necesario morir á sí mismo.

Esta moral santa vá mas allá todavía, y quiere que todas las pasiones sean sacrificadas sin reserva. Pero ¿es esta una doctrina estremada y excesiva? ¿No es justo reprimir sin descanso todos estos tiranos que nos atormentan sin intermision; caminar siempre de combates en combates, como las pasiones ván de deseos en

deseos; y no tenerlas ninguna contemplacion, como ellas no tienen ninguna medida? Mostradme un término donde el deleite no quiera gozar mas; donde la avaricia no quiera juntar mas; donde la ambicion no quiera subir mas: un término en que las pasiones se contengan; en que no sea necesario combatirlas. ¡Qué insensatos somos! Quisiéramos que Jesucristo hubiera transigido con ellas; y no vemos que la indulgencia las irrita, y que toda contemplacion las hace mas indomables. Es el gran vicio de la filosofía humana querer domesticarlas, y templar las unas por las otras. ¡Pobre y miserable filosofía, que cree por esto burlarse de las pasiones, mientras que ella es el juguete y la víctima! Pero Jesucristo, mas sábio que los filósofos, nos ha puesto en la mano la espada que debe sacrificarlas sin piedad; nos ha enseñado que su reino padece violencia; y que no es adormeciéndolas, sino combatiéndolas á fuerza abierta, como se puede llegar á él.

Pero esta moral ¿es practicable? ¡Ah! preguntadlo á los que la practican; preguntadlo á vuestro propio corazon, y él os dirá que vosotros podeis lo que pueden tantos otros. Pre-

guntadlo á Jesucristo, y os dirá que vosotros lo podeis todo por la oracion que lo obtiene todo, y por su gracia que lo sostiene todo; y que su cruz lleva á los que la llevan. Asi pues, la moral y vuestra vida ¿qué son en el fondo sino un martirio continuo, una servidumbre eterna, y una cadena de sacrificios mas dolorosos los unos que los otros? «Sacrificadme vuestros placeres, dice la salud; sacrificadme la salud, dicen los placeres; sacrificadme el reposo, dice la fortuna; sacrificadme la fortuna, dice el amor del reposo; sacrificadme vuestras vigili-
as, dice la fama; sacrificadme vosotros y vuestra libertad, dice la opinion, dice el deseo de agradar, dice el tirano que se llama moda; por todas partes y siempre sacrificios.» Violentaos otro tanto para santificaros, como haceis para perderos; tomad tanto trabajo por Dios como tomais por el mundo, y heos aquí cristianos. Así la moral de Jesucristo reúne sola á la mas alta sabiduría la mas alta perfeccion. Nó; jamás el hombre hubiera podido enseñarse á sí mismo esta doctrina; jamás el hombre, amador del mundo, hubiera dicho: *anatema al mundo*; jamás el hombre, amador de los placeres, hubiera con-

denado los placeres; jamás el hombre, amante de sí mismo, hubiera renunciado á sus inclinaciones. Nó; las pasiones no han hecho esta moral terrible á los sentidos y fatal á las pasiones; la carne y la sangre no la han revelado; no ha sido introducida, propagada y conservada en el mundo, sino por aquel que tiene en su mano el mundo; y cuando le agrada, ó le instruye, ó le ciega; ó le pierde, ó le salva.

— Aquí los incrédulos preguntan en tono fiero y orgulloso «¿dónde están los frutos y los sucesos de esta ley tan alabada, y qué es lo que ella hace?» Sin duda ha desaparecido este espectáculo encantador, que la religion ofreció desde su cuna á la tierra admirada. ¡Ay! ¡no existen ya estos dichosos tiempos, en que se contaban tantos justos como hijos tenia el evangelio! Pero ¿no existen aun bastantes para admirar el dedo de Dios, y reconocer la mision de su Hijo adorable? ¿Se puede desconocer el poder de su ley divina en esas almas desprendidas de todo en medio de un mundo que no piensa sino en la ganancia, y que no adora sino el dinero? ¿Se puede desconocer en esas almas que abrazan la pobreza, mientras que los ambiciosos hacen

votos por la fortuna? Se ven hombres embriagados del deseo de la gloria y de la vanidad agitarse en los negocios, y abismarse en las intrigas; pero vemos tambien lo que no se ha visto sino despues de la ley de Jesucristo: hundirse ciertas almas en el retiro, almas sublimes que rigen todas sus pasiones por el freno de la templanza, mientras que tantas otras se envilecen bajo el imperio del deleite y los sentidos. Se vé sin duda, como antes de Jesucristo, sábios orgullosos que se deshonran por la bajeza de sus costumbres; que no hablan sino de virtud, derribando todos sus principios, y que concentrados en su vil egoismo, hacen el mal sin remordimientos, ó el bien sin mérito; pero tambien vemos lo que jamás se ha visto sino despues de la ley de Jesucristo: espíritus humildes y dóciles que se honran de su sumision, abatiendo todas sus luces delante de la magestad de Dios, y que por la grandeza de su fé se elevan sobre su virtud misma. «¿Qué es lo que hace esta ley?» Todo el bien que se hace cada dia. Mostrad una obra buena que no sea suya, un establecimiento que no la deba su existencia. «¿Qué es lo que hace?» Ved lo que sucede desde que está aban-

donado. Ved lo que somos desde que ella ha perdido su influencia y su imperio. ¿Qué es lo que ella hace? ¡Eh! esta ley divina no es mas que una sombra de sí misma; todas sus virtudes han desaparecido; no hay otra ley que el dinero, otro Dios que el deleite, ni otra religion que las fiestas y espectáculos. ¿Cuál es este prodigio nuevo que una religion que ha mudado el mundo, no pueda mudarnos á nosotros? ¡Qué! nos desdeñamos de seguir esta guia celestial ¿y la hacemos un crimen de nuestros propios extravíos? Rehusamos tomar este remedio divino ¿y nos quejamos de no ser curados? ¿Hay algun hombre de bien que no tenga interés en defenderla, y algun libertino que no tenga interés en impugnarla? ¿Qué es lo que hace esta ley que no corta todos los vicios? ¡Ah! no la juzgueis por los que la abandonan, sino por los que la adoran. Ved lo que eran vuestros padres que cumplian los mandamientos de la ley, y comparad lo que sois vosotros, y os cubrireis la cara de verguenza.

¿Quién no tiene sus oidos heridos de maldiciones horribles, de blasfemias impías, y de palabras oscenas que abrasan los labios que las

pronuncian y el aire que las recibe? ¿Quién no se aflige de esos trages tan agenos de la gravedad española, como desproporcionados á las fortunas que hoy cuentan las familias, que en su caprichosa variedad están indicando la frivolidad del que los usa? ¿Quién no queda pasmado del descaro de los mozos y de la insubordinacion de los jóvenes? ¿Quién no baja los ojos por no ver ese aire atrevido, petulante de las doncellas y aun casadas? Mas bien que una ciudad de perfecta hermosura, me parece ser esta una Babilonia disipada por sus vanidades y locuras. ¡Pueblo! ¿has renegado de Dios? ¿has abjurado la fé? ¿has apostatado de la ley divina? Pues bien: vive sin freno, y muere sin esperanza. Tu buscas la vida dichosa en el oro y en la plata, en comer y beber, en todo lo que deleita los sentidos; y no piensas que no hay más que muerte en estos deleites. Lejos de Dios no encontrarás mas que indigencia y dolor. ¡Pueblo! ya te dije no ha mucho tiempo, que no sigas los ejemplos que te presenta el mundo que no tiene otro Dios que el dinero, otra moral que el interés, otro culto que el placer, ni otra esperanza que la nada. Hoy te re-

pito lo mismo. No te dejes llevar de las caricias y los ejemplos de los malos. Ellos tienen un día para despreciar al cielo, y el cielo tiene la eternidad para su castigo. ¿Adónde irán á parar tantos blasfemos, tantos maldicientes, tantos calumniadores, tantos avaros, tantos lascivos, tantos díscolos, tantos rencorosos, tantos vengativos, y tantos ambiciosos? Es espantoso pensar en ello, y desgarrá mi corazón tener que indicarlo. ¡Pueblo! ¿no temes el infierno? ¿Piensas que Dios duerme, porque tu duermes? ¿Piensas que olvida tus delitos, porque tu olvidas sus juicios? En medio de tu seguridad profunda llegará la noche, noche fatál en que querrás y no podrás; en que llorarás, y tus lágrimas serán despreciadas; en que Dios llegará sin sentirse, y te herirá de improviso. ¡Pueblo! ¿te estremece lo que te anuncio? Pues vuelve á tu Dios; abrázate de su ley; deja estos vicios que te llevan á los abismos. Yo te lo digo con toda la vehemencia de mi corazón, cuyas fibras palpitan de ternura. Vuelve á la ley divina, mas suave que la miel, y mas deseable que el oro y el topacio. Escucha lo que contiene esta ley, y hónrala con tus obras. Los padres cuiden que

la cumplan sus hijos; los amos, sus criados; los maestros que la guarden sus discípulos; los jueces, los magistrados y todos los superiores que la respeten sus súbditos. Aquí está la paz, aquí el orden, y aquí la felicidad de todos. «Adoraras al Señor tu Dios. No tomarás en vano su santo y tremendo nombre, para que no seas delincuente en sus ojos. Acuérdate de santificar el día del sábado, hoy domingo, y demas fiestas. Honra á tu padre y á tu madre, y á todos los mayores, para que vivas largo tiempo sobre la tierra. No matarás. No cometerás adulterio. No hurtarás. No dirás falso testimonio. No deseas la hacienda de tu prójimo, ni á su mujer, ni á su siervo, ni á su criado, ni su buey, ni su jumento, ni cosa alguna de cuanto le pertenece.» Esta es la ley como Dios se la inspiró á Moisés para que la promulgase á su pueblo. Grábala en tu corazon, instruye en ella á tus hijos, y sea ella la ocupacion y regla de toda tu vida. Solo y despacio la meditarás en el retiro de tu casa; en ella te ocuparás en tus viages, y será tu pensamiento último cuando tomáres reposo, y el primero al despertar. Escrita la llevarás al rededor de tus manos, como señal de

tu dependencia. La pondrás sobre tu cabeza y en medio de tus ojos, como guía de tus resoluciones; grábala sobre tus puertas, como el mas rico adorno de ellas, ó como una confesion pública de tu obediencia y rendimiento.

¡Pueblo! haz esto, y vendrán sobre tí todas estas bendiciones, que el Señor prometió al pueblo hebreo. «Bendito serás en la ciudad y bendito en el campo. Bendito será el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra; el fruto de tus bestias y ganados, y las majadas de tus ovejas. Envió Dios su bendicion sobre tus cilleros, y en todo serás prosperado. Serán tan grandes tus prosperidades, que por ellas conocerán todos los pueblos de la tierra que el nombre del Señor es invocado sobre tí.» ¡Pueblo! guarda esta ley, y vivirás con confianza; será tu guía en los peligros de la vida, y tu consuelo y esperanza en los momentos de la muerte. AMEN.

tu deprecanda: Las pautas oportuna espere y
 en medio de los ojos contra las reglas
 eipos; giradas sobre las pautas como el mas
 rico a donde ellas & como una confesion por
 dices de tu obediencia y renunciancy, no de la
 us practico haz esto, y vedadme sobre el todo
 estas pautas que para el Señor proveen en el
 pueblo de Dios; Bendito seas en la ciudad y
 bendito en el campo; bendito será el fruto de
 tu vientre y el fruto de la tierra; el fruto de tus
 bestias y ganados; y las ganancias de tus obras;
 Fiará Dios su bendición sobre tus hijos; y
 en todo seas prosperado; sean tan grandes
 tus prosperidades; que por ellas conozcan to-
 dos los pueblos de la tierra que el nombre del
 Señor es inocculto sobre la tierra; guarda
 estas y vivas con confianza; será tu guía en
 los peligros de la vida; y tu consuelo y apoyo
 en los momentos de la muerte. Amén.
 Gran sea la ocupacion y regla de toda tu
 vida. Solo y en silencio la ocupacion y regla
 y en la casa; en ella te ocuparas en tus viages; y
 será tu pensamiento último cuando tomares re-
 poso, y el primero al despertar. Escrita la he-
 ces como se debe, como en el deber de la vida

SERMON

SOBRE LA SANTIFICACION.

Hæc est voluntas Dei, sanctificatio vestra.

Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.

Thess. Cap. IV. v. 3.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

«**E**L tiempo es corto y enfadoso; el hombre despues de la muerte no tiene bien ninguno que esperar, y no se sabe de nadie que haya vuelto del sepulcro. De nada hemos sido hechos; despues de la muerte seremos reducidos á la nada. La respiracion es como el humo, y el alma como una centella de fuego que mueve nuestro corazon. Cuando sea apagada, nuestro cuerpo será reducido á ceniza; el espíritu se disipará

como un aire sutil; nuestra vida vá á desaparecer como una nube que pasa; se desvanecerá como una niebla ahuyentada por los rayos del sol, y que cae al suelo por su calor. Nuestro nombre se olvidará con el tiempo, sin que quede ninguna memoria de nuestras acciones entre los hombres. Venid, gocemos de los bienes presentes; apresurémonos á usar de las criaturas mientras somos jóvenes y en estado de gustar de los placeres.» Pero ¡ay! ¡qué cambio tan horrible! ¡qué lenguaje tan diverso! Estos mismos insensatos, viendo la gloria de los justos, exclamarán al punto en lamentable desesperación: «¿De qué nos aprovechó nuestro orgullo? ¿qué utilidad hemos sacado de la vana ostentación de nuestras riquezas? Los que un día fueron el objeto de nuestras burlas, y que teníamos por dignos de toda suerte de oprobios, son elevados al rango de los hijos, y su herencia es estar entre los santos.» Pues esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación. *Sanctificamini, et venite mecum.* Quiere y espera de vosotros, no que hagais una brillante carrera; no que aparezcáis con brillo sobre el teatro de la vanidad, no que recojais los homenajes y los

aplausos del universo : no que ocupeis un lugar distinguido entre los héroes de la tierra , sino que por una vida llena de santidad y de buenas obras, aumenteis el número de los predestinados y de los santos.

Trabajemos por santificarnos, que nada es mas digno de nosotros, y nada de que seamos mas capaces; dos proposiciones que harán todo el objeto de este discurso, despues de saludar á la Reina de los Angeles.

AVE MARIA.

ILMO. SOR.

Nada es mas digno de fijar los votos de un alma noble y elevada, que la sabiduría, el valor y la gloria; y cuando se trata de la santidad, se puede decir con seguridad que la verdadera sabiduría forma el proyecto de ella, el verdadero valor le ejecuta, y la verdadera gloria le corona. «Que los pueblos alaben la sabiduria de los Santos, dice el libro del Eclesiástico, y que se cansen de alabar la de los pecadores.» ¿Qué cosa, por cierto, mas digna de nuestros elogios que la juiciosa conducta que observaron estos

hombres formados en la escuela de la razon divina? Alumbrados con esta pura luz, pusieron desde luego sus ojos sobre este mundo, cuya figura nos encanta, y notaron que su resplandor es un resplandor engañoso; que sus honores son frívolos, sus riquezas perecederas, sus placeres amarguísimos; que el gozo que promete á sus partidarios, es un gozo superficial que no llega al corazon; un gozo pasagero que no se deja gozar sino huyendo; gozo pérfido que acaba con las lágrimas; que estos pocos hombres reputados dichosos acá bajo, lo son muy poco, y que no tienen tiempo para serlo. Volviendo á entrar en sí mismos, y considerando la dignidad de su naturaleza, concluyeron al punto, que criados en el tiempo, habian nacido para la eternidad, y se propusieron llegar á este término como al único verdaderamente digno de ellos. ¿Se engañaron en el proyecto é hicieron mala eleccion?

Temeria haceros jueces, hermanos míos, en estos momentos de encanto y de ilusion, de adormecimiento y de indolencia, de pasatiempos y placeres, de prosperidad y de fortuna, en que todo conspira para oscurecer vuestra ra-

zon, y haceros sordos á las promesas y amenazas de la fé. Yo apelo á estos momentos de gracias y de luces en que veis al descubierto la nada de las cosas de este mundo, y la importancia de las cosas de la salvacion; en que despues de un ilustre penitente, os decis á vosotros mismos: «¿qué hago yo y cuál es mi objeto? La vida se pasa y la eternidad se acerca; las deudas se acumulan, y el tiempo de la cuenta estrecha; la concupiscencia pasa, y la verdad queda. ¡Eh! tantos caminan hácia el cielo, y yo me uno á la tierra, y me cuido mas y mas en la corrupcion de los sentidos!» Apelo á estos momentos de turbacion y remordimientos, en que, acabando de satisfacer una passion culpable, habeis oido en medio de vosotros una voz poderosa que os ha hecho temer el castigo; en que, levantando tímidamente vuestros ojos hácia el cielo, sentiais que el que reina allí, estaba irritado contra vosotros, y creiais ver en todas las criaturas que os rodeaban otros tantos ministros de sus venganzas.

Yo apelo á esos momentos de disgusto y de saciedad, en donde, despues de haber gustado todas las falsas dulzuras que el mundo alaba

como los manantiales de la felicidad; disgustados de la uniformidad de los placeres, fatigados de sus excesos, admirados del inmenso vacío que habian dejado en vuestro corazon, y de la inquietud que no habian desterrado, habeis reconocido que necesitaba otros bienes de un órden sobrenatural y divino para fijar sus agitaciones y sus deseos. Apelo á esos momentos de prueba y de desgracia, en que, mal recompensados por vuestros amos, olvidados de vuestros protectores, vendidos cobardemente, ó débilmente servidos por vuestros amigos, habeis declamado con tanta fuerza contra la injusticia de los hombres, y publicado altamente que Dios solo merecia que se le amase, pues que él solo no abandonaba á sus amigos ni á sus siervos. Apelo á esos momentos de equidad y de buena fé, en que brillando sobre la cara de un hombre de bien la virtud con todos sus encantos; respirando yo no sé que aire de inocencia y de paz que os era desconocido; notando en todos sus discursos el tono de la piedad, de la caridad y del candor; leyendo en sus miradas frecuentemente vueltas hácia el cielo, habeis envidiado secretamente su suerte, y habeis esta-

do tentados por decirle como Saúl á David: *Sanctior est quam ego* «Sois mas justo que yo, y sin duda mas dichoso y mas sábio.» Apelo, en fin y como en última instancia, á ese momento en que acabarán para vosotros todas las ilusiones; en que se apreciarán todos los objetos segun su verdadero mérito, y se os mostrarán revestidos de sus propios colores; apelo al momento de la muerte, en que cerca de comenzar vuestra suerte eterna, y no viendo detras de vosotros sino los dias perdidos en la vanidad ó tegidos en el pecado, sentireis amargamente no haber escogido, á ejemplo de los Santos, el reino celestial por término de vuestra carrera, y caminado por el único y verdadero camino que conduce á él. Los Santos le anduvieron, resueltos á devorar todos los disgustos, pisar todas las espinas, y no dejarle hasta el último momento de su vida. Y ¿qué se llama verdadera sabiduría, sino al arte de servirse de los medios mas justos para el fin mas sublime? ¿Y no fué una sabiduría de este carácter la que ideó el plan de su santidad? Pero la egecucion estaba reservada al verdadero valor.

En los campos famosos de la muerte ó de la

victoria, afirmados por el ejemplo de una multitud de guerreros; detenidos por la esperanza del premio; trasportados por la cólera ó la venganza, ó no percibiriais el peligro, ó desafiándole con audacia, seriais sostenidos por alguna pasión, en lugar de que en estas luchas secretas del deber con el amor propio, es necesario sacrificar todas las pasiones juntas. Y de aquí el sentimiento universal de todos los filósofos, confirmado por el oráculo del Espíritu Santo, que *el hombre paciente es superior al intrépido guerrero; y el que triunfa de su corazón, al que somete las ciudades: Melior est vir patiens viro forti, et qui dominatur animo suo expugnatore urbium*. Máxima, lo repito, igualmente aceptable á los ojos de la fé, que á los de la razón; y si estuviéramos penetrados de su verdad tanto como debíamos estarlo ¿qué idea escitarian en nosotros la constancia y la firmeza de esas almas fuertes y valerosas? ¡Eh! ¡que no se nos hable de los Alejandro y los César, dueños imperiosos de los hombres y viles esclavos de todo lo que degrada la humanidad! Los verdaderos héroes son los que se ocupan en reprimir sus deseos, en hacer una santa vio-

lencia á sus inclinaciones; son los que saben refrenar su cólera, poner una cuerda de circunspeccion á sus sentidos; son los que se atreven á renunciar al mundo con todos sus embelesos, despreciar sus juicios como sus placeres: y son, en fin, los que tienen encadenados bajo sus pies todos los vicios. *Melior est vir patiens etc.* ¿Debe admirar que tan grande magnanimidad tenga la gloria verdadera por recompensa? ¿Os atreveréis ¡mundanos! á comparar el precio estéril de vuestras amargas satisfacciones al brillante destino que Dios reserva á sus fieles servidores? Ved esta gloria frívola ¡hombres seducidos! por la cual suspiráis con tanto ardor. ¿Me engaño?... Una vasta fama, pomposos elogios, la admiracion de los pueblos, los respetos del vulgo, los cetros y las coronas, los trofeos y los triunfos..... hé aquí reunido en un solo punto de vista todo lo que la gloria humana tiene de mas brillante. Pero ¿qué son todos sus encantos? ¿Cuál es la duracion de esta gloria tan alabada? ¿Cuál será el término de ella? ¿Cuánto tiempo gozareis de sus atractivos? Cuando mas el corto término de una vida fugitiva. ¿En qué terminará por

fin? En el sepulcro. ¡Sepulcro terrible! tu serás el escollo inevitable en que vendrá á romperse el orgullo satisfecho de los mundanos. El momento se acerca, es ya casi llegado, en que, no menos infiel que todos los demas bienes de este mundo, esta gloria tan preciosa á sus ojos los dejará precipitarse solos en la region de los muertos. *Quoniam, cum interierit, non sumet omnia, neque desendet cum eo gloria ejus.*

No es asi como parece la gloria de vuestros siervos ¡oh mi Dios! Renace en algun modo de sus cenizas; parece tomar una nueva vida en su sepulcro, y casi siempre, en el momento en que el brazo de la muerte viene á destruirlos, entonces su virtud, poco antes ofuscada por las nubes de un mundo injusto y envidioso, penetra este velo tupido, y resplandece con mas brillo. Entonces su gran Remunerador ilustra su memoria con prodigios, y hace salir la salud y la vida de la urna que encierra sus despojos frios é insensibles. Al punto sus restos sagrados son arrancados de la tierra, para ser colocados en los altares. El triste dia en que dieron sus últimos suspiros, se hace un dia de comun alegria, y los Reyes y los pueblos

levantan templos al Eterno bajo su invocacion, saludándolos como sus padres y protectores. ¡Ah Señor! ¿qué es el hombre para que asi derrameis tan liberalmente sobre él vuestros favores?

Os he propuesto el negocio de vuestra salvacion como el único que en el mundo hay digno de vosotros. Voy á probar ahora que no hay ninguno de que seamos mas generalmente capaces.

Hay mil empresas en la vida, de las cuales no se debe esperar ningun suceso, porque para lograrlas se necesitan grandes talentos, poderosos esfuerzos, ó al menos una fortuna elevada, y todo esto os falta. ¡Consolaos, hombres miserables por estado y condicion! Yo vengo á anunciaros de parte de Dios una verdad capaz de reanimar vuestras esperanzas. Es, que á pesar de todo lo que el mundo puede pensar de vosotros, con vuestras luces tan limitadas podeis descubrir los medios de llegar á la santidad; que con estas fuerzas casi agotadas podeis caminar por el camino dificil de la santidad; y que en vuestro estado tan oscuro y humilde podeis llegar al término glorioso de la santidad.

No hay ningún obstáculo en la extrema medianía de vuestras luces, para descubrir los medios de la mas sublime santidad. ¿Os persuadiréis que el reino de Dios depende mas de las palabras que de las obras? ¿Que la santidad consiste en profundas indagaciones, en reflexiones sutiles, y en especulaciones elevadas? Nada de esto, hermanos míos. La santidad no consiste sino en cumplir con exactitud las obligaciones de nuestro estado para con Dios, para con el prójimo, para con nosotros mismos; y para cumplir estas obligaciones ¿quién no vé que no es necesario ni talento muy perspicaz, ni luces muy profundas? ¿que la voz de la conciencia, casi siempre inteligible á quien la escucha en el silencio de las pasiones, intima á cada uno la ley de un modo poco equívoco? ¿que esta ley no es oscura ni inaccesible; y que el legislador no la ha depositado en un volumen enigmático, para que podamos decirle: «¿Quién quitará el sello que nos oculta tantos misterios? ¿Quién atravesará los mares para atraernos esta recopilacion preciosa de las ordenanzas divinas? Está en vuestras manos, hermanos míos, tan simple y tan luminoso este libro de-

positario de la ley la mas sublime y la mas racional al mismo tiempo. Abrid vosotros este evangelio divino; leed sus preceptos puestos al alcance de todos, porque han sido hechos para todos; estudiad sus máximas mas puras y mas santas que todas las de la filosofía humana; y si os quedan algunas dudas sobre el sentido preciso de algunas, buscad el comentario, no en el proceder de los mundanos, sino en la conducta de un pequeño número de cristianos fervorosos, cuya vida es una regla sensible, y puede pasar por el mas perfecto cristianismo reducido á práctica. Juntad las esplicaciones autorizadas por la estimacion de los fieles y por el juicio de la Iglesia; y si no teneis ni tiempo ni facilidad, no os avergonceis de dirigiros de viva voz á los que el cielo ha colocado sobre la cátedra de Moisés para instruir á los pueblos.

Nó; ¡Señor! Vos no habeis abandonado de tal modo nuestro siglo á su sentido réprobo, que no hayais enviado en estos tiempos corrompidos pastores sábios que saben conducir á sus rebaños por los pastos saludables; sobre cuyos lábios reside la ciencia, y á quienes habeis dado la inteligencia de vuestros oráculos, y los

tesoros de vuestra sabiduria. Si no tuviéramos otra prueba que nuestro dignísimo Prelado, ella sola seria el garante de que el Señor no abandona jamas su querida esposa al furor de Sata-nás. Allá en las riveras del Africa ha tenido sus combates é ilustres batallas; la revolucion y sus doctrinas de muerte hallaron en su corazon un muro de diamante, y en su lenguaje un centinela de Israel, que mereció por su invencible valor ser deportado á tierra infiel, á una region donde apenas se conoce á Dios. Aquí está; respetad su autoridad, é imitad sus virtudes.

Pero no basta, me direis, conocer la voluntad divina; es menester ser dócil á ella; y para ejecutar lo que prescribe, son necesarias fuerzas, y vosotros os quejais de ser víctimas funestas de la debilidad del corazon y de la debilidad del cuerpo ¿y cómo con tales disposiciones entrar en los caminos difíciles de la santidad? ¿Cómo entrar, hermanos míos? Yo os digo que podeis caminar y correr, y volar con maravillosa ligereza, si como os advierte Isaías, esperais con confianza en Dios; si no plorais el socorro del que dá vigor á las almas fatigadas y multiplica las fuerzas de los que á penas tienen

vida: *Qui dat lassovirtutem, ethis qui non sunt, fortitudinem et robur multiplicat.* «Sí; continúa el Profeta, los que se dirigen al Señor como á su única esperanza: *qui sperant in Domino*, harán con las fuerzas mismas del Omnipotente un dichoso cambio de su debilidad: *mutabunt fortitudinem*; tomarán álas como las águilas veloces: *assument pennas sicut aquilæ*; y se las verá avanzar en el camino de la virtud sin dar caídas, y correr sin experimentar cansancio: *ambulabunt, et non deficient, current, et non laborabunt.*» Si fuesen necesarios ejemplos, hermanos míos, para asegurar vuestra fé y animar vuestra timidez, entre una multitud de pecadores, trofeos memorables de la gracia y de la oracion, que la Iglesia ofrece por todas partes á nuestra vista ¿qué corazón fué mas abatido bajo el peso de su debilidad que el de un san Agustin, juguete eterno de sus buenos deseos, é ilusion de sus pasiones; que vé el precipicio y se hunde en él; que se averguenza de sus hierros, y los ama; que gime sus males y teme su curacion? ¿Quién jamás debió temer mas hallar firmeza en un corazón tan débil, y que cada dia se debilitaba mas y mas? No es de su fondo

de donde cuenta tomarla ; la hará descender del cielo ; sus gritos penetrarán allá , y sus suspiros se harán oír : *¿usquequó, Domine, usquequó?* Y en premio de su humilde y fervorosa oracion la fuerza de Dios vendrá á desterrar de su co-razon la humana debilidad, y establecer su mo-rada y su imperio en el centro de sus mas ver-gonzosas flaquezas : *Qui sperant in domino, mutabunt fortitudinem.* Y bien, hermanos míos, ¿Quién podrá impedir que este mismo medio, si nosotros le empleamos, no sea igualmente eficaz? ¡Que digan las naciones si alguno ha in-vocado al Señor y no ha sido oído! Pero inde-pendentemente del recurso infalible que nos ofrece la oracion ¿es cierto que con los socor-ros actuales que Dios nos dá podemos tan pocas cosas? *Surge qui dormis.* Salid del encanta-miento que os fascina ; desplegad esos brazos que encadena una afrentosa afeminacion ; ensa-yad vuestras fuerzas ; atreveos á dar el primer paso en el camino de la santidad ; el segundo os costará mucho menos ; y el tercero os será ya facil ; y los socorros celestiales, multiplicándose á proporcion de vuestra fidelidad, allanarán el

obediencia y la pureza de su vida.

camino sembrado de rocas y de espinas, cuya vista os espanta.

Sí por cierto, hermanos míos; en la grande empresa de nuestra santificación, como en todos los negocios de la vida, todo depende muchas veces del valor con que se emprenden. Esta determinación generosa, este vivo esfuerzo del alma la eleva repentinamente sobre sí misma. Se siente un principio desconocido de vigor y de firmeza, y se reconoce que esta imposibilidad, en que se apoyaba nuestra pereza, era un artificio del tentador, y una ilusión de nuestro amor propio: *Surge qui dormis et illuminabit te Christus*. Insistireis quizá en que las enfermedades del cuerpo son un obstáculo invencible para la santidad, pero independientemente de las fuerzas y robustez del cuerpo, la santidad es la obra de la voluntad y reside toda en ella. En el estado deplorable en que os hallais, podeis orar mucho, sufrir mucho y amar mucho; y en esto consiste toda la ley. Hé aquí el camino de la santidad que Dios ha abierto delante de vosotros, por el cual debeis y podeis caminar, aplaudiéndoos de vuestra misma debilidad, muy propia para quebrantar el orgullo

que hubiera podido torcer vuestros pasos, como tantos otros mas firmes que vosotros. Y si teneis la felicidad de seguir hasta el fin esta oscura y penosa carrera, cualquiera que sea la bajeza de vuestra condicion y de vuestra fortuna, no os servirá de obstáculo para llegar al término, al mas glorioso término de la mas perfecta santidad. La compañía de los Santos y de los Santos mas elevados en la gloria, no se parece en nada á estas sociedades mundanas ó políticas que forman el objeto de los deseos de los hombres ambiciosos, que no puede lograrse la entrada en ellas sino á favor de un gran nombre, ó por medios ilícitos que suplen las cualidades personales que no se tienen. Nó, no por cierto; virtudes puras y constantes, hé aquí el solo precio de la gloria celestial; el solo título que puede valer para con aquel que distribuye las coronas en la ciudad celestial; y ámpliamente provisto de este mérito único y privilegiado, el pobre se adelanta sobre el noble y el rico que no poseen este mérito en grado tan eminente. Allí, los criados reciben una acogida mas distinguida que sus amos. Los Isidros, humildes labradores, y las Genovevas, sencillas y

virtuosas pastoras, se aventajan sobre muchas cabezas, en otro tiempo coronadas de diademas. ¿Veis?..... Veo, Señor, que se buscarán en vano en la inmensa estension del cielo esos gigantes del mundo, que de allí tiene separados un caos infinito. Su herencia no está en la region de los bienaventurados; han ido á tomar posesion de otra espantosa, debida al abuso que hicieron en otro tiempo de su poder y de su grandeza, y adonde conducen rara vez la humilde y oscura condicion.

¡Confortaos, hombres pequeños segun el mundo! ¡Levantad vuestras esperanzas hácia la santidad! ¡Orgullosos, deponed vuestras esperanzas hácia la santidad; deponed vuestras prevenciones, y no os desdeñeis de volver vuestras miradas hácia la santidad! Ella es el objeto únicamente digno de la mas humilde y la mas elevada condicion; el único medio de hacernos felices en el tiempo y dichosos en la eternidad!
AMEN.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL I.^{or} TOMO.

Página

Una Lágrima de Ternura, comprende desde la página 1.^a á la 72.

<i>Sermon para la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo...</i>	3
<i>Otro para la misma fiesta.....</i>	25
<i>Otro para la fiesta de la Circuncision del Señor.....</i>	51
<i>Otro para la primera Dominica de Cuaresma.....</i>	67
<i>Otro para id.....</i>	85
<i>Otro para id.....</i>	119
<i>Otro para id.....</i>	147

	Página
Otro para la <i>Dominica segunda de Cuaresma</i>	163
Otro para <i>id</i>	185
Ótro para <i>id</i>	205
Otro para el <i>viernes despues de la Dominica segunda de Cuaresma</i> ...	233
Otro para la <i>Dominica tercera de Cuaresma</i>	255
Otro para <i>id</i>	275
Otro sobre la <i>Divina Providencia para la Dominica cuarta de Cuaresma</i>	297
Otro para <i>id</i>	323
Otro para el <i>Mandato</i>	349
<i>Exhortacion á la Santidad Sacerdotal</i>	365
Otro sobre lo mismo.....	375
<i>Sermon del Ecce Homo</i>	385
Otro para el <i>dia de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo</i>	401
Otro para el mismo <i>dia</i>	429
Otro para el mismo <i>dia</i>	445

<i>Otro para la fiesta de las Reliquias....</i>	467
<i>Otro para la misma fiesta.....</i>	483
<i>Otro para la fiesta de la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo.....</i>	505
<i>Otro para la fiesta de Pentecostés....</i>	545
<i>Otro sobre la Santificacion.....</i>	551

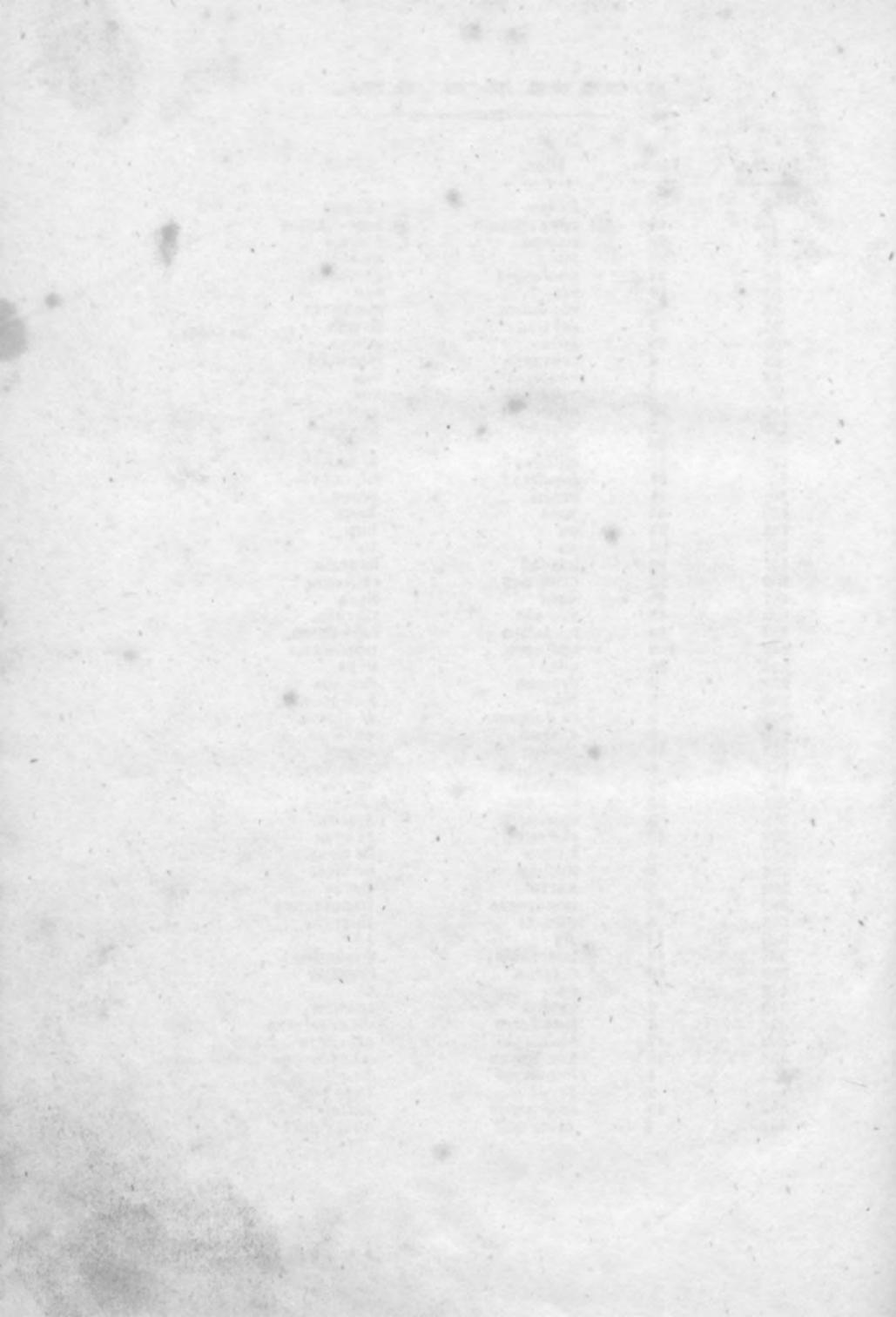
Otro para la fiesta de las Resurrecciones.....	467
Otro para la misma fiesta.....	483
Otro para la fiesta de la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo.....	501
Otro para la fiesta de Pentecostés.....	515
Otro sobre la Santificación.....	551
Otro para la <u>Divina</u> <u>Providencia</u> para la <u>Dominica</u> <u>cuarta</u> de Cua- resma.....	255
Otro para id.....	275
Otro sobre la <u>Divina</u> <u>Providencia</u> para la <u>Dominica</u> <u>cuarta</u> de Cua- resma.....	297
Otro para id.....	323
Otro para id.....	339
Rehortacion á la <u>Santidad</u> <u>Sacer-</u> <u>dotal</u>	365
Otro sobre lo mismo.....	375
Sermon del <u>Bos</u> <u>Huano</u>	385
Otro para el día de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo.....	401
Otro para el mismo día.....	429
Otro para el mismo día.....	445

~~ERRATA~~

<u>Página.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
6	2	El que	¡El que
Id.	14	rego cijamos	regocijamos
Id.	20	ouanto	cuanto
7	26	amor,	amor;
26	11	confusiou	confusion
39	40	vez	ved
40	9	confianza.	confianza,
41	6	del que	de que
63	20	queso	quaso,
65	6	reprueva	reprueba.
81	4	vosotros	vos
Id.	2	vosotros	vos.
110	23	afecto	efecto,
119	2	segunda	primera
122	26	revelen	rebelen
127	40	ateismo?	ateismo?....
Id.	41	siquiera?	siquiera?....
Id.	43	creen:	creen....
135	44	vasa	basa
144	24	ha	has
Id.	25	su	tu
147	42	buscad	buscais.
150	22	crimenes	crimenes?
157	49	vasa	basa
160	48	vivrado	vibrado.
190	48	reusaban	rehusaban.
217	5	universo.	universo.»
234	16	ubas	uvas.
239	8	dragma	dracma
250	5	Nilo	Eufrates.
253	5	<i>et domum</i>	<i>et domus</i>
275	4	<i>et ilud</i>	<i>et illud.</i>
313	47	hechar	echar
344	8	méndigos	mendigos
Id.	22	ineban	hinchaban
374	22	indignos	indignos,
375	6	spiritu	spiritu
382	42	<i>et reste</i>	<i>et rete</i>
385	4	l alma	El alma.
388	9	<i>audibit</i>	<i>audicit</i>
390	5	varro	barro
392	47	impurezas	impurezas;
395	5	mereci	merecia
396	41	Ay	¡Ay
Id.	43	miserable;	miserable!
398	40	cerazon	corazon
412	43	en	el
419	6	esoros	tesoros
422	4	maniferse	manifestarse
450	17	sacrilegio	sacrilego
460	18	Los Reyes	«Los Reyes
464	4	bendicion!	bendicion!»
465	2	rayo!	rayo?
480	19	<i>callegeras</i>	<i>callejeras.</i>
449	4	creerías?	creeriais?

Palabra	Letras	Dice	Letras
249	4	¿cuerpo?	4
250	10	collección	10
251	2	¿cero?	2
252	4	¿cero?	4
253	10	¿cero?	10
254	10	¿cero?	10
255	10	¿cero?	10
256	10	¿cero?	10
257	10	¿cero?	10
258	10	¿cero?	10
259	10	¿cero?	10
260	10	¿cero?	10
261	10	¿cero?	10
262	10	¿cero?	10
263	10	¿cero?	10
264	10	¿cero?	10
265	10	¿cero?	10
266	10	¿cero?	10
267	10	¿cero?	10
268	10	¿cero?	10
269	10	¿cero?	10
270	10	¿cero?	10
271	10	¿cero?	10
272	10	¿cero?	10
273	10	¿cero?	10
274	10	¿cero?	10
275	10	¿cero?	10
276	10	¿cero?	10
277	10	¿cero?	10
278	10	¿cero?	10
279	10	¿cero?	10
280	10	¿cero?	10
281	10	¿cero?	10
282	10	¿cero?	10
283	10	¿cero?	10
284	10	¿cero?	10
285	10	¿cero?	10
286	10	¿cero?	10
287	10	¿cero?	10
288	10	¿cero?	10
289	10	¿cero?	10
290	10	¿cero?	10
291	10	¿cero?	10
292	10	¿cero?	10
293	10	¿cero?	10
294	10	¿cero?	10
295	10	¿cero?	10
296	10	¿cero?	10
297	10	¿cero?	10
298	10	¿cero?	10
299	10	¿cero?	10
300	10	¿cero?	10
301	10	¿cero?	10
302	10	¿cero?	10
303	10	¿cero?	10
304	10	¿cero?	10
305	10	¿cero?	10
306	10	¿cero?	10
307	10	¿cero?	10
308	10	¿cero?	10
309	10	¿cero?	10
310	10	¿cero?	10
311	10	¿cero?	10
312	10	¿cero?	10
313	10	¿cero?	10
314	10	¿cero?	10
315	10	¿cero?	10
316	10	¿cero?	10
317	10	¿cero?	10
318	10	¿cero?	10
319	10	¿cero?	10
320	10	¿cero?	10
321	10	¿cero?	10
322	10	¿cero?	10
323	10	¿cero?	10
324	10	¿cero?	10
325	10	¿cero?	10
326	10	¿cero?	10
327	10	¿cero?	10
328	10	¿cero?	10
329	10	¿cero?	10
330	10	¿cero?	10
331	10	¿cero?	10
332	10	¿cero?	10
333	10	¿cero?	10
334	10	¿cero?	10
335	10	¿cero?	10
336	10	¿cero?	10
337	10	¿cero?	10
338	10	¿cero?	10
339	10	¿cero?	10
340	10	¿cero?	10
341	10	¿cero?	10
342	10	¿cero?	10
343	10	¿cero?	10
344	10	¿cero?	10
345	10	¿cero?	10
346	10	¿cero?	10
347	10	¿cero?	10
348	10	¿cero?	10
349	10	¿cero?	10
350	10	¿cero?	10
351	10	¿cero?	10
352	10	¿cero?	10
353	10	¿cero?	10
354	10	¿cero?	10
355	10	¿cero?	10
356	10	¿cero?	10
357	10	¿cero?	10
358	10	¿cero?	10
359	10	¿cero?	10
360	10	¿cero?	10
361	10	¿cero?	10
362	10	¿cero?	10
363	10	¿cero?	10
364	10	¿cero?	10
365	10	¿cero?	10
366	10	¿cero?	10
367	10	¿cero?	10
368	10	¿cero?	10
369	10	¿cero?	10
370	10	¿cero?	10
371	10	¿cero?	10
372	10	¿cero?	10
373	10	¿cero?	10
374	10	¿cero?	10
375	10	¿cero?	10
376	10	¿cero?	10
377	10	¿cero?	10
378	10	¿cero?	10
379	10	¿cero?	10
380	10	¿cero?	10
381	10	¿cero?	10
382	10	¿cero?	10
383	10	¿cero?	10
384	10	¿cero?	10
385	10	¿cero?	10
386	10	¿cero?	10
387	10	¿cero?	10
388	10	¿cero?	10
389	10	¿cero?	10
390	10	¿cero?	10
391	10	¿cero?	10
392	10	¿cero?	10
393	10	¿cero?	10
394	10	¿cero?	10
395	10	¿cero?	10
396	10	¿cero?	10
397	10	¿cero?	10
398	10	¿cero?	10
399	10	¿cero?	10
400	10	¿cero?	10







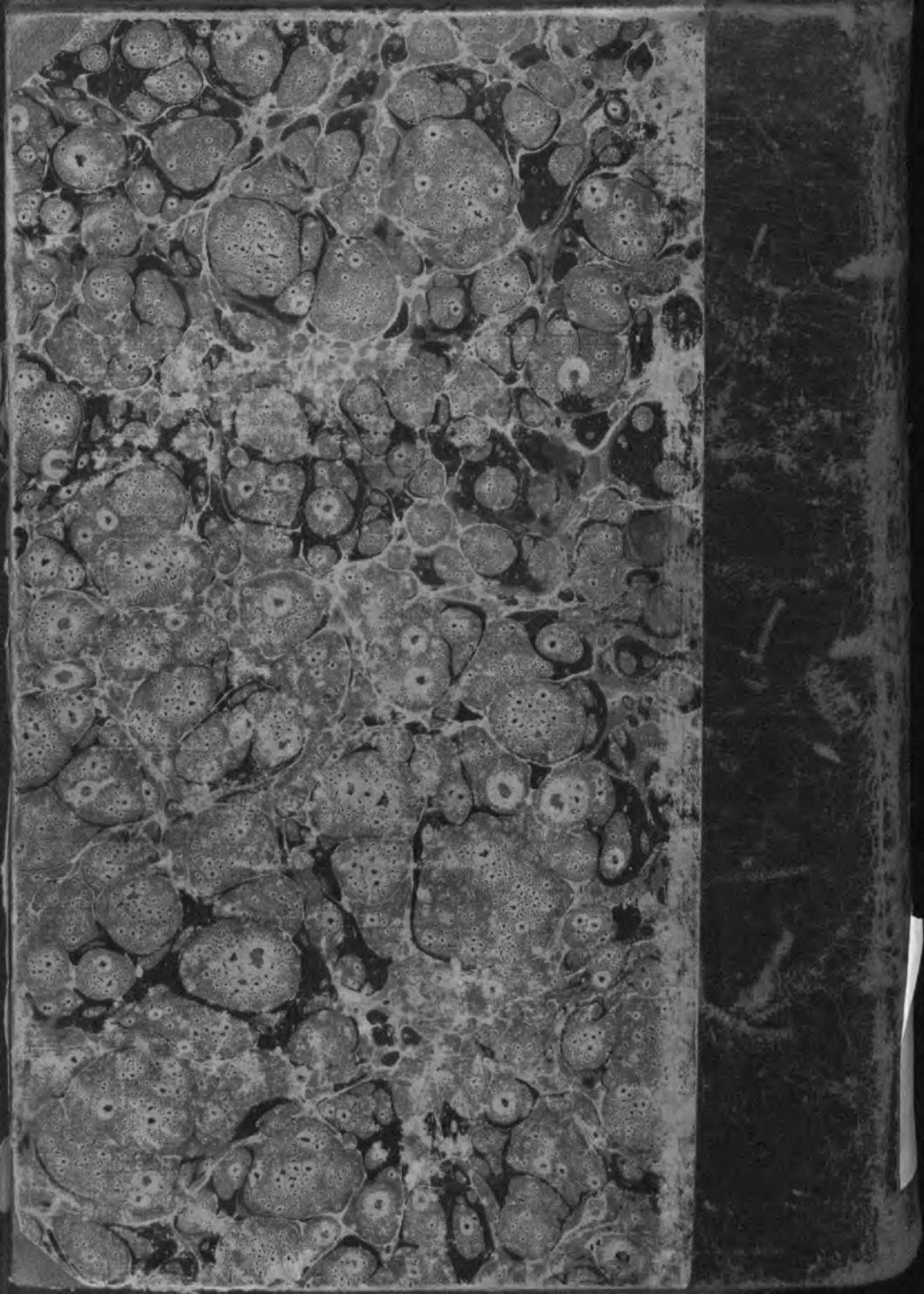
27ms

C37

1206

Eloquio al principio





GUTIERREZ

SERAFONES

1951

G 37947